"De los abismos de la superstición, resurge un nuevo terror."



VÍCTOR CONDE

EL CÓDICE DE LAS BRUJAS



Corren los años 80, y Vincenzo Strada está obsesionado con el poder semiológico de los rituales antiguos. Al llegar a Los Ángeles se apunta a la escuela de cine de la UCLA, donde cursó estudios uno de sus ídolos, Jim Morrison. Y al igual que él, es vilipendiado por sus maestros, ya que a Strada el cine sólo le interesa como medio para explicar su fascinación por los rituales y los sacrificios humanos.

Strada huye a los estados del «Cinturón de la Biblia», donde espera hallar pistas de una posible supervivencia de los rituales paganos. Un día oye una conversación radiada entre dos personas. Una anciana maestra discute con el rabino de una comunidad sobre la naturaleza del Mal. La maestra acaba su discurso afirmando que ha conocido gente que, reunida en abstractos aquelarres, invoca fuerzas que llevan sin ser nombradas en la Tierra desde tiempos inmemoriales, desde épocas para las cuales incluso el Cristianismo es una religión joven.

Strada se obsesiona con esta mujer y emprende un viaje cuyo último propósito es encontrarla, y hacer que lo guíe hasta esas comunidades sumergidas en el mundo de los ritos ancestrales…

Víctor Conde

El códice de las brujas

ePub r1.0
Titivillus 28.04.2021

Título original: *El códice de las brujas*
Víctor Conde, 2015
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Águeda, con «u».

Aquí, en la frontera, no hay estrellas.
Flotamos y flotamos, inmaculados…

JIM MORRISON

EL CÓDICE DE LAS BRUJAS

Hechos:

- En 1692 se llevan a cabo las audiencias preliminares de los juicios de Salem en otras ciudades de su provincia, como Ipswich o Andover. Doce tribunales condenan a veintinueve personas por supuesta brujería, de las cuales diecinueve mueren ahorcadas y una más lapidada en público.
- En 1925 tiene lugar en Tennessee el llamado «juicio del mono», en el cual un profesor de escuela secundaria, John Scopes, es acusado por la ciudadanía de enseñar la Teoría de la Evolución a sus alumnos. El congresista William J. Bryan está a cargo de la fiscalía. El juicio termina siendo favorable a los demandantes.
- En 1999 la Junta de Educación de Kansas vota eliminar de los currículos de los colegios y las escuelas estatales toda mención a la Teoría de la Evolución, el origen del Universo o las teorías científicas sobre el origen de los organismos pluricelulares.
- En 2007 se inaugura en Kentucky el *Museo de la Creación*, dedicado a promover la cultura del creacionismo bíblico. En sus salas se pueden ver representaciones de seres humanos conviviendo con dinosaurios.
- En 2011 la Asamblea General de Tennessee aprueba una ley que promueve la enseñanza del creacionismo bíblico y niega el calentamiento global. Los detractores de esta corriente filosófica llegan a la conclusión de que el pilar fundamental de la religión es negar a cualquier precio la evidencia.

Prólogo

EL BOSQUE JUNTO AL MAIZAL, NOCHE DE BRUJAS

Por toda América ardían hogueras.

Su luz inflamaba el cielo, confiriéndole a la noche un carácter de día claro y centelleante. En cada colina, junto a cada parva de heno, ardía una mujer, y sus gritos brincaban sobre las piras como gatos enloquecidos. En las encrucijadas lloraban las almas perdidas sin saber qué camino escoger. Los calderos burbujeaban y los demonios se enquistaban en los goznes, haciendo chirriar las puertas a medianoche.

Los niños en edad de temer salieron de sus casas y miraron hacia los campos. Había salido por fin aquella Luna, el ojo sin párpado que vigilaba el comienzo de la noche más espantosa del año: Halloween. La noche de las brujas, de las maldiciones, de los gatos negros y las pavesas blancas, de las gramíneas que se juntarían para barrer pecados y salir disparadas hacia el cielo, de los clavos que atravesarían la carne y amontonarían blasfemias en las piras. Noche de Biblias teñidas de sangre y exhortaciones de fanáticos, de látigos y martillos, de pulgares de yesca y hatillos de paja inflamable.

La noche de las brujas.

Los niños estaban obligados a salir al exterior aquella noche. No importaba que sus padres intentaran por todos los medios que se quedasen a salvo en casa: ellos encontrarían la forma de burlarlos. Romperían las promesas, violarían los juramentos, abrirían las ventanas, desatrancarían las puertas, quitarían los pasadores y romperían las sogas. Nada podría retenerlos dentro, pues no había fuerza en el mundo capaz de eclipsar la llamada. Estaban obligados a salir fuera, al aire de la madrugada empapado de ceniza y olor a carne quemada. A la luz de la Luna del último juicio.

En todos los pueblos de todos los continentes, los niños salieron a la noche. Sólo unos pocos, los más afortunados (porque eran demasiado pequeños o demasiado tontos como para burlar la vigilancia de sus padres), permanecieron en sus casas, llorando a lágrima tendida, pues para ellos en

lugar de un santuario era una prisión. Las madres los llamaron por sus nombres y ellos las ignoraron. Los padres salieron en persecución de sus vástagos con sacos o cuerdas para atarlos como novillos, pero pocos consiguieron su propósito.

Era Halloween, la noche más horrenda del año, y la magia negra campaba por sus fueros.

Uno de aquellos infantes se llamaba Jericoh Lubby. Tenía ocho años, dos más que su hermano Canaán, y había logrado escapar a la vigilancia de sus padres. Se sentía orgulloso porque fue él quien tuvo la idea de salir por la trampilla del heno. Fue él quien despertó a su hermanito para que también oyera la llamada suspendida en el viento, y quien lo aupó para que pudiera escapar por el agujero.

Sí, estaba orgulloso de haber sido más astuto que sus padres, y ahora era quien guiaba la procesión de niños hasta el maizal.

La Luna se había convertido en una guadaña: su vasta sonrisa de plata se proyectaba como una sombra sobre los campos. La naturaleza vibraba de excitación, elevando cánticos a la claridad y la pureza perversa de la noche. Almas perdidas habían llovido del cielo con la última luz del día, y chillaban encarnadas en fuegos fatuos, en libélulas, en escarabajos, en tallos de maíz y escolopendras. Hombres peligrosos junto a hogueras llameantes entonaban letanías en idiomas muertos, dirigiéndose a las estrellas, a dioses que habían partido hacía mucho, mientras sus almas boqueaban y plañían, relegadas a los más infames recipientes.

Jericoh guió a los demás chicos hasta el límite del maizal. Como una informe masa amebiana, la gran exudación de chiquillos trinó y bailó y rememoró los días de antaño, cuando una membrana los separaba del mundo y todo lo que conocían era acuoso y submarino. Los tallos de aquel mar azul gemían y cuchicheaban entre ellos como viejas saboreando la proximidad de la muerte. Sólo un árbol se elevaba como un coloso marchito, un roble al que el tiempo y el frío habían desprovisto de cualquier signo de vida. Parecía una lápida de madera que nadie se hubiera atrevido a arrancar de aquel camposanto de maíz.

Los niños contemplaron con una mezcla de miedo y fascinación la silueta del roble, y supieron que aquel era el lugar, y que de allí provenía la voz. Y se arrodillaron. De fondo se oían los gritos de mil padres preocupados, que suplicaban a sus retoños que se taparan los oídos y no hicieran caso a los cánticos del viento, a los plañidos de agonía de las brujas. Pero nadie les hizo

caso. Las mujeres seguían ardiendo en sus hogueras, mientras los ministros de cien iglesias las conminaban a pagar por sus pecados.

La Luna seguía menguando, las brujas seguían ardiendo, los niños seguían mirando el árbol muerto.

Una llama prendió en lo alto del roble, en la rama más gruesa, y un arco de fuego dio a luz a una sonrisa, un corte sin labios pero sí con dientes. El fuego circundó una forma redonda, de calabaza. Diminutas cabezas de alfiler de fuego esmeralda se clavaron en ellos, en los chicos. Cada cual pensaba que aquellos ojos sólo lo miraban a él, pero Jericoh sabía (oh, sí, lo sabía más allá de cualquier duda) que la mirada era para…

Su hermano.

Fue en aquel sacrosanto momento de éxtasis mágico, justo en aquel latido antes de la medianoche, cuando el pequeño Jericoh Lubby tuvo miedo por primera vez.

Libro 1

Las estancias de Erebus

Las Nueve Estancias primeras del puente al reino de Amz son conocidas como «las Estancias de Erebus», pues fue a este espíritu ancestral a quien encomendaron su custodia. En su formulación alegórica, son el reflejo de otras nueve fórmulas geométricas cuyo resultado final es la expresión onírica de la Puerta, el conducto hacia una nueva dimensión. La Estancia Primera es una negación en sí misma, definiéndose por lo que no es antes que por lo que es. Negando obtenemos la razón. Negando aprendemos la verdad. Negando racionalizamos el Vacío…

Corah Westerdhal, proemio a su
Tratado sobre los Instantes Intercalares,
o cómo aprendí a abrir las nueve puertas del Infierno.

- Al principio no existía el universo, pues nada había que fuera redondo, y sólo la esfera, forma perfecta, podría contenerlo. La expresión amputada de la esfericidad era la línea, y ésta, triste despojo, se sabía hija bastarda y lisiada de la Perfección. Pero la línea aprendió a morir y renacer, a empezar y acabar en sí misma, y gracias a este ciclo compacto de muerte y resurrección nació el círculo.
- En un principio no había Pasión, ni ninguna otra de las Excentricidades Mayores. Tampoco había música ni creación ni inteligencia, porque ningún mandala había sido dibujado todavía para que las contuviera.
- Las doce causas de la existencia aún no habían sido demostradas, y por lo tanto, Hyru, el único y primigenio, no había encontrado una razón válida para despertar. Las tinieblas y el caos dominaban este mundo, y los demás eslabones de mundos. Todos en espera de que Hyru despertara y les diera sentido. No había orden, pero la inversión tampoco era caos, sino algo que se le parecía y que es imposible reducir a palabras. Entonces surgió Amz.

TRATADO DE LOS VIAJES, I

U.C.L.A., LOS ÁNGELES, 1984

1

Las ventanas de atrás del aula parecían abrirse a otro mundo, a un crepúsculo de ramas y siluetas sombrías de cipreses. Un insecto, que chocaba contra la ventana como si intentara demostrar una verdad sólo cierta para los insectos, se revolvió bajo el confuso borrón de sus alas y cayó muerto.

Primer teorema no demostrado del día de hoy, pensó Vincenzo, prestando por un segundo más atención a esa pequeña muerte que al pase de su cortometraje. *Primer sacrificio en el día inaugural de la primavera. ¿Qué significará que haya sido un insecto?*

—Atiendan, por favor —dijo el profesor, sentado como un alumno más en las gradas—. Usted también, señor Strada. Es su corto, ¿no? Supongo que le interesará defenderlo.

Unas risas fugaces estallaron como bombas en una guerra de payasos. Vincenzo no les prestó atención. Estaba harto de las burlas de sus compañeros. Había poca gente allí con verdadero talento; la mayoría no eran más que niños de papá que se veían haciendo cine y ganando Óscars como locos dentro de tres años, cuando en realidad lo único que querían era follar con cuantas más actrices mejor.

—Mi corto se defenderá él solito si puede. —Proyectó la voz hacia el fondo de la sala, al estilo del teatro. «Susurrar a gritos»—. Para eso le compré la pistola.

—Vamos a ver si es verdad. ¡Luces!

Alguien le dio con el pie a los interruptores y el aula quedó sumida en una penumbra de cementerio, mancillada por la luz polvorienta de un proyector. En la pantalla que había sobre la pizarra bailaron sombras.

Vincenzo tragó saliva. Su padre le había dicho muchas veces que el momento en que un artista se somete al juicio de sus semejantes (¿semejantes?, ¡ja!, como si esos monos de feria pudieran… no, concéntrate, presta atención, joder) era el más terrorífico del mundo. En el fondo le

importaba un carajo que su nota dependiera de una apreciación subjetiva, llámese el capricho de un profesor, llámese la estrechez de entendederas de sus compañeros… o de una objetiva (ay, Eisenstein, hijo mío, quién te mandaría inventar todas esas complicadas reglas para el lenguaje cinematográfico). Había venido a la universidad a demostrar algo, cierto, pero aún no tenía muy claro a quién.

La pantalla se iluminó. Su blancura quedó conjurada por una sucesión de imágenes de perros encerrados en jaulas y terneras que hacían el paseíllo por el matadero, ignorantes de su futuro inmediato. *La milla verde* en versión cuadrúpeda, comenzó a narrar una voz en *off*, la del propio Vincenzo. Luego, esa misma voz enlazó varias ideas que versaban sobre la muerte con unos niños jugando en una guardería, una flor a doble velocidad abriendo sus pétalos y un arco iris segado por el fantasma de una avioneta fumigadora.

—Ya está el capullo de Vincenzo con sus idas de tarro. —Este susurro le llegó como un disparo, procedente de una fila más atrás. Voz de mujer, probablemente en pleno estirón tardío. Intentó identificarla, pero otras ráfagas crueles lo acribillaron por todas partes—: Es un pervertido, todo lo hace girar en torno al sexo —¡bang!, la rubia de la esquina, la de los pantalones de campana Mary Quant, disparando a traición—. Es un enfermo, dicen que tiene en su casa una colección de fetiches macabros y que se masturba con aceite de ricino —¡fuamm!, con silenciador, la morena de al lado. Y él que creía que le había hecho tilín la tarde anterior, en la cafetería. Qué decepción.

Atrapado en aquel fuego cruzado de comentarios sarcásticos, Vincenzo no pudo sino callarse y dejar que su película hablara. Para eso lo de la pistola, un arma conceptual que aparecería en el minuto ocho coma veintiuno de proyección, el último. Si eso no hacía reaccionar a aquellos imbéciles aletargados, nada lo haría.

—«… Caemos, caemos en la noche sin fin —decía la voz grabada de Vincenzo, como si estuviera seduciendo con trucos perversos a la audiencia—. Pero lo hacemos en horizontal… suicidios horizontales, impresión de que avanzamos cuando sólo nos estrellamos a cámara lenta contra lo que tenemos delante… ¡agh! Hematomas, amputación… —Imágenes de estercoleros donde gente desnuda trepaba por montañas de desechos, portando banderas con colores de países ficticios—. Hallamos la estructura subyacente a la razón no en el *en-sí* y el *para-sí*, sino en el moho verde de la gonorrea mal cicatrizada, en las laberínticas gónadas de la zoo-ciedad moderna y sus lecciones de moralidad… ¿verdad, Nancy Reagan?… ¡Agh! Nancytomas, OTANputación…».

Alguien ocupó el asiento contiguo al de Vincenzo, vacío a posta. Cuando mostraba sus trabajos en clase, nadie quería estar lo suficientemente cerca como para correr el riesgo de parecer su amigo. O de que hubiera cierta complicidad entre ellos, si es que al monstruito se le ocurría susurrarle algo en voz baja. No, los asientos de su derecha e izquierda estaban religiosamente vacíos cuando llegaba el día del examen.

Vincenzo miró al valiente y se tragó una maldición. Tenía que suceder tarde o temprano: los más raritos de la clase acababan coincidiendo, no por mutuo deseo sino porque los demás les tapiaban las salidas.

De todas las probabilidades, los dados habían tenido que caer en el dichoso Alexis Noséqué (poner aquí apellido típico de Virginia), el travestido de la clase. Un tipo que venía al aula vestido de mujer y se hacía llamar Celesste, con dos eses, como si estuviera alargando un orgasmo. Nadie sabía por qué los jefazos le dejaban hacerlo, sobre todo con aquellos vientos de rígida moralidad soplando en contra, pero lo cierto era que nadie lo había denunciado aún por indecencia.

Si había un monstruo aún más pavoroso que Vincenzo en la universidad aquel año, en toda aquella maldita década, era Celesste.

El chico no debía tener más de veinticuatro años, uno más que Strada, pero parecía mucho mayor y más desgastado por la vida. Su mirada era triste y errática, como afectada por una profunda conmoción, por cosas que sin duda vio en antros donde nadie más se atrevería a entrar. Un frente tormentoso de horquillas batallaba contra su pelo, teñido de un rubio espantoso, encañonándolo tan atrás que la calva le llegaba hasta la mitad del cráneo.

—No les hagas caso, querido —susurró el travestí, como si conociera a Vincenzo de toda la vida. Tenía una voz muy dulce—. Lo mismo le pasó en esta clase a Jim Morrison. ¿Sabes quién era Morrison?

—Claro. Yo solía tomar ácido oyendo *L.A. Woman*.

—¿Y quién no? Jim tomó clases de cine una temporada, aquí mismo, antes de hartarse y mandarlos a todos al carajo. Hacía películas simbólicas, como tú. Y tampoco las entendía nadie. —Sonrió de medio lado—. Era porque su poesía estaba hecha más para los oídos que para los ojos. Hay ideas que cabalgan la música mucho mejor que la luz.

Vincenzo lo miró. Nunca había intercambiado más de dos palabras seguidas con aquel… engendro, por eso le sorprendió escuchar un discurso tan lúcido saliendo de su boca asfaltada de carmín.

El cortometraje siguió propagando su mensaje:

—«… A veces nos preguntamos por el Secreto de la Vida, sin saber que nos está velado desde el principio de los tiempos. Pero aún así lo buscamos, aprendemos los ritos y seguimos las pautas. Ceremonias ancestrales, cultos paganos, eucaristías enfermas de sincretismo y escatología cósmica. Oh, Señor, cómo me excito al pensar en todos esos símbolos extraños, qué dobles y triples sentidos encerrarán… —Imágenes de mujeres con la cabeza cubierta por lienzos acabados en punta, desnudas de cuello para abajo y con el vientre lleno de tatuajes. Marchas multitudinarias de legiones nazis y del fascismo italiano, coreando los nombres de sus líderes dementes. Un fragmento de una comedia de situación protagonizada por escarabajos—. Es en nuestra fascinación por los rituales, niños míos, donde hallamos seguridad ante la Gran Nada que nos espera allende los cielos. La misma Nada que consume nuestras almas y reseca los espíritus combativos… Seguid los ritos, niños, repetid las frases, mimetizad los gestos, cubrid el altar con vuestras virginales poluciones mientras os encomendáis a santos con nombres pronunciados al revés…».

Entonces llegó el momento que más ansiaba y temía Vincenzo, el minuto ocho coma veintiuno. Cruzó secretamente los dedos por debajo del pupitre, ya que aquí se lo jugaba todo.

El audio de la película se extinguió, dejando un rumor de fondo que parecían termitas devorando algo blando. La imagen enfocó un cobaya al que unas manos sacaron de una jaulita y colocaron pulcramente sobre una tabla de cortar pan. Había velas encendidas alrededor, formando un círculo. Eran las manos de Vincenzo; todo el mundo se dio cuenta porque tenía esa verruga tan característica en un nudillo.

Empezaron a oírse cánticos en hebreo.

—«La fe es una de esas cosas que están rodeadas de afirmaciones apócrifas, engaños y mentiras. Es el Sabbat de múltiples colores. Culminad los ritos, niños, aunque no entendáis por qué os obligan a hacer ciertas cosas, y todo adquirirá un sentido pleno» —sentenció la voz, justo antes de que un cuchillo enorme, de cortar filetes, cayera inmisericorde sobre el desvalido roedor. El último fotograma, antes de que la cinta fuera escupida por el carrete, se impregnó de rojo.

—¡Ay, por Dios! —gritaron varias voces femeninas a la vez. Una de ellas salió disparada rumbo al lavabo, pero no le dio tiempo a llegar y vomitó en pleno pasillo, ante la atónita mirada de los estudiantes en cambio de clase.

El profesor invitó a Vincenzo a seguirle hasta el despacho del director con un dedo que no era un dedo, sino una pistola cargada de malos presagios.

—Suerte, chaval. Lo que has hecho hoy aquí es increíble —susurró Celesste, ocultándose a medias tras un libro de texto—. ¡Es pura poesía, alineal y perturbadora! ¡Me encanta! Ya hablaremos luego.

Vincenzo escuchó aplausos que crepitaban como palomitas de maíz. Eran sus compañeros, que le deseaban cínicamente la peor de las suertes en el despacho del director. *Otro aspirante a geniecillo que tira su carrera por el váter*, decían sus sonrisas. Otro competidor menos en mi camino hacia la fama.

—Dudo que luego esté por aquí —murmuró, y abandonó el aula de cine.

2

Vincenzo escuchó la reprimenda del director con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el respaldo de la silla. Seguro que aquel hombre pensaba que se trataba del típico gesto de desafío de los aspirantes a artista (y mucho de eso había), pero en realidad era como si le estuviese ofreciendo su garganta al cuchillo.

Historias de estudiantes despechados a los que expulsaban discretamente por la puerta de atrás había hasta aburrir. Ninguna escuela que se preciara carecía de ellas, sobre todo cuando esos estudiantes eran los típicos genios que luego se hacían millonarios con sus primeros trabajos. Jim Morrison, sin ir más lejos. Aquel chico/chica tan raro, Celesste, se lo había mencionado.

Era cierto, el bueno de Morrison estudió cine en aquellas aulas, y desde entonces su nombre estaba en el currículum del centro, y en una placa de bronce en la entrada. Todo aquel que se molestaba en buscar un poco de información sobre el U.C.L.A. leía «Jim Morrison, el famoso cantante de The Doors, estudió aquí». Lo que la universidad no decía era que Morrison se había hartado y los había mandado a todos a tomar viento, largándose sin esperar a que lo echaran.

Bravo por él, y bravo por el señor Strada, que estaba aguantando el chaparrón sin atragantarse. Dejó de escuchar la monserga del director desde el segundo minuto en adelante, cayendo hacia lo que los artistas llamaban «el vacío interior». Descubrió que estaba lleno de cuchillos que deseaba clavarle a aquel imbécil. Por fortuna, no tenían más solidez que la de sus sueños de rebeldía, y éstos eran mucho más débiles que los de las leyendas del *rock*.

Sólo se permitió salir un minuto de aquel trance cuando entendió las palabras «obscenidad», «policía» y «como lo vuelva a hacer», y las hilvanó

en la misma frase.

Puso recta la cabeza y miró a los ojos a aquel hombre, que instantáneamente cortó su discurso. Por fin el alumno díscolo reaccionaba.

—¿Obscenidad? —Lo dijo como si estuviese deletreando una memez—. ¿Con tanta facilidad desprecia mil años de paganismo? ¿Con cuatro miserables sílabas?

—Que me aspen —se asombró el profesor—. ¿Acaso no le parece que el paganismo sea una obscenidad, señor Strada?

—Hombre, si esto fuera Tennessee o Kentucky, o cualquiera de esos Estados donde los relojes llevan cien años de retraso, pues no se lo discutiría. Pero estamos en la costa, por Dios, en una ciudad que es cuna de pensadores. Aquí están las universidades, por allí el conocimiento y más allá el arte. ¡La creatividad! Usted, que dirige una escuela de arte, ¿cuándo fue la última vez que oyó esa palabra?

Los carbones encendidos brillaban en la mirada del director. Nadie entre el alumnado estaba seguro de cuál era su nombre, si Fred Azzi o Fugazi o Flindacci. Lo único que tenían claro era que con una palabra delante o detrás bien puesta se podría hacer un chiste.

—Aquí sabemos muchísimo sobre arte, señor Strada, pero también tenemos clara cuál es la frontera entre la creación primorosa y la desvergüenza. Montar una película con imágenes del partido nazi podría llegar a ser calificado de arte, si pasan los años suficientes y los críticos están lo suficientemente borrachos —silabeó. A su espalda, sobre un estante, había un reproductor de ese moderno sistema de vídeo, el BETAMAX, con una pila de casetes con nombres borrados. Seguro que estaban a rebosar de trabajos de alumnos—. Pero matar a un pobre animal delante de la cámara para demostrar… ¿qué… qué demonios quería demostrar, hijo, aparte de su vomitivo mal gusto?

—Déjeme responderle con otra pregunta, ya que se empeña —se envalentonó—: ¿Se afeitó usted esta mañana, al levantarse? Supongo que se aseó, desayunó, realizó todos y cada uno de los movimientos que hace cada mañana y que tiene automatizados, y luego se despidió de los suyos y cogió el coche para venir aquí. La enésima repetición de un ciclo que cada año subjetiviza más y racionaliza menos. ¿Me equivoco?

—¿Qué tiene eso que ver con esta conversación?

—¡Rituales! Urbanos, cotidianos, supra o infra conscientes, pre o *post* modernos… Todos los llevamos a cabo, cada día de nuestras vidas. Son el auténtico cayado que ha pastoreado a la humanidad desde tiempos

inmemoriales, guiándonos a través de los siglos con mano firme. Diciéndonos qué hacer para entender la parte inaprensible del mundo, y lo más importante, cómo manipularla. *—No lo hagas, no sigas por este camino; te estás justificando ante ese tío,* le repetía su vocecita con un susurro conspirador. Pero lo cierto era que o lo soltaba o explotaba. Se tenía más que ensayado el discurso porque era el que le dejaba caer a cada chica guapa que encontraba en la cafetería. Cierto era que ellas solían mirarlo entonces con cara de «Dios, dónde me he metido»—. No es algo obsceno, es que me… me atrae mucho todo el asunto de los rituales antiguos.

Ya está, la disculpa final. Patético.

—Pues si eso es lo que más le interesa en el mundo, Strada, entonces debería estudiar antropología y no cine, ¿no le parece? —El asco le goteaba de la voz a Farragazzi—. Ahora salga de este despacho y también del edificio, antes de que descuelgue el teléfono y llame a la policía para que venga a buscarlo. Y no se moleste en volver.

Joder, lo va a decir, se estremeció el joven. Pero más que decirlo, el director lo detonó sílaba a sílaba:

—Está… usted… *expulsado.*

Vincenzo hizo un amago de interrumpirle para ser el primero en decir «no me echan ustedes, ¡me voy yo!», pero no llegó a tiempo. Frustrado, dejó caer las manos en los bolsillos y salió como un tornado del despacho. Menos de cinco minutos después había recogido la bobina con el metraje polémico y abandonado a lo Elvis el edificio.

Sintió el aire fresco que circulaba por las colinas más como una inmersión en un medio diferente, menos denso que sus preocupaciones, que como una caricia. Estaba fuera, y eso era todo. Adiós a sus sueños de graduarse en la escuela de cine, y todo por la maldita cerrazón mental de aquellos borricos.

En un lugar así, donde los rumores eran creados por respiración boca a boca, pronto se hablaría del asesino de conejos, o del colgado del ritual pagano, o simplemente del monstruito que se creía más original que Andy Warhol y sólo era más lamentable que el Pato Howard.

Tomó aire con fuerza, como si tuviera que vencer la resistencia de unos pulmones tapiados con cemento. Vale, estás fuera, no paraba de decirse. Ya eres una leyenda en este sitio, como los ilustres que te precedieron. Hace falta tenerlos muy grandes para abandonar así la universidad. Y tú los tienes, chaval, desde luego que los tienes.

¿Pero por qué le sonaban todas esas excusas a argumentos vacíos, a placebos freudianos?

Tenía que descansar. Centrarse. Reunir fuerzas para enfrentarse de nuevo a la Gran Decisión, *«¿qué voy a hacer con mi vida?»*, como cuando tenía quince años. Bajaría a su apartamentucho de Santa Mónica, en el San Vicente Median Park, y se abandonaría a la voracidad de las sábanas. Puede que no lograra escapar de allí, del mordisco voraz de la almohada, pero si lo hacía…

… Sería un Vincenzo completamente nuevo, que habría dejado esa mierda del cine muy atrás. Si tus sueños te dan la espalda, muélelos a coces.

El Frigoretti tenía razón. No estaba hecho para aquella vida. Hasta ese momento había defendido el cine como un método de expresión, una ventana para mostrar a los demás cuánto le importaba el fascinante mundo de los rituales paganos. Pero si esa iba a ser siempre la reacción del vulgo, del populacho que no había leído un puto libro en su vida, anda y que les den.

Se buscaría otra ventana, aunque fuera sólo para asomarse él. Y para eso tendría que dejarse de tonterías e ir directo a los orígenes, allá donde radicaba el auténtico meollo del asunto.

Se rascó el bolsillo, del que cayeron pelusas. Mierda. Tendría que escribirle a su padre solicitando otros tres mil para el viaje y los gastos. El viejo protestaría, claro, pero si le prometía encontrar trabajo donde fuera para devolvérselos antes de un año, acabaría accediendo.

Unas risas apagadas estallaron lejos, a su espalda. No había la menor prueba de que fuera alguien burlándose de él, pero Vincenzo se alejó cabizbajo, rumbo a la parada del autobús.

Fue como si se llevara consigo una pequeña nube ponzoñosa.

3

En el piso de alquiler había muchas fotos, la mayoría de jóvenes angostos con cara de tuberculosis, como había sido Vincenzo antes de empezar a engordar. Antes de caer en la rutina de cafeterías, dónuts y hamburguesas de la vida del estudiante prototipo.

Chicos y chicas muy delgados, la mayor parte ligeros de ropa aunque no desnudos, proyectando sombras que en el negativo de cada foto eran blancas, plateadas como la eyaculación de un muchacho en una tarde de primavera. Cada foto estaba colgada de la pared en una posición estudiada para que crease una geometría en la mente del observador. Era un truco que Vincenzo había aprendido de los maestros lulianos[1], para los cuales la geometría

subjetiva era una pista esencial, un manual para entender desde los lazos moleculares a los puentes entre las estrellas.

Pero no sólo había fotos de jóvenes escuálidos en aquel mísero apartamento de cuarenta metros cuadrados. Unos cuantos muebles sucios hacían de testamento de la escasa vida social de Vincenzo: él nunca limpiaba. Desde que se emancipó, no había aparecido por sus manos un trapo con interés de ir más allá de «lo mayor lo dejo para otro día». Así pues, dunas de migajas y azúcar llovido de dónuts revoloteaban por las esquinas, sobre aros de cerveza encostrados, cartones de dulces y calcetines lanzados desde muy lejos a la papelera. Bajo una estatua africana comprada en el rastrillo de los domingos alguien había garabateado: ME RÍO DE LA MUERTE.

El reto que llevaba implícita esa sentencia le fascinaba. Después de leer, lo que Vincenzo hacía con más entusiasmo y consistencia era temer.

Nada más entrar en el piso, el joven dejó con cuidado la bobina sobre la mesa (la de los impactos meteóricos de cerveza), y abrió una de sus cajas de libros. Había muchas, más de las que cualquiera en sus cabales atesoraría en un antro de alquiler. Se alzaban formando pilas en los lugares más insólitos, como si formasen parte de la lógica de la casa. No tenía otro sitio donde meterlas, ese era el problema, ni dinero para alquilar un trastero.

Abrió una que estaba etiquetaba P-T con rotulador grueso. Revistas de temática científica y sobrenatural, desde *Panorama Nuevo Milenio* (1970) a *Paramerican Scientific* (tapa dura). También había un ejemplar rarísimo, y extrañamente traspapelado de su sitio, del *Mabinogion* de lady Charlotte Guest. ¿Qué rayos hacía allí? Como para ponerse a buscarlo en un momento de necesidad. También estaba su manual de referencia favorito sobre los cultos ancestrales, un pesado volumen encuadernado en rústica cuyo título era *Mujeres que montan en escobas: un análisis intercultural del fenómeno del culto al Demonio*. Lo firmaba su ídolo, la doctora Corah Westerdhal, una celebridad que habría dado su mano derecha por conocer.

Encontró lo que buscaba casi al fondo: un ejemplar maltratado de una revista oficial del condado de Logan, en Kentucky, editada en colaboración por un ayuntamiento y un círculo de jóvenes cristianos. Se llamaba *¡Despertad!*, y además de una docena de páginas de propaganda evangélica poco disimulada, había reseñas de concursos de flores, reuniones benéficas en las vicarías y asambleas parroquiales, crónicas de raros accidentes mortales donde siempre se involucraban animales, e incluso una lista de bautizos clasificada por edades, desde bebés a adultos arrepentidos (en aquel número de octubre llegaban a nueve).

La revista no era vieja, pero había tardado inexplicablemente varios meses en serle entregada por Correos. Vale que Kentucky estaba a casi tres mil kilómetros de Los Ángeles, pero un retardo así sólo podía justificarse si el paquete había cogido todas las comarcales.

De todos modos, contenía la información que Vincenzo buscaba.

En las últimas páginas se apelotonaban como lápidas baratas los clasificados. Su dedo revoloteó sobre las ofertas de trabajo, buscando una que le interesase. Mecánico de coches… nah, sabía lo justo como para echar a andar el viejo Studebaker de su padre. Y odiaba mancharse de grasa. Cocinero, asistente para ancianos, rebobinador de casetes en los videoclubes, ¿identificador del género de los pollos? Anda ya…

De repente, cual varita de zahorí, su dedo se posó en una de las lápidas. Con escritura dulcemente monotype, se solicitaba un técnico de radio con diplomatura en válvulas termoiónicas y diodos de germanio. ¡Justo lo que él sabía hacer! La única asignatura que había conseguido aprobar en aquellos años de universidad era la de radio (porque le habían suspendido a propósito todas las de cine, esos cabrones). Además, había cogido cierta soltura en las prácticas, tanto en la parte técnica como locutando.

El ofertante era una pequeña emisora del pueblo de Russellville, de esas que apenas tenían programación propia. Lo que hacían, por lo general, era mantener uno o dos espacios locutados con presentadores, y luego pinchar las emisoras grandes para que les cubrieran el resto de horas.

¿Se veía haciendo radio? Pues claro que sí. La decisión de mudarse al corazón del Cinturón de la Biblia estaba firmemente plantada. El Frigoretti tenía razón: uno tenía que dedicarse al cien por cien a buscar lo que realmente le interesara en la vida, y no perder tiempo con aficiones paralelas. Si ese puesto aún estaba disponible (en los meses que se había pasado la revista cogiendo moho en un paquete postal podían haber sucedido muchas cosas), le rentaría unos dividendos mínimos para vivir en Kentucky mientras daba rienda suelta a su pasión. Además, quién sabe qué maravillas podría atrapar en el aire con una emisora de esas.

Buscó el número de contacto, marcó el prefijo de Kentucky y pidió hablar con la persona encargada. Diez minutos después estaba loco de contento, empaquetando sus cajas de libros para que cupieran en el maletero del Studebaker. Tendría que prescindir de muchas, por supuesto, pero sus incunables, los libros más raros de la colección, sí que se los llevaría. Jamás en la vida se separaría de ellos. El resto que esperasen en algún box para estudiantes, ahora que ya no tenía que derivar ese dinero al alquiler del piso.

—¡Kentucky, allá voy! —gritó, eufórico.

Los chicos con cara de tuberculosis de la pared se guardaron sus opiniones.

TRATADO DE LOS VIAJES, II

EN LA CARRETERA

1

—Y OS MOSTRÉ LA SENDA DEL SEÑOR, LA ÚNICA VERDADERA —decía la radio, con el tono mecánico de años y años repitiendo lo mismo—. ¡Dejad atrás los espejismos de la iniquidad y la lujuria, pues el camino correcto no luce con destellos de embeleso, sino con silentes laudes de piedad! ¡Gritad con orgullo el nombre de Cristo, y Él os colmará de gozo!

—Elevemos nuestras preces al Señor —dijo Vincenzo, bajando el volumen. Con el codo esquinado en la depresión que primero su padre, y luego él, habían horadado con los años en la goma de la ventanilla, se relajó intentando olvidarse de tanta Biblia. Que los brotes de estática que de vez en cuando aparecían al tomar las curvas cercenaran de una vez sus letanías. Prefería concentrarse en la cortina de aire, en el paisaje que hacía desfilar árboles en centelleos brumosos, en las lejanas montañas del Medio Oeste con su tierra rojiza de aspecto huraño, para así quitarse el sabor de Jesús de la boca durante un rato.

Nunca en su vida se había alejado tanto de las grandes ciudades, por lo que aquel viaje iba a resultar una prueba de madurez tanto para él como para su coche. El viejo chiste del oso que miraba mientras conducía a su alrededor, a los grandes bosques, y decía: «aquí tenéis a un oso en su hábitat natural: ¡un Studebaker!», se estaba haciendo realidad.

Marzo había muerto hacía sólo siete horas y la naturaleza ya había captado el mensaje, preparándose para la siguiente estación. Era increíble la cantidad de cosas nuevas que captaban sus ojos, no acostumbrados a los paisajes del campo. Era como si al dejar atrás los edificios negros como losas carcomidas de Los Ángeles, las estrellas hubiesen cambiado lentamente sus órbitas y los cielos fueran ya distintos.

Dejar atrás aquellos rascacielos fue el primer paso. La sensación de estar alejándose de un entorno controlado (un país tan grande estaba hecho a base

de remendar «entornos controlados») no apareció inmediatamente, cuando salió del condado, sino bastante más tarde. Una gran metrópoli como Los Ángeles extendía sus tentáculos muy lejos tierra adentro, de modo que los pequeños feudos de agrimensores sobornados como Victorville o Prescott parecían muestrarios en diminuto de las ambiciones, luchas y desagravios de su planeta madre. La gente de allí seguía vistiendo, pensando y comiendo como en Los Ángeles, mientras criaban la siguiente generación de jóvenes soñadores con un ojo siempre puesto en el oeste. Al detenerse para almorzar o pernoctar en esos pueblos, mucho más allá de la línea imaginaria de Skull Valley, Vincenzo aún continuaba sintiéndose como en casa.

Reconocía lugares comunes: las camareras seguían haciendo virar sus trajes de hilo blanco a un gris espumoso en las manchas de las axilas, mientras servían platos en manteles con la silueta del ratón Mickey. Los tenderos miraban desde la sombra de sus carteles hacia el final de las calles, lamentándose por la poca puntualidad de los camiones de reparto, en estampas solariegas que retenían la paz y el costumbrismo de un cuadro de Bierstadt. Y la gente joven vegetaba bajo telarañas de humo de cannabis, como en todas partes, preguntándose cuándo demonios iban a dar comienzo sus vidas.

Iglesias metodistas, juzgados con paredes de estuco, tiendas de repuestos para el automóvil, algún que otro establecimiento con LPs de vinilo donde se podía adquirir el último éxito de Supertramp *Breakfast in America*, una cooperativa agrícola, colegios donde los estólidos de la clase gravitaban invariablemente hacia el fondo del aula, las fauces abiertas de una funeraria… Nada de eso lograba sacar al joven de la sensación de hallarse bajo la sombra protectora de la cultura pop, y aún menos de la paranoia anticomunista espoleada por el nuevo presidente, ese tal Reagan que había sido actor. ¿Acaso ahora, siendo político, había dejado de actuar?

Vincenzo no sabía nada de política, ni le interesaba, al menos hasta que lograra relacionar sus cáusticos ceremoniales catódicos con la panoplia de ritos heredados de la Antigüedad. Quizá los tele-informativos fueran una versión moderna del netilat yadaim judío, o del kukushmat cherokee. Quién sabía. Tendría tiempo de reflexionar sobre todo ello cuando llegara a Kentucky.

Mientras almorzaba en un Digest Cooper, en un precioso pueblecito de Arizona llamado East Fork (¿era en ese estado, seguro, o había cruzado la frontera sin darse cuenta?), Vincenzo se hizo un plan mental de días y lecturas, según lo que llevaba en el maletero y le apetecía revisar. Tenía libros

de sobra para varios meses, aunque llegaría a alcanzar el límite de la hambruna intelectual allá por el otoño y necesitaría encontrar otros nuevos. Según le había confiado una vez a Stertor (Stertor era un periquito que adoptó como mascota en su segundo año de instituto, y que le había acabado regalando a Marcy Ford por su cumpleaños —craso error—), para investigar rituales antiguos uno tenía que hallarse del humor adecuado. Y por humor, acepciones aparte, entendía ese estado de exaltación que sólo aparecía tras releer párrafos de sus libros favoritos, y que equivalía al que encontraban los amish menonitas tras pasarse siete horas de domingo alzándose y cayendo de rodillas.

Exaltación, bonita palabra. Él la generaba artificialmente acudiendo a pilares del género como *La gente blanca*, de Arthur Machen, uno de sus más preciados libros de cabecera. Ya sabía adónde ir a buscar ciertos párrafos y ciertas descripciones de la gente que habitaba los bosques que visitaba la joven protagonista; las palabras encerradas en ellos aún tenían poder para inflamar su imaginación como ninguna película de Hollywood. Joyas como el Mal, por supuesto, es enteramente positivo, aunque lo es en un sentido equivocado, o la profundización que hacía en el ensayo de Heine «los dioses en el exilio», interpretándolo a su manera, sólo merecían el calificativo de… orgásmicas.

Curiosamente, había conocido a Marcy Ford, la chica a la que le regaló el periquito, porque de algún modo le recordaba a la protagonista del cuento de Machen. Bonita, curiosa, atrapada en una suerte de tiempo implícito donde la alcahuetería de las viejas brujas adquiriría verdadero poder, e inevitablemente abocada a un final abrupto que ella misma convertiría en un enigma. O esa impresión tuvo Vincenzo cuando la conoció.

El final de Marcy, por desgracia, no había sido ninguna de las dos cosas: ni desdichado (se había casado con el hijo del dueño de una cadena de supermercados…) ni abrupto (… al que se había ligado tras una larga y costosa sucesión de planes de seducción). Tanto misterio tejido en torno a su persona para que al final no se dejara conducir a un destino digno de un escolio de Machen. Y encima se había quedado con su periquito. Mala pécora…

Si el osito aquel del chiste, el que consideraba su entorno natural no los grandes bosques vírgenes, sino la cabina de pasajeros del Studebaker, se hubiese estrellado tras pasarse acelerando en una curva, habría recibido con una gran sonrisa a los sanitarios. Y ante la pregunta de cómo se sentía con

aquellas heridas, les habría respondido con una sonrisa ensangrentada: «¿Qué heridas?».

Desde la perspectiva de sus amigos del instituto, y posteriormente de la universidad, Vincenzo era como ese oso: un ejemplar de laboratorio, el único criado en cautividad del genuino «bichus raritus *post*-adolecentus». Como solía decir su profesor de filosofía, el hombre es la suma de todos sus proyectos inconclusos y de sus viejas derrotas. ¿Cómo podía él, ante semejante conclusión, explicarles a esos bobos lo que se sentía siendo la única persona del colegio (qué demonios, probablemente de toda la ciudad) que sabía que en medio de la exposición de las Tablas de la Ley**[2]**, el primer precepto de las leyes morales y religiosas era «no dejarás con vida a la bruja»? ¿Cómo explicarles que había visto la cara del puto Moisés en un sueño justo en el momento en que leía ese párrafo, y le oyó murmurar algo así como «joder, la que nos espera»?

Ni siquiera sus padres se acercaban a comprender de dónde había salido ese interés cocido a fuego lento por la historia perversa del mundo. Vincenzo parecía, y de hecho lo era, un chico completamente normal: Anodino y obtuso para muchas materias, entre ellas las habilidades sociales. Vestía a su propia moda, que no seguía ninguna de las que imponía la tele y se basaba en el principio de simplicidad (las camisas de arriba del montón son las más fáciles de coger). Y aunque habría dado una palmada con fuerza sobre la Biblia para jurar que no era virgen, sobre lo que había ocurrido o dejado de ocurrir en el garaje del padre de Jane Svenson, en el 81, no quedaba ninguna certeza más que las puramente subjetivas. Vincenzo solía relatar con todo lujo de detalles a sus amigos a qué olía el coño de la Svenson, junto con pormenores morbosos del ruido que hacían sus pelitos de allá abajo mientras le bajaba lentamente las bragas, al quedarse enganchados en el encaje. Eso, claro, hasta que Jane se enteró y le cruzó la cara de un bofetón ante media clase, sus mejillas ardiendo como si se hubiese tragado dos cirios.

¿Qué heridas?

Sus padres no tenían dinero para enviarlo a una universidad cara, ni Vincenzo el talento como para merecerse una beca. Si esa ayuda hubiese estado vinculada a una sola asignatura («el espejo del alma: antropología semiótica y simbólica en las coordenadas culturales periféricas de Europa», por ejemplo, o más sensatamente, «los rituales paganos»), Vincenzo habría aprobado con matrícula de honor. Pero las becas y los másters y los postgrados no viven de un solo tema, sino que suelen rodearse de infectas

asignaturas secundarias. Estos eran los escollos más difíciles que encontraba Vincenzo; a él no le apetecía perder el tiempo estudiando nada que no fuera su más preciado objeto de deseo. Era como un amigo suyo del colegio que iba para mecánico, pero no quería tocar absolutamente nada que no fueran motos. Las motos eran su pasión. A los coches que les dieran por el tubo de escape.

Vincenzo tuvo que buscarse la vida para perder dos cosas que otros chicos dejaban atrás fácilmente: su virginidad, y el temor de sus padres a dejarlo salir del nido. Respecto a la primera, y aunque seguía defendiendo a ultranza que el episodio del garaje de Jane era cierto, pudo gritarle al mundo con toda libertad que ya estaba superado cuando la feúcha de Esther Bonanski accedió a salir con él, el segundo año de instituto.

Nunca fue la más deseada del insti, como sí lo era Jane, sino más bien la retraída que en realidad estaba tan deseosa de un amancebamiento pringoso como él, pero cuya educación cristiana jamás traicionaría semejantes deseos. Vincenzo la conocía de antes; era la típica chica de la clase con la que nadie quería estar porque habría sido caer muy abajo en el escalafón. Pero una noche… oh, qué noche, jamás la olvidaría mientras viviera… una noche habían salido a celebrar un cumpleaños, no recordaba de quién, a un antro donde ponían música disco. Sí, la música disco había resucitado a finales de 1978 gracias a una curiosa película de Travolta, un pavo que las tenía locas con esa pinta de cursi forrado de purpurina y esa pose de voy a llegar hasta el fin del mundo contigo esta noche.

En un momento dado de la fiesta Vincenzo salió a coger aire. Fue a echar una meada al callejón de atrás de la disco… ¿y a que no adivina a quién se encontró allí, agachada y absorta en la misma maniobra que él, señor juez?

Pues sí, a Esther Bonanski, con aquel traje azul marino que algún traidor comunista le habría dicho que era *sexy* a más no poder, y un moño tan severo que la mantenía constantemente al borde del grito. Estaba en cuclillas detrás de un contenedor de basura, sin ninguna otra amiga a su alrededor, cosa rara, liberando un largo chorro de pis que resumía todos los pecados que se había bebido aquella noche.

Vincenzo se la tropezó de frente, acuclillada, con las piernas abiertas y las bragas echas un cabo de amarre sobre las rodillas. Y la miró a los ojos.

Pero no sucedió. Esther acabó el ciclo natural de su meada, se puso en pie sin perder la paciencia y se subió las braguitas, todo esto sin perder de vista los ojos de Vincenzo ni una décima de segundo. Se alisó la falda, que le cayó hasta una indecente altura pareja a sus rodillas, y le dijo:

—No le cuentes a nadie lo que has visto.

Y se marchó, contoneando su robusto culo evangelista.

Vincenzo tardó tanto en recobrar el control de su cuerpo que casi murió asfixiado. Cuando por fin respiró (y su corazón volvió a latir) se dio cuenta de que tenía una hinchazón en el pantalón del tamaño de Kansas, algo tan grande y evidente que ella tenía que haberse dado cuenta. Pero no se había sentido ofendida. Esther escondía mucho más tras su fachada de callo de la clase de lo que ninguno de sus compañeros logró adivinar. Era un volcán en una erupción lenta que llevaba diecisiete años cebando sus crisoles.

Esther resultó ser una espléndida amante, cuando logró traspasar sus barreras y dejar que lo admitiera en su círculo íntimo. Y bastante perversa, pero siempre al modo cristiano: accedía a probar casi cualquier parafilia que a él se le ocurriese, pero sólo si antes leían la Biblia y encontraban algún pasaje que justificase (o al menos sugiriese) que un personaje bíblico la había practicado. Eso lo aprendió muy pronto Vincenzo, de modo que durante las primeras semanas de su relación se «preparaba» a fondo los encuentros con ella, pasándose la noche en vela buscando pasajes en los libros del Tanaj o en los del profeta Semaías que justificaran su libido.

Así, en Isaías halló una canonjía de fe que le otorgaba una prebenda al masoquismo («… y ellos fueron hasta el límite del desierto y se despojaron de sus ropas, y atendiendo al látigo y la vara, se amaron glorificando su sufrimiento por Yahvé…»). Otro día se atrevió a sugerirle una auténtica cochinada, que se introdujera un huevo en sus partes para él comérselo después, cuando la deuterocanónica Judit escribió «… pues fue mar y aire, líquido y calor, deshaciéndose sobre él y después él sobre ella, y disfrutaron juntos de los manjares manchados por la pasión…».

Vincenzo se avergonzaba un poco al ir por el instituto de mano de la fea de la clase, pero sabiendo lo que tenía, el tesoro perverso que había desenterrado de aquel callejón oscuro y que nadie más había osado abrir, se sentía muy feliz. No se veía en modo alguno casándose con ella, y de hecho se sentía utilizado en ocasiones, pues Esther había acabado tomando las riendas de la relación y decidiendo en todo momento qué se hacía y cuándo. Pero mientras pudiera resarcirse por todos aquellos años de represión sexual y volcar su pasión reprimida…

Todo fue bien hasta que un hermoso día de primavera Esther cortó por lo sano. No hubo broncas, ni peleas ni malos rollos, al menos no para ella. Simplemente, una tarde quedó con él en una cafetería que les gustaba (Vincenzo pensaba que para darle una mala noticia de índole biológico, un embarazo repentino o algo así), y le soltó a quemarropa que ya no le apetecía

salir saliendo con él. Y como en el amor, así como en el odio, todo es apetencia, pues cuando ésta se va no hay nada que hacer.

Lo curioso fue que Esther no tardó ni dos días en empezar a verse con un joven apuesto de su círculo de lectores del Evangelio, un tal Joshua. Un chico con el que sin duda empezó una relación pura y casta y digna de mención en el Guinnes celestial de los matrimonios evangélicos perfectos. Un día Vincenzo se los encontró paseando por la calle, tomados pulcramente de la mano. Pasaron de largo sin dirigirse la palabra, él con la misma cara de pasmo que aquella vez en el callejón, ella deslizando una sonrisita que escondía toda la perversidad del mundo. Tú sólo fuiste un experimento, un ensayar lo peor de la vida antes de reafirmarme en el lado de la luz, le dijo. Y ahora seré feliz para siempre, y tendré docenas de hijos y me convertiré en el orgullo de mi comunidad, mientras que tú seguirás siendo un estúpido pajero».

Tuvo razón en todo.

¿Qué heridas?

2

En los estados que cruzó en su largo viaje había grandes ciudades, por supuesto. Desde Denver, la joya del medio oeste, hasta la industrializada Chicago, pasando por Wichita, Tulsa o Nashville (¡el núcleo de toda la brujería del país!, como rezaba una oportunista —y falsa— publicidad). Pero Vincenzo las evitó. Cada vez que se encontraba con una carretera principal la esquivaba entrando por una secundaria, e incluso por comarcales de mala muerte de las que, en una o dos ocasiones, llegó a pensar que no saldría nunca. Y todo por lo que le había dicho a Stertor aquel día: era importante conseguir el sentimiento adecuado, la limpieza de mente y espíritu idónea para sintonizar con el mundo de lo oculto. Las metrópolis desviaban la mente de todo eso, vendiéndole a uno la idea de que no había ningún problema, de que todo estaba planificado para que el ser humano se encontrase en un entorno confortable. ¿Ha traído usted su tarjeta de crédito?

Vincenzo no quería eso. Aquellas comarcales fueron un viaje en zigzag hacia lo desconocido, hacia aspectos de la vida moderna que tenían menos grosor que una resma de papel, y que en algunos puntos transparentaban lo que había debajo: un antiquísimo entramado de costumbres que harían arquearse más de una ceja si alguno de los que aquí vivían las aventara en un programa de televisión.

Eso era lo que perseguía Vincenzo: los detalles que nadie entendería aunque los viera. La sustancia basada en la superstición que cementaba muchas facetas de la cultura americana, a la que nadie prestaba atención porque no podían tolerar su existencia. Nadie oye, por lo general, los ruidos secretos que resuenan entre la hierba cuando cesa el viento. Nadie escucha el eco de las antiguas palabras, camufladas en el corazón de los salmos y cuyo significado es radicalmente distinto al que la gente piensa.

El paisaje acompañaba: interminables hileras de postes telefónicos (¿acaso llegaría una época en que la telefonía no requiriese de dantescas telarañas de cobre, por Dios?) conducían a pequeños reductos de civilización que, en ocasiones, ni siquiera aparecían en los mapas. Desde las iglesias que dominaban irrevocablemente estos pueblos, los gallos de metal guardaban una solemne observancia. Nada escapaba a sus ojillos perforados y siniestros: ni los rebaños de vacas que miraban todas en una misma dirección, como si estuviesen elevando una plegaria, ni el arroyo que se llevaba su canción secreta muy lejos, a donde nadie pudiera escuchar sus chismes sobre la vida oculta del pueblo.

No supo bien si fue al dejar atrás Cairo, en la misma frontera de Kentucky, cuando entró en una aldea preciosa. La flanqueaban largos campos con hileras de trigo temprano. La radio de su coche era lo único que ocasionaba una cierta estridencia en la calle, así que la apagó, dejando a los chicos de Ultravox a mitad de una estrofa de Viena.

Pero no todo estaba en silencio: en cuanto aparcó frente a una cafetería y retiró la llave del contacto, pudo oír el ronco jadeo de un tractor, y una melodía que sólo podía surgir del raspado de la aguja de una gramola. Provenía de una ventana abierta: un éxito de los años 50 de Conway Twitty.

—Por Dios bendito… —se asombró Vincenzo, a medio camino entre el miedo y la fascinación. Sí, era un lugar como aquel. Exactamente igual. El típico sitio donde cerrar el vehículo con llave se consideraría una falta de respeto, porque, ¿quién iba a robártelo?

A su espalda pasó como una exhalación un camión de doce ruedas, un monstruo ebrio de inercia que no podría parar si de repente se le cruzara un niño ni aunque se interpusiera el mismísimo Sansón. Llevaba el letrero «pork chop *express*» pintado en un lateral.

Esta es la única vida que conocéis por aquí, ¿verdad?, alucinó Vincenzo. Los tráileres que sólo paran cuando es de noche, y el resto del tiempo ni siquiera se dan cuenta de que existís. No tienen tiempo ni de veros pasar por el rabillo del ojo.

Entró en la cafetería, que le sorprendió porque las camareras no iban vestidas con los delantales de los tiempos de su abuela. De hecho, había un detalle muy moderno (una televisión pequeña, sobre un estante) que rompió la ilusión y lo trajo de nuevo al siglo XX. La que estaba mirando el programa mientras fregaba unos vasos era una chica de ascendencia germana, pero que, según la placa de su pecho, se llamaba María.

—Buenos días, ¿en qué podemos servirle? —le preguntó a Vincenzo con una radiante sonrisa.

—Buenas… un vermouth con cebolla en lugar de aceituna, por favor. ¡O no, espera! Mejor un *fish house* con *brandy* de durazno.

La chica le preparó el cóctel con una facilidad pasmosa, como si estuviese habituada a hacerlo todas las noches. Lo estuvo observando de reojo mientras el joven se acomodaba en la barra y sacaba dos cosas de su chaqueta: la revista *¡Despertad!*, donde había encontrado la oferta de trabajo, y un ejemplar de bolsillo del *Mabinogion* traducido por lady Charlotte Guest. Era su libro de cabecera para todas aquellas horas de coche, una especie de antología de relatos medievales galeses. Tenía grabado el título en caracteres góticos.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica, como si su belleza le diera carta blanca para entrometerse en todo. Con dedos llenos de práctica fue terminando de componer unos panqués, midiendo las porciones exactas de melaza, harina y leche, y todo sin quitarle la vista de encima a Vincenzo.

—¿Esto? Oh… un libro muy antiguo. Sobre cuentos populares y su significado auténtico.

Eso pareció hacerle gracia a la joven.

—¿Acaso tienen otro significado que no sea el auténtico?

—Claro —sonrió Vincenzo, con la simpatía del erudito al que le dan pie para hablar de su tema favorito—. Todo tiene un significado oculto, hasta la comunión.

—La comunión es lo que es, guapo, un símbolo del amor de Dios. Un acto de contrición. O eso nos dice el párroco todos los domingos.

—Estamos de acuerdo, pero… ¿te has preguntado alguna vez de dónde viene, o por qué se representa así? Eh… María —leyó el nombre de la plaquita—. Tienes un nombre muy bonito. Procede del hebreo Mír-yam, que significa «excelsa», y también «rebelde».

—Gracias. ¿El tuyo es…?

—Vincenzo, que significa «tengo poca suerte con las chicas».

—¡Oh!, ¿eres italiano?

—Sí, de ese barrio de la Roma profunda llamado Los Ángeles. Hijo de inmigrantes.

—Como casi todos aquí. Volviendo a la comunión, me tienes intrigada. ¿Por qué dices que debería preguntarme de dónde viene? ¿Acaso no procede de la Biblia?

—Sí, pero, ¿qué es la Biblia? Una recopilación de influencias religiosas copiadas de las culturas militarmente poderosas de su época, como la persa y la griega. Y en Persia, ¿acaso no eran habituales los sacrificios humanos y el canibalismo? ¿O las metamorfosis de los dioses en animales? Todo eso fue recogido por los que escribieron las reglas básicas del cristianismo, y ha sobrevivido hasta nuestros días. Aquellos rituales paganos siguen existiendo, encarnados en la comunión, por ejemplo.

La muchacha lo midió con la vista un segundo, como si estuviese decidiendo si Vincenzo era otro forastero loco que quería ligársela con su verborrea, o un simple estudiante despistado que no quería hacer daño con su cháchara blasfema. Debió decidir que había más de lo segundo, porque le dejó continuar.

—¿Persas y griegos, me decías…?

—Sí. Las metamorfosis de los dioses griegos están en la Biblia, y te lo puedo demostrar.

—¿En serio? Te invito a otro cóctel si lo haces.

Una sonrisa cáustica se abrió paso por la cara de Vincenzo.

—Bueno, tú lo has querido, guapa —dijo con simpatía—. ¡Estamos en los ochenta, tierra de preguntas! Atiende bien: igual que fue la benevolencia la que movió a los dioses olímpicos a transformar a Procne en golondrina, no era sino la lujuria la que movía a Zeus a convertirse en cisne, llovizna dorada o toro blanco, cada vez que se encaprichaba de una mortal. Por lo general bella y apetitosa, por cierto. No era tonto, el tipejo. —Le guiñó un ojo—. Esa metamorfosis de los dioses en animales para engendrar a humanos «especiales» la tenemos también en la Biblia. ¿Qué es, si no, el mito de la paloma blanca?

Ella parpadeó, sorprendida. Nunca le había dado por interpretar así la leyenda de la concepción de Cristo.

—Lo que hizo el Espíritu Santo fue exactamente lo mismo que hacía Zeus cuando quería dejar preñada a una mortal, por lo que podemos deducir que los mitos hebreos estaban muy influidos por los griegos, hasta el punto de usar sus mismos, llamémoslos así, «recursos dramáticos». Yahvé, más salido que

las esquinas, se convierte en paloma para dejar preñada a una joven y engendrar a un semi-dios.

—No puedo creerte. ¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Y otras costumbres adoptadas por la Iglesia, sobre todo a lo largo de la Edad Media, también tienen una explicación racional, fuera del propio ámbito del mito. ¿Sabías, por ejemplo, por qué los curas le han tenido fobia desde siempre al control de población? ¿Por qué lo consideran un gran pecado? Ese mandamiento se creó en la época de las Cruzadas, cuando Europa estaba diezmada por las plagas y las guerras, y la gente tenía que ponerse a procrear en plan salvaje para tener cuantos más hijos mejor. Sin un incremento radical de población, no habrían podido reunir ejércitos para luchar contra los musulmanes, y el Islam habría ganado la partida. Esa necesidad de medir la fuerza de una religión a través de su número de practicantes se convirtió, con los siglos, en dogma de fe.

—Pero… ¿y el canibalismo?

—¡También está en la Biblia! De hecho, tú lo homenajeas cada domingo cuando te metes en la boca la sagrada Hostia. —La chica le lanzó una mirada torcida, de venga ya, tío, pero él estaba lanzado—. En la Antigüedad lo normal era rendir tributo a los dioses brindándoles sacrificios de sangre. Y hablo de seres humanos, no de animales. Lo raro era encontrar religiones que no contemplaran ese factor sacrificial, de lo cual te podrían dar buena cuenta los vikingos y otras culturas aún más modernas. ¿Te has preguntado por qué el momento culminante de la misa es devorar el cuerpo de Cristo?

»Hoy en día se hace en sentido figurado, pero la idea básica sigue ahí: te comes a Cristo, literalmente. Devoras a otro ser humano para contentar a tus dioses. Los primeros cristianos lo hacían, porque en aquella época era lo que se llevaba. —La mirada de estupefacción de la camarera no tenía precio—. ¡Hablo en serio! Los primeros cristianos sacrificaban gente a Yahvé, de ahí viene lo del rito de la sagrada Hostia. Te lo jura un experto en rituales antiguos.

Ella había dejado congelada su mano en el quinto ingrediente de aquel panqué, hasta el punto de que se le iba a estropear si no lo metía ya en el horno. Vincenzo le hizo un gesto para que se diera cuenta y reaccionara, pero ella siguió mirándolo igual que a un chiflado escapado de algún sanatorio. Se le había borrado de la cara cualquier rastro de simpatía.

Sabiendo que había vuelto a meter la pata, y hasta el fondo, Vincenzo se excusó y dejó el cambio exacto en la barra. Cuando estaba a punto de abandonar el local, sin embargo, la camarera le dijo:

—¡Aguarde, se deja esto!

La revista se le había quedado sobre la barra, con la dirección de la emisora de radio y el número de teléfono del contacto. Genial, se felicitó; casi lo había arruinado todo por un tonto esfuerzo de impresionar a una camarera que ni en sus mejores sueños iba a compartir su pasión. Dándole las gracias por lo bajo, recogió la revista y se la metió otra vez en la chaqueta.

—¿Va usted a Logan?

—Sí, a Russellville. ¿Por?

—Tenga cuidado por allí con… ya sabe, con las historias estas que usted cuenta —le advirtió María—. Es un nido de rednecks. No verán con buenos ojos a un forastero que llama caníbales a los cristianos.

—Gracias por el consejo. ¿Ha oído hablar de una emisora local, la KNB?

Ella hizo girar el dial de un transistor, un sólido chisme de metal verde, y una voz idéntica a la del predicador que había acompañado a Vincenzo por aquellas carreteras surgió lanzando improperios contra el demonio y los ateos. La voz tenía una inquietante proximidad pese a la distancia, como si su dueño estuviese a escasos milímetros del rostro de Vincenzo.

—Aquí la tiene. Retransmiten desde la montaña que hay junto a Russellville, la de los olmos pelados. Tres veces al día, análisis de la Biblia. Resumen de las actividades benéficas en las vicarías dos y listado de asambleas parroquiales una. El resto del tiempo, música religiosa.

—Qué salvaje. Gracias de nuevo, bella dama, y espero que mis palabras no la hayan ofendido.

Ella no se molestó en contestarle, pero le dejó caer una sonrisita juguetona justo antes de que la puerta se cerrase. A lo mejor le dan morbo los herejes, pensó. En su larga lista de ligues imaginarios y oportunidades perdidas, María iba a ser la primera a la que se la imaginaría pidiéndole que le soltara locuras paganas mientras se la follaba.

Salió del *parking* con dos maniobras y enfiló la comarcal rumbo al este, justo hacia Russellville. Prepárate, KNB, pues aquí llega tu nuevo empleado.

TRATADO DE LOS VIAJES, III

RUSSELLVILLE

1

Una delicada telaraña de bejuco crecía por los costados del círculo de piedras que coronaba la colina. Si uno acercaba la nariz a aquella planta, se sorprendía al detectar un huidizo aroma a rosas. Era uno de los muchos misterios que circulaban a través y alrededor de la leyenda de aquella colina y de aquel círculo. No eran manos humanas las que habían dispuesto así las rocas, ni ahora ni antaño, ni tampoco tuvo el hombre nada que ver con los surcos que hendían la tierra y que sólo podían apreciarse a vista de pájaro. Líneas maestras, esquemas neotéricos, símbolos naturalmente grabados por la acción del viento sin la participación de criaturas inteligentes. Misterios entrevistos a través de un catalejo como galaxias verdosas preservadas en botellas.

Eso significaba la colina para Canaán Lubby. Y sus adeptos (de ninguna forma podía aplicar la palabra «amigos» en ese contexto) seguro que se dejaban contagiar de todas aquellas sensaciones. No les quedaba otro remedio, dada la especial relación que tenían con la colina, y con Canaán.

El niño fue el primero en subir hasta allá arriba aquella mañana. No había ninguna senda que condujera desde la ciudad hasta el promontorio, y cualquier rastro de pisadas dejado por el hombre o por algún animal despistado se borraba indefectiblemente al día siguiente. ¿Por qué? Contestar a eso implicaría saber cosas que escapaban a la formulación del siglo XX. Nadie, ni siquiera Lubby, conocía el momento exacto en que el círculo había aparecido en su bendita parcela del universo. Ni le interesaba saberlo. Averiguar a la fuerza ciertos detalles sobre las largas y frágiles cadenas de hechos que algunos llamaban «destino» podía hacer que la mala suerte las acabara rompiendo.

El niño llegó a lo alto de la colina y se sentó en la tercera piedra empezando desde la más grande, por la izquierda. Siempre era la misma, y siempre llegaba hasta ella rodeando el círculo en sentido inverso a las agujas

del reloj. A contratiempo. La piedra más grande era la Piedra Plana, y además de poder tenía una historia peculiar.

La vista era magnífica: la ciudad de Russellville (algunos la llamaban aún «pueblo», dado que no era muy populosa) tendida sobre un cuadrado de césped de varias hectáreas, con sus calles dibujando líneas maestras y la actividad efervescente de las hormigas… perdón, de los hombres, moviendo sus pequeños pedazos de cotidianeidad de un lado a otro. Le encantaba disfrutar de esa panorámica. Como en las postrimerías de los grandes cataclismos, había cierta alineación en las cosas mundanas que hablaba de un mensaje oculto, de una advertencia.

Ah, ya venían los adeptos. Vio a los dos primeros apareciendo por un lateral de la colina, justo por donde Canaán les había enseñado: eran Surendra Keyvol y su primo, el impertinente Cole Baez, que jamás le había caído bien a Canaán. No le gustaba la manera que tenía de buscarle la quinta pata al gato en todo lo que él les contaba, en las enseñanzas del Maestro. Siempre estaba cuestionándose cosas y preguntando por qué esto y por qué lo otro. Como si las enseñanzas tuvieran que tener un significado lógico para ser ciertas. Le dejaba estar en el círculo porque, como todos los demás, al final podría servir para rellenar uno de los huecos importantes del ritual.

Surendra, por el contrario, le gustaba mucho. Y a todos los niveles que uno pudiera imaginarse. Era una flor delicada con ojos del sur, naricilla respingona de los estados del centro y un carácter belicoso propio del norte, con lo que en una sola de sus miradas se compendiaban todos los Estados Unidos. Era hija de la dueña del colmado de la calle Wilmore, la viuda del tipo aquel que se metió creyéndose Steve McQueen en el incendio de la casa consistorial, en el 79, y que no salió para contarlo. No tenía madera de bombero, aunque, a tenor de lo violentamente que habían ardido su carne y sus huesos (qué resplandor más vivo, recordaba con una sonrisa maliciosa Canaán), desde luego sí que tenía madera de algo.

Surendra había heredado de su madre su eterna expresión de alerta fingida, como la que uno pone cuando le suena el teléfono de madrugada, y unos pechitos tan pequeños que se había acostumbrado a no ponerse sujetador. ¿Para qué iba a gastarse dinero en tales prendas, si no tenía nada que sujetar? Y eso que estaba en quinto curso, junto a chicas que a sus catorce años ya lucían unas ubres que les impedían la visión de sus propios pies. Canaán, por conversaciones que había tenido con ella, sabía que Surendra estaba acomplejada por este tema, aunque no se lo había confesado ni siquiera a su madre. Tenía una pequeña hucha que le habían regalado cuando cumplió

los ocho años para que fuera metiendo poquito a poquito las monedas que le dejaban caer los adultos. Desde esa tierna edad, había estado ahorrando esos pedacitos de caridad para, cuando fuera mayor, poder permitirse una de esas clínicas tan caras donde iban las estrellas de cine, para ponerse tetas. «Como las de Lynda Carter», era su sueño; «así de redondas y colgantes y sin separación en medio. Esas son las tetas que yo tendré de mayor. Y el pezón será ancho y rojo como una porción de pizza, para que mi marido pueda chuparlo a gusto».

Por supuesto, ella nunca llegaría a mayor, ni por consiguiente a tener marido. Eso Canaán lo sabía desde ya, pero no quería decírselo para no asustarla. No se lo diría a ninguno de los del grupo, porque, aunque todos estaban con él porque tenían sus secretas ambiciones, al final lo único que contaba eran los planes del Maestro. Y en ellos no había sitio para que ninguno de aquellos chavales llegase a la edad adulta. Lo único por lo que rezaba Canaán era porque, antes de que llegase el momento, tuviera la oportunidad de follársela. Arrancarle a lo bestia la virginidad a Surendra Keyvol, quisiera ella o no, era uno de sus sueños más secretos desde que cumplió los once.

La muchacha y su primo llegaron jadeando a lo alto de la colina, y le hicieron al niño el saludo ritual con la palabra que él les había enseñado:

—Kamusta —dijo Surendra, con una amplia sonrisa.

—Kamusta, joder, kamusta para todos… —coreó su primo, con la cara de hastío de siempre—. ¿Por qué siempre nos vemos aquí arriba, Canaán, en el quinto infierno? ¿Es que la lengua secreta no puede hablarse en la heladería, delante de un pico-cono de chocolate?

El niño se frotó los ojos, cansado. Si ese memo supiera de verdad dónde estaba el quinto infierno, y lo que era…

—Te lo he explicado muchas veces, Cole. Nuestras reuniones son secretas por algo. No puede haber adultos cerca cuando se emplea el Agón di-Gatuan, o empezarían a pasar cosas. Cosas malas, ¿entiendes? Y aquí, además, estamos en un lugar especial. Aquí el Maestro nos oye mejor.

—Como si fuera una radio, ¿verdad? —preguntó la chica, entusiasmada—. Una radio sintonizada con la frecuencia del Otro Lado. ¡Ah, mira, por ahí vienen los otros! ¡Hoy han sido puntuales!

Señaló a la misma senda que habían usado ellos (en la cual no quedaba ni el menor rastro de sus huellas). En efecto, por ahí se arrastraban las cansinas humanidades de la gorda de Sandy Peckerman y del flacucho amargado de Gerry Damiano. Eran dos casos crónicos en el amplio panorama de la

juventud acabada de Russellville: Sandy tenía catorce años, los mismo que Surendra y su primo, e iba a clases de piano y de corte y confección después de sus obligadas horas de colegio. Odiaba a muerte ambas disciplinas, pero sus padres eran de esa clase de progenitores que necesitan tiempo libre en sus vidas, mucho más del que hacía falta dedicarle a una hija, y la metían en todas las actividades extra-escolares habidas y por haber. La excusa que ponían era que así Sandy, su caramelito, estaría muy preparada para enfrentarse al mundo laboral. La verdad que subyacía era que los Peckerman jamás habían querido tener hijos; Sandy era el daño colateral de un polvo sin condón en una borrachera del día de Acción de Gracias, y ninguno de los dos pensaba renunciar al poco tiempo libre que les dejaba el trabajo para dedicárselo a ella. Lo peor de todo era que Sandy conocía ese aspecto «aleatorio» de su concepción, y lo llevaba lo mejor que podía entre complejo y complejo.

El caso de su amigo, Gerry Damiano, era si cabía aún más patético.

Gerry era el más joven del grupo sin contar al propio Canaán. Levantaba a duras penas trece años del suelo, y lo de levantar era sólo a medias, pues siempre andaba encorvado y haciendo eses de borracho, como si le costara un triunfo cargar con su propio esqueleto. Tenía menos fuerza que un pedo maricón, como decía su padre, un camionero separado que tenía pósteres de los cachas de la lucha libre por toda la cabina de su vehículo, y que para demostrar que no había nada rarito en su admiración por ellos, conocía todos los coños de las putas que había desde aquí a Chicago. Al morir la madre de Gerry se había quedado con la custodia del niño, y aparte de prepararse para entrar en la academia de la policía local, se las había arreglado para cambiarle el nombre que ella le había puesto (ya ni se acordaba de cuál era) por el de Gerry, para que la conjunción con su apellido diera como resultado el de un famoso director de porno.

Trevor Damiano, que así se llamaba el padre (cuyo trabajo cada vez era conducir menos y beber más, como si persiguiera hacerlo a jornada completa), albergaba la secreta esperanza de que el mierdecilla de su hijo se convirtiera de mayor en un semental, amo y señor de cuantas felatrices se le pusieran delante. Magra esperanza, dado que el chaval parecía haber nacido con una constitución física endeble a más no poder.

El padre de Gerry solía tomar unas pastillas de lindos colores que le había recetado hacía años el médico. Su objetivo: combatir a vietcongs con nombres tan ladinos como «isquemia cerebral parcial», «ateromas arteriales» y otros fantasmas que acechaban su vejez. La decepción constante que Gerry suponía para él no hacía sino cavar madrigueras cada vez más profundas para esos

vietcongs en el cerebro de Trevor, que algún día acabaría estallando como si hubiese pisado una booby-trap.

Las vidas simples y oscuras no presentan complicaciones de cálculo. Por eso habían sido atraídas tan fácilmente al círculo de Canaán. Los cantos de sirena resuenan mejor en aquellas personas cuyas vidas ya constituyen por sí solas un pequeño infierno.

—¡Kamusta para todos! —saludó Gerry cuando llegó a la cumbre. Sandy, que venía detrás de él, cayó apoyándose en sus rodillas mientras soltaba jadeos incomprensibles.

—Kamusta —dijo Canaán, pero esta vez de forma solemne, como si repartiera bendiciones—. Bienvenidos a la prahdáh, la última reunión antes del Nhud. Me alegra que hayáis venido todos, ya sabéis lo importante que es este día.

—Yo casi no logro escaparme de mi padre —gruñó Gerry, echándose unos pelos largos por delante de los ojos. Creía que así era más siniestro, y por consiguiente más guai, pero lo único que lograba era resultar más patético —. Me dejó salir de casa porque le prometí ir a comprar cervezas de las baratas a Macy's. Como está al otro lado de la ciudad, y al viejo no le importa un carajo cuánto tenga que caminar yo con tal de que le consiga las birras, tengo algo de tiempo.

—Yo despisté a los míos porque les dije que había clase especial de piano —rezongó Sandy—. Eso les gustó, aunque no tuviera ningún sentido porque la profe está de vacaciones. Ellos, con tal de librarse de mí la mayor cantidad de horas posible…

—Bueno, no importa, lo esencial es que estáis aquí —asintió Canaán. Estaba apoltronado con un cierto aire mesiánico sobre la segunda piedra más grande (la principal no podían tocarla, y en ciertos momentos de las ceremonias ni siquiera mirarla), con todos los chavales en la hierba, en semicírculo—. Sabéis que la prahdáh es un momento álgido, el día en el que nos consagramos de muchas maneras distintas a las Creencias. Hay que estar no sólo del humor adecuado, sino con la vista puesta en el objetivo, sin distracciones. Surendra. —Se volvió hacia ella, la primera de todos en confesarse—. Empieza tú. ¿Has hecho lo que te dije la semana pasada?

La chica enrojeció de vergüenza, pero empezó a hablar. Cuando el vicario preguntaba, nadie podía quedarse callado.

—Eh… yo… bueno, hice lo que me dijiste, me esforcé por ignorar todos los impulsos nefastos de mi cuerpo. Pero tengo… tengo que confesar… —Tragó saliva, y aquí Canaán intuyó que no había hecho del todo sus deberes

—. Confieso que anoche le estuve dando un poco al dedito, otra vez. ¡Yo no tengo la culpa! —alzó la voz, verdaderamente arrepentida—. Sólo fue un roce. Me estaba cambiando las bragas, en el baño, y me acerqué demasiado los dedos a la vulva. Es que es muy difícil mantenerse fría cuando… cuando pienso en Daniel Gross.

—Eres una traviesa, Surendra —la regañó el niño—. Sabes que Gross no es para ti. Ni será para nadie. El Maestro le tiene reservado otro destino.

—Ya lo sé, pero yo…

—Cuéntamelo y tal vez el Maestro te perdone. No omitas ningún detalle.

Canaán ocultó una sonrisa. No era necesario, ni mucho menos, conocer los pormenores de cómo la jovencita Surendra Keyvol se masturbaba en su baño, pero le apetecía oírlo. Sus amigos tenían los oídos tan abiertos, también, que parecían murciélagos.

Roja como un tomate, Surendra hizo nuditos en la hierba con los dedos.

—Pues estaba en mi habitación, después de ponerme el pijama. Mi madre siempre se empeña en que duerma con braguitas, aunque me rozan en la ingle… En fin —aceleró, viendo la cara de impaciencia de los otros—, que cogí un papel y dibujé un garabato que se parecía a Daniel. Es el chico más guapo del equipo de baloncesto, y lo pinté así, con hombreras grandes y con un… un… bueno, una cosa de esas que tenéis los chicos, colgándole por fuera del pantalón. Como si hubiese salido a jugar con la bragueta abierta, delante de todo el mundo.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Sandy, horrorizada pero tan intrigada al tiempo que haberle tapado los oídos habría sido un acto de crueldad.

—Me acaricié allí… Hay como una especie de botoncito, no sé si lo sabéis. Una vez lo vi con un espejo. Cuando lo pulsas sientes un calambrazo. Yo sentí calambrazo tras calambrazo hasta que solté un chillido, pero me tuve que esconder bajo las sábanas porque mi madre vino corriendo a ver qué pasaba. Durante todo el rato que estuve hablando con ella y tranquilizándola, como no me podía ver sino la cabeza, tuve la mano metida en el chocho.

Los demás rieron la ocurrencia, como niños pequeños. Decir chocho, en ese contexto, era como soltar un taco prohibido si había algún adulto cerca. Un pecadillo venial.

—Has sido mala, Surendra —dijo Canaán con voz grave. Sus ojos eran demasiado fríos como para pertenecer a un niño de once años. Era como si alguien hubiese cogido a un tiburón asesino y, comprimiéndolo con un torno, lo hubiese metido dentro de un traje con la forma de un infante—. Pero te perdonamos. Eso sí, para la noche de la octava reunión debes venir

completamente pura, o te atravesaré el botoncito ese con un alfiler para que nunca más vuelva a entrarte la tentación de usarlo. ¿Lo has comprendido?

La joven palideció, y sólo pudo asentir con la cabeza. En un acto reflejo, y aunque llevaba pantalones vaqueros, sus manos se alejaron todo lo posible de su entrepierna.

—Además, no deberías albergar esperanzas de que un chico así llegue a interesarse nunca por ti. Estás demasiado gorda, y las chicas gordas no atraen a los guapos del instituto.

—¿Yo… gorda? —Surendra y Sandy se miraron, impactadas. Si la primera, que no debía pesar más de sesenta kilos, estaba gorda, ¿entonces cómo consideraría Canaán a la más gruesita Sandy?

Canaán, ignorándolas (y disfrutando de su cara de pasmo), miró al pequeño Gerry.

—Por cierto, tengo una mala noticia para ti, amigo. El Maestro dice que eres homosexual, así que tendrás que demostrarlo y pagar luego la consecuente penitencia.

El chico dio un respingo tan fuerte que casi se subió a la piedra del susto. Miró de hito en hito al líder.

—¿¿Qué?? ¿Yo, homo… eso? ¡No, no, te equivocas! ¡No lo soy!

—Tonterías. Si el Maestro lo dice es que es cierto. ¿O acaso quieres defender tu propia versión?

—¿Versión? ¡No tengo ninguna versión!

—Por eso te compadecemos tanto, Gerry. —Canaán echó un vistazo de reojo al pantalón del chico, que estaba tan hinchado después de oír el relato de Surendra como los de los demás varones. Eso probaba que se había excitado escuchándola. Pero si quien ellos sabían decía que era maricón, es que era maricón y punto—. Si quieres que el Maestro te perdone debes hacer penitencia.

El niño se echó a llorar, y cayó rendido ante los pies del vicario. Temblaba tanto de miedo y de asco que el flequillo se le había desplazado hacia la parte de atrás de la cabeza. Cole se apartó de él como si hubiese contraído la lepra.

—¡No, no, por favor! —suplicó Gerry—. ¡Si él lo dice es que es cierto! ¡Soy homosexual!

—¿Lo ves? Te encargo que lo demuestres, bien demostrado, para que comprendas la fealdad del acto pecaminoso en el que piensas cada noche. —Los ojos de Canaán ardieron por dentro—. El elegido será… —miró a

Surendra de reojo—… Daniel Gross. Cuando lo hayas hecho con él, entenderás por qué hay que purificar tu alma.

—¡Sí, sí! —lloró Gerry, tan destrozado como si le hubiesen dicho que todos sus amigos habían perecido en un accidente—. ¡Te juro que lo haré! ¡Estoy sucio, sucio por dentro! ¡Tengo visiones impúdicas con penes y… y culos!

Por supuesto, todo era mentira, pero Canaán se lo tomó como si fuera la confesión final de un asesino. Se puso en pie, solemne, y los despidió a todos diciendo al revés la palabra ritual:

—Atsumak. Que los poderes os sean propicios. Nos veremos aquí dentro de un mes en la octava reunión, el Nhud. Ya sabéis que está prohibido que nos veamos hasta entonces, así que si tenéis algo que preguntar, hacedlo ahora. No vengáis a verme, ni siquiera a mi casa, por favor. Hay que mantener las formas.

»Como siempre, hasta que llegue el día tened el máximo cuidado; no queremos que los malditos adultos se enteren de lo que estamos haciendo. Nuestra misión vital es demasiado pura y hermosa como para que nos la arruinen.

—Ajt-mesh —dijeron todos, una forma arcaica del «amén» cristiano.

Así fue como terminó la reunión, y cada cual se marchó por su lado. Todos menos Canaán, que se quedó un rato más junto a las piedras. Pensó en sus acólitos, en lo ingenuos que eran. Antes de que limpiasen el lenguaje de prejuicios, los nombres de algunos de ellos significaban cosas bastante radicales, como Gerry (el asesino de negros) o Surendra (la tísica que propaga la enfermedad). Pero claro, con la Antigua Lengua todo era mucho más fácil. Y más auténtico. No había prejuicios.

Creyó oír los gemidos de Gerry mientras descendía llorando la montaña, realmente impactado por haber descubierto su homosexualidad. Ahora iría a ver al agresivo Daniel para demostrarla en público, lo que seguro que no le sentaría nada bien ni al campeón de baloncesto ni al padre de Gerry, cuando se enterase. Los lacitos de cuerda celular de Trevor Damiano iban a arder en una combustión ribonucleica cuando alguien le dijera que su peor pesadilla, que su único hijo era un mariposón enculable, era una realidad.

Canaán esbozó una sonrisa de barracuda, tumbándose junto a la piedra central para ver desde esa posición el cielo. Había un olor antiguo y languidescente en ella, como el que a veces habita por un siglo o más en los muebles antiguos.

Sí, la siguiente semana prometía venir cargada de eventos interesantes.

2

La gente que vivía en Russellville gozaba de un talante tranquilo, a años luz del límite del descorchamiento, como llamaban en Los Ángeles a la frontera más allá de la cual una persona explota en un arrebato de ira, y al cuerno con la cortesía. El límite de descorchamiento que tenía la gente en la ciudad de donde provenía Vincenzo era inusitadamente corto. Aquí, en Russellville, individualmente eran serenos y templados, pero como grupo podían tener días bastante complicados.

Eso lo descubrió Vincenzo a los pocos meses de estar trabajando como técnico en la emisora KNB. Las cosas habían ido como la seda desde su curioso encuentro con la camarera de Cairo. En lo que parecía un inusual encadenado de golpes de suerte, de esos que le hacen pensar a uno que el universo le está preparando una jugada realmente gorda en retribución, el joven llegó a Russellville, encontró la emisora, coincidió con la jefa de personal (justo un día antes de que se fuera de vacaciones, y justo cuando tenía un minuto libre), y la pilló de buen humor. Una hermana suya se casaba, y estaba a buenas con el mundo.

Como Vincenzo formaba parte de ese mundo, lo reconoció por su «hermosa voz» (era la primera vez que una mujer, en este caso madurita, le lanzaba un piropo así). Había sido ella quien le había cogido el teléfono cuando solicitó el trabajo. Y sí, la plaza seguía vacante. Y sí, estarían orgullosos de tener a joven emprendedor de la gran ciudad trabajando para ellos. A ver si así se les pegaba algo del futurismo de Los Ángeles.

Esa cordialidad funcionaba a nivel unipersonal, siendo ella y las otras dos personas que hacían posible la radio unas maravillosas compañeras de trabajo. Pero cuando se juntaban y tomaban decisiones en grupo, había problemas. Era como si al acercarse y formar un concilio, creasen un ente grupal que era la suma de todas sus frustraciones ocultas, y tomara el mando en la conversación.

Nadie se daba cuenta, pero era real. Las pocas broncas de verdad que se llevó Vincenzo a lo largo de aquellos meses, sobre todo debido a su inexperiencia manejando ciertos equipos, no provino de una persona, sino de todas, de su esquizofrénica gestalt.

Dejando aparte esos estallidos puntuales de rabia colectiva, a Vincenzo le iba de fábula en el trabajo. Era relajado, aunque le ocupaba muchas más horas al día de las que habría querido. Como técnico en radio, se encargaba de mantener los equipos funcionando y sin fallos eléctricos ni de cableado.

Cuando algo se estropeaba, desde el panel de mezclas de sonido a la máquina de cafés, su nombre era el primero en estar en boca de todos.

De vez en cuando, dos veces por semana, le dejaban realizar en la pecera el programa evangelista del reverendo Pope.

El reverendo era todo un personaje. Que cada uno escogiera su metáfora favorita de la sección de ofertas; a Vincenzo la que mejor le encajaba con aquel individuo era «alcaudón en busca de arbusto espinoso». No para clavar a sus presas, en este caso, sino sus sermones, auténticas obras de arte de la escatología sanguinaria cristiana. Era alto, con una voz tan potente y bien modulada que parecía una estrella de cine. La clase de persona que se hacía notar cada vez que entraba en una habitación. Vincenzo supo nada más conocerlo que jamás se llevaría bien con él, porque era un fanático culto y con argumentos. De un hipotético enfrentamiento entre ambos sólo podían salir miembros escayolados.

A Pope le gustaba pontificar encaramado a su micrófono, llenándolo de saliva con cada grito al estilo Hitler, mientras se llenaba la boca de palabras como «apocalipsis», «último aviso», «sangre», «condena», «martirio» y similares. Esa energía a sus radio-oyentes parecía ponerlos cachondos, porque el teléfono no paraba de temblar con llamadas en espera. Muchos incluso le escribían cartas, por aquello de que la palabra escrita, como en la Biblia, tiene más importancia. En un apartado de correos que tenían reservado para él se amontonaban sobres llenos de dudas existenciales, ruegos o donativos, muchas veces procedentes de personas que apenas sabían escribir. Dirigían sus cartas con diversas grafías a Popee, Poup, Poeep, y en un caso memorable, a Pepe.

El primer Popemoto que alcanzó con sus ondas expansivas a Vincenzo fue cuando le tocó realizar uno de sus programas nocturnos, desde la cabina de mezclas (o pecera, como la llamaban en argot). Aquella noche cambió por completo la vida de Vincenzo, pero no como él esperaba.

Pope llegó al estudio con ganas de conquistar la última base, abriendo micrófonos y yendo hasta el final con quien fuera. Era uno de esos programas a los que los oyentes podían llamar para debatir un rato en directo. En Los Ángeles no estaban muy de moda, pero allí parecían ser lo más. Junto al reverendo estaba sentada la jefa de la emisora, Linda Davies, la mujer que había contratado a Vincenzo. No poseía el menor atisbo de sensualidad en su cuerpo enjuto y contrahecho, pero tenía una voz bonita y un curioso don: era capaz de emocionarse y de dar excelentes noticias con el mismo tono con el que leería un parte meteorológico, y hacer que la gente se emocionase al oírla.

Aquella noche no tendría que haberle tocado el turno a Vincenzo, sino al otro chico que trabajaba allí, un sobrino de Linda llamado Tony. El nepotístico empleado no llegó a tiempo (algo sobre un catarro que sonó a excusa llena de mocos), y se lo endilgaron a él. El reverendo ya había llegado al estudio y no podían decirle que se fuera. Vincenzo tuvo que improvisar sobre la marcha, a golpe de colchón musical y de ráfagas de publicidad preparada, leyéndose el guión a medida que iba transcurriendo.

Por eso no sabía quién era la persona que iba a entrar por conferencia telefónica, y que ya esperaba impasible al otro lado de la línea. Si hubiera sabido su nombre, posiblemente el resultado del programa habría sido el mismo, pero a él le habría dado el *shock* antes.

El debate de aquella noche iba sobre el descubrimiento y la denuncia a las autoridades competentes de unos animales muertos en la granja Prenton, a escasos siete kilómetros de la ciudad. Al parecer, el dueño de aquellas tierras (todo esto lo leyó Vincenzo a todo meter, usando lectura oblicua, mientras sus manos movían cintas magnéticas de sitio y cargaban las platinas con vinilos) había vuelto a casa de una reunión parroquial, con su esposa y sus cinco hijos, y casi le había dado un infarto al mirar hacia la puerta de su establo. Allí, en una especie de ofrenda diabólica o de escultura sangrienta, habían colgado a una de sus terneras lechales por las patas, y tras rajarle el vientre habían usado sus tripas para hilar una especie de redecilla al estilo de los atrapasueños, con una lógica repetitiva horizontal.

La palabra *SABBAT* estaba escrita en la pared, con sangre.

Huelga decir que el hecho había desatado una tempestad pilosomediática (porque la habladuría se había extendido sobre todo a base de peluquerías) en la ciudad y sus alrededores. Tempestad cuyo último eslabón, por ahora, era aquella charla con el reverendo Pope. Seguro que medio Russellville estaba escuchándolo en aquellos instantes, y la que no, no era porque no quisiera, sino porque sus obligaciones se lo impedían. La «versión Pope» era tan respetada por aquellos lares que hasta la policía tenía un dicho al respecto, algo que sustituía al clásico «y esto va a misa» por el más reaccionario «y esto puede ponerlo en boca de Pope».

—Bienvenidos a la noche de las alas blancas, la noche de prodigios, la noche en que la Luna mira y nosotros nos sentimos observados. —Linda abrió con su fórmula habitual el programa—. Sed bienvenidos, amigos, y permaneced despiertos, porque hoy tenemos mucha leña para echar al fuego. ¿Será el fuego de la purificación, reverendo Pope? —Lo miró, pasándole el testigo de la conversación.

—Eso me temo, querida, porque por desgracia en estos tiempos malsanos nadie está a salvo de los espantos que fomenta el Diablo. Creo que no hace falta que resuma lo ocurrido en la granja de los Prenton, una pobre familia trabajadora y humilde que ha sufrido un ataque devastador. Quizá no para su economía, pero sí para su moral y su estabilidad como familia y estamento de Dios. Quien haya hecho esta barbaridad sin duda ha logrado su propósito de extender el terror en el seno de las buenas familias cristianas.

Linda aprovechó la pausa que Pope hizo para coger aire para hacerle una señal a Vincenzo, la clásica percha pulgar-meñique que indicaba «teléfono». El joven pasó la llamada en espera al directo.

—Sobrecogedores temas sobre los que vamos a tratar esta noche, para lo cual nos acompaña una invitada de excepción. —Linda se puso sus gafas de culo de vaso para leer el guión—. Una auténtica celebridad en el campo de la antropología, la teología y el estudio de las religiones paganas. Licenciada en Yale, doctora honoris causa por historia de las civilizaciones y autora de éxito, con libros como *Mujeres que montan en escobas, un análisis intercultural del fenómeno del culto al Demonio*. Con todos nosotros, la doctora Corah Westerdhal. Bienvenida, doctora. ¿Cómo de inquietas andan las brujas esta noche?

La cara de Vincenzo ya se había quedado pálida al oír el título del libro, con una blancura de cadáver, pero fue al escuchar el nombre de Corah cuando su corazón se quedó en *stand by*. Como los modernos equipos de música de doble casete que, si los dejabas encendidos, te guiñaban el ojo con su lucecita roja.

¿Era posible que aquello estuviese sucediendo? Tras tantos años deseando conocerla, tras tantas anotaciones garabateadas en los márgenes de sus libros… ¿era posible que la tuviera al teléfono, en contacto directo? ¿Existían los milagros?

—Pues la verdad es que deben andar bastante inquietas —rió la doctora, con su hermosa voz de mujer madura—. Esta es una noche propicia para ello, desde luego. La fecha de hoy se conocía antiguamente como la prahdáh, la séptima reunión antes del Nhud, y era un momento de mucho poder. Los adoradores de ciertos cultos encendían hogueras y bailaban en torno a ellas, gritando al revés los nombres de las constelaciones, para que sus dioses les concedieran favores.

—Prácticas que por fortuna el cristianismo erradicó de raíz —intervino el reverendo, inclinándose sobre el micrófono como si quisiera hacerse con él—.

Esa palabra que la policía encontró en el establo de los Prenton, sabbat, alude a algo más que al segundo día santo del judaísmo, el sábado, ¿verdad?

—Me temo que sí —confirmó la doctora—. En otro contexto que tiene que ver con la prehistoria de Europa, el sabbat era la ordalía de las brujas, el aquelarre nocturno en el que se entregaban tanto física como mentalmente al objeto de su deseo, el diablo. Pero tiene otro significado más antiguo, y más verdadero.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es?

—Verán, la brujería antes se llamó nur'mantra, un término que provenía del dios sufí Noor, «la luz», porque sus rituales se practicaban a plena luz del día y sin subterfugios. Y antes de tener ese nombre poseyó otros muchos. Está presente en la Historia desde la misma creación del ser humano… aunque algunos opinan que ya existía desde mucho antes. El nur'mantra era increíblemente antiguo cuando el cristianismo estaba aún en pañales, y no fue hasta la consolidación de las culturas europeas en la Edad Media, sobre base religiosa, que todo este conjunto de creencias fue relacionado con uno de los monstruos modernos, «el demonio». Pero este ser maligno no tiene nada que ver con la brujería original, es demasiado jovencito como para haber dado pie a ninguna de las antiguas tradiciones.

Linda le hizo otra señal a Vincenzo para que espabilara y pinchase un colchón de música de ambiente, temas extraídos sin permiso de una película de miedo. El impacto emocional demorado lo había clavado a la silla.

El joven reaccionó, temeroso de perder su empleo, aunque sus ademanes eran ausentes. Apenas escuchaba; casi todo él estaba dentro de su propia cabeza, poniendo en orden una lista de prioridades: antes que nada, anotar el número de teléfono de Corah. Después, acabar cuanto antes su turno de noche e intentar quedar con ella. Ojalá no estuviese llamando desde el otro extremo del país o desde otro continente, por favor, por favoooorrrr…

—¿Insinúa que el demonio, Satanás, es… demasiado jovencito? —se enfureció Pope. De todas las cosas que alguien podía decirle para ponerlo nervioso, la peor era sugerir que el cristianismo era una religión joven e inmadura, legado de otras mucho más veteranas. Aunque fuera cierto—. ¿Dos mil años le parece síntoma de juventud, doctora?

—Claro que sí —rió la voz del teléfono. Parecía estar pasándoselo en grande, y Vincenzo con ella—. El cristianismo procede de los cultos hebreos, es una especie de versión moderna de los mismos creada por un gurú llamado Yoshua, igual que aquéllos procedían de las religiones del Asia Menor. Si echamos la mirada muy atrás en el tiempo, podemos rastrear el origen de las

religiones modernas hasta otras que las precedieron, y que no desaparecieron, sino que «mutaron» para convertirse en las que conocemos hoy. ¿Dos mil años, dice? —Se escuchó una risita llena de estática—. Eso no es nada, un mero bebé en pañales. Si yo le dijera que algunos ritos que se practican en la Navidad son el eco lejano de ceremonias sangrientas que tenían lugar en los altares de Ur, la primera ciudad mesopotámica, cinco milenios antes de Cristo… El propio mito de Noé y de su arca, por ponerle un ejemplo, ni siquiera lo inventaron los hebreos. Lo copiaron de la tradición sumeria, donde un tal Ziusudra se enfrentó a un diluvio universal y tuvo que salvar a todas las especies animales en una barquita.

—Volvamos al atroz acto que se perpetró anoche en la granja —sugirió Linda, viendo que aquello se le estaba yendo de las manos. A juzgar por el enrojecimiento en las mejillas del reverendo, faltaba poco para que la tapa de la olla saltara—. ¿Qué podemos esperar de la gente que ha cometido este acto de vandalismo, justo en esta fecha concreta?

—Podría no ser nada, una mera casualidad —dijo Corah, y casi se pudo escuchar cómo se arrugaba su ropa al encogerse de hombros—. Podrían ser meros vándalos drogados con ganas de echarse unas risas a costa del pobre granjero, y de salir en las portadas de los periódicos. Pero también… también podrían ser cultistas de los de verdad, que saben perfectamente lo que están haciendo y cuáles son las implicaciones esotéricas.

—¡No hay brujas en Kentucky! —explotó Pope—. ¡No está diciendo usted más que tonterías!

—Corrección: sí que las hay. Yo las he visto —afirmó la voz del teléfono, con una frialdad que les puso a todos los pelos de punta—. Verán… esto es adentrarse en un mundo complejo y difícil de aceptar, pero si quieren entender lo que pasa hay que intentarlo. Existe una historia secreta, un argumento principal de la Magia del cual todas las teorías que se tienen son simples variaciones. Como telarañas tejidas dentro de caracolas, que sólo se pueden comprender mediante un proceso mental semejante a la poesía.

»Para que la macrosociedad, es decir, la civilización, pudiera prosperar, hubo que arrinconar las creencias místicas al cómodo estante de las religiones organizadas. La Magia se regularizó y se escondió tras la métrica de las oraciones. Se convirtió en otra forma más de modernidad. Creer o descreer pasó a ser una opción más que una necesidad, hasta que las contraculturas del siglo XIX lo cambiaron todo. Hablo de madame Blavatsky, Crowley y todo su grupito de chalados. —A Vincenzo le hacían gracia las expresiones de la doctora. Para ser una persona de cierta edad, se expresaba con un grado de

frivolidad chocante—. La inversión simbólica de ciertos principios exteriores que de repente se tornaron interiores influyó en ello, rescatando las fórmulas victorianas y haciendo que las idiosincrasias místicas de ciertos pueblos, como los indios americanos, no necesitaran entendimiento, sino fe. Esto las rescató del olvido y las puso a funcionar. El siglo XX se movía, y con él las antiguas magias, que iban despertando.

—Pero doctora…

—Nada, de peros nada. No todo el mundo puede tejer un Crux, y menos por accidente. Hay que saber muy bien lo que se está haciendo, y la gente que mató a ese animal lo sabía. Usaron los símbolos correctos, de lo que sólo se puede colegir que eran expertos.

Linda y Vincenzo clavaron sus ojos en el reverendo, como si supieran que era su turno de rebatir todo lo rebatible.

Éste agarró la base del micro como el mango de una espada.

—Quiero pedir perdón a nuestros oyentes por tantas barbaridades como se están diciendo hoy aquí —susurró, los labios pegados al capuchón del micro—. Espero que sus palabras, doctora, no propaguen más una histeria colectiva que ya ha crecido demasiado. No hay que temer a esos gamberros, pues no están haciendo nada: sus rituales no tienen el menor efecto en el mundo real. Cristo se encargó de ello, matando las antiguas magias en su cruz y purificándolas con sangre.

»Dice usted, Corah, que los brujos de la actualidad practican una especie de magia postmoderna, apoyada en los cambios contraculturales de los últimos siglos. ¿Pero acaso no encierra eso una paradoja? ¿No es una pérdida de tiempo buscar el punto en que colisionan la condición humana con la voluntad individual y la realidad de Dios?

—Lo sería si asumimos que Dios es una realidad. Pero, ¿acaso puede usted garantizarlo? No, no se enfurezca, lo digo en un sentido puramente filosófico, de lógica deconstructivista. Para ser uno de los países más adelantados del mundo, los Estados Unidos poseen el mayor porcentaje de adultos del mundo que creen en ángeles y en Santa Claus. Ningún otro país industrializado y basado en la ciencia nos iguala. El problema es que ninguno de estos millones de adultos que por la mañana trabajan en laboratorios y por la noche rezan al Niño Jesús, como si fueran infantes, se hace la Gran Pregunta. La que podría desmontar por sí sola todo su esquema de creencias.

—¿Cuál es esa pregunta?

—Que cómo es posible que existan a la vez tantas explicaciones metafísicas sobre cómo funciona la Realidad, sin que se anulen mutuamente

—dijo Corah—. Me explicaré: lo malo que tienen las religiones es que todas intentan contarnos los orígenes del universo, cómo funciona este, y qué es lo que nos espera más allá de la muerte. No existe un solo sistema de creencias patentado por el ser humano desde los tiempos de Ur que no tenga su versión de cómo se creó el mundo, y de qué le espera al ser humano al final de los tiempos.

»Ahora bien, el problema es que todas estas escatologías son incompatibles entre sí. Para que lo entiendan: o el mundo lo creó Yahvé en siete días, o nació a partir de una oblea de barro, o lo sostienen cuatro elefantes que a su vez se apoyan en una tortuga. Pero no las tres cosas a la vez, ¿comprenden? Lo mismo se puede decir sobre las teorías de los diferentes libros sagrados sobre el Más Allá: cuando muramos, o todos nos vamos a vegetar a la Jerusalén celestial o a un gran salón de guerreros llamado Valhalla… pero las dos cosas no pueden existir a la vez, porque son incompatibles —deletreó esta palabra.

—¡El papa Juan Pablo II, antes de morir, hizo pública una encíclica en la que decía que las religiones debían tolerarse entre sí, y aceptar como verdaderos sus postulados! —vociferó el reverendo.

—… Lo cual es una soberana memez. Al menos a nivel teológico, ya le digo. Es como el viejo chiste del cristiano, el musulmán y el ateo que se mueren y están esperando en la antesala de la Eternidad, a ver qué hay al otro lado de la puerta —argumentó Corah—. El cristiano dice: «preparaos para ver un jardín precioso con un gran árbol en el centro». El musulmán añade: «Y habrá un montón de vírgenes para cada uno de nosotros, esperándonos con los brazos y las piernas abiertos». Pero el ateo gruñe: «Pobres pardillos, dentro de un instante no quedará nada de vosotros para preocuparos por esas minucias…».

»Lo que las religiones actuales más temen —prosiguió Corah— no es que las brujas maten a los animales o a sus hijos, sino que el sistema de magia y de creencias al que ellas rezan sea auténtico. Porque de ser así, de existir toda esa magia y esa realidad oculta, invalidaría automáticamente al cristianismo, y al sincretismo, y a Papá Noel y sus elfitos. Desde el mismo instante en que una bruja haga un conjuro y éste surta efecto, invocando poderes que eran antiguos cuando el hombre no era más que un mono desnudo… los ángeles, los demonios, los santitos del Caribe, la virgen María, Satanás, Yahvé, Alá y todos los mitos actuales se evaporarán en el viento, como si nunca hubiesen existido. Por la misma razón por la que no puede ser cierto a la vez que el

mundo evolucionó desde un cúmulo de polvo estelar, durante millones de años, y que Yahvé lo creó con sus manos en seis jornadas de albañilería.

—Esos son los típicos argumentos que esgrimen los ateos cuando quieren negar a Dios —barruntó el reverendo—. Me he cansado de rebatirlos una y otra vez. Su simpática teoría sería cierta si pudiera filmar con una cámara de cine a una de esas brujas haciendo sus… sus tejemanejes, y me demostrase que realmente hay un componente arcano en ellos. Pero no puede. El contubernio esotérico se basa en creencias, igual que la religión, y esa es una parcela donde la lógica no tiene ninguna potestad. No me puede demostrar que la brujería es más real que los milagros de Cristo.

—¡Igual que usted no puede demostrarme lo contrario! Se empeña en afirmar que Cristo existió de verdad, y que su inmolación fue como una catarsis cósmica, pero tampoco tiene la menor prueba. Nadie ha visto milagros, reverendo, nunca en la historia de la humanidad, y la demostración es que las únicas pruebas que tienen ustedes, los creyentes, son circunstanciales: testimonios de gente que estaba tan metida en el fervor mitológico como ustedes, y que, por supuesto, diría lo que fuese con tal de justificar su sistema de creencias. Pero no hay películas, ni milagros demostrados ante comités científicos. No tienen nada, sólo fe ciega.

»Respóndame a esto: ¿por qué, si está tan predispuesto a creer que la magia cristiana (es decir, los milagros) existe, no admite que otros arcanos distintos también puedan ser reales? ¿Por qué no creer en Odín, o en los marcianos? Al fin y al cabo, todo se reduce a elegir arbitrariamente en qué se cree y en qué no.

—Yo sé que Dios existe. San Agustín lo demostró lógicamente, ya que a usted tanto le interesan las demostraciones.

—San Agustín lo único que hizo fue escudarse cobardemente tras la eterna paradoja del huevo y la gallina, que es donde, por ende, acaban siempre las discusiones sobre la existencia de Dios. Una vez invalidados todos los argumentos, una vez aventuradas todas las preguntas, los que discuten acaban metiéndose invariablemente en ese callejón sin salida. El creyente echa mano de la ignorancia, de lo que todavía nos queda por saber de nuestro universo, y dice: «si no existiera Dios, ¿cómo se creó el cosmos?». Y pone como ejemplo las actuales fronteras del saber humano, que se hallan en el reino de lo nanoscópico: la aparente incoherencia de la mecánica cuántica, que ya le hacía rascarse la perilla de incomodidad a Einstein. ¿Por qué los átomos hacen esto y aquello, caprichosamente, si no hay ninguna voluntad suprema que los gobierne?

—Eso —gruñó Pope—. ¿Por qué?

—No puedo responder a esa pregunta porque no soy física, sino teóloga. Pero sí que le puedo decir una cosa con total tranquilidad: buscar a Dios en los átomos y en la mecánica cuántica no es sino la versión moderna del animismo de los antiguos griegos. Ellos miraban al cielo durante las tormentas y veían caer los rayos, esos descomunales arrebatos de furia celeste, preguntándose quién o qué los provocaba. Estaban asustados y ansiaban respuestas, pero los pobres aún se hallaban a milenios de desarrollar un conocimiento holístico de la Naturaleza que les permitiera entenderlo. Por eso llamaban Zeus al rayo, y Apolo al sol, y justificaban la veracidad de sus dioses a través de fenómenos naturales.

»Usar la mecánica cuántica para decir lo mismo sobre Yahvé o Alá, hoy en día, es caer en un error idéntico al de los griegos. Es usar los límites de lo que sabemos sobre el mundo, cuyas explicaciones quizás estén aún a mil años por delante de nosotros (igual que la explicación del rayo lo estaba de los helenos) para justificar a un ser superior. Y eso es una falacia.

»Lo siento, reverendo, pero decir que Dios existe porque no podemos explicar el mundo en su totalidad, es lo mismo que ver a Zeus lanzando el rayo.

Un silencio pesado cayó tras este discurso. No por la voz en sí de Corah, sino por lo que había en ella.

Si Pope admitía esto, ninguno de sus razonamientos apoyados en Cristo tendría más validez que los de los sacerdotes de Amón y de Thot cuando intentaban pontificar sobre las jerarquías de sus dioses, en la época de los faraones.

El cronómetro de la pared cayó a cero. Por increíble que pareciera, ya había pasado una hora, y tenían que darle paso al programa siguiente.

—Seguiremos charlando sobre este tema tan apasionante, pero será otro día —dijo Linda con voz afectada, como si se le hubiera abierto una úlcera en su concepción del mundo—. La Luna nos observa, y nosotros le devolvemos la mirada, esperando que la policía encuentre rápido a esos alborotadores… y que no sean brujas de verdad. Adiós, y mantengan a buen recaudo las escobas dentro de los armarios.

El reverendo observó por primera vez a Vincenzo, clavándole los ojos como uñas, a todas luces rehuyendo la mirada de la propia Linda. Al joven le dio miedo: llevaba claramente escritas TE VOY A CONDENAR AL FUEGO ETERNO a la derecha, sobre el hombro del demoniejo rojo, y DE ESTA NO

TE LIBRAS DE LA EXCOMUNIÓN a la izquierda, sobre el hombro del angelote blanco.

Seguro que estaba pensando en Corah Westerdhal.

TRATADO DE LAS BÚSQUEDAS, I

LOS COLONOS

1

Ver un mundo donde todo pudiera ser reducido a causas y efectos, y donde, de haber dioses que se movieran entre bambalinas, fueran sólo aquellos a los que uno era afín. Y no los otros, los que no era posible entender ni mirar sin volverse loco.

Ese era el mayor deseo de las personas como el reverendo Pope. Ellos habían asimilado una versión humanizada de su dios, trayéndola hacia la perspectiva humana para que no les hiciera daño. Para poder entenderla. Pero Vincenzo intuía que ni la realidad era tan simple como la gente creía, ni lo que había al Otro Lado era tan afín a los deseos humanos.

Pensaba en esas cosas mientras conducía por la avenida Hooper hacia el este. En comparación a los coches aparcados junto a las aceras, hasta su Studebaker parecía el colmo de la modernidad. Había impalas y mustangs a los que todavía no se les había desprendido el gris 21 puntos de Truman de la Gran Recesión, junto a tractores de un chillón color berenjena que estaban aparcados como un utilitario más.

Vincenzo tenía un destino en mente, y se lo había proporcionado la noche anterior la propia Linda: para averiguar si había una dirección aparejada al número de teléfono de Corah, tenía que consultar la única guía de teléfonos inversa que había en la ciudad. Porque, oh milagro entre milagros, resultó que el prefijo de la llamada tenía numeración de allí mismo, del condado de Logan. ¡Eso significaba que Corah estaba en las cercanías! La prioridad era dar con ella antes de que retomara sus viajes por el mundo.

La guía inversa estaba en posesión de la Policía local, por supuesto, y por lo que Linda le contó (ella misma había intentado usarla en varias ocasiones) no era de fácil acceso. Pero Vincenzo tenía un plan. Y sus planes, salvo cuando se trataba de mostrar sus películas de 16 milímetros en clase, solían salir bien.

Se había levantado temprano para conducir hasta la comisaría. No lo había hecho la noche anterior porque tal grado de insistencia habría rozado los límites del acoso. El sol emergía lentamente de un caldero rojo sangre, pero las calles ya hervían de actividad. Aquí empezamos a trabajar temprano, no como los de la ciudad, esos holgazanes relamidos, le habría dicho cualquiera de aquellos granjeros con la lengua negra de tanto mascar tabaco. Casi esperaba ver aparecer en la próxima esquina al General Lee de Bo y Luke Duke[3], huyendo del comisario «Boss» Hogg. Pero no, allí lo único que había eran rancheras, impalas, mustangs y camionetas de reparto.

Y coches de policía.

Aparcó frente a comisaría, en un vado, y entró con dos credenciales bien a la vista: una en la que no había que confiar demasiado colgada del pecho (su carnet de trabajador de la prensa), y otra en la que residía la clave para triunfar (la radiante sonrisa y la mirada Clark Kent de a mí no hay quien me pare porque soy periodista). Entró hecho un huracán y llamó a gritos a todos los troopers, como se hacían llamar aquellos muchachos de camisa abotonada y gorra azul, para que le atendieran. Tenía un asunto muy urgente entre manos, y deseaba contar con la colaboración de la (aquí iban siete u ocho adjetivos a cual más halagador) policía de Russellville, a la que seguro que pondrían por las nubes en la emisora.

Tanto fue lo que insistió, y tanto acentuó sus manierismos de Los Ángeles para que todos tuvieran meridianamente claro que no era de por allí, que al final le dejaron usar la guía de teléfonos. Con una espléndida sonrisa, y tras haber grabado un par de entrevistas a los mandamases (que tendría que colarle de alguna manera a Linda), buscó el número de teléfono desde el que Corah Westerdhal llamó a la emisora. Y lo encontró.

Su sorpresa fue mayúscula cuando supo a qué inmueble correspondía. En su fuero interno esperaba, quizás, que el rastro lo llevara cual personaje de Dashiell Hammett a un lugar oscuro y cenagoso, o a un antro de mala muerte con ecos de Nueva Orleáns donde las viejas glorias del vudú estuvieran echándose una calada a la salud de los zombies de Romero. Pero no. Nada tan estrafalario. Resultó que el número desde donde Corah había accedido a la entrevista pertenecía a la biblioteca municipal William Goebel, en la esquina trasera de la Logan County Court House.

Una biblioteca, rayos. Curioso terreno de caza; muy luminoso y agradable para estar ubicado en Kentucky[4].

Cuatro ruedas tuvieron la culpa. En la radio del Studebaker estaba sintonizada todavía la KNB, y era la voz de Linda la que comentaba el

argumento de un libro que se acababa de poner a la venta, en su sección «caleidoscopio»: El autor fantaseaba con un trágico suceso acontecido en Europa (era una ficción futurista, ubicada en el cambio de siglo). Según su enferma imaginación, el Oosterscheldekering, un gigantesco dique a construir todavía en la población holandesa de Wissenkerke, habría sido destruido por un barco que transportaba gas natural licuado. Se suponía que sería una de las siete maravillas del mundo moderno, pero habría volado en pedazos después de que una tormenta hubiera empujado al cisterna hasta sus pilones de anclaje. La explosión posterior no sólo podría ser vista desde las ciudades que rodeaban el estuario, sino que dejaría pasar un tsunami que convertiría Wissenkerke en un parque acuático.

Vincenzo sacudió la cabeza, horrorizado y maravillado ante la capacidad que tenía el mundo de ser terrorífico y espectacular a la vez. Escritorzuelos como ese había hasta debajo de las piedras, todos con ganas de desatar desastres por mero placer onanista. ¡Y puede que algunos, unos pocos, llegasen a adquirir un carácter profético!

Seguro que no, pensó. Los complots metafísicos sólo ocurren en las novelas de terror baratas.

La biblioteca estaba abierta al público. Tenía una escultura del político al que debía su nombre justo en frente de la puerta principal, en una placita rodeada por un jardín. Era un sitio de postal, concebido para ser disfrutado en los rojos desvaídos y los tristes azules de una película Kodak. El templete para la orquesta coronaba una plaza con querubines que parecían borregos pincelados de amianto. Se suponía que sus jardines debían abrazarlo todo, desde los parterres de caléndulas y ásteres al humo del tráfico. Si los coches no tenían dos alerones sobre los faros traseros al modo de los Cadillac de los 50, es que estaban fuera de lugar.

Vincenzo entró en la sala principal de lectura, donde un empleado lo acribilló a miradas desde detrás del mostrador de préstamos. Su escasa barba dejaba ver una mandíbula retirada, de marsopa, y un cabello meticulosamente peinado hacia atrás a partir de una frente cuadrada. La palidez de aquella frente atrapaba el sol que entraba por la ventana como si fuera metal.

—Este… buenos días —empezó Vincenzo—. Quisiera saber si el 555-723 980 12 corresponde a este edificio.

El hombre desenfundó una ametralladora aún más grande detrás de sus ojos, y siguió apuntándole al pecho. Pero respondió:

—Buenos días, señor. Sí, es un número privado de nuestra centralita. ¿Por qué le interesa?

Esta vez fue Vincenzo quien desenfundó algo: su carnet de prensa. Por desgracia, a aquel perro guardián que olía a naftalina no pareció amedrentarle lo más mínimo.

—Vengo de parte de KNB radio. Anoche tuvimos en directo a la doctora Corah Westerdhal, que llamó desde este edificio. Al acabar nos faltó decirle algo importante, sobre una futura colaboración. ¿Es que trabaja aquí?

—No, pero es muy amiga de la directora.

—Oh. Ya veo. ¿Y sabe si… si viene a menudo?

Antes de que el funcionario respondiera, unos estudiantes pasaron por el mostrador y fueron atendidos. Venían a devolver unos libros, con ese aire de clientela fija que más que una actitud era un componente que se había introducido en el lenguaje del cuerpo. Sólo cuando los hubo despachado a todos, el funcionario contestó:

—No, no viene mucho. Saca libros de vez en cuando, nada más, aparte de sus asuntos privados con la directora.

—Entonces —se emocionó Vincenzo—, ¿es que vive aquí, en la ciudad?

—Sí, pero no sé dónde. —Y no me pida que mire su ficha para leer la dirección, señorito, porque no pienso hacerlo bajo ninguna circunstancia, apostillaron sus ojos.

—Está bien. La esperaré aquí, por si aparece.

Eso cogió con la guardia baja al funcionario. No se esperaba de aquel joven impertinente una reacción tan estúpida como ponerse a aguardar eternamente en una biblioteca, a ver si uno de sus clientes aparecía. Era de idiotas. Y más nervioso se puso cuando Vincenzo se sentó en una de las mesas de estudio y sacó unos cascos *pickering*, con unas graciosas antenitas en los auriculares para sintonizar la radio. Los tenía graduados al mínimo, pero aún así el funcionario pudo oír el débil bisbiseo de la música. Aquello agrietaba la perfección del silencio, dejándole marcas como de hielo fracturado.

El hombre aguantó bien los diez primeros minutos. Mal los quince siguientes, y cuando Vincenzo aumentó disimuladamente el volumen de los cascos, su paciencia empezó a esfumarse.

—Mire, caballero, no creo que la doctora aparezca hoy por aquí. Nunca viene los martes —le informó, cascando las consonantes con la lengua como si fueran nueces.

Vincenzo hizo un gesto como si no le importara lo más mínimo, y siguió enfrascado en su lectura. Había cogido un libro al azar de la estantería, algo

sobre análisis de mercados laborales en tiempos de sequía. No le interesaba lo más mínimo, aunque puso cara de que sí.

El funcionario lanzó pequeñas descargas de gas hirviendo por las orejas.

—Oiga, caballero —sonrió—. No es que quiera echarle, pero dentro de poco vendrán estudiantes y no quiero que su… aparatejo les importune.

—Oh, ¿esto? ¡Ah, perdone! Pensé que no le molestaría. Bueno, me iré si me dice cuáles son los libros que suele llevarse la doctora. Su signatura. —Vincenzo le sonrió con la falsedad de un mafioso de película, de esos que saben que el otro sabe que está amenazándolo—. O podría quedarme el resto de la mañana y de la tarde, hasta que cierren, haciéndole preguntas y molestándole con mis ruegos. ¿Tienen aquí libros sobre el movimiento *hippie* y la libertad sexual de los jóvenes…?

El hombre cerró lentamente los puños, haciendo acopio del autocontrol que le habían legado sus antepasados de Virginia (los que vinieron por el cumberland gap acompañando al explorador Daniel Boone, para decir que aquella tierra ya no les pertenecía por más tiempo a los indios). Y le garabateó unas signaturas en un papel recortado, tras consultarlo en los archivos. Incluían el indicador gerencial del estado de Logan.

—Estos son los libros que suele llevarse la doctora.

—¡Gracias! Es usted el súmmum de la amabilidad y la cortesía…

2

Las siguientes horas fueron para Vincenzo un auténtico desafío de búsqueda de libros, con el placer que ello siempre conlleva. Porque no se limitó a anotar títulos, sino que, en el caso de los volúmenes que no estaban prestados, empezó a ojearlos y hacer una criba de contenidos. Necesitaba averiguar qué asuntos le interesaban a la doctora, en qué andaba metida, si quería tener temas de conversación con ella cuando la abordara. Además, era su escritora favorita en cuestiones esotéricas, por lo que indagar en sus prácticas secretas suponía un privilegio al alcance de pocos fans.

Resultaba curioso: Corah se había hecho una improbable bibliografía gótica con los volúmenes de aquella biblioteca. Algunos títulos eran muy raros, casi inencontrables, como *El gemido nocturno o el espectro de la capilla, con una exposición de los horribles secretos del cónclave nocturno*, de 1808. ¿Qué diablos hacía un ejemplar de ese mecanoscrito esotérico en aquellas estanterías, al alcance de cualquiera?

Resiguió con el dedo los datos de la signatura hasta soltar un aaahhh de comprensión. Archivo histórico de Logan County. Colección privada de madame Duria Hagopian, la hija de un pastor de principios de siglo. Donado al Estado por obra y gracia de sus nietos segundos en 1957.

Una colección privada de libros raros, puesta a buen recaudo en el almacén. Al alcance pero no a la vista. Había que saber lo que se venía a buscar si uno quería echarles un vistazo. Era fascinante. ¿Quién sabía qué más tesoros escondería el testamento bibliográfico de la señora Hagopian? ¿Acaso eran el motivo de que una mujer ilustrada como Corah se hubiese instalado en este rincón tan apartado?

Más, más libros, esto es la guerra. El que más veces había sacado Corah era uno que no tenía editorial (seguramente auto-publicación del autor), con fecha de 1950. Se titulaba *Anabaptistas de Hüt, la legión de los santos olvidados*, un tratado sobre la historia antigua de Kentucky y sus colonos pertenecientes a sectas religiosas.

Vincenzo se rascó la barbilla. ¿Tendrían algo que ver esos Hüt con los huterianos de Moravia, los hijos del hereje checo Jakob? Habían salido huyendo de su país para engrosar la lista de migraciones religiosas que convirtieron América en una auténtica tierra prometida… aunque eso no siempre equivaliera a paraíso.

Anabaptistas… gente que creía en bautizarse más de una vez, y en hacerlo una vez alcanzada la edad adulta. Habían tenido problemas con las instituciones de su época, lógico, hasta desembocar en auténticas persecuciones. Vincenzo recorrió rápidamente las estanterías, persiguiendo aquella signatura: ANAHU SUMM 7082F, escrito por un tal Adrian H. Summer. ¡El libro estaba allí!

Lo sacó tirando del lomo. Parecía encuadernado en rústica antigua, a mano y sin máquina de alzado. Hilvanado probablemente con una máquina de coser. ¡Una joya artesanal! La portada era inquietante: mostraba una fotografía en sepia con las esquinas recortadas, seguro que de mediados del XIX (de hecho, por lo desvaído de la emulsión, traía a la mente los daguerrotipos con yoduro de plata, tan ennegrecidos por el paso del tiempo).

Mostraba a la clásica familia de colonos europeos puesta en fila, unos al lado de otros, muy rectos y serios. La rígida pose-sin-posar de los primeros tiempos de la fotografía. Más que una familia parecía una pequeña comunidad, ya que había nueve hombres y otras tantas mujeres, además de una docena de niños. Ninguno sonreía.

Llevaban ropas puritanas muy oscuras, sobre todo las damas. Los sombreros de ala circular y plana y los moños apretadísimos aparecían por todas partes, complementando aquellos rostros duros, tristes, cuyas anfractuosidades hablaban de la dureza y dedicación de sus vidas. Los varones lucían barbas cortadas en círculo alrededor del mentón, al estilo Lincoln (no había bigotes), mientras que ellas eran todo falda y camisas de corchetes. Los niños iban vestidos exactamente igual que sus padres, incluso los más pequeños. Los varones hasta tenían pintado un anillo oscuro a modo de barba, quién sabe si con carboncillo.

Aquellas rígidas figuras, defensoras de un modo de vivir que emulaba la santidad pero que sólo les traía un infierno en vida, llamaron poderosamente su atención. Pero no sólo ellas: también el entorno en el que se hallaban. La costumbre en este tipo de fotografías grupales era retratar a las familias en su hábitat natural, con su casa de fondo, a veces incluso en el lugar donde llevaban a cabo los servicios religiosos. Pero en aquella instantánea sólo se veía una densa pared de bosque. Era como si el artista los hubiese sorprendido en mitad de su peregrinación y hubieran hecho un alto para retratarse, en mitad de un profundo valle o de una difícil quebrada. Lo que tenían detrás era una impenetrable muralla de cicutas y pinos por las que ni siquiera un oso grizzly habría podido pasar.

Qué raro, pensó el joven, acomodándose de nuevo en su mesa. No la compartía con nadie en ese momento. Había más personas en la biblioteca, pero iban de aquí para allá enfrascadas en sus asuntos. Dedujo que la tradicional cortesía de aquella tierra les obligaba a ocupar todas las mesas disponibles antes de sentarse a su lado, para no molestar.

Abrió el libro por el índice, y minutos después ya había sido atrapado por la historia: era un relato sobrecogedor que narraba las vicisitudes de la comunidad Hüt de Glendalough, unos emigrantes de la costa suroriental de Irlanda que habían embarcado para América en 1826. El barco que los llevó hasta allí fue el *Enchanted*, un clíper que los recogió en Fahamore y que, tras hacer una breve parada en la isla de Rhum (al parecer para desembarcar a un médico y a su familia), puso rumbo a las Américas.

A partir de ahí, el viaje se convirtió en una auténtica pesadilla.

Por lo que contaba el libro (en muchas páginas había párrafos subrayados a lápiz y anotaciones en los márgenes, quizá de la propia Corah), una epidemia les había sorprendido a bordo, justo en mitad del viaje. Se les pudrió casi toda la comida en un punto en el que estaban lejísimos de cualquier costa donde fondear. Muchos murieron, sobre todo miembros de la tripulación. No

diezmó a los Hüt porque se encerraron en sus camarotes durante muchísimo tiempo, puede que hasta sesenta días, y no asomaron la nariz hasta que el barco, vagando a la deriva, encalló en una bahía.

El relato se iba a tornar más espantoso en los capítulos posteriores, pero aquella primera parte de su odisea ya le puso a Vincenzo los pelos de punta. Los supervivientes de la travesía describieron la plaga como un «azote de Dios», con pústulas y bubones grandes como ratas que brotaban en el cuello y en el pecho de los infectados, chorreando pus y sangre podrida, y que los mataban irremediablemente al cabo de un par de días. Pero eso no fue lo peor. Además del peligro de contagio y de la escasez de víveres y de agua potable, tuvieron que hacer frente a otra amenaza: la locura de los tripulantes que no se habían encerrado a tiempo.

Aquellos párrafos, extraídos por el autor de cartas y testimonios de la época, describían la demencia que se apoderó del capitán y sus marineros, al ver que ellos iban muriendo poco a poco pero que los Hüt no eran tan castigados. ¿Serían las plegarias, que no cesaban jamás dentro de sus pequeñas cabinas, las que mantenían a raya la plaga? Quizá sí y quizá no, eso ninguno de ellos podía saberlo. Vincenzo leyó fragmentos que contaban los ataques de los infectados, cómo los pasajeros tuvieron que llevar a cabo actos extremos para sobrevivir (no lo decía en ninguna parte, pero se sugería que el asesinato en defensa propia había sido uno de ellos), y la desesperación de los supervivientes cuando el *Enchanted* se convirtió en un barco fantasma.

La plaga había arrasado con cualquier rastro de vida a bordo, salvo por las personas encerradas en las cabinas. No había nadie al timón, ni cuidando de los aparejos… y el Atlántico no es un océano plácido para navegar. Las tormentas llevaron hasta el extremo no sólo la resistencia del navío, sino la fe de los supervivientes, los cuales, sabiéndose abandonados en alta mar y sin atreverse siquiera a abrir los ventanucos para no infectarse, volcaron en el Señor su último hálito de esperanza. Aguantaron, enterrados en vida bajo cubierta, todo lo que Él les mandó: hubo hambre, sed, desesperación, miedo, incertidumbre, desaliento, violencia…

Vincenzo se imaginó sobre todo a los niños, encerrados allá abajo durante las violentas tormentas, muriéndose de hambre… oyendo aterrados los gritos de sus madres a cada bamboleo del barco, a cada martillazo de una ola que parecía querer fracturar los listones de madera… y sintió un escalofrío como hacía mucho que no le recorría la espina dorsal.

El autor no decía cómo lo consiguieron (probablemente nadie lo sabría, esa era una parte del relato que se había perdido), pero aguantaron hasta que

el buque encalló. Al salir a cubierta debieron deshacerse en loas a Cristo y a Dios Todopoderoso, más felices que nunca, pues se dieron cuenta de que habían llegado al fin al Nuevo Mundo. No como ellos habían imaginado, desde luego, pero allí estaban: sin naufragar y habiendo sobrevivido casi la mitad de los que partieron de Fahamore.

Lo que ninguno de ellos imaginaba era que aquella primera parte de su odisea iba a resultar la más sencilla, la menos cruel de todas.

Si los Hüt pudieron aguantar sus tribulaciones fue gracias a una voz que se alzó en los momentos más oscuros, como un faro en la noche, para darles esperanza. Se trataba del padre Brigham Hagopian, el líder espiritual de la comunidad, que hizo gala de un fanatismo religioso a prueba de bomba para mantenerse en pie mientras todo lo demás caía.

¿Hagopian, había leído? Vincenzo recordó que ese era el apellido de la familia que donó todos aquellos libros a la biblioteca. Y ahora que lo pensaba… tal vez la «H» del autor proviniera de ahí. Estupendo, así todo quedaba en familia.

Brigham era un hombre mayor pero fuerte, de esos que se forjan su propia leyenda. Fue capaz de darle la espalda a la educación presbiteriana de su niñez, y a los movimientos reformadores de la Irlanda de su época, para apuntarse a una «versión propia» del catecismo menonita. Él mismo redactó las leyes de lo que con el tiempo demostraría ser una nueva secta cristiana (y van…), y aceptó el cargo de arcipreste de Hüt al declararse apóstata, aunque prefería que le siguieran llamando «reverendo». Al parecer, el nombre «Hüt» provenía de uno de los evangelios apócrifos, pero el autor no citaba cuál.

Aquella voz, aquel incólume torrente de santidad, fue la que sostuvo los ánimos de los pobres desgraciados durante la travesía, prometiéndoles que no importaba cuán terrible se tornara el mundo, ya que al final Jesús en persona bajaría del cielo para salvarlos. Algo de eso debió haber, pensó Vincenzo, pues su llegada a las costas de Carolina del Norte sólo podía ser calificada de milagro. Luego bajaron del barco, quemaron sus ropas y todo lo que los unía al recuerdo de tan infernal periplo, y se fabricaron otras nuevas, así como zuecos, linternas sordas y petates. Y se lanzaron a la conquista del Nuevo Mundo.

Alguien carraspeó de fondo, sacando al joven estudioso de sus cavilaciones. Pero no, se percató con agrado: no iba con él. Era gente que ya se iba de la biblioteca, probablemente a comer algo, porque era… ¿qué hora era?

Vincenzo consultó su reloj: más de mediodía. Las horas habían pasado de puntillas sin que las notara. La luz se había desplazado de izquierda a derecha por la mesa, y ahora derramaba sus charcos dorados desde el lado contrario. Había tragaluces encastrados en las esquinas de la sala, desde los cuales se conflagraban haces amarillos como estelas invertidas de barcos.

Bah, aún queda mucho hasta la hora del cierre, pensó con alegría, y volvió a empurrar su nariz en el libro.

En efecto: como no costaba imaginar, fue el reverendo Brigham quien lideró la columna de hombres, mujeres y niños tierra adentro. Pasaron por varias ciudades que por aquel entonces ya eran prósperas, pero no se asentaron en ellas. Según la visión que les había mandado Dios, su tierra prometida estaría en algún lugar donde ningún otro hombre blanco hubiera puesto el pie. Seguro que muchos ceños se fruncieron al escuchar tales aspiraciones, pero nadie logró disuadirlos, y poco a poco los Hüt fueron dejando atrás la civilización, los pueblos, las granjas y los caminos seguros, para adentrarse progresivamente en el territorio de caza de los indios.

Ninguno de los Hüt había oído hablar jamás de los aborígenes de aquella tierra, los wyandot, pero les habían llegado habladurías en los últimos poblachos por los que cruzaron. Y no eran muy alentadoras. Los tramperos, últimos ejemplares humanos que hallarían en las estribaciones de lo salvaje, eran gente ruda y maleducada, pero también temerosa de Dios, y no iban a mentirles en un asunto tan importante.

Aquí hacía su aparición la otra gran protagonista del relato, la hija mayor del reverendo Brigham, llamada Duria. Duria Hagopian.

¡Espera!, se asombró Vincenzo. ¿Igual que la dueña de aquellos libros? ¿Se trataría de la misma persona? No, imposible, las fechas no coincidían. Seguramente sería una bisnieta suya a la que le habían puesto el mismo nombre.

Duria, en lugar de acatar como se esperaba de una buena hija las órdenes de su padre, venía a ser algo así como la voz del inconformismo. El heraldo de la opinión contraria. Siempre que surgían dudas sobre las decisiones del reverendo, era por boca de Duria por donde se manifestaban. Eso no debió hacer que las relaciones comunitarias fueran muy pacíficas.

Fue aquella muchacha, que según el cronista era apenas una adolescente (aunque estaba casada y tenía tres hijos, todos dentro de la «caravana Brigham»), quien se opuso a tomar la senda de las montañas, rumbo a Kentucky. Era un paso difícil hasta para aquellos tramperos experimentados. Además, Duria había prestado atención a las historias que compartieron con

ellos sobre los wyandot, no como su padre, que era capaz de ignorar todo aquello que no le interesaba como si levantase una cúpula de carne sobre sus tímpanos.

Fue allí donde les hicieron la foto que figuraba en la portada de aquel volumen: el culpable, un artista perdido en los confines de la civilización, ansioso por capturar con su ojo los momentos más extremos de ésta.

Los tramperos advirtieron a los Hüt que no fueran, que no se adentraran en los espesos bosques. Les dijeron que los indios venían del lejano norte, donde las guerras contra gente de su propia sangre los habían expulsado hacía siglos, y eran muy celosos de su territorio. Les dijeron que sus costumbres para con los que consideraban enemigos no tenían nada que ver con la piedad cristiana. Pero fue en vano. Enceguecido por la claridad de su visión, el reverendo Brigham (cómo le recordaba a Vincenzo a ese otro que había conocido en la radio, Pope) dio la orden de partir hacia las montañas un nueve de febrero de 1827.

Ocho semanas después, menos de la quinta parte de su grupo logró llegar a las tierras bajas de Kentucky. Lo que pasó en el ínterin fue la parte del relato que realmente consiguió que Vincenzo no pegara ojo aquella noche.

3

Según los testimonios de los granjeros que los encontraron, apenas eran sombras humanas, defenestradas y escuálidas hasta el límite de lo creíble. Resultaba fácil imaginárselos como zombis, con las mejillas llenas de un fuego pálido y las bocas abiertas con gesto estúpido. Pero lo peor eran sus ojos, hundidos en sus cuencas y vacíos, como si hubieran presenciado horrores que ninguna cordura, ni siquiera la de la persona más pía, sería capaz de aguantar. Entre ellos había algunos niños.

Aquí el relato se volvía áspero, difícil de transitar. El autor arriesgaba fechas para algunos eventos que no tenían lógica con otros que se relataban antes. Lo que sí parecía tener claro era que los supervivientes de tan horrendo viaje fueron apenas cinco, de las varias docenas que habían partido, y que su líder no era Brigham, sino su hija, Duria. Fue ella quien guió a aquellos pocos desgraciados ladera abajo una vez sorteada la barrera montañosa, huyendo por los desfiladeros como si el mismísimo Satanás les pisara los talones.

Duria.

¿Qué había pasado con su padre y los demás colonos? ¿Por qué no se supo más de ellos? Vincenzo logró hacerse un esquema mental más o menos claro de su odisea tras releer el texto varias veces, y eso que tuvo que reducir bastantes cosas al común denominador para poder encajarlas.

Al parecer, no les ocurrió nada malo durante la primera semana de viaje. Todo fue un subir y bajar agotador por barrancos y despeñaderos intentando hallar una senda que permanecía esquiva. Los tramperos les habían asegurado que los indios conocían rutas seguras para atravesar las quebradas y los densos bosques llenos de peligros, pero claro, a ellos no les iban a preguntar. De hecho, no hallaron el menor rastro de presencia india ni de animales salvajes durante aquellos primeros días. La chispa de la esperanza empezó a anidar en sus corazones, que no hacían más que acudir a Cristo para que les diera fuerzas. Brigham les rogaba una y otra vez que tuvieran confianza.

Entonces aparecieron las primeras trampas.

Los indios nunca han sido de poner trampas para animales; su respeto por la naturaleza les impide dejar esos instrumentos de muerte plantados al azar para que cualquiera pueda caer en ellos. Prefieren salir con sus primitivos instrumentos de caza para elegir la presa, medirse con ella y dejar bien claro, en la balanza del valor, quién sostiene el imperio de los bosques. Pero allí había trampas, y no se parecían a las que utilizaba el hombre blanco. Alguien las había colocado con buen tino en los lugares más improbables, para que nadie pudiera detectarlas. Y por desgracia, así fue.

Uno de los colonos perdió una pierna en una especie de trampa de lazo. Le partió un par de huesos de un fuerte tirón y tuvieron que amputársela. El rastro de sangre atrajo a lo que Vincenzo dedujo sería un oso pardo (el texto no lo dejaba claro, sólo lo mencionaba como «el demonio peludo que surgió de la foresta»), que les atacó y les obligó a buscar cobijo en las estribaciones más altas de la montaña, donde el frío era demoledor.

Brigham, huyendo de la bestia, se llevó a su congregación a las peores altitudes que uno pudiera imaginarse. El viento helado cortaba la carne y apenas había sitios donde guarecerse. Los troncos de las piceas parecían alambradas infestadas de púas, con telarañas de musgo que saltaban de una a otra haciendo resbaladizo el camino. Habían perdido los sacos de provisiones en los ataques, y como su religión les prohibía llevar ninguna clase de arma, ni siquiera como herramienta útil, no tenían nada con lo que cazar. El fantasma del hambre los acechaba por segunda vez, después de la sombría experiencia del *Enchanted*.

Intentaron descender hasta zonas más templadas en varias ocasiones, pero esta vez fueron los wyandot quienes se interpusieron. Descubrieron a los colonos en algún momento de la tercera semana de viaje, y en lugar de ofrecerles cobijo, quién sabe por qué, les dieron caza. Los Hüt, después de perder a dos hombres, tres mujeres y un infante bajo las flechas de los cazadores, huyeron despavoridos montaña arriba, hacia las blancas cimas.

El miedo llegó, frío y duro, instalándose en sus corazones con una fuerza que hacía parecer insignificante la fe. Las madres imploraron al reverendo que les condujese de vuelta a los pueblos civilizados, pues sus niños no iban a resistir una prueba semejante. No querían quedarse allá arriba mientras les daban caza como a perros. Pero Brigham se mantuvo en sus trece: Dios le había enviado una imagen en un sueño, una especie de profecía, y debían perseguir su cumplimiento costara lo que costase. Sólo había una opción, y era seguir adelante. Yahvé cuidaría de ellos, de Sus hijos predilectos, y proveería en los momentos de necesidad.

Entonces, más o menos sobre la quinta o sexta semana, ocurrió algo que lo cambió todo.

Vincenzo analizó lo más a fondo que pudo el texto, pues no quería dejarse ni un detalle atrás: cuando los Hüt se hallaban en su momento más adverso, desvanecida ya toda esperanza y con la sombra de la muerte planeando sobre los miembros más débiles de la comunidad, ocurrió una debacle. Algo se les quebró, se partió, se astilló… lo único que conservaban hasta ese momento que era irrompible: su fe.

Los niños estaban pasando tantísima hambre que sus madres les habían empezado a dar trozos de corteza de árbol para que los chuparan, y tallos de hierba que tenían el mismo potencial alimenticio que piedras romas. La búsqueda de nidos de pájaros, árboles frutales o guaridas de animales había resultado infructuosa. Los indios no los persiguieron hasta allá arriba, pero vigilaban bien la ladera para que no pudieran descender sin que los atraparan en una emboscada. Entonces, el grupo de colonos se dividió en dos: unos seguían fieles a Brigham, al sueño y a la palabra de Dios. En otros, sin embargo, empezaron a cuajar los argumentos de Duria, quien les decía que había otras magias diferentes a la cristiana que quizá resultaran más útiles en aquellos momentos. Otros oídos que tal vez sí les prestaran atención, cuando Cristo lo único que hacía era ignorarlos.

Vincenzo arrugó la frente. Lo último que leyó en aquel tomo fue la crónica de la Noche Fatal, la que marcó el trágico destino de aquellas

personas que habían venido a América buscando un mundo mejor y sólo encontraron el infierno.

Fue a finales de la séptima semana de supervivencia, puede que un domingo. Duria y los suyos se habían apartado del grupo principal tras una acalorada, y se supone que violenta, lucha dialéctica contra el reverendo. El cisma ya había ocurrido, aunque ninguno lo mencionara en voz alta. Los grupos se separaron rompiendo lo único que los había mantenido a salvo: la unidad. Pero por mucho que quisieran alejarse, todos estaban presos en la misma montaña.

Al cabo de un tiempo volvieron a verse; hubo una especie de reencuentro feliz lleno de abrazos y lágrimas, pues cada cual creía que el otro había intentado sortear el cerco de los wyandot y había perecido en el intento. Pero no, estaban sanos y salvos, y en el caso de los seguidores de Duria, menos cansados y con las mejillas un poco más sonrosadas, como si…

… Como si hubieran podido comer algo.

¿Raciones? No, era imposible, debió de pensar el reverendo Brigham; los sacos de viandas habían quedado muy atrás, en los territorios del oso. ¿Nidos, huevos, pequeños animales escurridizos? ¿Conejos, ratas almizcleras, alguna providencial garceta? ¿Acaso habían dado con un oasis de tranquilidad en medio de la montaña de los horrores?

Decidido a averiguar cómo lo conseguían, ya que la posición de Duria era de hermetismo absoluto, Brigham trazó un plan. Un día, a escondidas, los siguió hasta el lugar donde habían plantado sus casetas de campaña, lejos del grupo principal.

Lo que descubrió allí casi lo mató de un infarto.

Los vio sentados en círculo, en una especie de aquelarre, alrededor de una hoguera cuyas pavesas saltaban furiosas como si buscaran ojos tiernos donde clavarse. Duria, para su asombro, estaba desnuda, mostrando impúdicamente sus vergüenzas en público, ante todos sus hermanos y hermanas. Tenía una especie de símbolo trazado con sangre sobre sus pechos, y rodeando la impúdica mancha de vello que el diablo había plantado entre los muslos de todas las mujeres, para tentar a los hombres santos. Símbolos paganos, impíos, una especie de mano con dos dedos no consecutivos levantados y el pulgar trabado con el meñique. Un gesto obsceno hacia Dios.

Y lo que estaban haciendo…

Uno de los hombres, a quien el autor describía como uno de los pilares de la congregación después del propio arcipreste, estaba sujetando algo con ambas manos mientras se lo llevaba a la boca. Las mujeres y niños que

estaban sentados a su alrededor, formando el círculo, también lo hacían. Tenían esa pose medio encorvada de la gente que se afana en devorar algo hasta la última migaja.

Pero cuando aquel hombre se echó hacia atrás para apartarse su larga melena de la cara…

Brigham vio lo que sostenía entre las manos, lo que se estaba llevando a la boca. Y sintió que se le paralizaba el corazón.

Era una pierna humana. Un trozo amputado desde la rodilla hasta el pie, escuálida como la de un cadáver pero, aún así, con unas míseras raspas de carne sobre sus huesudas interioridades. El Hüt la estaba desgarrando a dentelladas, comiendo famélicamente lo poco que lograba extraer de ella. De su boca salían tiras de carne y músculo que se rompían como fideos en una sopa vieja.

Brigham creyó que sus ojos se iban a quedar ciegos para siempre después de asistir a tan tétrico espectáculo, pero logró reunir fuerzas para convertirse en un estallido de furia divina, de castigo y redención. Emulando a sus antepasados de la Inquisición española, como si portara el nefando *Martillo de las brujas*[5] en sustitución de la Biblia, saltó al claro.

Duria y sus seguidores chillaron de miedo. Era imposible, tras tantos años de considerarla una figura de autoridad, sustraerse al pavor que les inducía la figura del reverendo hecho una furia. Verlo allí, asaltado por un descarnado arrebato de repulsión, repartiendo patadas y puñetazos a los que conformaban aquel círculo diabólico mientras les prometía sufrimientos eternos, era demasiado.

El griterío pronto atrajo al resto del grupo principal, los que se habían quedado en el campamento de Brigham. Vincenzo pudo imaginarse las caras que pondrían al descubrir semejante escena: se quedarían de piedra, tanto en un bando como en otro, ante lo intenso y depravado de la situación.

La historia del libro estaba llegando a su final. Aún así, el autor daba suficientes datos (aunque escuetos; se notaba lo mucho que le dolía referirse a estos pasajes) como para que Vincenzo «viera» el final de la película.

La cosa no acabó bien para ninguno de los grupos. Duria se excusó diciendo que, ante la alternativa de dejar morir a los niños de hambre, y ya que estaban atrapados en la montaña, su única salida era consumir la poca carne que Dios había puesto a su alcance: la de los cadáveres caídos en las trampas de los indios. Brigham, hecho un huracán de cólera y furia divinas, excomulgó a su propia hija allí mismo (según las normas del catecismo que él mismo había escrito para su secta), y los sentenció a todos a ir derechitos al

infierno. Luego se separaron. Cada grupo se marchó por su lado, no importó qué argumentos expusieran ni cuánto suplicaran.

Esa fue la última estampa que se le quedó grabada a fuego a Vincenzo, la escena imaginada de aquellos dos grupos de familiares que sabían que no iban a volver a verse jamás. Un familia rota, desunida para siempre por culpa de las circunstancias y de una espantosa mala suerte. El joven cerró los ojos y visualizó el momento final, en medio del bosque, cuando los dos líderes se llevaron a sus respectivos grupos en direcciones contrarias. Duria iba a intentar bajar por la ladera norte de la montaña, peligrosa pero enfilada directamente hacia las tierras de Kentucky. Quizá lograran romper el bloqueo de los wyandot, si tenían suerte.

Brigham, para el cual Duria había dejado de ser su hija, se iba a llevar a los suyos a lo más profundo de la montaña, confiando aún en su visión de Cristo bajando de los cielos y matando a los infieles, como prometió la Biblia: «… Caigan sobre ellos carbones encendidos y sean arrojados en el fuego, en abismos profundos de donde no se puedan levantar…».

Vincenzo trató de imaginar la intensidad del momento, aquel crítico instante en el que Duria, con los ojos llenos de lágrimas, se volvió para mirar por última vez a su familia. Tal vez los viera allí plantados, entre la foresta y a punto de desaparecer en su interior para siempre. Tan rígidos como la gente de la fotografía de la portada (ellos mismos, unas pocas semanas antes).

Puede que intentara hacerles una última señal, una súplica para que abandonaran al loco de su padre, que los iba a matar a todos de hambre, mujeres y niños incluidos, y se vinieran con ella hasta la civilización. Pero ninguno la escuchó. Según relataba el cronista, el grupo de Brigham Hagopian se internó en el bosque, haciendo una última señal de la cruz, y no se los volvió a ver nunca más.

Vincenzo expulsó el aire contenido en sus pulmones, lentamente.

Cerró el libro y volvió a examinar aquella fotografía, esta vez fijándose bien en los rostros, uno por uno. Sí, no cabía duda de quién era Brigham, con aquella fortaleza indómita encerrada en un hombre de casi setenta años, una fuerza como sólo el fanatismo más extremo puede conferir. Sus ojos estaban parcialmente cerrados, como si mirase a aquella cámara con la desconfianza de quien ve el futuro y no quiere creérselo.

Tampoco cabía duda de quién era Duria, la jovencita que estaba sentada en la hilera de abajo, la de las mujeres, justo delante de Brigham. De cara larga y afilada, como la de un cuervo, no era bonita pero tenía un temple digno de su ilustre padre. Y se le notaba algo, un aire de comprensión gradual

que iba flotando sobre ella, como si en el momento de sacar aquella foto hubiese visto deslizarse por las sombras algo sobrecogedor.

¿Dónde habría aprendido aquellos cánticos, o la forma de los dibujos que trazó con sangre la Noche Fatal sobre su cuerpo desnudo? ¿Qué clase de poderes estaba invocando, y cómo había sabido de su existencia?

Vincenzo se quedó enganchado a su mirada durante largos minutos; casi podía oír su voz suplicándole que fuera con ella, que no siguiera al loco del reverendo en su ruta al suicidio.

Una mano fría se posó en su hombro.

—¿Pero qué…? —exclamó, sobresaltado.

Era el funcionario del mostrador.

—Bien, hijo, es hora de cerrar. Le daría ese libro en préstamo para que se lo acabara en casa, pero imagino que no tiene el carnet.

—Eh… imagina bien. Pero oiga, ¿qué lugares son estos? ¿A cuáles corresponde en la actualidad?

Vincenzo abrió el libro por las páginas centrales, claramente distinguibles porque estaban satinadas. Allí había un mapa que había estado hojeando al principio, nada más sentarse. Era una foto aérea, pero no de satélite, sino de las primeras tomadas desde reactores en los años cuarenta. Bajo la cuadrícula geográfica se extendían algunos manchones pardos (sin duda sotobosques) y unas colinas.

La misma caligrafía circunspecta y sesgada hacia delante que hizo las anotaciones en las otras páginas, había marcado un sitio con una cruz y dibujado un símbolo al lado: los dedos no consecutivos alzados y el pulgar recogido que había descrito el texto.

El símbolo de la bruja.

—Oh, ¿esto? —preguntó el funcionario. Giró la foto para verla mejor—. Bueno, podría ser la granja Dillman, aunque hace varias décadas. Esa zona está mucho más poblada de bosque ahora.

—¿Sí? ¿A qué distancia está?

—A unos cincuenta kilómetros hacia el suroeste, sobre una montaña… pero no le aconsejo que vaya allí, hijo.

—¿Por qué no? —preguntó Vincenzo, recogiendo sus cosas de la mesa.

—Porque en la actualidad es propiedad de una gente, digámoslo así, poco sociable. No les gustan las visitas, y menos las de gente extraña.

No quiso darle más datos, así que Vincenzo se fue con lo puesto. Que no era poco. Había descubierto que Corah estaba muy interesada en la historia de la familia Hagopian, que al parecer tenía antecedentes de brujería. Y había

marcado unas coordenadas concretas en un mapa. ¿Qué más quería, una invitación?

Buscando, buscando… aquel día Vincenzo Strada encontró la que sería la ruta más corta hacia su propio destino.

TRATADO DE LAS BÚSQUEDAS, II

LOS PARANOICOS

1

Gerry Damiano se despertó aquel día con el sonido del metal golpeando el aire: un ventilador que su padre le había puesto junto a la cama. Ese sonido, esos bofetones rítmicos de un material irrompible contra un gas engañosamente débil, lo acompañó casi todo el día: el ventilador del motor del coche de su padre, que siempre se atascaba; el de la mesa del conserje del colegio; uno pequeñito de mano que llevaba una de las mamás de primaria en el bolso; el del techo de su clase. Era como si el mundo supiera que, después de la hora de matemáticas y antes de que empezaran las actividades de gimnasia, algo tremendo iba a ocurrir, y hubiese disparado una cuenta atrás.

Todas y cada una de las horas de clase que tuvo aquella mañana fueron para Gerry un pequeño infierno. Un calvario de vergüenza y dudas que sufrió en silencio. El profe de lengua extranjera le preguntó que qué le pasaba, por qué estaba tan distraído; la de música, dónde tenía los dedos, puesto que no acertaba ni uno de los agujeros de la flauta dulce; el de matemáticas, si creía que hacer una derivada era mover su conciencia de un cuerpo a otro, hasta el del mirlo posado en el árbol.

Gerry contestó con murmullos, pues sí que estaba distraído, con más de medio cerebro fuera de la cabeza. Los discursos que le dirigían sus maestros le resbalaban inofensivamente por encima, mientras él asentía por instinto en los momentos oportunos. Porque en lo único que pensaba era en lo que iba a ocurrir en la sexta hora, entre matemáticas y gimnasia.

Se había pasado la noche sin dormir pensando, tramando, planificando la mejor forma de hacerlo. Era muy joven, y los jóvenes no hablaban con los chicos de los cursos superiores, los que reciben sus clases en el instituto de enfrente pero vienen al colegio de los pequeños para usar las canchas de deporte (previo convenio). Los enanos de trece años no interactúan con los mayores de dieciséis porque lo dice en alguna parte; en algún lugar del universo había una norma tallada en oro donde alguien famoso (quizá Moisés,

que en eso de dictar reglas era un no va más) lo había dejado establecido para siempre.

Pero tenía que hacerlo. Era su obligación moral. El Maestro, a través de la boca del sabio Canaán, había descubierto que él era gay, y si él lo decía no había más que hablar. Había que tomarlo como un dogma de fe. Lo curioso era que Gerry, que ya había tenido sus primeras poluciones frotándose el miembro, no pensaba en otra cosa que no fueran chicas. Phoebe, la de octavo, por ejemplo, con ese busto que había explotado a partir de un tórax liso en el ínfimo intervalo del verano.

Nunca jamás había pensado en hombres mientras se frotaba bajo las sábanas, para que no le pillara su padre. Hasta ahora no sabía que le resultaran atractivos.

Era curioso que nunca hubiese ponderado esa posibilidad, dado que vivía rodeado de fotos de hombres desnudos. Eran luchadores de *pressing catch* a los que su padre adoraba por su bestialidad, por su crudo salvajismo, y que tenía repartidos por las dependencias de la casa. Sobre todo en el garaje, donde estaban las máquinas de gimnasia. Si te esfuerzas lo suficiente, algún día podrás llegar a ser casi tan hombre como ellos, le decía mientras balanceaba las mancuernas, arriba y abajo, buscando el músculo perfecto. Esos músculos eran su billete al ingreso en plantilla de la policía. Gerry, que estaba tan flaco que incluso cargar con sus huesos a veces se le antojaba imposible, temblaba al imaginarse a su padre paseándose por la ciudad con una pistola. ¡Un arma cargada! ¡Y nadie en la vecindad le diría nada!

Las horas pasaron y el momento fatídico llegó: un timbre que, cual sirena de bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, era nuncio del desastre.

El muchacho se puso en pie, se cargó al hombro su mochila llena de libros, en ese ángulo que siempre lo hacía caminar torcido… y se dirigió a los vestuarios masculinos. Cada metro le exigió superar una dura prueba; cada paso, esquivar una mina antipersona. Los demás chavales pasaban a su lado como sueños incompletos, con risas que vibraban con ecos lejanos, como si estallasen a kilómetros de distancia. No tenían ni idea. ¡Ni idea!

Con los ojos ungidos por un santo pavor, entró en el vestuario de hombres. Adolescentes semidesnudos por todos lados, olor a sudor y a metas alcanzadas, toallas colgando de las cinturas a un paso de resbalar. Risas y bromas con alto contenido sexual rebotando en las paredes a ver si hallaban un blanco que se las tomase en serio.

Un chico lo miró y sonrió. La nuez del cuello de Gerry se hundió hacia dentro.

Esto me gusta, soy gay, soy gay, y esto me excita, se repetía sin cesar. Esto debería darle mucho placer, no miedo. Sí, ¡sí!, ¿cómo no me había dado cuenta hasta ahora?

Recordó la cara blanca como la leche de Canaán, y las palabras melifluas que salían de sus labios: Te encargo que lo demuestres, bien demostrado, para que comprendas la fealdad del acto pecaminoso en el que piensas cada noche. Él jamás se atrevería a contradecir a Canaán. Era el apóstol a través del cual hablaba el Maestro, e incurrir en su ira acarrearía unas consecuencias tan, pero tan horribles… que no habría escenario en el mundo capaz de albergarlas.

Bien demostrado. No insinuado ni entredicho, sino bien demostrado. Tenía que sufrir su homosexualidad para darse cuenta de lo mala que era y poder abandonarla pronto, antes de que acabara pervirtiéndole.

El equipo de baloncesto entró, liderado por su mejor jugador, Daniel Gross. Eran los chicos GRANDES, los de los cursos superiores. Y la verdad sea dicha, el muchacho en cuestión encajaba bien en el molde de los triunfadores: ojos de mar, piel casi sin vello, melena rubicunda, rostro cuadrado y buenos bíceps. Sus amigos y él se movían como si en su interior ardiera una pila atómica y tuvieran filamentos de tungsteno en lugar de nervios. Demasiada energía para gastar. Por cada Gerry Damiano que había en el mundo, siempre al límite del colapso, existía otro chaval que producía amperios como para montar una tienda. Qué envidia.

Gerry clavó su vista en Daniel, que le sacaba al menos diez centímetros en todas direcciones (era más alto, más ancho, más grueso, más… todo), y empezó a caminar hacia él como un robot sin alma. Daniel, para empeorar las cosas, se deshizo entre bromas de su toalla y la colgó de una percha. Su miembro quedaba del otro lado, oculto por su cuerpo, pero Gerry sintió un escalofrío galvánico cuando aquellas nalgas, consteladas de gotitas de sudor y partidas por una fina línea negra, quedaron a la vista.

El chico tembló, pero no de excitación sino de miedo. Pánico puro y simple, sin aleación.

Cuando llegó hasta donde estaban los chicos del equipo, que ni siquiera se habían percatado de su presencia, se quedó inmóvil como una estatua. Justo detrás de Daniel Gross.

Por fin, uno de los jugadores se fijó en él como algo más que una pieza del mobiliario.

—Eh, chaval, ¿te pasa algo? —le preguntaron, preocupados por si había que llamar con urgencia a alguno de los profesores.

Gerry sudaba. Sentía una insondable sensación de desprecio por sí mismo, pero no quería dejarse dominar. La letanía soy gay, él tenía razón, soy gay, él tenía razón, soy gay, él tenía razón, soy gay, él tenía razón, era lo único que llenaba implosivamente su cabeza.

Levantó un dedo muy parecido a un fideo agusanado y, señalando el cubículo de la ducha, susurró:

—Te amo y quiero demostrártelo. Ahí dentro.

Su tono de voz fue el de un yonqui consuetudinario al que le acara de fracasar su último argumento para resistirse al pico.

Los chicos GRANDES se miraron con cara de pasmo. Al principio pensaron que era una broma, cosa con la que Gerry no había contado. Pasara lo que pasara, aquel acto horrible tenía que suceder porque así lo habían decretado los poderes. Lo que jamás pasó por su cabeza era que Daniel y sus amigos pudieran negarse a hacerlo, como si les estuviera tomando el pelo. Total, ¿quién iba a sentir la menor atracción, sexual o de cualquier otro tipo, por aquel espárrago con cara de empollón?

—Estás de coña, ¿no, niño? —le preguntó Daniel, enfrentándose a él. Eso dejaba su pistola justo delante de la barriga de Gerry, carnosa y perlada de sudor, igual que su perfecto trasero. Gerry ni siquiera se atrevió a mirarla.

—No. —Tragó lava ardiente. Sus conductos nasales estaban obturados por algo que se parecía al vómito viejo—. Es… es en serio. Te amo. Quiero que me hagas sentir como… como una mujer.

Por un instante, Daniel pensó en agarrar a aquel idiota por las orejas y llevárselo al despacho del coordinador. Pero entonces pasó algo: un fuego perverso ardió en su mirada, el ansia de no dejar pasar una oportunidad que no volvería a presentarse en la vida. Allí estaba, aquel niño imbécil cuyas fantasías estarían respaldadas por algún pasado violento, un historial chungo de inestabilidad familiar. Estaba proponiéndole aquello, y ofreciéndole en bandeja la que quizás fuera la mejor oportunidad de toda su vida para hacer una auténtica gamberrada.

Lo curioso era que Daniel sí que tenía unos cuantos pasados (más de uno) que podrían respaldarlo a la hora de buscar la gamberrada perfecta. La que quedaría en los anales del instituto como la putada definitiva hecha jamás a un alumno.

¿Cómo resistirse?

—Oye, mariposón —susurró, entornando los ojos—, yo a ti te conozco. ¿No eres el hijo de Trevor el camionero, el que va tanto por la academia de maderos?

La respuesta le salió en forma de gemido indefenso:

—Sssssí…

—¿El colega de Gard Barbour?

El mejor amigo de su padre, un policía que estaba dentro del Cuerpo con rango de sargento y que solía venir los jueves a tomar cerveza, se llamaba Gard. Gard Barbour. Era un hombre definido por un par de discursos filosóficos a los que acudía una y otra vez. Lo curioso era que el padre de Gerry los escuchaba con atención, como si fuesen los consejos de alguien realmente sabio al que uno tiene en un pedestal, y siempre, siempre asentía con la cabeza. Aunque se los supiera de memoria, ponía cara de sorpresa y aceptación en cada final de argumento.

Uno de aquellos discursos, que Gerry odiaba, tenía que ver con lo que Gard llamaba «la teoría de la idea vírica», según la cual cualquier mala idea (cuanto más perversa y retorcida, mejor) podía expandirse como el ébola cuando una persona la dejaba caer en su entorno social. Si había un grupo de amigos reunidos y uno decía «oye, ¿qué tal si hacemos tal o cual barbaridad?», había un porcentaje muy alto de probabilidades de que la idea cuajara en las cabezas de todos. Mientras más retorcida fuera, de hecho, más posibilidades tenía de hacerse realidad. Siempre según el amigo de papá, claro.

Algo de eso debió suceder en los vestuarios aquel día, porque al brillo malicioso en las pupilas de Daniel Gross le siguieron otros destellos igual de diabólicos, que llenaron de sombras las caras de sus compañeros. La idea (no desaproveches el momento, idiota, que el gilipollas este se te está ofreciendo en bandeja) saltó como una pulga de cerebro en cerebro, contagiando a todo el equipo de baloncesto.

Y cuando el líder del equipo agarró por los hombros al mierdecilla del hijo de Trevor y se encerró con él en la ducha, sus amigos se pusieron delante de la puerta para encubrirlo en lugar de salir disparados a llamar al director.

Lo que ocurrió en el cubículo demostró dos verdades. La primera, que Gerry supo de verdad lo sucio que le hacía sentirse su homosexualidad, esa enfermedad venérea. Y la segunda, que el mundo podía ser mucho más cruel de lo que un niño de su edad podía ni siquiera llegar a entrever.

Un gemido pataleó en su garganta, esperando una señal del cerebro detenido en el éxtasis de dolor, cuando Daniel Gross le metió su enorme miembro por el ano. No supo dónde ni cuándo se hallaba, como si todos sus relojes internos se hubiesen paralizado, hasta que, media hora después, los chavales lo dejaron en la puerta de su casa. Tocaron el timbre y se marcharon

riendo como posesos, escondiéndose para ver la cara que pondría el duro de Trevor Damiano al ver cómo había quedado su hijo tras la Gran Enculada. Iba a ser el tema de conversación recurrente en el instituto durante años.

Buscando, buscando… Gerry Damiano encontró el límite más bajo al que podía caer en su vida.

2

La radio del coche emitía una canción de un grupo folk irlandés de nombre impronunciable. La letra, hermosa y desconcertante, decía:

> Puedo recordar el lenguaje olvidado del mundo
> Susurrarle una nana a la bestia secreta que duerme en la roca
> Las viejas mareas arrastran el derrubio de huesos de seres extintos
> Y los obsoletos anhelos de las verdades hundidas
> Y tú sigues intentando recordar tu nombre
> Tu nombre, tu nombre
> Tú sigues empeñado en recordar tu nombre
> Para que antes que tú no lo encuentre la bruja…

—Bruja. —La palabra se abrió paso con convicción. A Vincenzo le parecía asombrosamente nueva y cargada de poder, ahora que había visto su versión gráfica. El símbolo que garabateó Corah en el libro.

Mientras conducía hacia el suroeste los cincuenta kilómetros que le había indicado el bibliotecario, no dejaba de ver posibles vías de acción en el horizonte. Todas llevaban a un futuro donde cosas imposibles tenían visos de hacerse realidad. No eran más que anhelos estimulados al saber que su ídolo buscaba lo mismo que él, pero los fue atravesando como si se estuviese moviendo de sueño en sueño, disfrutando de su aterciopelada caricia.

Se había despedido de Russellville bajo un sol que nimbaba su cabellera, y ahora se encontraba dejando atrás una estela de polvo por caminos no asfaltados. Las mazorcas de maíz estaban agostadas por el calor, y las bolsas de aire caliente titilaban en pabellones azul celeste. Pasó cerca de otros dos pueblos, cuyos nombres ni siquiera se dignaban a aparecer en el mapa que había comprado en el kiosco, y puso rumbo a unas montañas. Según el

bibliotecario correspondían a la foto aérea del libro, donde Corah había plantado con tanta claridad su X.

Echaba de menos uno de los libros que se había dejado en Los Ángeles, inútilmente guardadito en una caja. Era un tratado de epigrafía referente a ciclos míticos y supersticiones que le habría venido muy bien para descifrar el símbolo de la mano.

¿Qué podría ser, la reducción a un icono gestual de una sola idea, o de un conjunto subordinado de símbolos? ¿Qué proceso de analogía morfológica se escondería tras esos dedos puestos en tan difícil posición, eh, señor Spock? ¿Qué argumentación inductiva operaba ahí abajo que (al menos a él) lo llevaba a leer irremediablemente la palabra «brujería»?

Vincenzo no conocía las respuestas, pero había alguien que sí: la propia Corah, pozo de sabiduría y prez del conocimiento esotérico mundial. Si ella estaba al final de aquella polvorienta carretera, se lo preguntaría directamente. Y si no… bueno, pues se esforzaría en reunir todas las pistas posibles. Por su cabeza ya habían cruzado un par de ideas locas sobre lo que Corah podría estar investigando, entre ellas la posibilidad de que la familia Hüt pudiera tener herederos que aún vivieran en esos parajes.

¡Los tataranietos de Brigham y Duria Hagopian! ¡La línea de sangre que sobrevivió al viaje infernal!

¿Sería a ellos a los que el bibliotecario se refirió como la «gente poco amigable»? ¿Le abrirían al pobre Vincenzo una ventana a sus fascinantes vidas, antes de que la palabra FIN se cerrase como un cortinaje sobre su investigación?

Pasó junto a un arroyo donde el sol punteaba los cañizos, y subió por una pendiente de cabras (pobre Studebaker, pensó con una lagrimita) hasta lo más alto de las colinas. Como le había advertido aquel tipo, en las décadas transcurridas desde que se tomó la foto el área había cambiado bastante: ya no era un arenal con manchas de sotobosque, sino un suave cardiograma de alcores revestidos de pinos.

Fue entonces cuando vio el cartel:

GRANJA DILLMAN, PROPIEDAD PRIVADA
USAREMOS FUERZA LETAL CONTRA LOS INFRACTORES
¡LÁRGUENSE, AQUÍ NO QUEREMOS A LOS DE SU ESPECIE!

¿A los de «su especie»? ¿Fuerza letal? ¿A qué se referían, a perdigonazos de sal o a algo más definitivo? Vincenzo no quería comprobarlo en sus carnes, así que aparcó a prudente distancia de donde el camino moría en una puerta. Más que puerta, era una barrera reforzada en mitad de una alambrada que rodeaba por completo la finca.

El joven se bajó del coche, mirando con precaución en todas direcciones. No parecía haber nadie, pero era mejor no fiarse. Alguien que protegía así la entrada a su terruño, con ese celo *post*-apocalíptico, podía estar escondido en un nicho de esos para observar animales y tenerlo en el punto de mira de su rifle.

Aún con todo, Vincenzo había venido hasta aquí a buscar a alguien, dejándose la mitad de la amortiguación en el camino, y maldita fuera su estampa si se iba sin intentarlo.

—¿Hola? —gritó, dirigiéndose a una vetusta cámara de CTV que había en la barrera—. ¿Hay alguien ahí?

Silencio. Una quietud de esas que tensan nervios, que parecen la antesala al potente estampido de un desastre. Vincenzo empezó a preguntarse qué demonios hacía probando el trabajo de campo, en vez de extraviarse en los dudosos consuelos de la prosa.

Después de gritarlo tres o cuatro veces decidió que nadie se estaba dando por aludido, así que tenía dos opciones: o saltaba la valla a lo Chuck Norris, procurando no cortarse con la alambrada, y se internaba por su cuenta y riesgo en terreno enemigo… o esperaba tranquilamente a que pasara algún vehículo. Quizá aquella gente tuviera que ir a la ciudad de vez en cuando a comprar tabaco. O pilas. O revistas porno.

Pero claro, si esperaba a que ocurriera eso podía pasarse horas bajo aquel sol de justicia.

Vincenzo era demasiado cobarde como para sopesar en serio la primera opción, así que se acomodó en el asiento de atrás. Tenía material de lectura para aguantar: metió un brazo en el maletero a través del agujero del asiento (el que quedaba al bajar el apoyabrazos) y abrió una de sus cajas de libros. Sacó una novela al azar: ah, qué guai, *El arqueómetro* de Saint Yves D’Alveydre, en edición comentada francesa. Le encantaba, aunque no comulgara con la reforma sintética de las artes que defendía el autor. Pero bueno, hacía tiempo que no lo revisaba, y esta era una ocasión tan buena como cualquier otra.

Llevaba devorado casi un tercio del libro cuando apareció el primer coche.

Era un *jeep* de cabina cuadrada, con más estratos de polvo en el capó que los que había dejado en la carretera. Empezó a trepar montaña arriba a última hora de la tarde; de hecho, interrumpió un coro de grillos que ya había empezado a solfear y que parecía una maquinaria carente de cerebro.

Vincenzo se tensó viendo cómo aquel *jeep* subía y subía inexorable hacia él. Ahora, de repente, le entraban ganas de esconderse. Qué locura.

Cuando el vehículo frenó ante la barrera, a pocos metros del Studebaker, unos rostros llenos de curiosidad le observaron desde las ventanillas. Qué hará este intruso aquí, se preguntarían. Qué vamos a hacer con él, ahora que es casi de noche y nadie mira en esta dirección.

Vincenzo tragó saliva mientras dos personas se apeaban del *jeep*: la del asiento del conductor era una mujer madura, vestida con un traje militar de esos que cortan a medida en las tiendas de armas. El caqui le sentaba bien a su pelo canoso, lo hacía parecer un elemento más del camuflaje. Pero no fue ella quien le puso los pelos de punta, sino el tío del asiento del acompañante: una mole de grasa sin camiseta y más calvo que un skin head, con tantos tatuajes en la piel que parecía un sosias grosero del Hombre Ilustrado de Bradbury. Lo que daba más miedo eran los tatuajes en sí, pues distinguió caras de demonios, nudos de cadenas sobre calaveras llameantes y algunas esvásticas.

La luz de sus linternas estrió el suelo en dirección al Studebaker.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer—. ¿No sabe que esta es una propiedad privada?

—Eh… sí, sí, por eso he aparcado aquí fuera, sin tocar la… la… —Su dedo completó la frase. Vincenzo estaba que se lo hacía encima de miedo, pero aún así salió del coche y dejó las manos bien a la vista, no fuera a ser que aquellos paranoicos creyeran que llevaba armas—. Me llamo Vincenzo Strada, soy de California, y… y si usted es quien creo que es, entonces estoy de suerte.

La había reconocido por la voz, la misma que llamó aquel día a la emisora, aunque su atuendo no encajase para nada con la imagen que se había hecho de Corah. Al pensar en ella, lo primero que invocaba era el traje elegante y la pose intelectual de las fotos de las contraportadas. Nada que ver con la soldado de Corea que tenía delante, con todas aquellas manchas de camuflaje, la gorra militar y las botas de cordones.

Al menos no llevaba armas, no a la vista, aunque el maromo que tenía al lado (y que no había dejado de observar a Vincenzo con cara de asesino desde que se bajó del *jeep*) podría si quisiera estrujarle el cráneo como un melón maduro. ¡Alto, tengo un gordo neonazi y sé cómo usarlo!

—¿Qué es lo que quiere? ¿Cómo me ha encontrado?

—Yo… es decir, trabajo en la KNB, y pinché la conversación del otro día, la de la entrevista. Fui quien le cogió el teléfono y la pasó a antena.

—Oh —dijo ella, mirándolo con suspicacia.

—Soy fan suyo de toda la vida, doctora. Tengo todos sus libros, y por mi cuenta he hecho algunas investigaciones sobre temas de brujería y misticismo basándome en sus premisas. He cruzado medio país sólo para hablar con usted.

Corah se le acercó (más bien, lo que se acercó fue el charco de luz brillante que se derramaba en el suelo) y se quedó observándolo en silencio, como si sopesara opciones. De pronto, justo cuando Vincenzo se acostumbró a la claridad y pudo ver más allá del nimbo de luz, su rostro cambió.

Fue algo raro, como una especie de reconocimiento… la cara que pondría alguien si un recuerdo de hace muchos años, enterrado bajo capas y capas de olvido, sacara una mano huesuda y la sacudiese sobre su tumba. Había algo en el ardor de aquella mirada, un deje que recordaba la decisión insensata pero inconmovible de las arañas al tejer sus telas.

—Dishsa’t demodhen atnestys salamarium? —preguntó Corah.

Vincenzo iba a echarse a reír, haciendo una broma del tipo «¿es para saber si he bajado de un platillo volante?», cuando su cerebro también hizo click.

Reconocía aquel dialecto, y aquella frase en concreto.

Era una cita en el supuesto «idioma diánico»**[6]** que desarrollaron los cultistas de la Antigüedad. Vincenzo lo había leído en un libro más moderno, el *Phlegon* de Mirabilius, una joya de las artes arcanas, formando parte de unos versos tildados de satánicos por un papa. Esa frase era algo así como el canon del verso, la entradilla de cada estrofa. ¿Cuál era la contestación?

Haciendo un enorme esfuerzo por recordar, y por pronunciar bien aquellos conjuntos de sílabas que poco tenían que ver con el inglés, recitó:

—Eh… a ver, hyfisthus delacrox xy’mma anaerensys… «porque el bien y el mal son asuntos eremíticos, esencias de extracto poético» —tradujo.

Cayó un tenso silencio mientras el joven esperaba su veredicto. Corah, que le escuchaba con una juiciosa sonrisa, bajó la linterna y le tendió su mano.

—Bienvenido, hijo. Hacía mucho que te estaba esperando. ¿Cómo dijiste que te llamabas? ¿Vincenzo?

Eso no fue lo que más le preocupó al joven, que ella afirmara que lo estaba esperando desde hacía tiempo, sino la sensación de que de no haber superado aquella prueba algo muy malo le habría ocurrido. ¿O acaso fue un

juego de sombras el movimiento que vio junto a la cerca, como de alguien bajando relajadamente su arma, una escopeta que hasta entonces le apuntaba al pecho?

—Sé bienvenido a nuestro humilde hogar. Puedes dejar tu coche aquí, nadie te lo robará.

—Gracias, supongo. Pero doctora… ¿qué sitio es este?

—¿Recuerdas aquella frase que estaba escrita en algunos campos de concentración alemanes de la Segunda Guerra, algo sobre lo de perder toda esperanza al cruzar sus puertas?

Vincenzo titubeó.

—Sí…

—Pues aquí nos alimentamos de eso.

3

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó Vincenzo, un poco menos acongojado que antes por tener cerca a Corah. La doctora lo estaba guiando por un sendero que había más allá de la cerca hacia un conjunto de chabolas. Ya era casi noche cerrada, y la hierba ardía con luciérnagas.

—Digamos que es una especie de último refugio para todos aquellos creyentes que saben que algo va a ocurrir, y que hagamos lo que hagamos no podremos impedirlo —dijo Corah—. Nosotros lo llamamos Threnody. El lamento por los muertos.

—¿Creyentes en qué?

—En el Juicio Final.

Las chabolas parecían ser justamente eso, una amalgama de chapas metálicas, madera y planchas de rotomoldeo afianzadas con clavos. La mayoría tenían cables que surgían caprichosamente de algún agujero e iban a parar a racimos de placas solares, y estaban abrazadas por pequeños huertos. Todas estaban habitadas, pues Vincenzo vio una pequeña comunidad de hombres, mujeres y niños de una amplia variedad de razas enfrascada en sus labores nocturnas. Todo el mundo parecía tener algo que hacer, algo que no se podía dejar para más tarde por si acaso no hubiese un «más tarde».

Encajaban tan perfectamente en el cliché sobre las «comunas survivalistas» que había visto en los noticiarios que por un momento sintió ganas de reír.

Pero no lo hizo. El gordo siniestro iba detrás de ellos, en completo silencio. Vincenzo sentía la presión de su mirada como si un barbero le estuviese apoyando en la nuca su navaja de afeitar. Y no era la única mirada rara. Aquella gente no debía de estar acostumbrada a recibir ningún tipo de visitas del exterior, por lo que miraban al recién llegado con una desconfianza enfermiza. La mayoría portaba o se las arreglaba para tener cerca armas de fuego.

—¿Nunca habías visto una colonia survivalista de cerca? —preguntó la doctora.

—Eh… no, me parece que no. —Vincenzo la siguió al interior de una cabaña. Había mobiliario, lo justo como para que una persona se sintiera cómoda, pero hasta la más mínima concesión al concepto «decoración» había desaparecido. Los muebles eran de acero, prácticos y funcionales, y no encajaban estéticamente entre sí. Las paredes estaban forradas por estanterías llenas de latas de conservas—. Y la verdad es que me preocupa.

—¿El qué?

—Esta situación, el que me haya invitado a entrar sin consultarlo con los demás. Tengo la impresión de que a toda esa gente le gustaría echarme unas cuantas serpientes de cascabel por encima.

Corah rió, una risa cristalina que por un momento le recordó a la voz amable y culta de la radio. Cogió una cafetera del tipo que usan los montañeros y un popote *scout* y empezó a mezclar polvos. A su espalda, en las alacenas, se amontonaban conservas, provisiones, ropa de abrigo, botes de semillas, hatos de leña, unos cuantos botiquines puestos al día y herramientas. En una esquina, apoyado contra una pared, había un rectángulo de metal galvanizado de la altura de Vincenzo, con lo que parecían dos grandes botellas de filtrado.

—Tranquilo, estaban sobre aviso de que alguien del exterior vendría uno de estos días. Lo que te juro que me cogió de improviso es que fuera precisamente hoy. Y que se tratara de un joven universitario tan apuesto —sonrió.

—¿Cómo… cómo lo sabía? Que iba a venir, me refiero.

La doctora fue hasta la caja de acero galvanizado y abrió un grifo, con el que llenó el popote hasta la mitad. El líquido era tan transparente que sólo podía ser agua destilada.

El joven comprendió lo que era aquel aparato: una planta potabilizadora portátil para uso ganadero, destinada a eliminar contaminantes del agua. Corah la había colocado allí para su uso particular.

—Antes de responder a esa pregunta, Vincenzo… por cierto, qué nombre tan bonito… debo saber algo más sobre ti. Dices que has leído mis libros y que te gusta la investigación antropológica, ¿no? ¿Hasta qué punto?

Vincenzo se encontró de frente con ese momento, el que había estado anhelando desde hacía tiempo: la conversación con Corah en la que él se desnudaba, revelándole los entresijos de su alma, para que ella pudiera comprender que no era un estudiante más, ni un prófugo universitario con ganas de hacerse famoso. Quería que entendiera que su interés por los misterios era genuino, no una tomadura de pelo. Por eso había ensayado aquel hipotético discurso muchas veces.

Así pues, Vincenzo le reveló sus más íntimos anhelos, como si fuera la primera vez que entraba en un confesionario: le contó brevemente sus orígenes, por qué le interesaban tanto desde que era niño las ceremonias (sobre todo las más estrambóticas y retorcidas, aunque no tuvieran un efecto real sobre el mundo), y por qué había dedicado su vida adulta a profundizar en estas materias. Fue una especie de declaración de amor hacia Corah, ya que sus palabras transmitieron una pasión tan genuina, una energía tan vital y poderosa, que la doctora no pudo por menos que derramar una lagrimilla.

Era como tener delante un espejo en el que se reflejara ella misma, con toda esa amalgama interior de apetencias exóticas que pocas personas en el mundo comprendían.

—No puedo explicarlo, pero cuando estaba en Los Ángeles experimenté algo… arrebatador —continuó Vincenzo—. Una especie de fuerza que tiraba de mí y que me ponía en el camino de este futuro que ahora, gracias a Dios, es presente. Un profesor me preguntó una vez por qué, si tanto me gustaban las ciencias ocultas, no dedicaba mi vida enteramente a ellas en lugar de andarme con circunloquios. Y fue como si al fin me quitara una venda de los ojos. Lo vi tan claro que al día siguiente telefoneé a mi viejo para pedirle dinero, agarré el coche y… aquí estoy. Me he leído cientos de libros, tal vez miles, y tengo casi toda la memoria útil de mi cerebro ocupada con millones de datos que para la gente normal son estupideces, cosas que nadie perdería tiempo en memorizar, pero que hace siglos fueron importantes. Protocolos litúrgicos paganos y sus significados, y cosas así.

Corah emitió un ruidito desde su garganta. Vincenzo pensó que era una especie de hipo, o que se había atragantado con el café, porque sonó a la clase de inflexión aspirada de los bebés cuando están al borde del llanto.

Pero no, lo que la doctora había dejado escapar era un gemido de placer, al comprender a quién tenía de verdad frente a ella.

Vincenzo no era un estudiante más. Era la persona que siempre había estado esperando: su complemento ideal para explorar los mundos de la magia y el misterio. Ese tipo de aprendizaje exigía un compromiso muy serio, y pocas personas estaban dispuestas a asumirlo. Había que estar tan loco y tan fascinado por la parte oscura de la vida como la propia Corah para meterse en ese berenjenal. Y aquel joven barrigón y con entradas cumplía, a primera vista, con todos los requisitos.

—Ahora mismo hay una ceremonia que se encuentra en pleno curso, en el ecuador de su gestación —confesó la doctora—. Una de extrema complejidad y no menos poder. Pero antes de hablarte de ella, y de por qué intuía que alguien como tú acabaría tocando en mi puerta… tengo que explicarte ciertas cosas. Datos que te cambiarán a un nivel muy profundo en cuanto los oigas, Vincenzo —le advirtió—. Si tu compromiso con los viejos saberes es tan férreo, o aspira a serlo, necesito que me lo digas. Que me jures que serás capaz de llegar hasta el final sin rendirte, pase lo que pase.

El joven asintió gravemente con la cabeza.

—Le doy mi palabra de honor, doctora, de que siento que mi vida no ha servido para otra cosa mas que para conducirme a este momento. Si existe la menor oportunidad de colaborar con usted en algo, no dude en pedírmelo, aunque crea que me va a hacer daño. Porque para mí será un sueño hecho realidad.

—Muy bien… Yo tampoco me lo creo del todo —sonrió Corah—. Para mí también es un sueño hecho realidad, y doy gracias a Dios por ello. Eres demasiado perfecto para ser verdad.

Vincenzo se ruborizó.

—Bueno, yo…

—La vergüenza déjala en la puerta. Por cierto, ¿a qué te dedicabas antes? Allá, en Los Ángeles, además de estudiar.

—Eh… mataba zombis.

—Venga ya. Nunca he visto un zombi en mi vida.

—De nada —sonrió.

—¡Tonto! —Le pegó de broma—. Anda, ven, acompáñame.

Lo cogió de la mano (haciendo que, por la diferencia de edad, pareciera que una abuela se estuviera llevando de paseo a su nieto) y salieron fuera. El crepúsculo yacía en cenizas, un manto de vestigios sobre el horizonte del cual iba a renacer el nuevo día.

—El mundo está a punto de cambiar, Vincenzo. Poca gente lo nota, pero los signos aparecen por doquier. A los que sabemos de rituales y semiología

mística nos cuesta muy poco distinguir las señales, pero es un arduo trabajo hacérselo comprender a los demás. Yo lo he intentado a través de mis libros, propagando la mala nueva de la forma más sencilla y comercial que existe, tratando de prevenirles… pero salvo algunos buenos chicos como tú, el mundo presta oídos sordos a la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que estamos abocados a un desastre inevitable y definitivo, que quebrará por siempre el alma de los hombres y la condenará al olvido. Para que llegue ese día falta muy poco, y los primeros signos de su inminencia están apareciendo aquí, justo en esta zona del mundo.

El joven la miró, sin juzgarla pero con una chispa de temor hacia… bueno, hacia la cuestión que toda persona en sus cabales se plantearía llegado el momento: si Corah estaba cuerda, o si las tonterías que salían de su boca no serían más que el reflejo de una profunda esquizofrenia. La misma enfermedad paranoica que la había llevado a aislarse en una comuna survivalista.

—¿De qué tipo de desastre estamos hablando? —preguntó Vincenzo, con mucho tacto—. ¿Nuclear, vírico, económico, natural…? ¿Reagan apretará finalmente el botón contra Rusia? ¿Caerá otro meteorito de extinción?

—No es nada de eso, sino algo más potente y definitivo. Hablo de un cataclismo espiritual, de un holocausto místico. Verás… —Siguieron paseando hasta los límites de la finca, donde Vincenzo pudo ver centinelas armados vigilando las colinas—. No sé si te acuerdas de que en la entrevista nombramos algunos libros. Entre ellos estaba *La Gente Blanca*, de Arthur Machen, ¿sabes de qué te hablo?

—Claro que sí. Es uno de mis títulos favoritos.

—Me alegro, porque es algo más que una historia sobre el despertar esotérico de una jovencita. También contiene la clave para entender el cataclismo que se desatará en breve. Machen lo vio, aunque a él todavía le quedaba muy lejos en el tiempo, así que optó por plantar una semilla para que la humanidad cambiase poco a poco antes de que fuera demasiado tarde. Pero la humanidad, como hace siempre, le ignoró. ¿Recuerdas cómo empezaba el libro?

—Con una discusión entre dos hombres en la que, usando la dialéctica, el autor reflexionaba sobre la verdadera naturaleza del Mal.

—Exacto —asintió Corah—. Machen afirmaba que los humanos habíamos olvidado lo que es realmente el pecado. Él lo entendía como una violación extrema de las leyes naturales, y afirmaba que asistir a la

materialización de un pecado debería de sernos tan doloroso, tan inexplicable y desconcertante, como ver a las piedras del suelo empezar a chillar, o a las paredes sudar sangre. Nos hemos acostumbrado tanto al mal que hemos olvidado que realmente es una violación intolerable del orden.

—Seguro que el reverendo Pope estaría de acuerdo con usted, al menos en eso —sonrió Vincenzo—. Lo que no entiendo es por qué discutió con él en la radio sobre el carácter apodíctico[7] de la religión, si ahora me dice que sus temores se basan en la diferenciación cristiana clásica entre Bien y Mal.

—Eres listo. Por eso creo que serás un buen alumno —asintió ella—. Lo que quise transmitirle a Pope, pero él fue incapaz de entender, es que el Mal es mucho más antiguo que la definición que de él han hecho nuestras religiones. Desde la más antigua del zoroastrismo a la más moderna del culto a Bahā’ Allāh. Existe, al igual que la Magia, desde hace eones. Y puede ser manipulado por personas o seres que posean los conocimientos adecuados. Seres que no dudarían en desatar un holocausto sobre la Tierra si con eso ganaran más poder del que ya ostentan.

»Esta colonia, Threnody, fue fundada no en base al temor de un cataclismo nuclear, sino a uno mucho peor: el de la consumación final del Pecado Original, que no tiene nada que ver con la fábula esa tan tonta de Adán y Eva. Será un acontecimiento nefasto que liberará la magia negra sobre el planeta y arrasará nuestra civilización hasta los cimientos. En el Agón di-Gatuan, la Antigua Lengua, hay una palabra para esto, Nhud… pero sólo la podrías pronunciar correctamente si te escindieses la lengua con un cuchillo, dejándola bífida.

Vincenzo arqueó las cejas, estupefacto.

—¿Survivalistas del Pecado Original, eso es lo que sois? Es lo más surrealista que he oído en mi vida.

—Sé que ahora mismo te suena muy raro, pero lo creerás en cuanto te muestre las señales. Signa clara sunt. —La vista de Corah se paseó con temor por el perfil de las montañas, como si la noche escondiese monstruos. Su cambio de idioma había sido tan fluido que dejó despistado a Vincenzo—. Empezará aquí, en Russellville, en el mismo lugar donde Duria Hagopian hizo el primer pacto con la magia negra de la era moderna. Y se extenderá al resto del mundo como un virus. Hay gente que ya está intentando acelerar el proceso, llevando a cabo ceremonias macabras previas al Nhud.

Vincenzo se estremeció al recordar el episodio de la granja Prenton y la palabra escrita con sangre: SABBAT.

—¿Sabe acaso quiénes son?

—Eso es lo malo —gruñó Corah—. Que no tenemos ni idea. Podría ser cualquiera, literalmente. Hasta yo.

TRATADO DE LAS BÚSQUEDAS, III

LOS CANDIDATOS

1

Decir que fue una especie de estremecimiento lo que sacudió el corazón de Trevor Damiano cuando vio a su hijo tirado en el porche con los pantalones bajados, mientras unos chavales se descojonaban mal escondidos entre los setos, sería pecar de suave. Más bien fue un gancho a la mandíbula, un violento *crack* como el del metal del hacha cuando muerde el tronco. Solo que aquí la madera era la autoestima de Trevor Damiano, el excamionero, el macho del barrio, el aspirante a policía.

Porque, ¿quién en sus cabales iba a tener el valor de salir a la calle y saludar a sus vecinos, cuando su hijo estaba sollozando como una nena, y era más que obvio lo que le había pasado?

Los chicos que le habían hecho aquello tenían pinta de jugadores de fútbol, y habían escrito en sus pantalones con bolígrafo:

AL PEQUEÑO MARIQUITA LE GUSTÓ

Gerry estaba hecho una piltrafa, y realmente tenía el culo como si le hubiese pasado por allí todo el cuerpo de bomberos, con un hililllo de sangre procedente de los desgarros internos.

Trevor, sin decir palabra, lo agarró por la camisa. Como si fuera un fardo más que un ser vivo (al estilo de la estatua que hay en Normandía del soldado americano que agarra por las cinchas a su compañero y lo saca fuera del combate), lo elevó en peso y lo metió dentro de casa. Fue como si arrojara al zaguán una maleta.

—Lo… lo siento, papá —fue lo que subió a los labios del chiquillo mientras su padre se atiborraba a pastillas, las «antivietcongs» del cerebro. Ese día la amenaza de isquemia e infarto cerebral de Trevor Damiano avanzó un paso de gigante, pero en la mala dirección.

La puerta se cerró tras ellos con un golpe contundente; un aviso para que el resto del mundo, si sabía lo que le convenía, se mantuviera apartado.

Al pequeño Gerry no se le vio en dos días. No apareció por el colegio, ni nadie llamó para avisar de que estuviera enfermo. Fue literalmente como si se hubiese volatilizado. Y cuando la escasa gente que frecuentaba el entorno de los Damiano empezó a echarlo de menos, de improviso, reapareció.

Algunas viejas de mirada curiosa, de esas que tienen estrías en las pupilas de tanto espiar a través de las persianas, se preguntaron si al pequeño le había pasado algo. Trevor tenía fama de ser un hombre violento, no en un sentido práctico (sus días de peleas en bares se circunscribían a rutas de camión que tocaban rincones muy alejados de Russellville) pero sí conceptualmente. Hablaba con agresividad, le encantaban los deportes violentos y últimamente era la estrella del gimnasio. Estaba claro que le gustaba combatir, sobre todo contra gente que no le supusiera un gran problema si se le rebotaba. Por eso las viejas de las persianas se preocuparon al dejar de ver al pequeño Gerry. Se preguntaron qué habría podido pasar y qué clase de medidas habría tomado el bruto de su padre.

Pero cuando Gerry apareció en escena no tenía ni un solo moretón en la piel, al menos ninguno visible. Nadie le había dado una paliza, aunque, no se sabía por qué, andaba de una manera extraña, patizamba, como si le escociesen los calzoncillos en la zona del periné.

Su padre no lo llevó al colegio, como si no le importase lo más mínimo que perdiera horas de clase. En cambio, lo presentó en sociedad en el terreno de prácticas de tiro del viejo Steven, donde iban todos los fanáticos de las armas del condado (y eran legión, sobre todo los sábados por la tarde, antes de la hora del partido). Aquella misma tarde le expidieron el carnet de socio. Gerry Blumendal Damiano se convirtió así en el miembro más joven del club, y recibió unas clases personalizadas y muy exhaustivas sobre cómo montar, desmontar, cargar y manejar una pistola de pequeño calibre.

El pobre muchacho parecía aterrorizado, como si estuviese viviendo una pesadilla de la que era imposible despertar, por más que lo intentara.

Trevor en estado puro, «el búfalo americano», fue quien lo guió por todas las fases. Ese proceso tenía un nombre, algo así como «fase uno del largo camino de conversión de Gerry en un hombre de verdad», pero salvo en la cara, no lo llevaba escrito en ningún otro lado. Pocos se enteraron del porqué, a pesar de que el cómo era evidente. Trevor se había cansado de esperar, y había decidido convertir a su vástago en lo que él deseaba que fuera. Lo que

opinara el pequeño Gerry daba igual: de allí iba a salir hecho un hombre y caminando con los andares zambo-chulescos de John Wayne.

Ya se lo agradecería a su padre cuando hubiese dado el salto a su nuevo yo. No había cosa más divertida en el mundo que ser un auténtico MACHO, joder. Y que las felatrices corran a esconderse, ahora que aún tenían tiempo. Porque llegaba GERRY, y eso significaba que dentro de poco no iban a poder ni andar.

El chico, por supuesto, no lo veía así. Ni por asomo.

Gerry hizo de tripas corazón y obedeció a su padre en todo, porque sabía lo que le convenía. El halo de la vergüenza más absoluta por lo que había pasado en el colegio planeaba sobre él como una sentencia, y apenas le dejaba levantar la vista. Ni siquiera para apuntar el pequeño revolver del calibre .22 hacia las dianas del fondo. No quería regresar a las aulas después de aquello, no se atrevería a acercase ni a un kilómetro a los sitios que antes frecuentaba, para charlar con sus amigos. Ya no tenía amigos.

Y todo por culpa de Canaán.

Necesitaba verlo, oh, Dios, cuánto lo necesitaba. Quería tenerlo cerca, a él que era el único que podría entender lo que había pasado. El único hombro en el que encontraría consuelo. Pero Canaán

(no, no ha sido por su culpa, no seas embustero)

les había dicho a todos que

(es culpa tuya, de tus perversiones ocultas, porque eres maricón, lo dice el Maestro)

aún no era el momento de reunirse de nuevo. Se verían dentro de un par de semanas, en el Nhud. Pero tal cantidad de tiempo se le antojaba una auténtica eternidad, a tenor de la caña que le estaba metiendo su padre.

Una noche en que había demasiado extracto de *bourbon* evaporado en el aire, lo vio coger una cafetera hirviendo y andar con ojos desorbitados hacia él.

Gerry no estaba seguro de qué sería capaz de hacer su padre para castigarlo por ser un sucio maricón, pero aquella cafetera y el líquido hirviente de su interior le dieron más miedo que un manojo de cuchillos.

Por fortuna, nada pasó. Su padre logró contenerse. Esa vez.

Trevor Damiano sí que tuvo que dar un mínimo de explicaciones sobre lo que estaba pasando, al menos a la gente de su círculo más íntimo. Éste era tan pequeño que apenas cabía en el interior de una sola persona, su amigo Gard Barbour. Eso era bueno, porque limitaba los daños colaterales.

Gard era más alto y flaco que Trevor, y muy rubio. Tenía ese aire de antiguo campesino del Medio Oeste reciclado para la vida en ciudad, con antepasados nórdicos y una pose elegante, de contemplación del horizonte mientras el viento se lleva los primeros atisbos del frío. Era el único policía que Gerry conocía en persona, aunque la relación entre los dos nunca había ido más allá de las cervezas que se largaba con su padre, y de la charla de garaje.

Desde que Gerry tuvo su… «problema», el sargento Gard pareció encontrar más tiempo que nunca para estar con ellos. Siempre estaba allí, en la galería de tiro, o embrujando la cafetería como un alma en pena, o discutiendo con su padre sobre los pormenores del examen de ingreso en la Academia, o enseñándole a disparar al pequeño bastardo. Gerry se preguntaba por qué. Qué había cambiado para que se implicara tanto en solucionar los problemas de su amigo.

No lo entendió hasta mucho más tarde, durante el episodio del apaleamiento del chico de Los Ángeles. Baste decir que por el momento Gerry era un mar de dudas, y Gard un arrecife de consejos.

—No tienes que luchar contra la pistola, sino acoplarte a ella, a sus necesidades —le decía, acuclillándose junto a él en su cubículo de tirador. Las dianas esperaban pacientes su castigo al otro lado del campo—. Al arma le van a explotar las tripas cuando aprietes el gatillo, y no debe de ser una sensación agradable. Va a dar un salto de dolor como si tú te tragases un petardo y no se apagase la mecha. No tenses el brazo ni luches contra ese estertor; sólo asegúrate de que cuando empieza, en el instante cero en que el propelente y la llama se encuentran, el cañón esté apuntando hacia donde quieres que vaya el proyectil. La física hará el resto.

Un residuo de amargura le hizo añadir a su padre, que observaba con una botella en la mano:

—Eso, tú déjate llevar que tarde o temprano el mundo lo pone a cada cual en su sitio.

Gerry no se relajaba cuando Gard se ponía así de tierno, porque sabía que sólo mostraba esa cara cuando hablaban de armas. El resto del tiempo era tan agresivo como su padre, y no tenía paciencia para nada. Los dos fardaban de cuántas multas iban a poner cuando estuviesen juntos en el Cuerpo, a cuántos yonquis iban a crujir, y cómo se iban a vacilar de la peña escondiéndose a propósito en los puntos negros de la carretera para cogerlos in fraganti. Se situaban en cubículos adyacentes en el campo de tiro y hacían competiciones para ver quién vaciaba primero el cargador, y quién acertaba más dianas. El

humo blanco de sus cigarrillos, súbitamente aventado por la onda expansiva de los disparos, se alzaba en la penumbra como un ectoplasma.

El quinto día del entrenamiento-John-Wayne de Gerry, éste se percató de algo. Fue al quitarse Gard la camisa en los vestuarios (un sitio que le daba repelús, de un tiempo a esta parte). Gerry se fijó en que Gard lucía un tatuaje sobre el omóplato derecho, una figurita pequeña y muy entrelazada, como si fuera un espagueti ensortijado. Le llamó la atención porque lo había visto antes, no hacía mucho, y aunque no recordaba dónde, el sentimiento aparejado a ese recuerdo era de congoja.

Cuando logró recordarlo, un escalofrío le recorrió de arriba abajo la columna.

Era el mismo símbolo que los violentos habían recreado con las tripas de aquella pobre ternera en la granja Prenton.

2

Surendra Keyvol vivía rodeada de gatos, y los leía igual que uno lee el horóscopo de la edición dominical para intentar predecir (qué guasa) el futuro.

Leer los gatos debería ser una asignatura obligada para cualquier aspirante a pitonisa, opinaba ella, igual que las cartas del tarot o los posos de té. Un gato es igual de misterioso que un arcano mágico, por lo que de sus movimientos siempre se podían extraer implicaciones fascinantes.

En rigor, ninguno de los animales le pertenecía a ella. No sólo porque los gatos no le pertenecen a nadie, sino porque la que los cuidaba y alimentaba era su madre, Dana Keyvol, la dueña del colmado. Dana adoptaba de manera casi compulsiva a cualquier felino que viera rondando su calle, como si tras la muerte de su marido (y con Surendra tan mayor que la relación de dependencia entre ambas era poco más que anecdótica), hubiese sentido la necesidad de llenar ese vacío con una ternura peluda y llena de bigotes. Así que, si había una auténtica líder de la manada, era ella.

Esa mañana, la misma en que Gerry vio el tatuaje secreto de Gard Barbour, Surendra estaba leyendo gatos. Y no le gustaba lo que veía entre líneas. Los felinos mostraban su habitual interés por los cuencos de comida, pero se acercaban a ellos de mala gana, con movimientos teñidos de una especie de reticencia anómala.

La adolescente no podía comprender a qué venía aquello. Era como si hubiese abierto un libro por la página del marcador y notara una cierta hostilidad en los párrafos.

—Eh, Bastet, ven aquí, preciosa. Miiiiiso miso miso miso missssso… bsbsbsbsbsbs —llamó a su gata preferida. Era una venerable anciana que pertenecía a una raza callejera, prima del famoso Deuteronomio, mezcolanza de siete u ocho fenotipos indistinguibles. También a ella la notaba muy nerviosa.

¿Qué percibían los gatos en el aire, en la comida, en los remolinos que el viento les tatuaba a contrapelo? ¿Qué clase de horrores entrevistos, de abominaciones en el rabillo del ojo o en la punta de las orejas? ¿Y por qué ella no podía percibirlos?

Qué tontería, porque no eres una gata.

Seguro que a su madre nunca le pasaban estas cosas. Era curiosa la relación que Surendra tenía con su vieja, nada que ver con la afrenta basada en la decepción que gobernaba al padre de Gerry. La relación entre ambas cambió radicalmente el día en que murió su padre en el incendio de la casa consistorial. Y eso que por aquel entonces Surendra sólo tenía seis años. Había oído muchas veces quejarse a Dana de la clase de trabajo que tenía él, una especie de bombero pero no del todo profesional, sino de un cuerpo de apoyo civil. Predijo que si no dejaba ese estúpido *hobby*, algún día acabaría asándose como una de las víctimas que intentaba salvar. Y acertó.

El marido de Dana (que siempre se burló de sus predicciones con un deje de cínica diversión en la voz, un truco que sólo dominan bien los hijos de checoslovacos) se marchó como un héroe, alguien querido y admirado por toda la vecindad, lo cual no mitigó el olor a asadero que impregnó su funeral. Ni el silencio que siguió al momento en que el cura cerró su libro, y alguien empezó a echar lentas corrientes de arena en el agujero.

Aquella noche, la del sepelio, Surendra se escondió bajo la mesa redonda del salón, un mueble auxiliar que normalmente sostenía el aceite y el vinagre y otros condimentos de la comida. La mesa estaba cubierta por un mantel que caía con rotundidad hasta el suelo, y constituía uno de sus santuarios infantiles del juego del escondite. Su madre ya se sabía de memoria aquel escondrijo, por supuesto, ya que había encontrado entre risas a su hija allí abajo muchas veces. Pero aquella noche fue distinto. Dana no tenía la cabeza puesta en que podía haber un pequeño espía refugiándose del horror de esa endecha crepuscular llamada «entierro». Ni siquiera se le ocurrió echar un

vistazo bajo el mantel cuando se sentó y, tras llorar unos minutos, empezó a recitar unos versos en un idioma desconocido.

Surendra, la pequeña de seis años, jamás olvidó lo que vio y oyó aquella noche. Porque le reveló el verdadero carácter de su madre, algo tan diferente de lo que hasta entonces había visto en ella que le dieron ganas de gritar.

Dana pronunció unas frases en un idioma que estaba a medio camino entre los sollozos de una viuda y una suerte de logaritmo creado para cuantificar su sufrimiento. Una cosa absolutamente alienígena. El vago murmullo de truenos de la tormenta que había enrarecido el funeral se alejaba hacia el este, pero una frialdad se había quedado atrapada en la casa. Como si los viejos fantasmas estuviesen derramando su aliento sobre los cuadros.

Dana, ante la estupefacción de su hija pequeña, que lo observaba todo a través de un agujerito de la tela, llevó a cabo un ritual. Dijo las palabras, mezcló unos cuantos ingredientes que encontró en la cocina de una forma repugnante, y se metió un dedo bajo las bragas. Lo sacó manchado de una cosa roja que aparecía cada treinta días. La enjuagó en una cuarta de vino y se la bebió. Su boca quedó atrapada en un paréntesis de arrugas, en una exhortación muda.

Los periódicos del día siguiente recogieron una noticia sobre un tal Bradford Dillman, que tenía un nombre muy parecido al que Dana pronunció con la lengua aún manchada por su propia menstruación. Y que, según algunos, era el responsable del accidente que mató al padre de Surendra. Bradford Dillman murió atropellado aquella noche.

El destino, al igual que el pensamiento, también estaba sujeto por cadenas.

Aquel día Surendra aprendió que su madre podía hacer cosas, cosas que difícilmente podían ser descritas con palabras. Ninguna de las dos habló jamás de aquellos hechos ni reveló a la otra lo que sabía, pero cuando Surendra creció, la semilla plantada en su subconsciente floreció, e hizo que empezara a interesarse por las artes oscuras. Fueron esas pesquisas las que la llevaron a conocer a Canaán y a ingresar en su círculo de elegidos, pero esa era otra historia muy diferente, y no tenía ganas de recordarla.

—Dime, preciosa, ¿qué percibes con esos bigotes tan bonitos? —le preguntó a Bastet mientras la acariciaba entre las orejas. La gata ronroneó y dio un par de saltos hasta la alacena de los trastos, donde los enseres de limpieza. Sacudió la cola con garbo como si hubiese hecho una demostración —. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Tenemos ratones?

Surendra examinó la habitación. Era un pequeño caos de escobas y recogedores de basura puestos de pie, porque horizontalmente no cabían,

junto a los más variopintos productos de limpieza. No parecía haber nada en especial allí dentro, pero el renglón que era Bastet estaba en negrita y cursiva.

Luego volvió a convertirse en gato otra vez y se fue en busca del cuenco de comida.

¿Por qué le habría llamado tanto la atención aquel cuartucho?

Surendra se lo estuvo preguntando todo el día, hasta que su madre volvió del trabajo. El colmado cerraba temprano los viernes con la excusa del inventario, pero lo cierto era que Dana había agotado para entonces la paciencia que tenía con sus clientes.

—¿Sury? —la llamó su madre—. ¿Estás en casa, cariño?

La joven abrió la boca para contestar, pero la frase se quedó en un coger aire y retenerlo mientras pensaba.

¿Y si no se lo dijera? ¿Y si probara a hacer lo mismo que cuando era pequeña, a ver qué pasaba? La idea no floreció en su mente como un pensamiento organizado, sino como una palomilla que aleteaba en la trastienda de su cerebro. Por eso, quizás, tuvo tantas papeletas de hacerse realidad; Surendra se encontró a sí misma (para su sorpresa) escondiéndose bajo la misma mesita que cuando era niña, y esperando a ver qué hacía su madre. Y cómo actuaban en consecuencia los gatos.

Dana se cansó de llamarla al tercer intento. Presumiendo que estaba sola en casa, empezó a hacer cosas por inercia: dejar las bolsas de la compra sobre la mesa de la cocina (ya se colocaría más tarde, y si no que lo hiciera Sury), ponerse su blindada bata-de-estar-por-casa, y fumarse el cigarrillo de rigor. «El» no. «Los». Uno más de los que le había aconsejado el médico.

Mientras, su hija se apretaba las rodillas con las manos, intentando comprimirse allí abajo. Dios, qué fácil era cuando medía treinta centímetros menos.

Tal vez Canaán tuviera razón, pensó con un escalofrío. No había podido quitarse de la cabeza lo que le dijo durante la reunión de la prahdáh: que estaba demasiado gorda, y que por eso ningún chico guapo querría fijarse jamás en ella.

Esas palabras habían causado una profunda conmoción en Surendra, pero ni siquiera ella se había dado cuenta. Inconscientemente, había empezado a comer menos durante los últimos días, y ya había bajado de los cincuenta y cinco kilos. Aún así, cada vez que se miraba al espejo recordaba las palabras de su vicario, y sentía la apremiante necesidad de bajar unos pocos más.

Así volvería a ser una sílfide, como cuando era niña. Así le empezaría a gustar a chicos como Daniel Gross.

Cuando ya le estaban empezando a doler de verdad las articulaciones, sucedió: la coda de movimientos y maullidos gatunos entró en una especie de estribillo, y todas aquellas pupilas verticales se dilataron como puñales de negrura. Dana entró con los ojos vidriosos en la habitación donde estaba escondida Surendra, su propio estribillo de embriaguez comenzando a tararear la melodía del *whisky*. Siempre aprovechaba para beber cuando su hija se iba a natación… lo que en ocasiones la hacía olvidar que la natación era sólo los martes y los jueves.

Surendra se asustó cuando algo golpeó la mesita justo encima de su cabeza, con un ¡POM!, categórico. Había sido la botella, que Dana plantó allí con la contundencia del que decide que puede dejar de beber en cuanto quiera, y que cuando quiere es justo al final de la siguiente botella.

La adolescente pegó su ojo al mismo agujerito que cuando era niña, y que nadie encontraba tiempo para remendar. Vio a Dana alejándose de la mesa con un andar perplejo. Agitaba las manos de formas incongruentes, como un mago que practicara el prestigio final de un truco.

No es posible que ya esté borracha, se dijo. Si sólo se ha tomado dos sorbos…

No, aquello no era embriaguez, al menos no etílica. Era la danza perpleja del que se mueve en el punto exacto donde se interrumpe el universo cotidiano y empieza la penumbra. Los gatos lo notaban, presentían que algo especial estaba a punto de ocurrir, y lo manifestaban erizando su pelaje. Surendra abrió mucho el ojo que tenía pegado al agujero, sin perder detalle; adelante, pasen y vean al genuino extraterrestre de Roswell, post-autopsia.

Dana abrió la puerta de la alacena y se acuclilló delante de una escoba. El instrumento estaba apoyado boca abajo, con la punta en el suelo y las cerdas abiertas como un plumero. No era más que eso, una escoba vieja, la que usaban para retirar los bichos que morían bajo las alpargatas. Dana la cogió con ambas manos, aquella punta sucia, aquel palo de plástico… y empezó a frotarlo.

Su hija contempló, atónita, cómo la señora que hasta una hora antes atendía a los clientes del colmado y metía sus compras en bolsas frotaba casi sexualmente el extremo de aquel palo. No, no era sexual; a sus movimientos les faltaba cierta cualidad morbosa. Más bien era… como si estuviese ordeñando una vaca, solo que en lugar de ubres lo único que pasaba bajo sus dedos eran astillas de plástico roto.

Dana ronroneó unas frases, en voz tan baja que Surendra apenas las entendió. Pero sonaban parecidas a aquel idioma que se le había quedado

grabado de la niñez, el de la noche en que conjuró el maleficio para Bradford Dillman.

Le vino a la mente la imagen (¿soñada?) del bombero saliendo del bar, tras enterarse de la muerte del padre de Sury… un hombre que pisa la calzada sin acordarse de la primera lección sobre la vida que aprenden los niños: mira antes de cruzar. Un hombre que alza la vista cuando ya lo bañan los faros del camión que se le viene encima, aunque todavía no el sonido. Un hombre que quizá encuentra cierta malevolencia en aquella masa de metal que está a punto de convertirlo en pulpa, con los faros encendidos como canes del infierno y la mueca despreciativa de la rejilla, las ruedas ligeramente dobladas hacia dentro como los brazos de un culturista, y los mechones peinados hacia atrás de la lluvia que resbala por el parabrisas. El destello cromado que delata los colmillos del emblema de la Mercedes. Todo lleno de intencionalidad, de auténtica malevolencia.

De repente, al ingrato mundo le habían entrado ganas de hacerlo papilla.

El mundo no podía haber escogido otra víctima mejor para aquella noche, porque Bradford Dillman ignoraba que alguien le estaba señalando con un dedo manchado de sangre menstrual. Ese es, no os confundáis. Id a por él. Hacédselo pagar.

La imagen pasó, un fotograma velado en una película vieja, y Dana se puso en pie. Tenía las manos manchadas de algo, una especie de líquido, pero era imposible saber de dónde provenía. Ninguno de los botes de la alacena estaba abierto.

Cuando Dana se fue al lavabo, canturreando una cancioncilla infantil (del repertorio que le cantaba a Sury cuando era niña para que se durmiera), su hija salió del escondite. Fue rápidamente hasta la alacena y examinó la escoba. La punta que había estado frotando su madre estaba empapada de un líquido lechoso y blancuzco, que formaba un charco en el suelo.

Leche. Era leche agria.

Su madre había estado ordeñando la escoba, y de su interior había manado una cantidad espantosamente enorme de leche. Los ojos de Surendra se desorbitaron del miedo. Sus pupilas se volvieron oblongas hasta hacerla parecer otra gata más de la familia.

—¿Sury, estás ahí? —la sobresaltó la voz de su madre.

La joven dio un respingo y cerró la puerta. Hizo lo posible por recobrar la compostura.

—Eh… ¡sí, mamá, acabo de llegar!

Dana apareció con una sonrisa radiante en el hueco de su cara. Se estaba secando las manos con una toalla. Sus ojos no tenían expresión, ni brillo, como si alguien se los hubiese pintado sobre los párpados cerrados.

—Ah, hola cariño. ¿Cómo ha ido la natación? —Y sin esperar respuesta—: Te he dejado una bolsa con cosas del supermercado en la cocina. ¿Te importaría colocarlas, por favor?

—Claro, mamá, no hay problema.

—Ah, por cierto, me olvidé de comprar leche. ¿Te desagradaría mucho tomar los cereales de esta noche con una infusión?

—En absoluto.

—Qué niña más maravillosa tengo —sonrió Dana, su paleta más adelantada brillando como una faceta de diamante—. Cómo nos ha bendecido el Señor.

Aquella noche, las dos durmieron en extremos opuestos de la casa.

3

La vida en la casa de Cole Baez, por el contrario, era muy distinta. El primo de Surendra era hijo de padres divorciados, pero que vivían a escasos metros de distancia el uno del otro dentro de un poblado de caravanas. Si su situación tenía algún nombre en el diccionario, alguna manera de definirse para que todo el mundo la entendiera, estaba tan oculta que ni siquiera él la conocía.

Cole podía definir «un día normal» como la persecución perpetua de un estado de tranquilidad que amortiguara su ansiedad. A veces lo conseguía mediante pastillas, si se las podía robar a alguno de los caravaneros a través de la ventana de la cocina. Pero ese material no siempre estaba a mano ni era el más apropiado, por lo que la lucha contra los estados psicológicos de inestabilidad a veces tenía que librarla con armas mucho más prosaicas: llámese combatir el aburrimiento con lo primero que tuviera a mano, llámese corretear tras las pocas adolescentes que quedaban en el *camping* a ver si alguna se dejaba engatusar, llámese fumar porro tras porro tirado en alguna esquina, a sabiendas de que en alguna parte existía una razón personal para hacer eso.

La mayor parte de las veces perdía la batalla, y a la larga, en conjunto, también iba perdiendo la guerra. Solo que él no se daba cuenta; su visión

apenas llegaba más allá del humo de las contiendas del día a día, mucho menos hasta el infinito.

No era fácil ser hijo de padres divorciados, y menos cuando tenían una relación de ni contigo ni sin ti: ni te soporto ni te puedo ver, pero tampoco te dejo que te vayas muy lejos o te líes con otra. Así eran ellos, dos marionetas con los hilos cortados pero hechos un nudo, la una con los restos de cuerda de la otra. Ben y Geena, así se llamaban. Y no eran precisamente el matrimonio más popular del poblado.

Cole recordaba con tristeza los años de su infancia, cuando los Baez aún se consideraban un matrimonio ante los ojos de Dios y de Hacienda (aunque no por ese orden). Se acordaba de las discusiones que tenían por aquel entonces. Eran los síntomas de una caída en picado desde ese lugar donde se observaba con seguridad el mundo; por alguna parte habría un puente, el camino hacia la promesa de un mundo cuerdo, pero ellos parecían haberle cogido el gusto a eso de lanzarse en parapente.

Ben llegaba medio borracho a casa y se pasaba horas arreglando la caravana, la cual nunca parecía reflejar ni una décima parte de ese esfuerzo, pues siempre estaba igual de sucia y destartalada. Quizás fuera una metáfora de su vida, se dio cuenta el pequeño Cole un día, y por eso nunca se terminaba de arreglar del todo. Luego Geena le convencía con susurros tiernos para que volviera a salir afuera, a la guerra, al zoo humano («… pero esta vez busca trabajo, ¿vale, cariño? Busca trabajo, por favor…»), pero las estrategias de Ben debían de flaquear por algún lado. Alguna grieta por la que se escapaba el aire y entraba el alcohol.

Esa situación, cada vez con menos susurros y más gritos, menos te quieros y más amenazas, se había prolongado más o menos hasta la fecha actual.

—¡… Y no me lo vuelvas a repetir más, pedazo de zorra! —gritaba en ese momento el padre de Cole mientras salía de su caravana. Hacía años que había desterrado las camisas elegantes en favor de las camisillas viejas, y que tenía tantas arrugas en los pantalones como peldaños en una escalera de bomberos—. Ya sé que te tengo que pasar la puta pensión. ¡Joder con las tías, cómo se ponen cuando les viene la regla! ¿Cómo te voy a alimentar a ti si ni siquiera tengo para unas cervezas?

—¡Siempre el mismo holgazán, siempre las mismas excusas! —Era sólo la voz de Geena la que salía como un látigo de su caravana, pero tan corpórea como un aliento fétido—. ¡Cuando tu nuevo invento genial fracase, haznos el favor a todos e inventa algo para suicidarte!

Ese era el insulto que más le dolía a Ben, su hijo lo sabía. Que lo llamaran borracho o fracasado tenía un pase, porque ya se había acostumbrado tanto a negarlo que era como si llevase puesto un chaleco antibalas sintonizado sólo para esas palabras. Pero que le dijeran que lo que más le gustaba hacer en la vida, inventar cosas raras, era una completa pérdida de tiempo, eso sí que le afectaba.

Ben tenía alma de inventor. Se había pasado todos y cada uno de los años desde que Cole aprendió a andar prometiendo que su siguiente gran idea les iba a hacer millonarios. Y era en persecución de ese sueño en lo que Ben malgastaba todos los días de su vida, sin darse por vencido. Ya había inventado un neumático que nunca se desinflaba (pero que había provocado más accidentes de los que evitaba, porque no lograba mantener su forma toroidal más que unas pocas horas), una gorra para futboleros con un anillo para poner cervezas que siempre acababa con la cabeza de su usuario empapada, y varios objetos inútiles más.

Cole le había dado muchas vueltas a eso. Y entre porro y porro, había llegado a una conclusión: estaba claro que a su viejo le sobraba tanto entusiasmo y proyectos como le faltaba intelecto para llevarlos a buen término. Tenía ideas, pero no talento para hacerlas realidad. A lo mejor es que era, simplemente… idiota (Dios, cómo dolía esa palabra), como no se cansaba de recalcar Geena. Era la diferencia entre los creativos con seso y los que carecían de él: sólo los primeros se hacían millonarios con sus desvaríos. A los segundos la frustración los acosaba toda la vida.

Lo que más miedo le daba a Cole no era que su padre fuese un inútil cargado de buenas intenciones, sino la posibilidad de que él hubiese heredado esa estupidez congénita. De ser así, sería una verdad devastadora que explicaría muchas cosas, incluida su propia incapacidad para darse cuenta.

—¡Ven, hijo, esta vez lo vamos a petar! —le ordenó, sacándolo casi a rastras de su agujero de fumar hierba.

—¿Adónde vamos, papá? ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Una idea que… bueno, que no se parece a nada que haya intentado antes. Por eso mismo va a funcionar, y la puta de tu madre va a tener que tragarse sus palabras con mostaza. ¿Has visto alguna vez a un hombre volar, Cole?

El joven se paralizó. De repente, la anchura de su tráquea había pasado a ser un simple agujerito.

—¿Qué? ¿Volar? ¿Cómo que volar? —preguntó, atónito. Las idas de olla de su padre a veces rozaban lo peligroso, pero nunca de manera tan obvia.

—¡Sí, coño, volar por los aires, como el jodido Superman! Ayúdame a afanar una cosilla de aquí al lado y ya verás. Los vamos a dejar a todos de piedra.

Cole se dejó llevar a la tienda de suministros de su padre, demasiado aturdido como para plantearse de verdad lo que estaban haciendo, demasiado ocupado horrorizándose como para intentar establecer prioridades, y con tal cantidad de dudas haciendo dique que la sangre apenas le llegaba al cerebro.

La «tienda de suministros», como la llamaba Ben, era la valla electrificada que protegía el patio de una nave industrial, propiedad de AIRCO, una empresa que preparaba oxígeno líquido para hospitales. En aquel patio se levantaban cinco enormes tanques de almacenaje con el emblema O_2 en un lateral, junto a una red de tuberías y de camiones para el transporte de mercancías peligrosas. Pero era domingo. El domingo era el día en que se electrificaba la cerca (menos en aquel lugar que su padre ya se conocía, donde la tensión caía casi a cero) y el supermercado abría para los tipos listos como Ben.

—¿Qué vamos a afanar esta vez, papá?

—Unas botellas con un gas especial. Tienen este símbolo químico. —Le mostró un garabato tembloroso en una servilleta de bar—. Dicen que apenas es inflamable, pero que contiene una presión que agárrate los huevos y tira pa’rriba.

—¿Y para qué coño quieres esas botellas de gas?

—No digas palabrotas, cojones. ¿Qué clase de puta educación te he dado? Ya te lo dije antes, ¡para volar! —Lo dijo con los ojos inyectados en sangre, un detalle que difícilmente influiría en el contexto general, pero que estaba allí. Era el síntoma de un cambio, o más bien de un sueño: Ben Baez quería dejar de ser el miserable que era y convertirse en el clásico cacique de pueblo, un tío capaz de dar un discurso ante la comunidad anglicana sobre la gestión de los donativos mientras una chica, escondida en el atrio, se la chupaba en directo. ¡Yeah!, que Dios bendiga América y ojalá todos vuestros hijos os salgan pilotos de carreras.

Entrar y salir fue un juego de niños, sobre todo para mangantes con tanta experiencia como ellos. Las jodías botellas pesaban un quintal, tanto que el pobre Cole casi se quedó tocado de por vida de la espalda intentando pasarlas por encima de la valla… pero el miedo es un magnífico estimulante, y en seguida se materializó bajo la forma de un dobermann con malas pulgas que montó un concierto de ladridos.

Al verlo, los testículos de los Baez, padre e hijo, se contrajeron tanto que retornaron a la matriz del interior del cuerpo. Y los dos sacaron fuerzas de la nada, en plan Increíble Hulk, y saltaron la valla electrificada cargando con su botín.

Cole, que por un momento había visto su muerte en las fauces de aquella máquina de destripar canina, se preguntó si esas cosas sólo le pasaban a él, o si había una especie de ruleta demente donde todos los boletos premiados empezaban por «C».

Al final se libraron, y volvieron al poblado de caravanas con los huevos aún metidos en sus saquitos de piel dentro de la ingle. Pero también contentos. Eufóricos, por qué no. Y fue entonces cuando Ben Baez se dignó a explicarle el plan a su primogénito:

—Mira, chaval, me he enterado de que hay un premio nacional que se otorga a la idea más cojonuda. Premio Darwin, se llama, por el tío que descubrió a las tortugas. ¡Y es un montón de pasta!

—¿Y cómo se gana ese premio? —se extrañó Cole, que jamás había oído hablar de él.

—¡Con el invento más grandioso! Se lo dan al que tenga la mejor idea, y esta que a mí se me ha ocurrido no tiene rival. Voy a inventar la primera mochila cohete del mundo, y que le metan un dedo húmedo por el culo a la NASA. Después de esto, la agencia espacial americana pasará a llamarse BENESA.

Cole tembló de miedo. Detectó en los ojos de su padre esa mirada, la de la decisión irrevocable, la del impulso de hacerse daño que merecía algo más que el calificativo de intuición. Pero no podía hacer nada por detenerle. No cuando su determinación de hacerse rico para abandonar para siempre aquella vida, aquellas caravanas y aquellos hilos hechos un nudo con la marioneta de su exmujer, era tan potente.

Aunque fuera un completo imbécil, sólo por el respeto que le daba toda aquella tristeza comprimida, había que dejarle intentarlo.

—¿Qué, hijo, otro escalofrío? —le preguntó.

—Sí, eso creo…

El invento estuvo terminado en un tiempo inusitadamente corto, en un decir «Jesús, protégete con una armadura antidisturbios que voy p’allá». Ben se afianzó las bombonas a la espalda con un arnés casero, se pudo un casco de motorista y unas botas del ejército que había afanado vete a saber dónde, y se preparó para despegar.

En un momento determinado miró algo que se le había desprendido a su mochila cohete, una pieza partida. Parecía un trozo de válvula de cierre, una especie de espoleta en miniatura.

Intentó recordar dónde iba esa pieza pero no lo logró, así que se la entregó a su hijo como recuerdo.

—¿Seguro que esto no sirve para nada, papá? —le preguntó Cole, temiéndose lo peor.

—Claro que no. Consérvala como recuerdo de este gran día. ¡Allá voy, pringados! —fue su grito de guerra—. ¡Me marcho muy lejos de aquí, y a todos vosotros que os castre una barracuda! ¡Nos vemos en la Luna!

La sensación de terror ante la idea de haber heredado un racimo de genes realmente corruptos hizo mella en el corazón de Cole.

El poblado se congregó alrededor de su hombre cohete. Las burlas estallaron aquí y allá como salvas de artillería. Sobre todo se oyeron las de la madre de Cole, que se partía en dos de la risa en el interior de su caravana al ver la pinta tan ridícula de su ex.

La barbilla en la mano, un dedo sobre los labios, Ben Baez hizo lo posible por ignorarla mientras fingía realizar algún complejo cálculo mental. Apuntaría hacia el oeste, a ver si aterrizaba gloriosamente en plena plaza del Ayuntamiento. ¡Qué titulares para la edición dominical, madre mía! Ojalá no chocase con ningún ángel por el camino.

—¿Estás seguro de que no es peligroso, papá? ¿Ese gas no arderá? —le preguntó Cole—. No quiero que te pases el resto de tu vida conectado a tubos alimentadores y mirando techos.

—Tranqui, colega. Este gas está hecho sobre todo de oxígeno, hijo, oxígeno comprimido. ¿Y cuándo has visto tú que el oxígeno arda? ¿Acaso sale ardiendo la atmósfera terrestre cada vez que alguien enciende un cigarrillo? —fue la contestación ultratécnica de su padre, subrayada por una gran sonrisa. Sus facultades lógicas estaban a la baja, parodiando grandes secretos.

Nadie en el *camping* poseía unos conocimientos mínimos de ciencia como para rebatírselo, así que no se alzó ninguna voz. La verdad, por otra parte, era que el razonamiento sonaba coherente. De todos modos, Cole deseó tener cerca alguna de esas máquinas tan modernas, los ordenadores personales, para que le echaran una mano: seguro que los circuitos que les permitían librar una tras otra sus mortales batallas de lógica le habrían sido de mucha ayuda.

Dedicándole un último saludo a su auditorio, Ben Baez pulsó el botón del pequeño circuito que se había fabricado, y liberó de golpe el gas. Su cabeza,

protegida por el casco de motorista, apuntaba al cielo.

—¡A por el premio Darwin, y que vivan para siempre las tortugas!

El chorro de gas, por algún indescifrable motivo, se prendió fuego al instante.

Cole percibió la escena bajo la forma inmóvil de una instantánea, algo parecido a una naturaleza muerta: los átomos de oxígeno, teñidos de negro, espolvoreando el aire alrededor de la llama como una pequeña explosión; las caras de la gente mientras observaban cómo las teorías del inventor se iban a tomar por culo en una vorágine de fuego; unas miradas a la vez tensas y atónitas que dibujaban gritos mientras las llamas lamían sus pantalones. Un ángel que pasaba por encima de sus cabezas y no podía por menos que maravillarse ante la forma como Ben había sabido aprovechar la muerte.

Su padre estaba equivocado, pero no sólo en la cuestión del carácter combustible del aire (las dos violentas llamaradas que salieron de las botellas rozaron sus pantalones y los convirtieron en teas ardientes), sino también en la predicción de trayectoria. Sí, el gas fue expelido con suficiente fuerza como para elevar por los aires su cuerpo, pero en algún momento del proceso olvidó contrapesar y poner un timón. La fuerza fue tal que se equiparó a atar una lagartija a un cohete de feria de esos grandes, los de la enorme explosión llena de bolitas fulgurantes en el cielo.

El cuerpo de Ben Baez pesaba lo que una pluma en comparación a la fuerza del gas, y no salió disparado hacia arriba, sino hacia un lado, paralelo a tierra. Dio once o doce golpes contra el suelo que hicieron polvo sus cervicales y casi le arrancaron la cabeza de cuajo, y fue a estrellarse contra la caravana de Geena un instante antes de explotar en una nube de fuego. La deflagración se extendió a las caravanas adyacentes mientras la gente huía despavorida de un lado para otro llamando a los bomberos.

En menos de un minuto, medio *parking* de caravanas estaba ardiendo como en la película aquella de *El coloso en llamas*.

Cole lo miraba todo como si su cuerpo fuese un impulso nervioso congelado a media neurona. Era como si en una desquiciada partida de ajedrez con figuras humanas todas las maniobras hubiesen salido de la manera más desastrosa posible.

—¿Qué, hijo, otro escalofrío? —oyó que le preguntaba el ángel.

—Sí, eso creo…

TRATADO DE LOS SUEÑOS, I

EL LUGAR OSCURO

1

La apertura con peón de rey cinco conduce inevitablemente a Vincenzo Strada a un enroque con la Reina Corah y a un sacrificio de figuras útiles en la octava jugada, dejando a su as de triunfo en una posición peligrosa. Pero no lo lamenta. No cuando sus maniobras de las anteriores noches en el campamento han llevado a un anuncio preventivo de sobremarca por parte de los locos survivalistas del Pecado Original. Sus nuevos vecinos y compañeros de comedor. Qué miedo que exista un sistema que pueda neutralizar a todo un alfil sin contar con el consentimiento de la torre blanca.

Por Dios, qué mierda llevo encima, se frotó los ojos, intentando centrarse. Es la última vez que pruebo ese vodka adulterado. El alambique de esta gente es un arma de destrucción masiva.

—Por favor, explíqueme lo del libro —le pidió a la doctora durante el desayuno, mientras la emprendía con su plato de gachas e intentaba olvidarse de la resaca—. El de la biblioteca, el que usted subrayó.

—Ah, la historia de los Anabaptistas de Hüt —recordó Corah—. Sí, supongo que ahí está la clave de todo este asunto. Acábate las gachas y sígueme.

Esa orden fue el anzuelo que repescó a Vincenzo de sus breves vacilaciones sobre si lo que había hecho, al ingresar en aquella comuna de locos, tendría algún sentido. Dejó el plato a medio acabar y la siguió fuera, hasta la explanada que usaban de *parking* para los pocos vehículos que poseían. Luego bajaron hasta la ciudad en el *jeep* de Corah.

—Mentiras, mentiras en todos los grados imaginables —reflexionó la doctora, adaptando su conducción al ritmo del *Day after day (the show must go on)* de Alan Parsons que sonaba en la radio—. Este frágil diseño que llamamos realidad no puede comprometerse con la verdad, con lo que se oculta tras la tramoya.

—¿Y qué verdad es esa?

—Lo que la gente sería incapaz de asimilar aunque lo viera con sus propios ojos, porque es demasiado horrible como para admitir si quiera que existe. Mira a tu alrededor. —Vincenzo sólo veía las calles de Russellville pasando impolutas, el flujo indolente de la vida diaria. La gente aparcando, sacando bolsas de la compra, sonriendo y saludándose. Los autobuses amarillos engullendo a los niños en edad escolar durante mañanas enteras. Los viandantes llevando pantalones de campana propios de la década anterior, aunque no se correspondieran con las tendencias de sus series de TV favoritas. Parecían muñecos de cuerda operando por inercia y llevando a cabo sus pequeños rituales cotidianos, sin tener conciencia real de ellos. Inercias, inercias, inercias—. ¿Qué es lo que ves, Vincenzo?

—Pues… la vida normal.

—Sí, normal, ¿pero qué rituales ves? ¿Qué repeticiones captas?

—¿No íbamos a hablar de los Hüt?

—Compláceme.

Vincenzo dejó escapar un largo suspiro. Si aquello era una prueba por parte de la maestra a su nuevo pupilo, para comprobar si estaba a la altura de lo que se esperaba de él, pensaba pasarla con nota.

—A ver. Aquella mujer de allí se acaba de persignar al subirse a su coche. Pide suerte de cara a la carretera. Es una invocación clásica, prescrita para el rito litúrgico de algunas confesiones cristianas, y se cree que tuvo su origen en el siglo IV en el seno de la liturgia copta. La señal de la cruz que hacemos hoy en día no tiene nada que ver con el saludo original de los primeros cristianos, para los que la cruz era un instrumento de tortura, no de liberación. Como la mayoría eran pescadores, usaban un gesto que se asemejaba a la cola de un pez puesta boca abajo.

»Aquel tipo de allá, el de la barriga cervecera, ha girado dos veces la llave al cerrar su negocio, aunque está claro que le habría bastado sólo con una. Esa costumbre de hacer las cosas dos o tres veces, aunque ya te salgan bien a la primera, está más relacionada con la superstición y con las creencias en la conjuración de la mala suerte que con Dios —suspiró Vincenzo—. Es como si repetir el gesto solapase sus posibilidades de salir bien, acumulando más y más eficacia en un mismo punto, cuando en realidad es al revés: a más repetición, más desgaste del mecanismo, y más porcentaje de entropía que entra en el sistema.

»A aquella mujer de allí le baila el cuerpo dentro de la ropa como si hubiera perdido cerca de quince kilos, pero aún así se pone ese conjunto para salir a la calle. Probablemente acaba de salir de una enfermedad demoledora

que ha supuesto una ruptura con su antiguo estilo de vida. Cree que repitiendo los mismos esquemas de comportamiento está honrando lo que era antes, y de esa forma invocándolo para que vuelva a aparecer. Su mente envuelve los recuerdos en una película protectora y les confiere una cualidad prosopopéyica, como si tuvieran un poder intrínseco al que se pudiera rezar.

»En aquel balcón veo colgadas unas gardenias. Tres, para ser exactos, y en maceteros de distintos colores. Según una antigua tradición mexicana, las gardenias representan a los espíritus de los muertos que quieren escapar de sus tumbas para salir de nuevo a la luz. Si lo consiguen, vagan por ahí buscando hogares en los que infiltrarse para completar alguna de las tres grandes encrucijadas de la vida, representadas por otros tantos colores: rojo para el sufrimiento, verde para la serenidad y azul para los pecados capitales. Al plantar las gardenias sobre los tres colores, el dueño de la casa les dice que en ese hogar ya han sido observados los ritos, y que no ofrecerán santuario a ningún espíritu vagabundo. ¿Quiere que siga, doctora?

Corah le regaló una amplia sonrisa.

—No, has obtenido matrícula. Veo que ha sido una auténtica suerte el haber dado contigo. ¿Dónde has estado el resto de mi vida?

El joven se ruborizó.

—Este… no es para tanto. Usted ha sido mi inspiración todos estos años. Sin sus libros para guiarme, no sé cómo me las habría arreglado para adentrarme en este mundillo tan particular.

—Adulador. La verdad es que estoy muy contenta de que hayas dado conmigo, Vincenzo. Una se siente muy sola en este mundo tan materialista.

—Gracias. ¿Me va a explicar ahora a qué viene su interés por la saga de los Hüt?

—Claro, te lo has ganado. —Una bandada de ancianos invadió de improviso la calzada, montados en un larguísimo tren-bicicleta de seis asientos. El hombre que iba en cabeza, controlando el manillar, alzó una mano como si con eso bastase para mantener a raya los peligros del mundo, y la larga caravana de jubilados se plantó como una trinchera móvil delante del *jeep*. Corah dio un frenazo, aunque no llegó a detenerse del todo. El vehículo tiró de inercia para igualar su velocidad con la de los ancianos, y la conductora les devolvió una tensa sonrisa—. Malditos viejos, se creen que son los amos porque han sufrido bastante en la vida, ¿no? ¿Pero qué sabrán ellos de lo que es el auténtico sufrimiento? Esto… perdona, a veces se me va la olla. Estábamos hablando de los Hüt. Tuviste suerte al encontrar el libro, lo cierto es que lo escondí bien para que nadie lo sacara.

—Un crítico en encontrar libros.

—¿Perdona?

—Eh… nada, lo siento, jerga rolera. Continúe, por favor.

—Vale. El que recabara en Russellville tras tantos años de viajar por ahí no tuvo nada de casual. Fue una decisión premeditada, pues aquí, en este sitio, tuvo lugar el primer pacto con la magia negra de la era moderna.

—Se está refiriendo al episodio de la hija de Brigham Hagopian, Duria, y el acto de canibalismo en la montaña, ¿no?

—Sobresaliente. Duria y sus acólitos sabían que iban a morir de inanición o de frío si no hacían nada por remediarlo. Recurrieron al canibalismo como medida extrema para sobrevivir, práctica que, aunque condenada por casi todas las religiones modernas, en realidad no tiene nada de raro. El ser humano llega a veces a ese extremo si no le queda más remedio, no es que aquel fuera un hecho histórico sin precedentes. Recuerda, por ejemplo, la trágica expedición Donner en sierra Nevada en el invierno de 1846. O el caso aquel de hace diez años en Chile.

—¿El del equipo uruguayo de fútbol que se estrelló con aquel avión?

—Exacto. Sobrevivieron setenta días en la alta montaña comiéndose los cadáveres de los que fallecieron en el accidente, y nadie les acusa de satanismo. Simplemente, se vieron abocados a ello por las circunstancias.

—¿Cree que los Hüt dejaron descendencia? Es decir… si no recuerdo mal, el ensayo sobre su viaje estaba firmado por un tal Adrian H. Summer. ¿Podría esa H derivar de Hagopian?

—Eres perspicaz. Sí, yo también lo creo, aunque todos emigraron de este Estado hace muchos años, y se cambiaron el nombre a variantes de los Summer (porque fue en verano cuando al fin terminó su odisea). Ya son prácticamente inencontrables. Si queda algo del linaje del padre Brigham en Kentucky, nos será muy difícil sacarlo a la luz.

—¿Podrían ser ellos quienes están detrás del incidente del Crux?

—No lo creo. A estas alturas la mayoría debe ser gente totalmente normal, aunque es posible que alguno arrastre aún el hipocarius en su sangre. Es una mancha que pasa de generación a generación cuando alguno de tus ancestros ha jugueteado con la magia negra, haciendo extensiva a los hijos parte de la culpa de los padres. Hasta que el linaje no se limpia completamente del influjo maligno, la maldición sigue saltando generaciones. —Se encogió de hombros—. Pero ya te digo, no creo que sea el caso de los Summer en la actualidad. Aunque por ahí flota una lejana sospecha de que una anciana que

vive en alguna parte, de la que ni siquiera hay registros de empadronamiento, podría tener sangre Hüt. Pero es más una leyenda que una pista fiable.

—Esto parece una leyenda, en efecto. Pero usted afirma que Duria Hagopian sí que pactó con fuerzas tenebrosas en 1827…

Corah apretó los dedos sobre el volante. Era como si pensar en aquellos hechos tan lejanos le causara dolor real; como si de algún extraño modo los hubiera vivido en persona, y le hubieran dejado una quemadura de cigarrillo en la superficie de la memoria.

—Sí que lo hizo. Fíjate, fue justo allí, en esas montañas.

Señaló el macizo que se recortaba contra el cielo a escasos kilómetros al sur, haciendo de frontera con el Estado colindante. La dentadura de las montañas ofrecía una apoteosis casi estival, bajo un cielo azul sin nubes y con su densa cabellera de árboles peinada a favor de las laderas.

Parecía un paisaje idílico, que en nada hacía presagiar los horribles episodios que de vez en cuando hospedaban sus bosques. Como el de la familia Hagopian con los indios, que no les dejaron bajar de las cumbres y los condenaron a morir de hambre y congelación. Vincenzo miró aquellas manchas verdosas, aquellos bosques que se resistían a teñirse del follaje del otoño, y sintió un escalofrío.

Por un momento se imaginó al padre Brigham mirándolo desde la espesura, arropado por unos correligionarios que estaban dispuestos a suicidarse con él internándose más y más en la montaña. No pudo soportar la presión de esa mirada, a pesar de que era producto de su imaginación. También imaginadamente, tuvo que apartar la vista.

—¿Ocurrió justo allí?

—Sí, en aquella quebrada que corta a cuchillo el macizo más grande. Ahí fue donde tuvo lugar el cisma. Donde el patriarca ordenó a los suyos seguirlo al interior de las quebradas, y Duria se arriesgó a descender al valle a pesar de la amenaza wyandot. Contra todo pronóstico, la historia dice que fue ella quien logró sobrevivir… y yo siempre me he preguntado si el Pacto de Erebus tuvo algo que ver.

Vincenzo arrugó la frente.

—¿Erebus?

—¿Nunca has oído ese nombre?

—Me suena haberlo leído en alguna parte. Algo relacionado con un antiguo demonio mencionado en la Biblia, ¿no? Y también hay un Monte Erebus en el Polo Sur.

—Sí, un volcán. Pero el Erebus al que me refiero es muy anterior a todo eso, incluso al de la Biblia. Es… bueno, te lo explicaré esta noche, durante la ceremonia.

El joven dio un respingo.

—¿Vamos a llevar a cabo una ceremonia? ¿Para qué?

—Hace poco tuvo lugar la prahdáh, la séptima reunión antes del Nhud. Las cábalas tienen que reunirse de nuevo en menos de un mes para practicar ciertos ritos. El de esta noche tiene mucho que ver con el mundo de los sueños, y quiero que tú participes, Vincenzo. Tienes que empezar a ver el mundo como realmente es.

Se lo dijo con una naturalidad asombrosa, como si ella no sólo fuera una experta en esas prácticas ancestrales sino que hubiera elegido ejercitarlas como forma de vida. Vincenzo se quedó mudo del asombro, y se limitó a asentir, dispuesto a aceptar todo lo que ella quisiera darle.

Después de todo Corah era la maestra, y él su alumno.

2

Aquella noche, el campamento hirvió con una singular actividad. El sol era un cubo de sangre que no tardó en filtrarse por el sumidero del horizonte, hasta que la noche quedó exonerada de toda sospecha por su asesinato. No mucho después de eso, Corah vino a buscarlo a su tienda.

Vincenzo llevaba mucho rato despierto, con las manos detrás de la cabeza y el sueño a mil kilómetros, preguntándose qué cosas raras le pasarían esa noche. No se le había escapado la posibilidad de que tanto Corah como los chiflados de sus amigos estuviesen tras el vandalismo de la granja Prenton. Cada vez lo tenía más claro, aunque no se atrevería a acusarlos directamente. No si estimaba en algo su pellejo.

Pero aquella palabra, Erebus, seguía rondándolo como un fantasma.

¿Por qué el simple hecho de pronunciarla le perturbaba tanto? ¿Qué misterios yacían ocultos tras esas simples sílabas?

—Vamos, campeón, nos toca —dijo Corah, sobresaltándolo. Vincenzo la siguió fuera de la tienda.

—¿Adónde me llevas?

—Cállate y lo verás.

Aunque el sueño le quedaba lejos, el cansancio del día se le acumulaba como lingotes de plomo sobre los hombros. Debían ser como las once de la

noche, y como en aquel campamento sólo había luces defensivas en el perímetro, seguir a Corah por el caminito entre árboles pronto adquirió la severidad de un examen escultista. ¿No sería todo aquello un mal sueño?, se preguntó. ¿No estaría ya dormido y soñando con que Corah no le dejaba dormir y lo guiaba hasta su guarida secreta?

Vincenzo había leído en alguna parte que, cuando uno se está cayendo de agotamiento, el cuerpo tarda quince minutos en ir desconectando uno a uno los mecanismos que lo vinculan con la vigilia. Quince minutos en los cuales el subconsciente gira y gira en un carrusel de feria, adquiriendo velocidad para salir disparado hacia los puestos de control superiores, los del superego, y tomar el mando. Resultaba inquietante pensar en que el ser humano estaba indefenso durante todo ese tiempo ante la coacción de su propia locura.

De repente llegaron a un claro, una costura en forma de X en la piel de cadáver del bosque. Gracias a Dios, no les estaban esperando ninguno de los amiguetes neonazis de Corah, algunos de los cuales eran de raza negra (¡nazis negros!, se asombró Vincenzo; la cocaína y la marginación social hacen extraños aliados). Pero sí dos mujeres que había visto en el campamento, siempre rodeadas de chiquillos. Eran las maestras en su peculiar aula de educación especial, Nevy Dandridge y Helena Poroth. Vincenzo las conocía de vista.

—Ya estamos aquí —anunció Corah. Vincenzo sintió un poco de miedo: aquellas mujeres estaban reunidas en torno a una hoguera, fumando una especie de larga pipa india de cedro, y parecían a punto de desatar un aquelarre.

—Lo has traído —recalcó Nevy.

—Sí. Tiene que participar, por si fuera capaz de ver el umbral de las Estancias de Erebus —se reafirmó Corah, y ahí estaba otra vez esa palabra, la de la enorme capacidad de perturbación—. Soñé durante el tercer estado con que vendría a mí, y así ha sido. Es el Testigo.

—Tienes que estar muy segura, Corah —intervino la otra mujer, que en esos momentos sostenía la larguísima pipa—. Si te equivocas atraerá al Lisiado hasta nosotras, y ya sabes lo peligroso que es. Podría matarnos.

—Lo sé, pero confiad en mí; estoy segura a un nivel más que razonable. Confío firmemente en que el elegido es Vincenzo. Posee la sabiduría adecuada y es varón. Es el que estábamos esperando, el que habíamos visto en el humo.

El joven no paraba de fliparlo. No cabía duda de que estaban hablando de él, como si no estuviera presente. Pero lo peor de todo era que estaban

tomando decisiones que le atañían, y que ni se molestaban en consultarle. ¿Elegido? ¿El Lisiado? ¿Visto en el humo? ¿Pero qué coño era esto, una película de Vincent Price?

—Alto alto alto alto —las ametralló—. ¿De qué están hablando, señoras? A mí no me metan en ninguna de sus movidas locas, ¿vale? Sólo he venido aquí para estudiar.

—Lo que estás a punto de aprender vale más que cien años de estudio, te lo garantizo —sonrió Corah. Ocupó su lugar junto al fuego y le hizo un gesto para que completara el círculo—. Venga, siéntate. No vamos a hacerte nada malo, sólo queremos que fumes con nosotras.

Vincenzo sintió una fría jalea bajo los pies. Avanzó a trompicones y se dejó caer sobre sus posaderas. La llama ardía con fuerza, pero apenas irradiaba calor.

Estás soñando, esa es la explicación, se repetía Vincenzo. No estás en el bosque en medio de un aquelarre indio; estás en tu cama, cómodamente echado. Y tu mente vuela.

—Cuando Duria Hagopian caminó por sendas semejantes a esta —comenzó Corah, dándole una fuerte calada a la pipa— tuvo una visión. Los fríos dedos de la locura ya la habían acariciado, como al resto de su familia, durante las semanas transcurridas a bordo del *Enchanted*, mientras flotaba a la deriva en alta mar. Pero fue en los bosques donde realmente halló entreabiertos los Umbrales, y pudo asomarse para captar un atisbo de lo que había al otro lado.

—Duria no pactó con Satanás, ni con ninguno de los diablos tradicionales cristianos —intervino Helena. El humo de la anterior calada salía de sus labios en vaharadas sucias—. Las entidades con las que entró en contacto son muchísimo más antiguas. Se las veneraba en religiones que se extinguieron por pura senectud cuando Jesús de Nazaret ni siquiera había nacido. Duria llevó a cabo un atroz acto de brujería, pero no como la entiende la gente moderna, sino en una forma que ya era misteriosa en tiempos de las ciudades babilónicas.

—Cómo aprendió los rituales y el idioma secreto es algo que nunca sabremos —dijo Nevy Dandridge—, pero podemos colegir que algo tuvo que pasar en las noches de hambre y enfermedad en las bodegas del barco. Algo surgió del Otro Lado y fue a visitarla, usando los conductos creados por la locura. Y Duria aprendió los secretos que luego pondría en práctica, con el noble fin de salvar a su familia.

—La hija del pastor llevó a cabo un ritual macabro que hemos dado en llamar el Pacto de Erebus —continuó Corah, la pipa girando en sus manos llena de inscripciones wyandot. Vincenzo intuía que su turno no estaba lejos —. Los indios lo adivinaron. De alguna forma pudieron percibir cómo rondaba ese espíritu tenebroso a los Hagopian, y por eso les dieron caza. No se arriesgaban a acercarse a ellos, así que se limitaron a mantenerlos a raya en las cumbres para que la montaña hiciera el trabajo sucio. Pero cuando Duria hizo el ritual, y decidió bajar hasta el valle, ni siquiera los cazadores wyandot tuvieron el coraje de hacerle frente. Simplemente se apartaron y la dejaron pasar.

Corah le pasó la pipa al joven, y a continuación dio una palmada sobre la hoguera. La realidad se tambaleó ante los ojos de Vincenzo cuando la llama varió de color instantáneamente, pasando del apagado rojo a un vivo plateado. Se oyeron tambores en la lejanía, aunque bien podía ser el viento flagelando los árboles.

Ante la visión de ese prodigio (te lo repito, estás soñando, soñando, esto no es más que una absurda pesadilla) el corazón de Vincenzo hizo una pirueta. Sintió que un gemido crecía en su interior como la detonación del frío proyectil del miedo.

Corah le puso la pipa en las manos, como quien entrega un arma a otro ser humano con intención de que la use.

Voy a chillar. Me lo noto.

—¿Qué… qué hay aquí? —balbució el joven. Le daba pánico pensar en qué se estarían fumando.

—Llamas y humo, sin nada que quemar. Pruébalo y lo entenderás.

Locura. Locura en todo alrededor, muy cerca. Agazapada.

Vincenzo Strada le dio una calada a la pipa y sintió que algo fuliginoso le resbalaba por los pulmones. Algo que no estaba del todo desprovisto de vida.

Las mujeres empezaron a cantar.

Canaán abrió de golpe los ojos como si alguien le hubiese cortado un testículo con una tijera.

En la oscuridad, sólo su rostro suponía un lugar en el que posar la vista. Alrededor, todo negrura, vacío absoluto. Su rostro sudando, temblando de ansiedad. Algo lo había despertado, tambores en la lejanía, cánticos ancestrales y una llama de plata. Canaán oyó la llamada mientras un estremecimiento gélido le palpaba la columna con dedos muertos.

Una cucaracha que pasaba por allí paseó por encima de su mejilla y, al encontrar la boca de Canaán abierta, entró a explorar. Como no encontró nada interesante, prosiguió su exploración garganta abajo. El niño de los ojos fríos ni siquiera le prestó atención. Estaba demasiado concentrado en otra cosa.

Alguien estaba invocando a los antiguos espíritus indios. A los enemigos de Erebus.

Corah se quitó la camisa. No llevaba sujetador debajo, por lo que sus pechos colgaron libres, endureciendo los pezones bajo el aire de la noche. Las otras dos mujeres hicieron lo mismo. La contemplación de sus cuerpos desnudos no le aportó ningún placer sexual a Vincenzo, pues las tres eran maduras, y cualquier turgencia juvenil había sido sustituida por complejos mapas de arrugas. Corah tenía los pezones más negros que los de sus compañeras, y tan afilados y sobresalientes que parecía que un bebé se los hubiera estado chupando hasta deformarlos. Los de Nevy eran grandes extensiones de areolas que se comían casi toda la teta, mientras que los de Helena eran pequeños y tímidos, como los de una niña.

Seis pechos que se balanceaban al unísono, al ritmo de los cánticos. Seis brazos que se alzaban al cielo y parecían batir las nubes en un gigantesco caldero. En la mente de Vincenzo resonaron, como en un sueño, versos de Anaîs Pembleton:

> Cruda traes la noche
> ufanos los frutos de la ira
> oh Sueño de dedos gélidos
> oh Quimera de materno arrayán
> en las voces de las brujas
> ¿qué secretos guardarás?

Corah pareció escindirse en dos entidades, y mientras una seguía cantando y dejándose llevar por el éxtasis del ritual, la otra lo miró directamente a los ojos.

—Entre nuestra realidad y la esfera de los muertos existe un espacio intermedio —le contó—, un área de paso al que algunos llaman las Tierras de Tránsito, o sencillamente el Otro Lado. Es una especie de limbo con puertas hacia muchos sitios, a multitud de realidades distintas, algunas amables y otras espeluznantes. Una de estas realidades recibió el nombre, en épocas pretéritas, de Reino de Amz, en honor a la entidad que allí gobierna.

»Las nueve estancias primeras del puente al reino de Amz son conocidas como las Estancias de Erebus, pues fue a este espíritu ancestral a quien encomendaron su custodia. En su formulación alegórica, son el reflejo de otras nueve fórmulas geométricas cuyo resultado es la expresión onírica de la Puerta, el conducto hacia una nueva dimensión. La Estancia Primera es una negación en sí misma, definiéndose por lo que no es antes que por lo que es.

»Negando obtenemos la razón. Negando aprendemos la verdad. Negando racionalizamos el Vacío.

Canaán, con el rostro enfangado de negrura, escuchaba. Había peligro, auténtico peligro en el ambiente, podía sentirlo. Las zorras de las brujas blancas se habían puesto en movimiento, y estaban empezando a colocar a sus peones en el tablero.

Él tenía que apresurarse y situar a los suyos o todo estaría perdido. El primer aquelarre estaba ya muy cerca, era casi inminente. Ellas invocarían a sus aliados. Él a los contrarios. Las primeras piezas del tablero ya se estaban comiendo escaques… Los vaticinios se habían tornado hoscos y amenazadores.

Tendría que pedir ayuda al Lisiado, para que matase al primero de ellos que se atreviese a poner un pie en las tierras del sueño, en las sendas de tránsito.

Canaán pronunció en voz alta los siete nombres de la bestia, en el orden correcto, y se hundió de nuevo en la oscuridad para que no le detectase.

El mundo empezó a describir órbitas cada vez más amplias en torno a Vincenzo. Le habían mentido, seguro que la mierda que se estaba fumando era un opiáceo de lo mejorcito que podía encontrarse.

Si no, ¿cómo se explicaban aquellas alucinaciones? La hoguera consumiéndose en plata líquida, las estrellas despojándose de la sordina que les había puesto el tiempo y recuperando sus colores desvaídos y sus canciones primarias, las mujeres semi desnudas bailando como los antiguos simios de África, girando y girando con movimientos pendulares de tetas y brazos…

Sintió ganas de reír ante aquel espectáculo del absurdo, pero no podía dejar de chupar la boquilla de la pipa. La sustancia era embriagadora, el legado auténtico de los wyandot. Mierda de primerísima calidad.

Unas voces llegaron hasta él, hálitos que recordaban jirones de niebla saliendo de un sepulcro.

Nevy:

—… Déjate llevar, niño, no te resistas. Debes andar por las Tierras de Tránsito, las sendas del sueño, y contarnos qué ves allí…

Y Helena:

—… Eres el caminante del sueño, esa es tu función en este esquema. Eres el vagabundo que puede mirar allá donde nosotras no podemos…

Y por fin, Corah:

—Duerme, Vincenzo, duerme y vuelve con nosotras para contarnos qué has visto. Pero no te salgas del sendero, ni dejes que el Lisiado te coja, o jamás regresarás.

La cabeza del joven golpeó suavemente la hierba del suelo, junto a unos desfallecientes alhelíes.

3

Los alhelíes desaparecieron, y con ellos sus corolas en forma de lágrimas de mártires. El claro del bosque, las flores, la hierba, incluso el fresco aire de la noche… todo fue sustituido por otra cosa, por un suelo plano de roca, un nimbo rojo de aspecto satánico que no provenía de ningún sol, y unas criaturas pequeñas como ratones, pero con ese aire a medio hacer de las cosas muertas.

Vincenzo se incorporó de un salto. Las criaturas se esfumaron a toda prisa. El aire que entraba en sus pulmones era denso y también muerto; costaba bombearlo hacia dentro.

¿Dónde demonios estaba?

El nimbo de luz apenas bastaba para diferenciar los objetos físicos de la negrura más absoluta. De hecho, parecía provenir de detrás de unos anchos pilares cuadrados que brotaban del suelo, perdiéndose en las negras alturas. Cuando Vincenzo rodeó uno, esperando hallar quizás una lámpara, el resplandor se movió también hacia el lado opuesto del pilar. Era como en los vídeojuegos que a veces había jugado de niño, donde la luz tenía esa desagradable propiedad de originarse detrás de los objetos, pero nunca delante del personaje.

Los pilares estaban hechos de la misma piedra del suelo, y eran anchos, más de diez metros de arista el más pequeño. Al mirar hacia arriba, los perdió

de vista en las tinieblas, como si se difuminaran en el infinito. Pero había algo distinguible en su superficie: no eran del todo planos. Unos escalones aparecían tallados en depresiones que parecían el corte longitudinal de una vena que trepara columna arriba.

Arriba y arriba, y más arriba aún, hacia la oscuridad.

¿Adónde llevarían esas interminables escaleras? Quien lo supiera se llevaba el gallifante.

Caminó en una dirección al azar para confirmar lo que ya sospechaba: que aquel lugar no tenía solución de continuidad. Era como una trampa conceptual, un laberinto recurrente de esos que tanto le gustaba dibujar a Escher, donde las perspectivas sólo acababan para nacer de nuevo sobre sí mismas. Visto de frente era un bosque de columnas de piedra, visto de lado era la mayor mentira del universo.

Vincenzo estaba cada vez más asustado. Lo único que evitaba que se derrumbara a llorar de indefensión era la certeza (sólo certeza hasta cierto punto, la verdad) de que todo aquello no era más que un sueño. Seguro que la pipa india contenía peyote o algo similar, algún derivado del LSD que le estaba haciendo alucinar en colores. Duerme, fue la última palabra que sacó del mundo real, de los labios de Corah.

Poseía el tono de la gente que sabe que te está vendiendo una gran mentira.

Duerme.

Vale, ya estaba dormido, aunque si así era se trataba del sueño más vívido que había experimentado en su vida. No poseía ese halo de distanciamiento, de estarse mirando a uno mismo a través de una cámara flotante, de los sueños de verdad. No estaba en la clásica alfombra tejida de los wyandot, figuración de cazadores danzando alrededor del cuerpo totémico del oso, humanos de tres trazos frente a una alegoría de triángulos y colores. Se pellizcó en un brazo y le dolió.

Entonces recordó a las criaturitas deformes, incompletas, que había visto antes. El estudio anatómico de un genio tipo Frankenstein. Y se dijo con un estremecimiento: no estoy solo.

Se pegó instintivamente a una de las enormes columnas cuadradas, buscando protección. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a ocurrir algo, un suceso desagradable que la audiencia de aquella película esperaba con risas contenidas, imbuidas de una severidad histérica. Era como el padre que se ha llevado a su hijo pequeño a ver un espectáculo que resulta estar lleno de tetas y culos y escenas gore, pero que no sabe cómo salirse de la

sala. El escenario mismo parecía estar conteniendo la respiración con un rictus de nerviosismo.

Entonces hubo un cambio: durante todo el rato en que Vincenzo estuvo explorando su entorno, la luz rojiza permaneció constante, y se escucharon unos ruidos rítmicos e inquietantes. Parecían golpes dados contra paredes que generaban ecos, un retumbar de asonancias que se perdía en la distancia. Cada vez que se repetía un eco, el sonido perdía alguna propiedad: Booom… boom… bom… bm… b…

Pero entonces, de buenas a primeras, un sonido estridente cayó sobre él desde arriba. Parecía hecho de armónicos aumentados de volumen hasta un nivel doloroso (sólo armónicos taladrantes, sin notas de las que pudieran partir), tanto que Vincenzo cayó de rodillas tapándose los oídos. Al mismo tiempo, una luz blanca lo inundó todo, como si Dios hubiese encendido una bombilla-sol a escasos metros por encima de su cabeza.

Todo junto conformaba un alarido de luz y sonido, un fallo del sistema como cuando alguien acopla dos enormes altavoces de discoteca y sube el volumen del amplificador al máximo, para que la interferencia queme los circuitos y los oídos de quienes estén cerca. Por fortuna sólo duró unos segundos, tras los cuales la luz cayó a las frecuencias del rojo crepuscular, y el sonido se atipló hasta vibrar como un eco. Y todo volvió a su punto de origen.

Con una migraña de mil demonios, Vincenzo echó a correr hacia alguna parte. Como si tuviera realmente un norte que seguir, o un lugar donde esconderse. Pero no había salida, era un laberinto Escheriano, Dalístico y Buñueliano a más no poder. Corrió y corrió, bordeando las columnas, buscando un detalle que destacase una zona del resto. Pero no lo había: sólo moles de piedra alzándose a la negrura, con escaleras por las que trepar si uno tenía ánimo y buenas piernas.

Tal vez la solución esté allá arriba, se planteó. A lo mejor cada pilar tiene una puertecita en la cúspide, en plan Alicia. Sendas que lleven a otros lugares. A lo mejor alguna me saca de esta maldita pesadilla.

Intentó recordar el momento de la luz intensa; lo poco que le dejó ver cuando lo iluminó todo, antes de que Vincenzo cayera al suelo con un taladro de punta de acero en el cráneo. Alcanzó a ver un trecho más de los pilares, cómo se alzaban hacia la distancia cual colosos infinitos… y ya está. Creyó distinguir (aunque sólo fue una décima de segundo) una estructura lejana, tan vasta y distante como una galaxia: un molino celestial que giraba y giraba hacia la invisibilidad con una cuña de sol en el centro. Pero nada más. Ni

techo, ni capiteles, ni final de las escaleras, ni plataformas de aterrizaje para naves espaciales. Y ahí era donde radicaba el principal problema: en que si elegía una escalera al azar y resultaba estar equivocada… quién sabe cuánto tiempo se pegaría subiendo y bajando por ella. Días, tal vez. O años.

No, esta pesadilla no puede durar tanto. En algún momento tendré que despertar.

¿Verdad?

Entonces lo vio.

Fue al apoyarse con ganas de llorar en una pared. Miró hacia el engañoso horizonte que conformaban los pies de la columnata, cuyas aristas se diluían en una especie de neblina… cuando distinguió una figura. De tamaño y forma similares a los de un hombre, no andaba erguida; más bien era como si alguna espantosa deformidad le estuviera doblando el cuerpo en una pose dolorosísima, y aún así pudiera ponerse en pie. La cosa era completamente negra, con un aire a proyecto sin acabar en la fragua de la vida, y se movía con el andar laborioso y grotesco de los tullidos.

Justo en dirección a Vincenzo.

El joven depositó una encomienda especial en sus pantalones y empezó a retroceder. ¿Era posible que esa cosa fuera el habitante de este mundo? ¿Vendría en son de paz, a pesar de su pinta de engendro diabólico, o era realmente tan malvado como parecía?

Pasara lo que pasase, no quería quedarse a averiguarlo. Vincenzo echó a correr con la esperanza de que sus piernas lo catapultasen más allá del alcance de un tullido renqueante… pero cada vez que miraba sobre su hombro, la entidad estaba más y más cerca. Lo curioso era que no parecía correr, ni aumentar de velocidad. Sólo acortaba distancias como si pudiera moverse como un cohete por ese limbo sin perspectivas que la gente llamaba el rabillo del ojo. A Vincenzo no le extrañó ver en ese curioso hecho (por no emplear otra palabra) otro de los grandes poderes de los sueños, el fenómeno del «terreno enfangado».

En sueños, a veces, por mucho que quieras correr jamás alcanzas la velocidad deseada. Ni puedes huir de tu enemigo.

La luz blanca volvió a encenderse, y el sonido estruendoso a aplastar como una fuerza física a Vincenzo, quien trató de gritar ¡oh, no, por Dios, ahora no, ahora noooooo!, a sabiendas de que ninguna de las dos cosas afectaría al monstruo. O quizás sí le afectase, pensó con un escalofrío: puede que ese engendro fuera el aspecto final de los soñadores que tenían la

desgracia de caer en aquella prisión. La fase enésima de un ciclo de torturas oníricas.

El electrizante momento de fulgor pasó (era como un latido que iba y venía cada cierto tiempo, ahora se daba cuenta), y Vincenzo corrió como alma que lleva el diablo hasta el pilar más próximo. El engendro estaba muy cerca, podía sentirlo. La mortecina luz refulgió lo suficiente como para grabarle un sol naciente de pánico en las pupilas.

Encontró una escalera, tallada en el rebaje con forma de media vena, y empezó a subir jadeando como un perro. Ya no estaba tan seguro de que fuera un simple sueño. Ni siquiera de que, de serlo, pudiera despertar si aquellos horrores lo acababan atrapando. Trepó y trepó, consumiendo metros como quien huye de un incendio en un rascacielos y sabe que su única esperanza es ser más rápido que el humo, que también asciende y asciende sin parar.

No se molestó en mirar abajo ni una sola vez, no hasta que las piernas empezaron a arderle, y sus pulmones se plantaron en huelga de «sinodes»: Si-no-dejas de correr, si-no-dejas de respirar de esta manera tan violenta, acabaremos explotando y haciéndote un agujero en el pecho. Como en la peli aquella del alienígena cabrón a la que llevaste a la chica de primero, hace un par de años, diciéndole que era un romance del espacio.

Cuando sus piernas (que se le estaban poniendo grandes y amorcilladas, como las de los cadáveres que llevaban mucho bajo el agua) se negaron a subir un solo peldaño más, Vincenzo se detuvo. Miró hacia abajo con el corazón a punto de salírsele por la garganta… pero no se veía nada. Ningún perseguidor. Sólo la pared de la columna y el caliginoso suelo.

Dejó escapar una risita histérica, de no creérselo, de saber que por alguna parte tenía que haber gato encerrado y no querer buscarlo. Rezó a Dios para que le diera una oportunidad, una sola, y le prometió volverse creyente y practicante y más devoto que un santo si lo sacaba de esta. Hasta iría a Roma a visitar la Capilla Sixtina y, con un pincelito, se encargaría de tapar las grietas en el fresco de la «creación de Adán».

Bastaba con despertar. ¿Por qué no despertaba de una vez? Las pesadillas siempre se acababan una vez llegado al clímax. ¿Acaso el maldito peyote indio estaba mezclado con narcóticos?

Miró hacia arriba, al indescifrable cielo, e intentó percibirlo no como una cosa, sino como un concepto jungiano: el techo inalcanzable, la apoteosis de la pulsión inconsciente, el contenido latente de la realidad.

No funcionó. No por pensar en él como una entelequia, el cielo descendió de nivel ni se tornó más parejo a sus deseos.

—Vincenzo… —dijo (más bien estrujó, cortó, mutiló o desgarró) una voz.

Con una expresión de terrible y definitiva sorpresa pintada en la cara, el joven miró hacia abajo. Un par de conexiones lógicas hicieron click en su cabeza y comprendió que la escalera no sobresalía de la columna, sino que estaba tallada dentro, en un rebaje. Por lo tanto, si la cosa que lo perseguía se pegaba a la pared mientras subía, no podría ser vista desde arriba. Sería incapaz de verla venir.

Terror. Terror fue el matiz en la mirada de Vincenzo cuando distinguió una sombra que vibraba como hecha de seda. El monstruo sacó una parte de sí mismo por fuera de la escalera, no porque lo necesitara, sino simplemente para constatar que estaba allí. A media espiral de peldaños de su víctima. Un cuerpo lisiado y vuelto a coser y vuelto a lisiar de nuevo como la pesadilla de un carnicero, la sombra desparramada a su lado como un charco de alquitrán. La piel negra y aceitosa, vesicular, arañada por una delgada malla de alambre que se le clavaba hasta dejar regueros de sangre. Esa malla tiraba hacia… hacia… hacia dentro de sus extremidades, malformándolas, distorsionándolas, dejándole la piel cubierta de llagas y tensa como la cara de una estrella de cine tras mil horas de *lifting*. Por algún lado había una cabeza, enterrada en la gibosidad de malformaciones grotescas y bañada en una película similar a una catarata. Un rostro congelado en un rictus de sufrimiento eterno, y de hambre no menos duradera. Por ahí, perdido, había un despeluzado rastro de barba.

El monstruo se limitó a mirarle por un instante, con sus ojos de botones, sus ojos de vidrio de muñeca rota.

Pánico, pánico fue el matiz en los movimientos espasmódicos de Vincenzo cuando echó a correr torre arriba, ignorando el incendio de sus articulaciones, el magma de sus rodillas, la deflagración de sus centros nerviosos, con un único pensamiento como bandera: huir. Escapar del monstruo. Sobrevivir.

Despertar.

Te ha llamado por tu nombre, le decía una vocecilla al fondo de su cráneo, ese genio malvado que todos tenemos y que siempre se ríe de nuestra suerte. Lo sabe, te conoce personalmente. Viene a por ti.

La loca carrera en espiral prosiguió durante minutos, u horas, imposible decirlo. Siempre subiendo, siempre hacia arriba, hasta que el siguiente latido de luz encendía de nuevo el mundo y perseguidor y perseguido hacían una breve pausa. Uno para sufrir, el otro para regocijarse. Las pupilas de Vincenzo intentaban concentrarse en el paisaje, en lo que revelaba cada

fogonazo, por si localizaba in extremis alguna salida… pero lo que veía dañaba cada vez más a su cordura:

Ya estaba muy alto, a una altura equivalente a diez o doce pisos. Pero incluso desde allí el paisaje cambiaba poco: torres interminables espiraladas con escaleras, que se clavaban como lanzas en el firmamento. El espacio entre ellas era cada vez más vasto, como si al subir se separasen unas de otras, en un efecto contrario al de las columnas del Partenón. Estas no se tocarían nunca, se alejarían por toda la eternidad como galaxias sometidas a la expansión del Universo y a las tiranía de las leyes Doppler. El pilar más cercano a aquel por el que trepaba Vincenzo, antes a escasos metros de distancia, ahora parecía hallarse a kilómetros. En el horizonte… la nada. El vacío. Ni montañas ahuesadas bajo cielos sembrados de estrellas, ni nada.

El demonio (porque eso es lo que es, un demonio, una aberración de Satanás que alguna bruja ha despertado de su letargo para que me haga picadillo) exhalaba su hueca respiración no a un piso de distancia, ni siquiera a media circunvolución de la escalera… sino a pocos centímetros. Milímetros quizá. Justo al otro lado de la esquina, del corte en noventa grados de la escalera. Cuando quisiera podría alargar uno de sus deformes brazos y agarrarlo por la camiseta.

Vincenzo empezaba a enfrentarse a la incómoda idea de la muerte… cuando vio la puerta. Estaba tallada en la piedra, y semejaba la entrada de un mausoleo. Parecía entreabierta, aunque por la rendija no penetraba luz, sólo negrura.

Era lo único que necesitaba para negar la idea de la muerte, para declararla ridícula. Se arrojó de cabeza contra aquella abertura, aquel trazo vertical de carboncillo, aunque no llevara a ninguna parte; aunque sólo condujera a un nicho excavado en la pared y sin salidas. Una ratonera. Una tumba. Le daba igual. Cualquier cambio suponía un destello de esperanza. Así que quemó los cartuchos que le quedaban, metió en una definitiva combustión de glucosa sus últimas fuerzas… y cruzó la puerta.

Silencio. Paz.
Incredulidad. Temor.
Aceptación.

Vincenzo se tendió en la oscuridad, oyendo la grave cháchara de las cloacas… hasta que se dio cuenta de que era su propio sistema circulatorio. Estaba tumbado en un suelo, mirando a un techo. Sin ninguna bestia encima que quisiera destriparlo. Por el momento, todo bien.

El viento silbaba y le punteaba el rostro como un picahielo. Le penetraba a través del cuerpo, gimiendo en estrechos desfiladeros que podían ser huesos. El monte Rushmore del esternón, el Cañón del Colorado de las costillas. Su mente marchita en una trémula somnolencia.

Oyó el aleteo de un pájaro.

La puerta seguía entreabierta, más ancha su abertura ahora que había pasado él. Pero el monstruo todavía no se había asomado… lo cual no quería decir que no pudiera hacerlo en cualquier momento. Por eso, Vincenzo se obligó a darse la vuelta y a examinar lo que tenía alrededor, aunque ponerse en pie en esos momentos fuera una quimera.

Se hallaba en un cuarto infantil. En la habitación de un niño.

Paredes forradas con un papel decorativo de ositos y florecillas. Color rosa predominante. Una lamparita con forma de tren para dejarla encendida toda la noche. Muebles de madera de esos que vendían en la coalición de países nórdicos llamada IKEA. Y el póster de una reciente película infantil de marionetas, *Cristal Oscuro*.

Encima de un escritorio, cuyas gavetas lucían tiradores en forma de corazón, había una jaula para pájaros que no casaba para nada con el entorno. En lugar de ser algo rosa e inocente, parecía un hombre de mimbre grotesco y lleno de aristas cortantes. Un elemento oscuro y sucio en medio de un entorno pulcro, en cuyas entrañas revoloteaba un pájaro. Parecía un petirrojo, era igual de pequeño y nervioso… pero los colores no correspondían. La mitad del ave estaba teñida de un tono crema muy suave, mientras que la otra parte (dividida por una línea de color claramente artificial) era verde turquesa, de fondo marino del Caribe.

El pájaro clavó sus ojillos en Vincenzo, suplicándole que lo liberara. Pero el joven no llegó a tiempo, si es que alguna vez se lo planteó, pues de repente el hombre de mimbre se contrajo sobre sí mismo. Sus barrotes se convirtieron en pequeñas espadas, en púas orientadas hacia el interior como las barbas de una medieval Dama de Hierro, y decapitaron al pajarillo con una explosión de sangre.

—¡No! —gritó Vincenzo, tendiendo una mano trémula hacia él. Pero no podía hacer nada: el pajarillo inocente había sido entregado en sacrificio. El ritual se había completado. Y algo pasó.

La sangre del animal se vertió sobre una cajita de música, que se abrió por sí sola como si esa humedad viscosa fuera la llave. Las notas de una melodía ancestral resonaron en un paraninfo lejano, perdido en el albor de los tiempos. Una música no concebida para oídos humanos, sino para honrar a una antigua

bestia de los vacíos interestelares cuyos hijos fueran los planetas y cuya eyaculación seminal el polvo de las nebulosas.

Dentro de la cajita de música se creó un vórtice oscuro, un pozo en el que Vincenzo sintió la imperiosa necesidad de clavar la vista. Pero intuyó que, de hacerlo, podría quedarse atrapado allí dentro para siempre. Por eso se negó a mirar, a escuchar la llamada de la nada. Lo rechazó con todas sus fuerzas a pesar de que el vórtice le prometía asistir a prodigios antediluvianos y secretos innombrables, escenificados sólo para él. El regalo de un antiguo Poder a un testigo de tiempos modernos, al hombre que habían enviado las brujas a mirar allá donde ellas no podían. A destapar enigmas que para ellas seguían siendo herméticos.

La música siguió y siguió, un canto de sirena interpretado por un flautista loco cuyos dedos bailaran ante su rostro como frenéticas arañas. Pero no había flautín. No había ningún instrumento, en realidad, sólo coros de voces llegados de un pasado inconmensurablemente lejano.

Vincenzo se negó a mirar dentro de la cajita, llegando a tirar con fuerza hacia abajo de sus párpados hasta arrancarlos de cuajo. El sudor le resbaló hasta ellos, ardiente. Y en ese momento, justo cuando el Lisiado entraba por la puerta y tendía sus amorfos seudópodos hacia él…

4

… Despertó.

TRATADO DE LOS SUEÑOS, II

LA SOSPECHA

1

El día después del funeral de su padre, Cole Baez se sentía como si el mundo hubiese tramado un gigantesco complot contra él, y esta fuera una parte más de su rocambolesco plan para arruinarle la vida. Vagando cabizbajo por las calles, podía percibir su afinidad con las miserables liliáceas que, en sus mugrientas macetas, luchaban por sobrevivir entre bolsas de plástico y molinos de cartón.

Su mano jugueteaba una y otra vez con un trocito de metal que llevaba en el bolsillo. El pedazo de espoleta que su padre le había regalado justo antes de matarse. Nadie podría asegurar que la pérdida de ese pequeño fragmento de metal fuera lo que había causado el accidente, arruinando de alguna forma la aerodinámica de la mochila (era demasiado improbable), pero Cole no quería desprenderse de él. No todavía.

Porque necesitaba encontrarle un mínimo sentido.

Consérvalo como recuerdo de este gran día, hijo.

Sólo la mitad del *camping* de caravanas asistió al funeral. La otra mitad, la que estaba cabreada con Ben porque no sólo se había matado él en uno de sus ridículos proyectos, sino que también les había incendiado sus casas, acudió al funeral paralelo. El de su madre. Ambos el mismo día, y Cole deseando partirse en dos para que cada ojo llorase de manera independiente a sus progenitores. El resto era una elocuente masa de bejines cabizbajos: agarra lo que puedas y sal corriendo, si te ponen la otra mejilla abofetéala sin miedo, etc.

Su prima Surendra vino de riguroso luto, igual que su madre. Cole tuvo la vaga sensación de que algo había cambiado entre ambas, como si su relación se hubiese enrarecido. Sobre todo por la manera que la joven tenía de mirar a su vieja, con ese distanciamiento de quien tiene miedo pero sabe que no le conviene mostrarlo. También la notó excesivamente canija, para lo que era ella. Sandy Peckerman rondaba por allí también, y en comparación a Sury

parecía un hipopótamo, pero no porque fuese obesa (que lo era, como bien había señalado Canaán), sino porque Surendra estaba cada vez más escuálida. Parecía un palillo enfundado en ropas holgadas.

Cuando pasara la tormenta le preguntaría qué estaba pasando. Pero por el momento, la mente de Cole estaba ocupada en otros menesteres. El principal, certificar de una vez por todas si era tan tonto como su padre. Si había heredado los genes de la estupidez congénita que habían empujado a Ben a realizar todos aquellos experimentos y a matarse en el proceso.

Por supuesto, los psicólogos quedaban descartados. Lo que tenía que hacer era ir a ver a Canaán lo antes posible. Él siempre tenía respuestas. Sabría guiarlo por el buen camino, ahora que se abría una nueva etapa y todos los cielos estaban encapotados.

Las calles mustias, llenas de manchas de humedad, le acompañaron en silencio. Pasó junto a un puesto de venta de periódicos. Los de Russellville siempre incluían el horóscopo en primera plana. En el casillero de Libra decía «Luna nueva esta noche, y bajo ella, señales inesperadas».

Cole pensó en su maestro, y al hacerlo notó una casi imperceptible vibración bajo sus pies. Como si allá abajo, en las entrañas de la Tierra donde la roca muele lentamente la roca, algo dormido hiciese un amago de despertar.

Canaán vivía con su anciana madre (¿o era su abuela?) en una casa destartalada en lo alto de una colina. Estaba cerca del montículo de la Piedra Plana, donde el grupo se reunía para llevar a cabo sus rituales. Era un lugar donde siempre hacía frío, aun en pleno verano, y el gemido del viento en las ramas competía para acallar los cantos de los pájaros.

En el fondo le hacía gracia que un tipo tan siniestro como Canaán viviera en una casa sacada de un cuento de terror, con su propio terrenillo al que nadie quería acercarse y todo. Era como si los viejos clichés de las películas de miedo se hicieran realidad en aquella parcela de Russellville… y algo de eso había, porque curiosamente la ciudad (o el pueblo, como seguían llamándolo muchos, ya que su crecimiento no era merecedor del cambio de epíteto) se había expandido en dirección contraria a la casa. Jamás hacia ella. Esos terrenos tenían que valer mucho dinero, un auténtico pastón, o eso solía decir su padre… pero algo había en ellos que espantaba a los corredores de fincas como si huyeran de la peste. Y eso que espantar a unos tíos que husmeaban el dinero a kilómetros es más difícil que lograr que el actual senador por el Estado admitiera públicamente, en televisión, que el mundo no

lo había creado Dios en siete desquiciadas jornadas de albañilería, sino que las teorías científicas eran ciertas.

El viento escoltó a Cole sendero arriba, hacia la casa, produciendo un sonido similar al de lejanos gongs de oración. Cuando llegó al borde de la valla de madera que delimitaba la propiedad, tras la cual crecía una selva digna de King Kong, Cole tocó una campanilla. Y esperó.

Y siguió esperando.

Y esperó aún más.

Cuando empezaba a pensar que ni Canaán ni (por la gloria del Maestro, ojalá no) su desquiciada madre iban a salir a recibirlo, la puerta se abrió. No faltó ni el quejido de los fantasmas que yacían prisioneros en los goznes.

—¡Cole! ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Canaán, haciéndole sitio a una mueca de sorpresa. De la casa surgió un olor inclasificable, mezcla de compuestos especiados y huevos en salmuera.

—Maestro, yo… tengo algo que consultarte. Lamento haber venido a molestarte antes de la octava reunión, ya sé que está prohibido, pero…

—Vaya, qué comedido vienes hoy. No me llames así, Maestro no hay más que uno, y ya sabes quién es.

—Perdóname. Es que… —No pudo acabar la frase, de tantas formas distintas como tenía para decirle aquello. Ahora no podía decidirse por ninguna.

—Tranquilo. Demos un paseo.

Caminaron un rato por prados sembrados de angélica, la hierba preferida del Espíritu Santo. Nubes perezosas derivaban sobre los árboles, y sombras huidizas bailaban sobre la hierba.

—Cuéntame qué te aflige.

—No estuviste en el funeral. En ninguno de los dos —reiteró Cole.

Canaán reaccionó dándole un fuerte golpe en el estómago, un auténtico puñetazo que hizo que el niño se doblara sobre sí mismo. Luego lo ayudó a recobrar el aliento e incorporarse, y siguieron paseando.

—Es insultante que me eches eso en cara. ¿Cómo iba a participar yo, aunque fuese de manera presencial, sin voz ni gesto, en una liturgia del Adversario? —lo amonestó Canaán.

—Yo… —jadeó Cole con la cara inflamada en rojo—. Perdóname, te lo suplico. No sabía lo que decía.

—Claro que no, era de esperar. El Maestro te eligió por otros dones, no precisamente por tu inteligencia.

—Justo por… por eso he venido. Desde que murió mi padre he estado dándole vueltas a un asunto que… bueno, que…

—Me lo figuro. Tienes miedo de acabar siendo igual que él, ¿verdad?

—¡Sí, es justo eso! Pero… ¿cómo lo sabías?

—El vínculo espiritual que nos une es más que una simple promesa de servidumbre. Además, no hace falta ni tener el don para darse cuenta. Te lo leo con sólo mirarte a los ojos. —Le puso unas manos tranquilizadoras sobre los hombros—. Te infravaloras, Cole. No eres un imbécil como tu padre. Tienes un potencial enorme, tanto para darte cuenta de cómo funciona el mundo como para sacar provecho de él.

—¿De veras lo crees? —La esperanza renació en los ojos del muchacho.

—Lo creo y lo que es más: lo sé con certeza.

—Es que… mi padre era incapaz de distinguir entre una idea fabulosa y una completa memez. Lo que me aterra es que se me ocurra algo en el futuro, algo que yo crea que es genial y que quiera poner en práctica… pero que acabe conmigo a dos metros bajo tierra.

Canaán rió, deteniéndose junto a un pajarillo que había caído de un árbol. Tenía un ala rota. Le aplastó la cabeza con el tacón, sintiendo cómo un alma diminuta le pasaba rozando la pantorrilla.

—Despreocúpate, porque eso nunca va a ocurrir. Además, me tienes aquí para consultar lo que se te antoje.

—¡Gracias, de verdad!

—De hecho, estoy pensando ahora… —chasqueó los dedos—. Mira, sí que puedo demostrarte que eres un tío listo. Hala. Y de paso, tú me ayudas a librarme de unas doñas muy molestas que me están jodiendo a base de bien. Unas perfectas metomentodos que no hacen más que jorobar a las personas decentes de esta ciudad.

Las cejas de Cole se arquearon, entusiasmadas. Un perro vagabundo que pasó por allí hizo sonar su columna vertebral como un xilófono de huesos.

—¿Sí? ¿Cómo?

Canaán se lo contó, y acertó al menos en una cosa: a Cole le pareció una gran idea.

Terminado el amago de terapia, se levantó la sesión. Cole se fue corriendo, exaltado, a cumplir a rajatabla sus raras instrucciones… sin pararse a pensar en ningún momento que tenían mucho que ver con la profanación de los restos de su padre.

No importaba. Canaán estaba convencido de que Cole era un completo imbécil, un retrasado mental igualito a su padre. Sería el primero en ser

sacrificado como paso previo a la noche del Nhud. Él o la gorda de Sandy Peckerman, daba igual.

Para los otros dos, Sury y Gerry, tenía planes un poco más perversos.

2

… Despertó.

Sí, y no fue un despertar relajado, sino más bien violento, con grito y todo.

Vincenzo miró a su alrededor, más desorientado que un oso polar en una isla del Trópico. No estaba en el mismo lugar donde cayó dormido para enfrentarse a esa horrenda pesadilla (por Dios, aún sentía la inmediatez de los olores, de los sonidos, las texturas… y por supuesto la presencia del Lisiado, con todo el horror y el daño para su cordura que conllevaba).

No, no se hallaba en aquel claro del bosque, rodeado por un aquelarre sexual de brujas.

Estaba en un salón, en una especie de apartamento bien amueblado. Echado sobre un sofá con una manta por encima. Sobre una mesa había una foto de una excavación egipcia, apoyada en un método de solfeo.

Miró debajo de la manta que tenía echada por encima. Estaba vestido igual que el día en que encontró por primera vez a Corah. La ropa estaba limpia, un poco sudada por haber dormido con ella pero nada más. Sin rastro del barro ni la suciedad consustancial al campamento de survivalistas.

¿Cómo había llegado a parar a aquel salón? No se acordaba de nada.

La respuesta salió del baño:

—¡Vincenzo! ¿Estás bien?

Era la doctora Corah Westerdhal. Vestía de forma elegante, como si estuviera a punto de irse a trabajar a un despacho. De hecho, entonaba tan perfectamente con el salón que parecía un elemento decorativo más.

—Te has pasado durmiendo toda la noche —dijo, así de feng shui—. Cámbiate y date un ducha si quieres. Estás a tiempo de acompañarme.

—¿Q… qué…? ¿Cómo? ¿Adónde…?

—Al cementerio municipal. ¡Los vándalos han vuelto a hacer de las suyas! El reverendo Pope contactó conmigo a través de la radio y me ha convocado en calidad de experta. Al parecer han dejado restos de otro ritual extraño, que nadie sabe interpretar. —Aplaudió—. ¡Vamos a ayudar a la policía en el caso! ¿No te parece excitante?

Vincenzo la miró de soslayo. Se sentía inmerso en un episodio de *En los límites de la realidad*. ¿Seguiría aún dentro de la pesadilla, creyendo que había despertado cuando no era cierto? ¿Formaría parte también este escenario del laberinto Escheriano del peyote?

—¿Qué sitio es este? —se atrevió a preguntar—. ¿Dónde está el claro del bosque?

—¿Claro? ¿De qué hablas? Estás es mi apartamento, ¿no lo recuerdas?

—Pues…

Corah le acarició la mejilla.

—Pobrecito, estás desorientado. Lógico, la hierba que fumaste anoche era demasiado agresiva para un jovencito como tú.

—¿Llegué a fumármela? —Bueno, se tranquilizó: al menos había algo que encajaba con sus recuerdos.

—Sí, te metiste una buena dosis. Mis amigas y yo estamos ansiosas de que nos cuentes qué viste en el sueño. Pero lo primero es lo primero: dúchate y ponte ropa limpia, que Pope nos está esperando en el cementerio.

—Claro, pero… ¿y Threnody? ¿No nos estábamos quedando a dormir en tu nidito survivalista?

Ella exhaló una risa musical.

—Ay, mi niño, creo que la hierba te ha afectado más de lo que creía. ¿A qué comuna te refieres? No sé nada de ningún «survivalista». Desde que te presentaste aquí el otro día, con tus ganas de ser mi alumno y tus dificultades económicas, has estado quedándote a dormir en mi piso.

Fueron en el coche de Corah hasta el cementerio. Vincenzo no tenía muchas ganas de desayunar, pero aceptó un melocotón bañado en un jarabe de miel blanca. Estaba tan dulce que por un momento le insensibilizó el paladar.

—Pareces confuso —le dijo Corah, agarrando el volante a la manera de las mujeres, en el centro de la circunferencia y con la muñeca doblada hacia atrás.

¿Confuso? ¿Y tienes la desfachatez de preguntarlo?

—No es nada, sólo que… Sí, vale, estoy confuso. Muchísimo. No recuerdo nada de los últimos tres días —admitió—. O mejor dicho, sí recuerdo muchas cosas… pero las imágenes que tengo no coinciden con lo que usted me cuenta.

—¿Qué es lo último que crees haber vivido?

Vincenzo se lo contó, aunque reluctante. Si aquello era realmente un sueño dentro de otro sueño, no quería seguirle el juego a quien estuviera riéndose de él.

Al relatarle toda la parte del aquelarre y la mención que la propia Corah (la Corah alternativa) había hecho a las «Estancias de Erebus», la doctora se tensó.

—Tiene sentido. El Pacto de Erebus es una ceremonia con un poder tan inmenso que es capaz de distorsionar la realidad, y la percepción que de ella tienen los que la habitan. Puede que todo lo que me has contado haya sucedido en verdad… o puede que sean tus recuerdos distorsionados, la forma en la que la magia ha alterado tu percepción de los últimos meses. Todo es posible.

—No, no me lo trago. —Soltó una risita nerviosa—. La comuna survivalista, mi primer encuentro con usted, la discusión en la radio… ¿todo eso no pasó?

—Podría ser que sí. Pero yo el recuerdo que tengo de las últimas semanas es que estaba enfrascada en mis investigaciones cuando apareciste tú, sin un céntimo y con muchas ganas de aprender. Te ofrecí quedarte en mi casa si me pasabas un mínimo alquiler, porque me fascinó tu conocimiento de las artes oscuras. Luego, anoche, Nevy y Helena vinieron a casa e hicimos el ritual. Fumaste hierba, desde luego —torció el gesto—, ¡y vaya si la disfrutaste! Pero no fue en una pipa india.

—¿Me está diciendo, doctora… que todo esto está ocurriendo de verdad? —Era la pregunta del millón, la que Vincenzo tenía atragantada desde que empezaron a suceder cosas extrañas—. ¿Está diciéndome que usted cree realmente en el poder de la magia?

—Supongo que tú no eres creyente, en el fondo.

—¡Claro que no! —Dejó escapar una risa en falsete—. A ver. Soy un científico, no un místico. Que sea un estudioso de la antropología más abstracta no significa que me trague que sus efectos sean reales. Lo único que sé es que me fascinan las costumbres más antiguas del mundo, las más atávicas, y eso es todo. Soy como un amigo mío, escritor, al que le encanta hacer novelas sobre OVNIs, pero jamás ha visto ninguno ni confía en que existan. Los platillos volantes, igual que los fantasmas, las conspiraciones de la C.I.A. y los santos cubanos, forman parte de la mitología moderna, nada más. No son reales.

—O sea, que aunque yo te demostrase que la magia negra es real, y que la estamos experimentando ahora mismo, tú seguirías en tus trece. Negando la

mayor. —Lo dijo con una sencillez completamente natural, y por lo tanto doblemente conmovedora. Era como una madre negándose a admitir el argumento de su hijo sobre que Santa Claus no existe.

—¡Por supuesto! Venga ya, Corah, no me diga que con su edad, y después de haber visto tantas cosas, aún piensa que con los ritos y los hechizos se puede conseguir un efecto real sobre el mundo.

Por un momento pensó que iba a enfadarse con él, incluso a echarlo fuera del coche, pero la reacción de Corah fue la más inesperada:

Asintió satisfecha.

—Bien, eres perfecto. El que llevábamos años esperando. —Lo miró con aire enigmático—. El Testigo.

Vincenzo tardó bastante en reconocer que su resquemor hacia las respuestas de la doctora, en gran medida, estaba alimentado por una sutil sensación de alivio. En el fondo, si Corah tenía razón y toda la superchería mística de los wyandot resultaba tener una base auténtica, los eruditos como él lo tendrían muy fácil para triunfar en la vida.

Corah abandonó la carretera por un camino privado y llegó a un campo verde, con una casa de ladrillo tan blanco en el centro que parecía un espejo solar. Era una mansión victoriana reconvertida en mausoleo gigante, o en cementerio público, o en un estado intermedio de ambos. La estampa era tan bella que a Vincenzo le trajo a la mente un fotograma visto en una película, no recordaba el título.

Frente a la puerta había dos coches, uno de ellos de la policía. El segundo pertenecía al reverendo Pope (¿ya ha escogido cada cual su metáfora favorita para imaginárselo?). Corah aparcó y se sumó al colectivo de personas que charlaban en el recibidor.

—Ah, la experta en paganismo —sonrió Pope—. Bienvenida. Deje que le presente a la prez de nuestra ciudadanía: el sargento Gard Barbour y el agente en prácticas Damiano.

—Llámeme Trevor —dijo él, estrechándole los cinco. Mantenía una pose de macho dominante, con el brazo cerrado en arco y apoyado siempre en la culata de su pistola. Ni él ni su compañero se quitaron en ningún momento las gafas de sol, a pesar de que en el interior no las necesitaban.

Vincenzo se fijó en que el coche del reverendo tenía un moderno sistema de telefonía móvil, conectado a una antena del capó. Hasta ese momento sólo los había visto en seriales televisivos sobre familias adineradas, tipo *Falcon Crest*.

—¿Conexión directa con el Vaticano? —le preguntó.

—Con Dios, más bien —respondió Pope—. ¿Por qué crees que siempre salgo victorioso de todos los debates? Por cierto, amiguito, hace tiempo que no vas por la radio. Linda está muy mosca contigo. Yo no daría dos habas por tu empleo.

—Este, yo… pues…

—Bien —atajó Corah, plantando las manos en su cintura—. ¿Por qué estoy aquí?

La condujeron al interior del edificio, una fruslería gigante, un capricho esculpido en mármol de un millonario con ganas de reservarse un *ticket* para el Paraíso. Vincenzo, antes de entrar, creyó ver una silueta más dentro del coche de policía, aguardando paciente en el asiento de atrás. Parecía la de un niño, pero no pudo identificarla bien.

En uno de los pasillos laterales del edificio había un conjunto de nichos que parecían humildes en comparación al resto. Cada corredor allí era como un sendero de muertos, con docenas de nichos parapetados tras losas de mármol donde yacían muchísimas personas. Hileras e hileras de apartamentos para inquilinos silenciosos que iban del suelo al techo. Sin embargo, los de aquel pasillo no tenían nada de glamurosos. Las losas eran de cemento barato, y parecían haber sido colocadas y retiradas muchas veces.

—Este es el barrio de los pobres —gruñó Gard Barbour.

—Para Dios no hay distinción entre clases —dijo el reverendo—. Si algunos prefieren dejar su envoltura material mejor resguardada que otros, aunque ya no les sirva para nada, es su elección. La Iglesia no se opone a eso.

—¿A quiénes entierran aquí? —preguntó Vincenzo.

—A la gente sin recursos. Este ala del edificio es lo que el ministerio ofrece como caritatem pro mortuis. Se les deja descansar aquí durante un tiempo sin cargo a sus familias, y luego se trasladan a una fosa común.

—Qué civilizado.

Al fondo de la sala había un pequeño caos de destrozos. Era como si alguien se hubiese ensañado con un martillo sobre uno de los nichos, haciendo añicos la losa y dejando al descubierto el cadáver. Originalmente estaba metido dentro de una bolsa (los pobres no pueden permitirse ataúdes), pero la habían rajado con una navaja, de modo que si alguien enfocaba con una linterna dentro del hueco podía ver el macabro espectáculo de unos pies muertos. Los restos de piel eran poco más que un forro de ceniza sobre los huesos. Aquel hombre, o mujer, había muerto calcinado en algún incendio.

Corah intentó leer la placa, pero era de esas baratas de deslizar un papelito con el nombre escrito, y había sido robada.

—¿Quién está enterrado aquí?

—Un busca líos del poblado de caravanas de Fairview —dijo el sargento Gard—. Se llamaba Ben Baez.

—¿El tipo aquel que se mató intentando volar con unos cohetes caseros?

—Exacto —se carcajeó el sargento. Parecía disfrutar sólo con pensar en lo patético del asunto—. El pobre gilipollas demostró ese axioma de que, una vez comparadas la inteligencia y la estupidez humanas, resulta que sólo una de las dos es infinita.

La doctora se acercó al nicho. Dentro, aparte de los pies del cadáver, había más cosas. Manchas de sangre (probablemente de una gallina u otro animal pequeño; Corah había aprendido a reconocerla tras pasar varios años en Cuba, entre santerías macabras), y objetos. Esos objetos incluían velas partidas por la mitad, trozos de cebolla cortados con tijera para que aparentaran formas geométricas y… algo oculto bajo un pastizal de sangre seca mezclada con arroz. Algo que parecía la fotografía de un persona.

Ninguno de los policías había tocado nada hasta que llegó ella, por lo que Corah tuvo el dudoso honor de ser la que apartara la sangre para ver lo que había debajo. Al ser un caso de vandalismo, no de asesinato ni nada más grave, no era necesario que la científica acordonara la zona.

—Por la gloria de Cristo —dijo Pope—, ¿qué clase de depravado pudo haber hecho esto? ¿Es algún rito pagano que usted conozca, doctora? —le preguntó mientras ella quitaba la mancha rojiza con un pañuelo.

—No… la verdad es que no. Parece muy macabro, pero no sigue ninguna lógica. Puedo asegurarles que esto es puro vandalismo hecho por alguien muy aburrido, aficionado a la parafernalia del cine de terror, o simplemente con ganas de…

Se paralizó.

Durante un instante su cerebro se planteó hacer alguna pantomima para ocultar lo que había visto, pero ya era demasiado tarde. Las personas que la rodeaban estaban tan atentas a ella que captaron perfectamente su «lapsus estupefactus». Y alargaron las cabezas para mirar.

Bajo todo el arroz y la sangre estaba la cara de la propia Corah. Era un recorte de la foto que adornaba la contraportada de su último libro, a página completa. Se la veía a ella bien vestida, apoyada en una librería atestada de volúmenes.

—¿Qué significa esto? —La cara del reverendo era un poema. No menos que la del resto de los presentes, incluida Corah.

—No… no tengo ni idea…

—Alguien está intentando jugarle una mala pasada, eso desde luego —farfulló Vincenzo. De fondo, el reverendo los miraba a los dos con detenimiento, como si pudiese tamizar verdades y mentiras con una especie de olfato espiritual.

—Sea como sea, tiene que acompañarnos a comisaría, señora. Y los demás también, a prestar declaración. —Gard puso su voz «no admito peros».

Y no se admitieron.

3

Las teclas de la máquina de escribir eran un martilleante borrón de velocidad. Se trataba de una máquina nueva, Vectrox, con cinta de borrado y marcha atrás, y rendija para situar hasta tres papeles de copiado. Un lujazo. El agente que la manejaba parecía tenerle aún más cariño que a su pistola reglamentaria.

Vincenzo aguardaba sentado por fuera del área donde se prestaban declaraciones. No era una sala aparte tipo interrogatorio de la Santa Inquisición ni nada de por el estilo, sino un espacio separado por un biombo. Aún así, con la algarabía reinante, no podía oír ni una palabra de lo que estaba explicando Corah.

Sólo la veía a ella haciendo aspavientos, cada vez más nerviosa, dándole su versión de lo ocurrido a Gard e insistiendo en que no conocía a nadie que la odiara tanto como para implicarla en una profanación.

De vez en cuando en mitad de la algarabía estallaba un nombre: «Ben Baez», o «Cole», o… uno ininteligible que también empezaba por C. Pero ninguno le sonaba a Vincenzo, salvo porque el sargento le había dicho que el tal Ben era el cuerpo profanado. La rabia se iba acumulando poco a poco dentro de Corah, llenándola como un muñequito de esos de los bolígrafos que al ponerse verticales desnudan o visten a una linda señorita. Se iba galvanizando a medida que los policías intentaban sonsacarle algún tipo de conexión con un hecho que ni siquiera ella tenía claro.

Entonces volvió el agente Damiano, al que Gard había enviado al edificio de Corah a comprobar algo. Por la cara de maligna satisfacción que traía, y la bolsita con algo pequeño y metálico que portaba en la mano, Vincenzo intuyó que no sería nada bueno.

Le mostraron el contenido de la bolsa a Corah. Su alumno no supo hasta más tarde que se trataba de un trozo de válvula de cierre, una especie de

espoleta en miniatura. La misma pieza que se había caído del alchemist apparatus de Ben Baez, y que Damiano había encontrado nada menos que en el buzón de Corah.

¿Qué hacía allí? ¿Quién lo había puesto? Desde luego era una pregunta más interesante que qué había tras la dichosa Puerta Verde. Cuando se la hicieron a Corah, ésta empezó a chillar cosas incongruentes y a negar cualquier implicación. Pero en la mirada de los agentes ya había anidado ese matiz, el de digas lo que digas no me voy a creer ni una palabra, nena.

Por supuesto que nadie la estaba acusando de nada, pero la tendrían muy vigilada por si acaso su supuesto acosador decidía gastarle otra bromita. Lo cual, en jerga policial, significaba que Corah no podría mover ni un músculo durante las siguientes semanas sin que un ojo vestido de azul la estuviese monitoreando.

Entonces, el agente en prácticas Trevor Damiano miró hacia Vincenzo, y le dedicó un guiño que aspiraba a encerrar mucha sabiduría, pero que se quedaba en mera vacuidad desinformada.

El joven se extrañó. ¿A qué venía esa familiaridad? ¿Por qué…?

Ah, no, es que el guiño no iba dirigido a él. Quien debía recibirlo era un jovencito que estaba sentado a su espalda con cara de aburrimiento crónico. Debía de ser el hijo de aquel tipo tan malicioso, porque se le parecía en un par de trazos gruesos de la cara. Pero no tenía el porte agresivo de su padre, sino el del joven que está empezando a buscarse sus propias razones para odiar al mundo, y entrar con pasaporte sellado en la adolescencia.

Su silueta le recordaba algo muy familiar. La había visto en… en…

Se inclinó unos grados sobre la silla, para hacer girar al joven y mirarlo desde otro punto de vista. ¡Claro! Era la misma silueta, pose cabizbaja y todo lo demás que el ocupante del coche policial de hacía un rato, cuando estaban en el mausoleo. Aquel chaval era el que estaba sentado en el asiento de atrás, esperando a que ellos salieran.

—¿Hola? —lo tanteó.

El niño le ignoró en primera instancia, esperando que aquel extraño desistiera y no le diese más la tabarra. Pero Vincenzo necesitaba respuestas.

—Hola, sí, es a ti. —La cara del jovencito cobró vida—. Tierra llamando a… ¿cómo te llamas, amiguete?

—Gerry. —La voz era apenas un suspiro—. Gerry Damiano.

—Dam… ah, claro, como el poli aquel. Eres su hijo, ¿no?

—¿Quién es usted?

—Vincenzo Strada —dijo con cierta pomposidad—: aspirante a director de cine frustrado, a universitario con expulsión tremebunda y a muchas cosas más. Encantado.

—No me interesa.

—Tranquilo, chaval, no te quiero vender nada. Sólo quería preguntarte si tu padre te ha contado algo nuevo sobre esos actos de vandalismo. Ya sabes, como el de la granja Prenton. Aquí nadie habla ni dice nada, y así es imposible saber a qué atenerse.

El chico lo miró con desconfianza.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Joder, porque soy un buen ciudadano. Aunque soy de fuera, estoy viviendo en esta ciudad, y me preocupo. Y tú has estado atento a lo que pasa en el cuartelillo —aseguró más que preguntó—. No quiero sobornarte ni amenazarte, chico, sólo apelo a tu sentido común.

—La policía sólo sabe lo que se ha filtrado a la prensa. Las marranadas que hicieron con los animales, los símbolos raros y demás. Nada nuevo. —Era un excusa rápida, apenas disfrazada de información.

—Vaya, pues es una pena, porque si la doctora y yo tuviésemos un pelín más de datos tal vez podríamos interpretar lo que significa todo esto. Y ayudaríamos a atrapar al culpable. Somos los que más sabemos en todo el condado del tema este de las cábalas y los rollos de brujería.

El resorte que quería tocar Vincenzo estaba totalmente equivocado. Pensaba que a Gerry (a pesar de su cara de aburrimiento) le haría ilusión estar con su padre y ser un pequeño aspirante a detective. ¿Quién no había jugado a eso de niño? Si le pinchaba lo suficiente tal vez querría ganar puntos ante los demás chicarruelos del cuartelillo, y le soplaría cosas útiles.

Lo que no sabía era que Gerry odiaba aquel lugar, aquella vida, aquel ambiente, aquellos malditos uniformes y el entrenamiento-John-Wayne que le había impuesto su padre. Así que la tecla que quería pulsar estaba no sólo rota e inservible, sino también anquilosada por estratos de rencor. Sin embargo, Vincenzo tuvo suerte, porque al errar el tiro golpeó otra diana muy distinta, y mucho más efectiva.

—¿Usted sabe de símbolos? ¿De cosas raras? —se interesó Gerry.

—Soy una auténtica autoridad, hijo. —Lo dijo medio en serio medio en broma, pero el chaval se lo tragó. Había puesto el mismo tono de voz que usaba el director Fernandetti allá en el UCLA para lanzar a traición sus sermones—. La doctora Westerdhal y yo trabajamos juntos desde hace… eh…

Ahora movamos la cámara al interior de la cabeza de Gerry Damiano, para averiguar lo que estaba pasando por allí. Luces, cámara y acción: el rostro de Canaán ocupaba el primerísimo primer plano en casi todo lo que el chaval hacía, pensaba o tramaba. Incluso en lo que temía. Gerry se encontraba en una de esas encrucijadas que hacen que una persona madure en un momento dado… o al menos, que redescubra en sí mismo algo valioso, como sólo se pueden redescubrir los legados familiares más queridos en el recoveco del sótano. Gerry tenía mucho miedo de Canaán, y aún más del Maestro, pero la pubertad lo estaba cogiendo por los testículos con tanta fuerza, y planteándole dilemas a voz en grito con tanta inquina, que el pobre muchacho no sabía qué hacer.

Tenía claro que ni Canaán ni ninguno de sus adeptos estaban relacionados con la pintada (SABBAT) de la granja, porque esa palabra era anatema para ellos. El Sabbat era la fiesta de las brujas, sus enemigas ancestrales, las perras dominadoras de la magia nocturna y los misterios del ocaso. Las putas de Satán o de Enlil, según la inclinación moral de cada una. Vectores que ejercían fuerzas opuestas a los intereses de los siervos de Erebus.

Por eso se había asustado al ver el mismo símbolo, el Crux, tatuado en el hombro del amigo de papá. El sargento Gard lo llevaba a escondidas, y era demasiada casualidad para ser una mera coincidencia. Dos cruces mal hechas podían coincidir, o un par de círculos y cuadrados parecerse. Pero aquellos dos emblemas eran inmensamente complejos e idénticos, lo que eliminaba por completo el azar.

Gerry había pensado ir a contárselo directamente a Canaán… pero no, eso sí que no. El Maestro les había convocado para dentro de unos días, en la octava reunión, y hasta entonces estaba prohibido verse. Ni siquiera el idiota de Cole Baez sería tan atrevido como para ir a molestar a Canaán y sacarlo de su trance preparatorio.

Eso sólo le dejaba una alternativa, y era investigar por sí mismo. Seguro que si lograba hallar la conexión entre Gard Barbour y el Crux, y esto le conducía hasta la guarida de las brujas, Canaán le premiaría con un puesto especial en el próximo Nhud. Y así, de paso, quizás podría vengarse del guaperas de Daniel Gross y de los chicos que le hicieron aquello en las duchas.

Así que optó por decirle a Vincenzo:

—Puede que yo haya visto otra vez aquel símbolo, ya sabe… el que dibujaron con las tripas de la ternera lechal en la granja.

Las pupilas de Vincenzo se dilataron.

—Cojones. Eso se llama Crux. ¿Dónde lo has visto? ¿Y cuándo?

El chaval se acercó a él para hablar en voz baja. Bajo la luz de los fluorescentes (la última moda en despachos, rotativas y comisarías) su ya demacrada faz se tornó aún más siniestra. Adquirió una fosforescencia de pantano, como los zombis de Romero.

—Si se lo cuento no lo va a creer. Prefiero enseñárselo… o mejor, que intente verlo por sí mismo.

Su dedo le hizo señas para que lo siguiera. Vincenzo se puso en pie y caminó por media comisaría detrás del muchacho, hasta la parte de atrás del biombo. Gard Barbour estaba acabando de tomarle declaración a Corah, chupándose los dedos; los tenía rojos de tanto aporrear la Vectrox. Por muchas líneas que redactara, a éstas les costaba describir bien la topografía de la situación.

Gerry se asomó por detrás del biombo, disimuladamente, como si fuera a echarse un vaso de agua en la máquina de la esquina… y le pidió algo a Vincenzo. Que mirara en una dirección determinada.

Éste lo hizo, y a punto estuvo de no verlo, porque el símbolo estaba oculto por el cuello de la camisa de Gard. Pero de vez en cuando, ciertos movimientos (como cuando se inclinaba sobre la máquina para presionar esa difícil combinación, ALT+D, la que ponía en marcha la cinta correctora) lo dejaban al descubierto.

Vincenzo sólo vio la parte de arriba del tatuaje, el segmento superior del Crux, pero le bastó para reconocerlo. Levantó la vista tan de súbito que el cuello le hizo ruido.

—¿Qué está pasando aquí? —Trevor Damiano apareció de repente, como un ogro saliendo de su cueva, cuando la espalda de Vincenzo chocó contra la máquina de agua.

Éste la agarró con ambos brazos para evitar que se cayera de su pedestal.

—Eh… ¡nada, todo bien, jefe, en serio! Sólo que… tropecé, lo siento, soy muy torpe.

—Ya. Siéntese en la zona de espera, por favor, señor. Esa máquina está reservada a los empleados.

—Claro que sí, agente, lo siento muchísimo —se disculpó Vincenzo, y fue corriendo a ocupar su silla. La mirada interrogativa de Gerry lo acompañó durante todo el trayecto.

Pues claro que lo he visto, dijo una voz lastimera dentro de él.

Entonces se quedó frío, y quieto. Porque había levantado la mirada en dirección al biombo… y se encontró con los gélidos ojos azules de Gard

clavados en los suyos. El sargento tenía la mano congelada sobre el último botón que iba a apretar en la Vectrox para rematar el informe.

El botón de Eliminar.

TRATADO DE LOS SUEÑOS, III

LA VÍCTIMA DEL SACRIFICIO

1

En la fachada ciega, sin ventanas, que tenía por un lado el edificio de Corah, había un gran cartel publicitario. No estaba colgado a la distancia óptima para que lo viera la gente que pasaba por esa misma calle, sino más arriba, casi a la altura de la azotea. La razón era que desde allí quedaba más expuesto al flujo de tráfico de la autopista, que cruzaba un poco más lejos sobre un puente.

Cuando Corah trajo en coche a Vincenzo hasta su piso, tras el desagradable incidente en comisaría, éste se fijó en el cartel. Unos especialistas en trabajos verticales estaban acabando de pegarlo: era un anuncio de la nueva temporada de *La casa de la pradera*, de Michael Landon, un *show* televisivo que tenía muchísimos seguidores en Kentucky. Bajo la cara sonriente del actor, un eslogan proclamaba que las series violentas como *Los hombres de Harrelson* o *Starsky & Hutch*, que tanto furor hacían en Los Ángeles, ya no tenían cabida en la parrilla televisiva. ¡El futuro era para las series con corazón!

Temporadas que venían, otras que se agotaban… No supo por qué, al joven le vino a la mente que ese mismo día era su cumpleaños. ¡Otro año más que se iba dejando apenas unos rastros tras de sí! ¿Adónde se dirigirían todas las cosas de este mundo?, se preguntó con melancolía. ¿Habría algún santuario donde poder salvaguardar para siempre las importantes, aparte de la memoria?

Corah aparcó en el garaje y subieron a su piso. Vincenzo se sorprendió al encontrar allí dentro (como si tuvieran su propia llave, y bien acomodadas) a las amigas de la doctora, Helena Poroth y Nevy Dandridge. Le chocó el aspecto tan distinto que tenían de cuando las vio… o creyó verlas… por última vez: ya no eran las maestras de niños mugrientos de la comuna, vestidas como *hippies* y manchadas de barro, sino dos abogadas que

aspiraban a liderar bufetes. No parecían esa clase de personas supersticiosas para las que el mundo no es más que una gran ceremonia.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Nevy, encendiéndose un Marlboro.

—Fatal. —Corah se desplomó en el sofá—. Alguien nos la quiere jugar. Pretenden relacionarme con la muerte de Ben Baez para que os salpique a vosotras también. —Se le notaba en la voz que no era que no quisiera vérselas con la incómoda realidad de una acusación pública, sino que no tenía tiempo que perder en esas nimiedades. No mientras hubiera tanto que hacer.

—Hola, forastero —saludó Helena. Vincenzo la besó en la mejilla, con toda familiaridad.

—Hola.

—¿Cómo estás hoy? ¿Más animado?

—Bueno… —resopló el joven, como si se desinflara—. Creo que sí. En días como este me siento con ánimo como para soportar una pequeña depresión, así que bien, sí.

—Estupendo. Todo llegará, no te preocupes.

—Sin duda —barruntó Corah de fondo, perdida en sus pensamientos—, aquí se ve la mano de ella.

—¿Ella? —se extrañó Vincenzo—. ¿A quién te refieres?

Las tres mujeres compartieron una mirada. Había tanto secretismo en la sala que por un momento le recordó un viejo chiste televisivo: los creadores de *Star Trek* querían que todos los nombres vulcanos, como el del señor Spock, empezaran por las letras «Sp». Un día se lo plantearon al productor de la serie, y éste, hasta las narices de que lo molestaran con tonterías, les espetó que le parecía genial, porque así podría fundar el bufete «Spock, Spack, Speeck, Spoock, Spyck y Roddenberry». Lo último era para ponerle la nota de seriedad.

—Verás, Vincenzo… —comenzó Corah—. No hemos sido del todo sinceras contigo.

—¿Ah, no? Menuda novedad.

—Como te dije cuando íbamos de camino al mausoleo, estamos convencidas de que la magia existe, y de hecho la practicamos.

El joven alzó las cejas.

—¿La practicáis?

—Sí, pero en un sentido que a ti te costaría entender. No profesamos lealtad a ninguna entidad maligna tipo Lucifer, Ninurta o Tamuz, ni mercadeamos con nuestras almas en aquelarres sanguinolentos. Es más complicado que eso.

—Negra o blanca, la magia es magia —intervino Helena—. Eso son sólo adjetivos. Si la miras en perspectiva sólo ves secretos dentro de más secretos encajados dentro de otros secretos; que le otorgues una dimensión moral o no depende de ti, de lo indefenso que te sientas ante ella.

—Ya no puedes avanzar más junto a nosotras a menos que te revelemos unos cuantos —dijo Nevy—. Pero yo aún no sé si podemos fiarnos de ti, la verdad.

Vincenzo tuvo una vez más la sensación de que la cabeza se le estaba partiendo a lo largo de una costura podrida. ¿De verdad estaba teniendo lugar esta conversación?

Corah le dio un vaso de coca-cola (piedras de hielo en forma de azucenas) y se sirvió otro para ella.

—Anda, despéjate. Yo creo que sí podemos confiar en ti: encajas demasiado bien en el perfil del Testigo, y has aparecido como caído del cielo en el momento justo. Muchas coincidencias —barruntó.

—¿Qué es eso del Testigo, del que habláis tanto?

—Según las cábalas, un observador imparcial que asiste a los Prodigios y de alguna forma los valida de cara al gran teatro cósmico. Tiene que ser varón, y un gran conocedor de los misterios que a la vez se muestre escéptico ante ellos. Como ves, un poco más y la definición parece un traje hecho a medida para ti.

—Tienes que contarnos qué viste en el sueño —pidió Helena—. Con todo lujo de detalles, por favor, pues de ellos es de donde extrapolaremos las profecías.

A Vincenzo le tembló la boca, como si fuera un anciano que no tuviera dentadura donde apoyar los labios. Éstos se le ahuecaban en movimientos nerviosos.

No quería recordar el sueño. Era demasiado espantoso, y aún lo tenía a flor de piel. Pero la mirada de aquellas mujeres era tan intensa, tan despiadada, que no le dejaba otra opción.

Se bebió todo el refresco de golpe, hasta los cubitos. Les contó cómo empezó todo en aquella desolación de piedra, frente a las inmensas torres de planta cuadrada. Les habló de la vida anómala y deforme que encontró allí, y de la luz crepuscular que estallaba cada cierto tiempo en arrebatos de dolor y blancura. De las escaleras que subían y subían, sin principio ni final, y de las distantes maquinarias del cielo.

Y, por supuesto, también les habló del monstruo.

Al mencionarlo, notó claramente que las tres brujas (ya había empezado a llamarlas así subconscientemente) se ponían tiesas. Estaba claro que sabían de lo que estaba hablando, o de quién.

En ese momento recordó un detalle de cuando se quedó dormido en el claro del bosque. Corah le estaba advirtiendo algo mientras su cabeza se iba por el sumidero: que tuviera mucho cuidado con un ser llamado «el Lisiado».

—Podría definirse como un demonio, en efecto —asintió Corah—. Aunque no según la versión cristiana. Es una entidad consustancial a las Tierras de Tránsito, la franja que hace de membrana entre los sueños y el Más Allá. Las dimensiones no son sólo lugares definidos, sino también los espacios vacíos que hay entre ellas, ¿comprendes? Y esos espacios tienen su propio catálogo de atrocidades.

»Creemos que el Lisiado tuvo su origen en un alma humana a la que le sucedió algo tan espantoso, tan horripilante, que carga con una culpa brutal por toda la Eternidad. Esa culpa hace que se provoque a sí mismo tales malformaciones para expresar su dolor. Mientras mayores son la vergüenza y el remordimiento que siente el Lisiado, más desasosegante es su aspecto.

—Pues este tipo tuvo que hacer algo realmente nefasto en vida, porque acojonaba sólo con verlo —masculló Vincenzo. A continuación les relató su angustiosa huida escaleras arriba, y lo que encontró en lo alto del pilar: la habitación infantil con la jaula de mimbre y el pájaro bicolor, que murió decapitado mientras lo miraba a través de una niebla de sudor y pánico.

Nevy y Helena se frotaron sus respectivos mentones, reflexionando.

—Un pájaro de dos colores perfectamente definidos, en mitades perfectas de su cuerpo… —dijo la primera—. ¿Estás seguro de que era así?

—Bueno, si obviamos el ataque al corazón que estuve a punto de sufrir, yo creo que sí. Que tuve tiempo de fijarme en un par de detalles.

—Es una alegoría, el vaticinio de algo que pronto ocurrirá —dijo Corah —. La figura del pájaro representa a la víctima idónea para un sacrificio ceremonial, que llegará volando hasta nuestras vidas dentro de poco. La jaula de mimbre con forma humana sugiere que morirá según las antiguas tradiciones, siguiendo los más arcaicos procedimientos. Probablemente usando una jaula de hierro, como se quemaba antiguamente a las brujas, o con un clavo o algo de metal muy caliente incrustado en la frente. Y el hecho de que sea decapitado en lugar de aplastado o incinerado… podría significar que a través de su muerte algún grupo u organización importante para la magia perderá así su líder. Lo que no logro ubicar es qué significan los dos colores; la verdad es que no se me ocurre qué podría representar eso.

—¿Jaulas de hierro? Pero… ¿a las brujas no las ataban a postes sobre pilas de troncos? —se extrañó Vincenzo. Esa parte no la había estudiado en profundidad.

—Eso es un invento del cine —gruñó Helena—. Si lo hicieran así el fuego quemaría las cuerdas antes que la carne, y la bruja podría escaparse. El cáñamo arde más rápidamente que los músculos. Cuando se usaban postes, lo que se hacía era atravesar los antebrazos y las rodillas de la mujer con clavos de hierro. Era un método… atroz.

—Pero esa no era la forma habitual —completó Nevy—. Lo más común era que a las brujas las encerraran desnudas en jaulas de metal, como las que se usaban en la Edad Media para dejar pudrirse a los criminales en las encrucijadas. Eso tras haberlas violentado de todas las maneras imaginables, tanto físicas como psicológicas. Luego colgaban las jaulas sobre piras empapadas en incensivos y les prendían fuego. Era como cocerse a fuego lento, durante varias horas. —Tembló imaginando lo espeluznante del cuadro —. Para algunas cosas no hay adjetivos. Existen, sin más.

—Oh… gracias por la información, no lo sabía.

—Dejémonos de clases magistrales y vamos a lo que importa —se molestó Corah—. Debemos descubrir quién será la víctima propicia para el sacrificio, antes de que lo averigüen ellos. El carácter volador del animal que la encarnaba en el sueño sugiere que será un forastero, alguien externo a Russellville. Si alguno se encuentra con una persona que encaje en el perfil, alguien a quien hace tiempo que no ve y que apareciera de repente, que avise inmediatamente a los demás, ¿de acuerdo?

Las cabezas asintieron al unísono. Vincenzo seguía sintiendo que en su cerebro no había conexiones lógicas, sino una molesta sensación de irrealidad. Una cadena embrollada de pensamientos, como ruido blanco.

—Antes mencionaste a un… «ella».

—Oh, sí —repuso Corah—. Mira, Vincenzo, ¿te acuerdas de aquel paseo en coche que dimos, cuando te puse a prueba observando los rituales de los vecinos de Russellville?

—¡Claro! ¡Pero eso sucedió cuando bajamos en su *jeep* de la comuna! ¡Es una prueba de que no soñé todo aquello!

—Lo que tú digas. ¿Recuerdas también que te dije que flotaba una lejana sospecha de que una anciana que vive en alguna parte, de la que ni siquiera hay registros de empadronamiento, podría tener sangre Hüt?

—Eh… sí. También me aseguraste que era una leyenda.

—Pues te mentí. En realidad sí que sabemos quién es, y dónde vive. Pero es un lugar al que, igual que pasa con los sitios a los que vas cuando sueñas, nosotras no podemos acercarnos. Es venenoso para las de nuestra especie, por las estructuras arcanas que allí imperan. Ni siquiera podemos atacarla indirectamente, tirándole un obús encima desde lejos o algo así, porque eso atraería al Lisiado y otros horrores hasta nuestros sueños.

—¿No conocéis ningún… eh… «conjuro», o como quiera que lo llaméis, para poder acercaros a ese lugar?

—Existe uno, pero ninguna de nosotras lo domina bien —dijo Helena—. Es potestad de alguien que no está presente ahora mismo, y que, sinceramente, no creo que quiera usarlo.

—Esa anciana podrida, la que habita en esa casa, es el único vestigio que queda del linaje de Duria Hagopian. Bueno, ella y el demonio de su hijo, Canaán —rezongó Corah. Mientras la escuchaba, Vincenzo sentía que su visión se triplicaba y empezaba a girar en prismas. Estaba realmente mareado, como si en lugar de coca-cola hubiese bebido vodka—. La llaman Bernadeth, así, sin apellido, aunque creemos que es un nombre falso. Ella es quien manipula los hilos del Nhud, quien está preparando algo realmente gordo para la próxima fecha cabalística importante, la octava reunión. Pero no sabemos qué es ni cómo piensa hacerlo realidad.

»Necesitamos que nos ayudes, Vincenzo. Sólo tú puedes viajar a esos sitios que nos están prohibidos —suplicó—. Ayúdanos y evitaremos que un gran mal caiga sobre este mundo. No sabemos qué clase de ritual tienen Bernadeth y su hijo en mente, pero sea el que sea, exigirá que corra muchísima sangre. Empezando por la nuestra.

Vincenzo miró su vaso. El pequeño resto de cubito de hielo en forma de azucena que quedaba se disolvía en el fondo.

—¿Qué… qué me habéis dado? —balbució—. ¡Me habéis… drogado!

—Necesitamos que sueñes otra vez, y que recabes más datos. —En la voz de la doctora había un insustancial deje de disculpa.

—¡No, otra vez no!

—Lo siento, cariño, pero es necesario. Duerme y viaja una vez más por las Tierras de Tránsito, porque de ti dependen ahora nuestros destinos.

La queja le salió a Vincenzo en forma de grito indefenso, mientras se dejaba caer, muy a su pesar, sobre la alfombra:

—¡Esto no os lo perdono, malditas zo… zo… zorrrrrrassssss…!

Y se quedó dormido, con una pompa de moquillo en la nariz.

2

La sensación fue completamente distinta a la de la vez anterior.

Al abrir los ojos no se encontró con un paisaje surreal y tenebroso, de cuadro de H. R. Giger. Más bien estaba sobrevolando un bosque, como un pájaro descansando en los cómodos almohadones de la brisa. No era un lugar agradable, pues la foresta era tupida y negruzca, más la acumulación de un batallón de árboles enfermos que un paisaje idílico de cuento de hadas. Pero al menos parecía un paisaje terrestre, y eso lo reconfortaba.

Un arroyo conectaba como un cable plateado con lugares secretos, mágicos, sólo conocidos por aves y bestias. Por desgracia, no fue esa la dirección que tomó su vuelo: lentamente, comenzó a girar hacia el linde del bosque, allá donde acababa la naturaleza y empezaban los atisbos de civilización. Pero no una civilización moderna y avanzada, sino algo muy rural y anacrónico. Algo fuera de su tiempo.

¿O el que estaba desplazado era Vincenzo?

La escena que estaba llamado a presenciar tampoco era muy reconfortante. La promesa de la lluvia colgaba del aire, pero aún así ninguna de las personas que integraban aquel anillo, aquella turba expectante que se apretujaba mocasín contra mocasín, abogó porque se cancelara la sentencia.

Iban a ajusticiar a alguien.

Vincenzo sintió un escalofrío al reconocer ciertos elementos obvios que delataban época y lugar: cuellos severos, peluquines llenos de rulos, zapatos de hebilla blanca, faldones oscuros, sombreros de varón rectangulares, cofias. Una Biblia enarbolada por la mano de un sacerdote vestido como si se hubiese fugado de un cuadro del gótico americano. Y unos soldados que llevaban mosquetes y sables en lugar de revólveres.

Había viajado al pasado, a una época similar a la de la caza de brujas de Salem. Sin embargo, aquel pueblecito que se veía en lontananza tenía un aire más francés que americano.

El juez empezó a entonar un salmo (en francés) al tiempo que hacían su aparición las acusadas: cuatro mujeres, tal y como había descrito Nevy desnudas y con evidentes signos de desnutrición y torturas físicas. Tres de ellas apenas podían mantenerse en pie. La otra era una anciana de aspecto sumamente desagradable que no tenía que caminar por sí misma, pues la habían encerrado en una jaula con forma humanoide, y la trasladaban encima de un carromato.

Llevaba un feo muñeco de cera colgado del cuello.

Las prisioneras no se molestaron en suplicar por sus vidas. Era obvio que nadie iba a hacerles caso. Las condujeron hasta un entrante en la arboleda con forma de media luna, donde les aguardaban sus instrumentos de justicia: tres pilas de tocones secos, en cuyo centro habían plantado otros tantos postes. La cuarta pila no tenía poste, sino un armazón provisto de un gancho, Vincenzo supuso que para colgar la jaula de la vieja.

Curiosamente, los rostros de las brujas estaban medio desdibujados, como si el sueño no quisiese que Vincenzo las viera bien. Era raro, porque todas las demás caras (las de los sacerdotes, los soldados y la turba) estaban perfectamente definidas.

Cuando las subieron hasta los postes, dos de las mujeres se derrumbaron al fin. Presintiendo que el final estaba al alcance de la mano, y que ninguno de los poderes en los que confiaban iba a hacer acto de presencia, se echaron a llorar, suplicaron, imploraron y se humillaron. Prometieron convertirse al Cristianismo, beber agua del río Jordán y rezar a todos los santos. Prometieron abandonar al Novio Cabra y seguir sólo a Jesucristo. Juraron por sus ancestros no volver a caer en las redes del pecado y volverse piadosas y beatas.

Ninguna de esas súplicas surtió el menor efecto en sus verdugos.

Vincenzo no quería seguir mirando. Sabía lo que iba a pasar y le aterraba. No podría soportarlo. Pero por mucho que lo intentó, tampoco pudo volver la vista ni marcharse de allí. Sus ojos eran una cámara de cine que ya tenía un guión preestablecido, que sabía lo que iba a filmar. En este sueño era un mero espectador, no un actor con libre albedrío.

De pronto se le ocurrió que lo que estaba viendo, los postes, las hogueras, la multitud enfervorecida, los jueces de la Iglesia, las mujeres acusadas de brujería… todo formaba parte de algo más grande. Algo enorme y vivo y lleno de odio. Y tuvo más miedo que nunca en su vida, incluso que en el episodio del Lisiado.

La tercera mujer, joven como las otras y de pelo negro como ala de cuervo, no se rebajó al nivel de sus hermanas. No gimoteó ni hizo falsas promesas. Ni tampoco la vieja pútrida, que incluso sonrió cuando los soldados la colgaron del arnés, justo encima de la pira más grande.

La maldad en sus rostros no se aplacó un ápice, ni siquiera cuando los hombres alinearon pulcramente en el suelo unos clavos de metal, largos como la mitad de un brazo, y agarraron unos martillos.

Los chillidos de las mujeres rompieron algo delicado y profundo dentro de Vincenzo, algo que no podría volver a reparar nunca. Una especie de

inocencia que se pierde la primera vez que matas a alguien, o que asistes a una sesión de tortura, y que por mucho que sigas con tu vida mirando hacia otro lado ya nunca volverá.

Los soldados apretaron a las mujeres contra los postes y les sujetaron los brazos en posición vertical, paralelos a la madera, mientras un verdugo con la cara tapada les colocaba los clavos contra la piel. Pulcra, eficientemente, pinchaba con la punta en la suave carne y daba tres fuertes martillazos. El metal atravesaba tendones, carne y hueso, desgarrando y astillando a placer, y se hundía profundo en la madera. Luego, cuando sus brazos estaban bien afianzados y no iban a dejar caer los cuerpos al suelo, repetía metódicamente el mismo proceso con sus rodillas.

Los alaridos de dolor de las chicas superaban todo cuanto Vincenzo hubiera creído poder tolerar.

Sin embargo, en ningún momento la tercera mujer ni la vieja dejaron de sonreír. La primera chilló de dolor igual que sus hermanas cuando la sometieron a la misma operación, por supuesto, pero sus lágrimas en ningún momento fueron de súplica, sino siempre, siempre de odio. La cólera más visceral y pura que nadie hubiera sentido jamás. Los destellos de las teas, ya encendidas, se desmenuzaban en sus ojos en reflejos aguzados como navajas.

Vincenzo tuvo la sensación de que no estaba en Francia, sino en algún rincón de la Norteamérica de después de la Guerra de la Independencia, cuando todavía existían asentamientos francófonos. Es decir, mucho después de los episodios de Salem. Pero la sensación de crueldad institucional y de demencia humana era la misma. El pueblo que se veía a lo lejos (no tan grande como para evitar que a su alrededor se oliera y palpara la espesura) encendió algunas luces, comulgando quizás con el acto que estaba teniendo lugar en sus afueras.

El humo salió de docenas de chimeneas como penachos de cortejos fúnebres.

El juez empezó a enumerar los cargos. Vincenzo se sorprendió al darse cuenta de que entendía sus palabras, a pesar del cambio de idioma (¿cómo lo había bautizado la vez anterior, el «poder alegórico de los sueños»?). A medida que iba progresando en la lista, el horror creció exponencialmente en el corazón del joven espectador. Si no exageraba en nada de lo expuesto, si aquel hombre del peluquín gracioso no mentía para justificar tal atrocidad disfrazada de justicia, aquellas mujeres merecían todo eso y mucho, muchísimo más.

Acusarlas de pertenencia a un culto profano era lo de menos. Decir que habían bailado en medio del bosque y cantado en ceremonias basadas en la humillación de todo lo bueno y lo puro, no era tan grave. Cuando a Vincenzo se le encogió el corazón fue al escuchar la lista de sus asesinatos: en nombre del Novio Cabra, aquellas mujeres habían infestado a propósito la comida de los viejos para que fallecieran en sus camas en medio de horribles dolores. Habían orinado en cuencos delante de las casas de muchos gentilhombres, girando seis veces en contra de las fases de la Luna sobre sus pies y lanzado a continuación la orina contra las puertas, para que las enfermedades y las pestes supieran dónde anidar esa noche. Habían preparado los banquetes del Sabbat usando los cadáveres de las horcas, empleando después sus dedos amputados para meterlos en barricas y destilar filtros obscenos. Habían ordeñado escobas para que les dieran leche agria con la que arruinar las cosechas. Habían copulado con animales y metido la lengua en los órganos sexuales de los machos cabríos, en señal de que le estaban besando el trasero al Diablo, y luego se habían comido sus heces, cocinándolas para poder servírselas en la cena a sus maridos.

Pero lo peor de todo, lo que realmente logró que el alma de Vincenzo quedara reducida a un andrajo tuberculoso, fue lo que hicieron con sus propios hijos.

Las brujas habían quedado encinta tres veces cada una, como mandaba una antigua costumbre, y dieron a luz en medio de espantosas ceremonias en los bosques. Nada más nacer escupieron y defecaron sobre ellos, y los lanzaron a la hoguera en sacrificio a sus dioses malignos. Tres bebés cada una, incluyendo la anciana. Cuatro mujeres asesinas, doce tiernos infantes recién nacidos ardiendo cubiertos por las heces de sus propias madres.

Cuando el juez de la Iglesia terminó su enumeración de cargos, cayó un profundo silencio. Vincenzo era simplemente incapaz de comprender cómo unas personas, por muy fanáticas que fuesen, podían ser capaces de cometer semejantes atrocidades. Y por una vez en su vida estuvo de acuerdo con los verdugos. Siempre que había visto esta clase de juicios en el cine o en las novelas, el autor los presentaba como actos deplorables, inmundos, ejemplos perfectos de lo locas que pueden llegar a estar las instituciones cuando alguien amenaza su futuro.

El villano moral siempre era el inquisidor, y la pobre víctima la bruja inocente.

Pero si lo que contaban era cierto, Vincenzo no podía más que estar de acuerdo con aquellos brutales castigos. Las asesinas se merecían mil veces

más torturas, aunque sólo fuera por lo que les habían hecho a sus bebés. En el siglo XX las habrían encerrado en clínicas mentales y tupido a fármacos castradores, etiquetándolas como asesinas en serie o sociópatas esquizofrénicas, pero en esta época los castigos eran mucho menos intelectuales.

El joven pensó que si ahora mismo le dejasen coger la tea, él mismo iría prendiendo las piras una por una. Así de impactado y de estremecido estaba por lo que había escuchado.

Todo ello sucedió a continuación, y fue el propio juez (en cuyo rostro, a pesar de la severidad, anidaba un tremendo poso de miedo) quien paseó la llama. La noche se convirtió en un templo de luz del color del oro

(Por toda América ardían hogueras. Su luz inflamaba el cielo, confiriéndole a la noche un carácter de día claro y centelleante. En cada colina, junto a cada parva de heno, ardía una mujer, y sus gritos brincaban sobre las piras como gatos enloquecidos. En las encrucijadas lloraban las almas perdidas sin saber qué camino escoger. Los calderos burbujeaban y los demonios se enquistaban en los goznes, haciendo chirriar las puertas a medianoche)

donde las sombras se rendían a la fuerza de las llamas, y los misterios perdían su poder para convertirse en simples verdades. El bosque iluminado se convirtió en un crepúsculo de ramas inextricables y formas sombrías, mientras los temores de aquellos pueblerinos eran sustituidos por una firme convicción: Hay que matar a la bruja. Hay que

(Los niños en edad de temer salieron de sus casas y miraron hacia los campos. Había salido por fin aquella Luna, el ojo sin párpado que vigilaba el comienzo de la noche más espantosa del año: Halloween. La noche de las brujas, de las maldiciones, de los gatos negros y las pavesas blancas, de las gramíneas que se juntarían para barrer pecados y salir disparadas hacia el cielo, de los clavos que atravesarían la carne y amontonarían blasfemias en las piras. Noche de Biblias teñidas de sangre y exhortaciones de fanáticos, de látigos y martillos, de pulgares de yesca y hatillos de paja inflamable)

matar a la bruja. ¡Hay que matar a la bruja!

Cuando el fuego, haciendo de agente purificador, bailó alrededor de la jaula de la anciana, ésta profirió a gritos una sentencia. Sus palabras fueron tan extrañas, tan incognoscibles, que ni siquiera la relatividad de saber que se estaba soñando dentro de lo ya soñado ayudó a Vincenzo a comprenderlas.

Dijo así:

—¡Stavria loharrhrra nyeho'tep, ia Amz, ia Erebus yakosstha! ¡Satannis yobr'a! ¡Erebus yakosstha! ¡Juro que regresaré para atormentaros! —Esto sí que lo entendió—. ¡Volveré, malditos, y moraré feliz y eterna en las Estancias de Erebus!

Después de eso murió, convertida en un tembloroso títere de carbones encendidos. Las tres acusadas más jóvenes, a estas alturas, no eran más que figuras humanoides negruzcas, parecidas a maniquíes de una tienda de moda a los que se les hubiera aplicado el soplete.

Entonces, una sombra salió del cuerpo de la vieja. ¿Era su alma… o algo que la había poseído en tiempos inmemoriales? Imposible saberlo.

Aquella Sombra demoníaca, una vez liberada de su envoltura material, se elevó y se elevó y desapareció fundida con el viento.

Aquello era demasiado. El mundo pareció ladearse en la oscuridad, inclinándose como un plato de balanza. Vincenzo sintió que una explosión dentro de su cráneo reducía su cerebro a pulpa. Descendió a los infiernos y éstos lo escupieron de vuelta a la superficie.

Hubo un cambio, y la cámara viviente que era Vincenzo abandonó aquel lugar (y aquel tiempo, e incluso, por lo que vio después, aquella realidad) para transmigrar a otro plano. Iba llorando de tristeza por lo que había visto, con las manos clavadas en el pecho en un vano intento por reconfortar a su pobre corazón. Pero ya era imposible. Vincenzo jamás sería el mismo después de haber tenido este macabro sueño, y de haber asistido a tan realista y espectral ceremonia.

El horror del mundo, de las cosas que realmente sucedieron en la Edad Media, le había arrancado a hachazos su inocencia.

Subió y subió, elevándose hacia algo que no era un cielo pero sí igual de etéreo. Allí no había tormentas, aunque el ataque de los elementos se hacía más vibrante, más provocador.

Vio un pasillo, de esos enmoquetados típicos de los hoteles, que flotaba en medio de la nada. Se acercó a él como si lo estuviera llamando, atrayéndolo como la luz a la polilla. Había una puerta al fondo.

Unas puertas laterales se abrieron y salieron cuatro mujeres vestidas como obispos, que se plantaron en fila de a dos en el pasillo. Proyectaban sombras de abajo hacia arriba, invertidas, a pesar de que las luces estaban en el techo. Y esas sombras no eran de personas, sino de árboles retorcidos y marchitos.

Se cuadraron para homenajear a Vincenzo a medida que pasaba entre ellas, en una parodia de desfile militar. Las togas de obispo se abrieron para

descubrir pechos grandes como ubres de vaca, cada uno con varios pezones, y cosas que se elevaron como lanzas de sus entrepiernas: enormes y grasientos penes no humanos, posiblemente de macho cabrío, que ellas empezaron a masturbar con movimientos bruscos y rítmicos, chas chas, con lascivia, chas chas chas, un éxtasis violento, en obsceno tributo al invitado que iba a cruzar la puerta.

Espeluznado, el joven pasó de largo y llegó al umbral. La puerta se abrió para conducirlo a otro paraje surrealista:

Unos paños le rozaron la piel, pliegues rojos en una cortina desgastada por miles de manos. Tras ella, una especie de isla que flotaba en un mar de bruma.

Unas nubes de tormenta correteaban por el cielo, bailando la arcana danza de la atmósfera. En la isla no había árboles, sino aberrantes esculturas biomecánicas que, esta vez sí, evocaban de una manera más que simbólica los ambientes gigerianos.

Vincenzo aterrizó en la isla. Volvía a tener cuerpo y a poder moverse a su antojo, aunque lo que quiso fue salir corriendo de allí (incluso saltar al vacío, aunque no lo hizo por miedo) cuando las esculturas reaccionaron a su presencia. En realidad no le atacaron, ni siquiera hicieron nada que lo tuviera a él como blanco. Simplemente descorrieron hacia abajo una especie de fundas grasientas que las envolvían, enrollándolas como prepucios sanguinolentos, mientras dejaban al descubierto lo que había debajo.

Al descorrerse, aquellos prepucios emitían ruiditos estrangulados, parecidos al estertor de un moribundo.

—Espero el fin del mundo, pero no llega —dijo una de las esculturas al quedar expuesta. Era un insecto tumefacto de siete metros de altura con cabeza de bebé, con los ojos cerrados y los párpados cosidos con hilo de enhebrar. Al liberarse completamente del prepucio, extendió sus alas igual que el resto de las estatuas, grandes pabellones de hemélitros que formaron una cúpula—. ¿Lo imaginas? Qué placer cuando los niños mastican oscuridad y devoran noche.

Vincenzo quiso correr, pero no pudo. No había sitios adonde ir.

Entonces llegó el espectro. Era el mismo que había salido del cuerpo de la bruja, y parecía que también había conseguido llegar hasta allí. A la isla.

El joven se escondió a toda prisa tras una roca, rezando porque aquella cosa no le viera. La Sombra siguió de largo, revoloteó en torno a los insectos con cabezas de bebé y se posó cual enorme buitre sobre uno de ellos. Esperando.

El insecto dijo:

—Erebus yakosstha —… y resonó como si las fosas nasales de una gárgola de catedral aprovechasen ese mismo hálito para desearle una feliz locura.

Al rato hizo acto de presencia otro ser. Varios seres, más bien.

Vincenzo abrió mucho los ojos por la sorpresa al verla, pues se trataba de una chica. Una adolescente que, vestida con un traje ajado de una época distante, parecía sin embargo embalsamada en una mortaja de luz. Su silueta emitía un aura luminosa muy potente, y en su cara había una sombra post-retiniana, la luciérnaga de una sonrisa que destelló un instante bajo su pelo.

Las otras cositas vivas eran cuatro polillas, también hechas de luz plateada, que zumbaban en torno a sus tobillos. Tan rápido revoloteaban que provocaron una diminuta tormenta propia. La chica y sus polillas avanzaron hasta guarecerse de la lluvia bajo la cúpula de alas de insecto. Nadie había visto a Vincenzo todavía.

Éste, al observar desde más cerca a la joven, distinguió un poco mejor sus rasgos. Le sonaban mucho, ¿pero de qué? ¿Por qué tenía esa inquietante sensación de que la conocía, y al mismo tiempo de que eso era imposible?

Entonces sucedió lo que estaba temiendo: el espectro localizó a la chica y se arrojó sobre ella como un depredador. Hubo una breve lucha, casi una fornicación. Las alas de los insectos se resquebrajaron, plegándose y desplegándose en banderas enmohecidas que caían en jirones. La chica era puro grito, y Vincenzo puro calambre de miedo: quería ayudarla pero no podía. Había regresado la molesta sensación de que todo aquello ya había ocurrido mucho tiempo atrás, y que él sólo podía ser testigo del episodio, no alterarlo.

La muchacha se defendió, no se dejó poseer sin más: sus brazos extendidos cortaban el aire en copos y tajadas, de su boca salían desafíos que eran como palabras-cuchillo, o cuchillas en forma de palabras. Las «T» se clavaban en la carne del monstruo, inmisericordes, mientras que las «X» y las «Z» giraban como shurikens.

Las cuatro polillas huyeron aterrorizadas. En torno a la isla apareció un ciclón, su sibilante contrafilo rebanando nubes.

En un momento dado la lucha acabó, pero no como Vincenzo habría imaginado: no resultaron ganadores ni el espectro ni la muchacha, sino que la cosa acabó en tablas. Terminó con que la Sombra empezó a susurrarle cosas al oído, y la joven empezó a escucharlas, y a mostrarse interesada en ellas.

Promesas, promesas…

Vincenzo podía ver pero no oír, estaba demasiado lejos. Se sorprendió, eso sí, cuando la muchacha se puso en pie y dejó que la Sombra la envolviera. Pero esta vez sin violencia, sino tiernamente, como sólo puede serlo una posesión diabólica consentida. El Maestro (supo que el espectro se hacía llamar así, aunque tenía otro nombre mucho más antiguo) abrazó desde atrás a la chica y se volvió sólido.

Se reveló como una monstruosidad sin simetría lateral que la abrazó desde todas partes a la vez, chillando como si todo un cuartel militar se precipitara escaleras abajo. Más que un cuerpo sólido era una capa, una manta; un ropaje de culebras con cabezas de penes y huesos que recordaban alacranes tejidos en una cota de malla.

La parte más espantosa, su cabeza, estaba dividida en dos costras que se cerraron sobre la de la chica como las tapas de un libro. Al acercarse una a la otra, de las tapas surgieron bocas y de ellas lenguas y de ellos garfios y de ellos penes. Separaron los labios de la joven y se introdujeron en su garganta en una especie de felación demoníaca.

Ya no era una muchacha, ahora era la fusión entre algo que había dejado de brillar y que se había vuelto oscuro, y un ser tan viejo como el tiempo que necesitaba cuerpos humanos donde habitar, para poder visitar el plano primario.

¿Qué le había prometido para que ella consintiese en algo así? ¿Qué podía ser tan ventajoso como para paliar la repugnancia de esa violación? Aquello era como un escolio, un paréntesis en el tiempo igual que el marca páginas de un libro.

Vincenzo se tapó la boca con la mano para contener cualquier cosa que pugnase por salir, desde vómitos a gritos. En un lugar muy lejano, dentro de un santuario maldito, un badajo hecho de carne y hueso hizo sonar una campana.

El sueño terminó ahí, aunque no antes de que el joven atesorara otra visión, una que le dio pistas para entender algo de lo que estaba pasando: vio una puerta, y al otro lado un océano embravecido y una tormenta. Por allí había entrado ella, su espíritu volando en alas de un sueño. El cuerpo físico de la muchacha descansaba en las nauseabundas bodegas de aquel barco, un navío más enfermo que una colección de lazaretos, mientras su mente volaba y hacía pactos con entidades de otro mundo. Pactos destinados a salvarle la vida a ella y al resto del pasaje del moribundo barco, su familia.

Porque sí que era cierto que Vincenzo conocía a aquella joven, no en persona pero sí por la foto en sepia de la portada de un libro.

Era Duria Hagopian.

Libro 2

Nocturlabio

La Estancia Segunda es la expresión de la complejidad mediante un número simple, es el compendio de la evolución del universo y de sus realidades paralelas dentro de la figura del Cero (la serpiente uruboros, el ciclo infinito que se muerde la cola). El Cero existe pero a la vez no es nada, es una paradoja hecha nudo, un estado primitivo y a la vez evolucionado del Dhyân Chohans, el colectivo de dioses que es la heterogeneidad resumida en un único monosílabo de muchas letras.

Corah Westerdhal,
proemio a su *Tratado sobre los Instantes Intercalares*,
o cómo aprendí a abrir las nueve puertas del Infierno.

- La sombra cuelga del objeto por el más triste hálito, el gufk. Su nombre provoca el caos, ondas no concéntricas en todos los estanques de la Tierra. De la combinación de cuatro Deseos y seis Conclusiones nace Ildrabat, la señora de los cambios. ¿Quién la contempla? Hyru, el que era antes que todo lo demás. ¿Quién la viste y la protege del frío? Arahnsemaya, la eterna sirvienta, la que vigila el ojo siempre cerrado del Fin del Mundo. ¿Quién le canta nanas al oído? Mychuk el guerrero venía dispuesto a ocupar ese sitio, y con regio talante entró en el palacio de las Siete Redenciones… para encontrarse con que en la habitación de Ildrabat ya había alguien, y que ese alguien era Amz, el oscuro, que le estaba susurrando sus perversas parábolas al oído.
- Se ha buscado una perífrasis en aquellos casos donde la comprensión directa resulta imposible: el Quíntuple Lha, que es soberano de los otros nueve, da vueltas en su carro en torno a la Perplejidad de Hyru, el evento del que nacieron los soles y los antisoles que no se ven en el cielo.
- Palabras duras que se ablandaron con el paso del tiempo: Iksu, Tibán, Ahnim, Dyrigeia. Palabras suaves que se volvieron severas al pasar los eones: Domansayá, Ubu, Ibranfhil, Yakosstha.

TRATADO DE LAS DECEPCIONES, I

ALFIL COME A PEÓN DE REINA TRES

1

Fue Sandy Peckerman la que encontró a Cole Baez escondido como una rata en un agujero. Ocurrió al entrar en el viejo cobertizo que había cerca de la casa de la madre de Canaán. A la casa no se acercaban, pero al cobertizo sí, pues sabían que allí estaban a salvo de las miradas de los adultos.

Sandy se había puesto la combinación más provocativa de su armario, una que no dejaba la menor duda sobre qué iba buscando. Había quedado con un chico en uno de los picaderos del bosque, un chaval con el que estaba saliendo desde hacía tres semanas, polvo arriba o abajo. Pero ya que estaba cerca del cobertizo (qué recuerdos, de cuando jugaba con Surendra de niña al escondite), decidió que sería un buen lugar donde guardar las otras ropas, el conjunto recatado con el que había salido de casa.

Cuando abrió la puerta y vio tirado allí a Cole, hecho un ovillo en una esquina, se hizo uno de esos instantes de silencio incómodo, como si cien conversaciones inconexas hubiesen llegado simultáneamente a la misma pausa.

—¿Cole, eres tú? —Se le acercó con cautela—. ¿Estás bien, cariño?

El joven la miró a través de una niebla de lágrimas.

—He… he hecho algo horrible…

—¿Qué te ha pasado? ¡Cuéntamelo! —dijo ella, ayudándole a levantarse.

—Yo… fui a buscar consejo a la casa del Ma… quiero decir, de Canaán.

—¿Fuiste a verlo a casa de su madre? ¿¡Pero estás loco!?

—Sí, supongo que un poco de eso hay. La cosa es que… que… Canaán me dijo que sería buena idea que hiciera algo con la tumba de… de mi padre. Y yo fui y le hice caso. Realmente me pareció una gran idea en aquel momento —sollozó. Y otra vez estaba allí su temor más profundo, el miedo a ser estúpido, a no dar la talla y ni siquiera darse cuenta de por qué—. Canaán asegura que todo esto servirá para algo, que así honraremos al Maestro, pero… cuando me puse a pensar en ello, después…

—Oye, tranquilo. No te tortures. Si Canaán lo dijo, es que es cierto.

—Ya lo sé, Sandy, pero… es que profané la tumba de mi padre. ¿Lo entiendes? ¡La profané, lo único que no le debía para nada al viejo!

Sandy tuvo que tragar saliva. Sí, desde luego que era muy fuerte, hasta para la clase de cosas que Canaán les pedía hacer normalmente. Pero lo que más la había impactado no era eso, sino el estado anímico tan bajo al que había caído Cole. Él, que operaba en un estado adrenalínico casi permanente; él, que ilustraba un derivado entre juventud y jactancia; él, que de mayor soñaba con ser un gurú para las subculturas delictivas de las grandes metrópolis; él… estaba allí, a sus pies, hecho un andrajo.

—Bueno, cálmate. —Consultó su reloj de pulsera con premura—. No hagas ninguna tontería, ¿vale? Tengo que irme un rato, pero en cuanto acabe prometo volver por aquí y nos iremos juntos a hablar sobre esto a una cafetería, ¿ok?

Los ojos de Cole aterrizaron en su escote, un estuario en el que podría haberse derramado el Amazonas y aún así sobraría sitio, y preguntó:

—¿Adónde vas así vestida? O desvestida, si lo prefieres. —Se sonó los mocos con un trozo de paño viejo, que le dejó una mancha de aceite en el tabique nasal.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es.

—No, no lo es.

—Sandy, soy amigo tuyo, por lo que tengo derecho a entrometerme en tu vida todo lo que me salga del nabo. Así que desembucha: ¿por qué te has vestido como una puta?

Ella lanzó un largo resoplido. Con un movimiento distraído se bajó un poco más el sujetador de la teta derecha, lo justo como para que no ocultara su tatuaje del hada.

—Está bien, capullo, te lo diré. Voy a follarme a mi novio ahí detrás, en la encina grande, la que está al borde de la cañada. De esta no pasa que me deje embarazada. El muy pervertido sólo se me corre dentro si es en la boca o en el culo, pero nunca en el chocho. Pero hoy tengo un plan. —Le enseñó un paquete de condones—. Los tengo todos «preparados».

Cole frunció el ceño.

—¿Y para qué quieres quedarte preñada?

—¿No te has enterado de las subvenciones que da el Estado por cada bebé que tengas? Creo que son mil quinientos dólares, o así.

—Fiuuuuu…

—Sí, eso mismo pensé yo. Después de abortar pienso comprarme una moto que lo vais a flipar. —Su cara se iluminó con una sonrisa radiante—. Me va a tener envidia hasta el guapo ese de octavo, el que se afeita al revés. Pero antes de sacarme pa'fuera el bombo alguien me lo tiene que implantar.

Al ver sus enormes melones y lo predispuesta que estaba Sandy a que alguien se los sacase a tomar el fresco, Cole estuvo a punto de ofrecerse a sí mismo para hacerle el servicio, pero se contuvo. No no no, joder, ya tenía suficientes problemas.

—Oye, Sandy, es una idea genial —dijo con sinceridad—. Me parece muy, muy inteligente.

—Ya sabía yo que viniendo de ti… —Le acarició la mejilla—. Venga, me voy antes de que mi novio se aburra y vaya a buscarse otra pelandusca. Tú quédate aquí y charlamos luego, ¿eh?

—Gracias, Sandy, necesitaba hablar.

—No hay de qué. Vuelvo en cuanto me rellenen el depósito de espermatozoides. Aunque pensándolo bien… ¿Sabes qué? Deberías ir a visitar a Sury. Hace días que no la veo, ya ni siquiera sale de su casa.

—¿Surendra? ¿En serio? ¿Qué le pasa?

—Eso es lo que yo me pregunto. A lo mejor si vas a verla los dos os podréis hacer de tabla de salvamento.

Cole no estaba como para hacer de hombro en el que llorar para nadie, pero tal vez Sandy tuviera razón. A lo mejor un hombro sostenía a otro hombro, si se empapaban juntos de lágrimas. Miró encima de la mesa, único elemento de mobiliario que había aparte de las sillas, y vio un frasco de arenques encurtidos que debía llevar allí mil años. Ver a los bichos tan apretujados dentro del cristal lo dejó pensativo.

Algún tipo de metáfora le golpeó y le hizo reaccionar.

—Vale, iré a verla ahora mismo. Ya me cuentas mañana lo de tu novio. Ciao.

—Ciao, tontín.

2

El salto que daba Vincenzo cuando se despertaba de aquellos sueños era más violento cada vez. Si seguía con esa progresión, en uno o dos sueños más estaría batiendo récords de incrustación en techos.

¿Pero qué demonios decía? ¡No iba a haber ningún sueño de esos nunca más! ¡Era la última vez que lo engañaban como a un chino!

Trató de situarse con la desorientación de costumbre. Bueno, aunque Corah y sus amiguitas siniestras seguían allí, al menos no habían dado otro salto cuántico: no vestían de modo distinto, ni él estaba de vuelta en la comuna survivalista, ni la realidad volvía a hacer «crack». Seguía en el piso caro de la doctora, el del anuncio de Michael Landon.

—¿Cuánshto… he dorshmidho? —preguntó, la lengua pastosa.

—Unos veinte minutos —dijo Corah, dándole un vaso de agua. Él lo miró con recelo, pero se lo acabó bebiendo—. Se nota que has pasado por mucho: tus pupilas interpretaron un auténtico *ballet* REM del Cascanueces.

—Vosotras-me-drogasteis —proclamó Vincenzo, todo indignación—. Sois unas… unas…

—Ya lo sabemos, y te pedimos disculpas. Prometo no volvértelo a hacer, pero comprenderás que vamos contra reloj, y cualquier oportunidad de auscultar la Niebla vale su peso en oro.

—Cuéntanos qué viste —pidió Helena, su cara un par de ojos acuciosos. Estaba jugueteando con un muñequito que parecía un noble francés, de extrema cortesía, que tenía todos los rasgos de un asesino robespierriano cultivado in vitro.

Espero que eso no sea un muñeco vudú, rogó Vincenzo. Y que no lleve tallado mi nombre. Aunque lo intentaba, era incapaz de conciliar todos esos cachivaches del paganismo más ancestral con la imagen pulcra y sofisticada de aquellas mujeres. Curiosamente, todo encajaba mejor en el escenario del claro del bosque y la hoguera, de los survivalistas y su paranoia anti-Juicio Final: parecía tener mucha lógica en aquel entorno, como si lo ficticio de una cosa sirviera de justificación para lo irreal de la siguiente.

—Lo que me pides es fácil, y difícil a la vez. —Carraspeó para ordenar sus ideas—. Había mucha alegoría mística, o surrealista, o como coño sea. Me pareció estarme moviendo todo el rato dentro de un cuadro de Odilon Redon, pero en plan perverso. Ah, y vi a la chica.

—¿Qué chica?

—Duria Hagopian.

Las tres mujeres compartieron una mirada. Y un silencio no menos telepático.

Corah preguntó:

—¿Estás seguro de que era ella?

—¡Claro! A menos que mi mente estuviese introduciendo elementos de cosecha propia al sueño, que también podría suceder, creo que era la misma jovencita que vi en la foto del libro de los Hüt. Estaba allí, participando en una especie de… de cópula obscena con un ente malvado. Un espectro cochinoide que se le metió dentro —resumió con asco.

—El momento del Pacto —se emocionó Nevy. Las demás estaban tan entusiasmadas como ella, pero lo disimulaban mejor.

—Aunque nada de eso me causó tanta repulsión como la parte del ajusticiamiento de las brujas. —Y se lo contó también, sin demasiado lujo de detalles para no sufrir más de lo necesario.

—¿Estaba Duria sola en aquella isla, o había alguien más, aparte del espectro? —preguntó Corah, como si la única parte del sueño que le interesase fuera la segunda.

—Pues… no. Bueno, sí, ahora que recuerdo había otros entes luminosos. Parecían cuatro polillas que llegaron junto con la chica a aquella especie de isla. Pero cuando la Sombra atacó, todas salieron volando espantadas. No estoy seguro de si llegó a atraparlas al final o no.

Las mujeres asintieron, como si todo lo que él les contaba fuese encajando maravillosamente en un puzle. Harto de esa situación, Vincenzo les exigió que se explicaran de una puñetera vez.

—A estas alturas de tu vida has leído muchísimos libros, Vincenzo —dijo Corah, y se puso a pasear por el amplio salón—. Seguro que, como me pasa a mí, te pones nervioso cuando el autor de una novela interpela directamente al lector con frases como «el distinguido lector supondrá ahora que…». Yo odio eso. Odio, como lectora, que el autor presuponga de mí ciertos pensamientos o ciertas conclusiones. Sin embargo, si me permites el atrevimiento, yo te voy a interpelar a ti ahora: presupongo que habrás imaginado que el espectro que viste era Erebus, no en persona pero sí bajo uno de sus Aspectos menores.

—Sí.

—Y presupongo que sabrás que las escenas anteriores, las de la quema de brujas, son hechos que ocurrieron de verdad en el pasado. Aquí mismo, en Kentucky, en pleno siglo XIX.

—¿Tan tarde? Me dio la impresión por los ropajes de que era en una época más antigua…

—No, fue en ese siglo. Lo que has experimentado ha sido todo un honor, Vincenzo. Honor desagradable e inicuo, pero honor al fin y al cabo —explicó la doctora—. Has sido testigo de dos de los tres acontecimientos arcanos más trascendentales de la historia de la brujería moderna: la liberación del espíritu

del mal de su recipiente original, y el momento en que encontró a otra ingenua muchacha que canibalizar. El tercer acontecimiento vendría a ser el pacto final que Duria hizo en la montaña con las fuerzas de la oscuridad, pero a ese, si Dios quiere, no te obligaremos a asistir. No creo que estés preparado para soportarlo.

—Pues menos mal —resopló—. Favor que me haces.

—Lo que has visto era en parte real y en parte simbólico, así que tampoco se puede interpretar al pie de la letra. Por ejemplo, los cuatro insectos voladores: no sé si ya te has dado cuenta, pero el número cuatro juega un papel fundamental en esta historia. Fueron cuatro las brujas originales en ser quemadas por sus crímenes —las mujeres compartieron una mirada extraña cuando ella dijo esto—, cuatro los espíritus que las poseyeron (aunque sólo uno de gran poder, Erebus). Cuatro son también los pupilos de las tinieblas, jovencitos con grandes problemas existenciales que son captados por los secuaces de Erebus para usarlos primero como peones, y luego como víctimas en los sacrificios de sangre… Creo que las polillas representan los espíritus de estas cuatro pobres almas juveniles, que ejercen de marionetas de los poderes sin saberlo.

—¿Conocéis la identidad de esos cuatro pupilos?

—Por el momento no. Pero si lo averiguásemos sería de gran ayuda para la causa.

—¿No tenéis una bola de cristal a la que preguntarle esas cosas, o un mazo de cartas de tarot?

—No te pases de listo, Vincenzo. Eres suficientemente culto como para saber que la videncia de verdad, la auténtica, no utiliza esos canales. Esa clase de magia es muy sangrienta, pues ver el futuro exige un alto precio. Y nosotras no somos de esa clase de practicantes. Preferimos hacer nuestras indagaciones a la vieja usanza.

—Uhm… —meditó Vincenzo—. Oye, ¿podría llegar a hacer en solitario estos viajes astrales, sin que me tengan que drogar? ¿O llevarme a otra persona conmigo, ya que estamos?

—En teoría sí —asintió Nevy—, pero nunca hemos probado algo así. Ahora que sabes cómo entrar, si quieres hacer experimentos con peyote en tu intimidad, allá tú. Pero te advierto que hay que estar muy enfermo o muy colgado para aventurarse en las Tierras de Tránsito por hacer un picnic. Ya has visto lo que hay allí.

—No, si no lo decía por eso, sino por si me sale por casualidad alguna noche, sin yo quererlo. Porque esa es otra, yo… espera un segundo. —Los

dedos del joven contaron a las brujas—. Aquí hay algo que no cuadra. Dices que todo viene siempre en grupos de cuatro, pero vosotras sois tres, si mis matemáticas de parvulario no me engañan. Aquí se rompe la cadencia.

—No, no se rompe, porque hay una de nosotras que no está presente —gruñó Nevy—. Hasta hace poco había otra brujita en nuestro cónclave, pero por determinadas circunstancias que no vienen a cuento nos dio la espalda. Nos traicionó.

—¡Eh, no te pases! —se enfurruñó Helena—. No es ninguna traidora. Simplemente tiene miedo.

—Sí que lo es, porque yo considero traición el dejarnos cojas de una pata cuando sabe perfectamente que sin ella las ceremonias no tienen tanta fuerza. Sabe que el Maestro campa a sus anchas por esta ciudad y, en lugar de ayudarnos a desterrarlo, se encierra como una cobarde en su maldito armario —se indignó Nevy.

—¡No es por eso! Además, ya sabes lo que hizo. Se considera impura, por eso nos abandonó. Practicó la única magia que nos está prohibida.

—¿Para cargarse al hijoputa que mató a su marido? Venga ya, Nevy, el cabrón se lo merecía. Si es por eso por lo que se siente impura e indigna de estar con nosotras, que la acuse la que no haya tirado una piedra como esa en su vida, venga.

Corah se interpuso entre las dos.

—¡Basta! Ya lo hemos discutido muchas veces. Ella no se ha marchado para siempre. Es cierto que se siente culpable por lo del bombero, pero estoy segura de que al final encontrará la fuerza necesaria, y que acudirá cuando la llamemos. Ningún miembro de nuestra logia nos ha traicionado jamás, así que al menos sed consecuentes y otorgadle el beneficio de la duda.

Se quedaron calladas y miraron a Vincenzo, como si le tocase mover pieza. El joven tuvo la sensación de que había asistido a una discusión no espontánea, sino mil veces ensayada. Como si las mujeres estuviesen representando una función de teatro para decirle: «Bien, esto es lo que somos. Así está nuestra situación, y así te la hemos contado. Ahora juzga por ti mismo».

—¿Q… quién es la cuarta bruja?

—Dana Keyvol, la dueña del pequeño colmado de la calle Wilmore —dijo Corah—. Tiene una hija un poco friki que se llama Surendra. La niña no sabe absolutamente nada de la pertenencia de su madre al cónclave…

—… Aunque presuponemos que es por ella, en parte, por lo que ha renunciado a su puesto —rezongó Nevy, a sabiendas de que nadie la

escuchaba.

—… Pero está ahí, dispuesta a darnos consejo cuando la necesitemos —continuó Corah, molesta por la interrupción—. Era la bibliotecaria del grupo, la experta en… ¿cómo lo expresaste aquella vez? Ah, sí, sacar «críticos en buscar libros». ¿Recuerdas que Helena nombró antes a una de nosotras que no estaba presente, la única que podría conocer un hechizo para acercarse durante un breve periodo de tiempo a la casa de Bernadeth sin morir? Es Dana.

—Aún así la necesitaremos cuando llegue la noche del Nhud, para el nocturlabio. Si no acude, la jodimos.

—¿El nocturlabio? ¿Qué es eso? —se extrañó Vincenzo.

Corah se distrajo un momento. Miró hacia abajo desde la ventana del salón, al patio común del edificio, donde jugaban unos niños. Uno de ellos estaba vertiendo un vaso de agua en el agujero de un hormiguero; un millón de asesinatos diminutos tuvieron lugar sin que a nadie le importara.

Era una especie de profecía. ¿Cuántas analogías podía encontrar con sólo molestarse en mirar a su alrededor? ¿Cuántas insignificancias que subrayaran hasta el hartazgo el hecho de que estaban predestinadas a vivir algo horrible y definitivo?

—Qué extraño mundo… —susurró.

—¿Doctora?

—¿Perdón? —volvió en sí.

—Le estaba preguntando por el nocturlabio ese —dijo Vincenzo—. ¿Qué es? La única acepción que me suena es la del instrumento que se usaba antiguamente para saber qué hora era de noche, a partir de la posición de una estrella. Un reloj de sol para la oscuridad. Pero no creo que ustedes estén empleando la palabra con ese mismo significado…

—Tienes razón, es otra cosa: un nocturlabio es un tipo muy especial de aquelarre.

Una ráfaga de aliento rancio, impregnado de cerveza, le llegó desde atrás. Era Nevy, que abría su quinta lata.

—En un aquelarre normal la invocación parte de las brujas y fluye hacia los poderes cósmicos. En un nocturlabio el sentido es el inverso: son los poderes los que llaman a las brujas y las reúnen para otorgarles un don. O una revelación, o lo que sea —explicó, sorbiendo de la lata para que no se le escapara la espumilla—. Es como si nos llamaran a nosotras, en lugar de nosotras realizar la llamada, que es lo más común.

—Dentro de muy poco tendrá lugar el Nhud —añadió Corah, muy seria —. Es un momento muy delicado para la magia, porque los umbrales que comunican con otros planos se entreabren, y las cosas que los habitan son susceptibles de cruzar a este lado. Esa noche habrá un nocturlabio, tanto de fuerzas de la luz como de la oscuridad. Es inevitable que estalle el conflicto.

»El Maestro y sus siervos moverán pieza para acumular la mayor cantidad de poder arcano antes de la medianoche, y abrir los umbrales a su conveniencia. El propio Maestro, la Sombra de Erebus, podría cruzar a este mundo durante unos pocos segundos esa noche. Si en ese breve lapso de tiempo logra entrar en un cuerpo humano que él considere puro, y que le ofrezca libremente santuario, habrá ganado.

»Debemos hacer lo imposible por impedirlo, o estaremos condenadas. Nosotras y también vosotros, los mundanos.

—¿Y cómo… —Vincenzo tragó saliva, imaginándoselas a todas desnudas cantando con una melodía excéntrica—… cómo se acumula ese poder?

La doctora se encogió de hombros.

—Hombre, la respuesta es bastante obvia: sacrificando peones.

3

Unos chicos que se probaban disfraces de Halloween pasaron cerca de la encina grande, tras la cual estaba esperando Sandy. Ella los dejó pasar sin llamar su atención. Había esqueletos de huesos relampagueantes, hechiceras de faldas tan cortas como sus varitas, momias envueltas en viejos lienzos cobrizos, y Alguien Oculto Tras Otro Misterio de Seda que exclamó al viento:

—¡Truco o trato, o con la guadaña te maltrato!

Se alejaron riendo, y dejaron a Sandy pensando en qué disfraz se pondría en Halloween. ¿El de la dama araña, como el año pasado? No; las patas de fibra de vidrio, con todos esos molestos pelillos, le picaban mucho. ¿El de Novia Embarazada Cadáver, con bebé zombi sacando su manita de una herida del vientre a por caramelos? Bueno, pensó con una sonrisa: ese le iría al pelo si el listillo de su novio hacía su parte. Y si no se pondría sus huesos, como siempre, y ya está.

Ponerse los huesos. Qué expresión tan macabra y maravillosa. Tan digna de ese tipo de noches.

Esperó un buen rato a que apareciera el chico. Del cielo cayeron algunos goterones de lluvia. Al golpear las hojas de la encina producían un tono

perfecto, claro como el propanol.

Empezaba a hacer un poquito de frío, y ella iba demasiado escotada.

Sandy miró otra vez su reloj. El tiempo empezaba a dilatarse entre medición y medición, como cuando los marinos echan la soga por la borda para tantear aguas someras. La chica estaba poniéndose nerviosa.

Como ese cabrón no apareciera, con las molestias que se había tomado para agujerear imperceptiblemente todos los condones y volverlos a meter otra vez en sus fundas…

Como decía su padre, sólo los bobos van a que les echen las cartas. ¿Quién si no tendría tanta prisa por enterarse de las malas noticias?

El rostro de Canaán emergió del océano de tinieblas, otra vez. Una máscara de piel pintarrajeada de azul gangrena. Las partes más oscuras correspondían a una boca que se movía, emitiendo globos de sonido discontinuo.

El pequeño demonio siseó en la oscuridad.

Sandy, la gordita, estaba lista para el sacrificio. Allá abajo, en la cañada poblada por innumerables ruidos nocturnos, junto a la encina que creció donde tres jóvenes fueron violadas. Guarida de arroyos y corrientes sarnosas, restos de inviernos ataviados en pálido marfil que yacían muertos bajo la hierba.

La joven estaba lista, en celo, ardiendo por dentro y por fuera, por arriba y por debajo. Sólo tenía que pronunciar las palabras y la ceremonia concluiría felizmente.

Sandy miró el reloj que hacía tick tack en lugar de tack tick o tock tock y esquivó otra gota de lluvia. Su nivel de hartazgo subió un puntito más. ¡Llevaba allí más de una hora! ¿Qué se habría creído ese idiota, que podía dejarla tirada cuando quisiera, como a una cualquiera? ¡Ja! Ya vería cómo se las gastaba Sandy Peckerman cuando alguien le tocaba los ovarios. Aprendería la lección de la cortesía y del no dejar nunca tirada a una dama para lo que le quedaba de vida.

Una pisada en la distancia, un pie traicionado por la hojarasca.

Se tapó instintivamente el escote con las manos, pues no quería que otro hombre captara erróneamente sus mensajes. Pero allí no había nadie, ¿o sí?

Una silueta se hizo visible entre una empalizada de árboles flacos y juntos. Sandy sonrió al reconocerla, aunque iba disfrazada.

—Te parecerá bonito, yo aquí helándome las tetas y tú vistiéndote de Halloween —le imprecó.

La figura no dijo nada. Se limitó a contemplar a la joven en silencio.

Sandy reconoció el disfraz. Ella misma se lo había regalado. Era una túnica blanca con un sombrero picudo que le tapaba el rostro, un poco al estilo de los antiguos KKK. Ellos y otros tres amigos se lo habían hecho el año pasado para gastarle una bromita a un compañero del colegio, de raza negra.

Lo que no recordaba era que le quedara tan holgado.

—¿Estás bien? —le preguntó a su novio, inquieta a la vez que irritada. Su mano tanteó el paquete de condones dentro del bolso… junto al *spray* de pimienta que siempre llevaba consigo. Pocas veces (justificadas) había sentido la necesidad de usarlo.

El encapuchado no se le acercó, sino que permaneció completamente inmóvil. Mirándola en silencio. Pero entonces Sandy se percató de una cosa. Un simple y obvio detalle que hizo que echara a correr despavorida bosque adentro.

Los pies del encapuchado no tocaban el suelo.

Su cuerpo flotaba veinte centímetros sobre la hojarasca, como si colgara de una soga… solo que no había soga en torno a su cuello, ni gancho que aparentemente lo sujetara. Sus pies desnudos colgaban libres, apuntando con los dedos al suelo, y chorreaban un líquido negruzco que podría ser sangre.

Sandy enunció un parco Virgen María Ten Piedad De Mí, como solía hacer su madre (pero en modo ráfaga de metralleta, VirgnMaríTnPedadDMí), y salió huyendo como alma que lleva el diablo. Sin que ella lo viera, el encapuchado se elevó en el aire diez centímetros más, como si la soga invisible lo reclamase.

Es muy difícil correr por un bosque lleno de hojarasca húmeda con tacones de aguja, pero aquel día Sandy fue plusmarquista. No se percató hasta que fue demasiado tarde, sin embargo, de que el paisaje a su alrededor había cambiado, y que ya no se encontraba en el bosque de la encina grande.

De hecho, ni siquiera estaba en su mundo.

Sandy Peckerman yacía dormida bajo la encina, soñando. Las risas de los esqueletos y las momias y los vampiros y las Voces Ocultas Tras Misterios De Seda se alejaban en la distancia.

Ninguno se fijó en que la joven estaba allí, agitándose en sueños.

Canaán sintió que la emoción del primer sacrificio se le venía encima como un tren expreso. Fue como una vibración que le subiera desde la próstata hasta las fosas nasales, silbando al pasar por su boca abierta y sus dientes partidos por la caries.

Sus uñas mordidas, en carne viva, asomaban de la negrura en rojos calambres de hemoglobina. La proximidad de la muerte de la chica le iluminó las costuras del cráneo con rayos X de energía sexual en cortocircuito.

Di las palabras, di las palabras y serás nuestra para siempre, preciosa, sólo di las palabras…

Sandy no estaba en su mundo. Los árboles seguían allí, pero no más de parda madera sino de tuétano frío, y sus raíces seguían queriendo tenderle trampas, pero no más de córtex y cilindros vasculares, sino de tintes de metal muerto.

Aterrorizada, la adolescente hizo una pausa para tomar aliento. ¿Dónde estaba, por el amor de Dios? Suelo duro, de piedra… grandes pilares cuadrados que se clavaban en las alturas como lanzas olvidadas de dioses… y los troncos de aquel bosque hecho de tuétano cementado, llenos de asquerosos detalles biomecánicos: cortezas granuladas y translúcidas, tras las cuales se retorcían objetos multilobulares; organelas purulentas que se abrían como llagas aquí y allá y que parecían ojos tuertos o anos resquebrajados, y cosas así.

En realidad no se trataba de árboles ni de nada remotamente parecido, pero Sandy nunca se había encontrado con un paisaje como aquel y no sabía cómo interpretar las sensaciones.

Intentó sosegarse. A pesar de su corta edad, era mucha Sandy Peckerman para dejarse aplastar por el pánico. Había venido desde, desde… llamémoslo norte. Y se había metido sin saber cómo en aquella pesadilla surrealista. Si ahora iba hacia el llamémoslo sur, eventualmente (y rezó porque no fuera un «eventualmente» muy lejano) acabaría regresando al mundo que conocía.

Lo que Sandy no sabía era que la única forma de escapar de allí era arrancándose su propia cabeza, o algo tan radical que obligase a su cuerpo a despertar del sueño. Vista desde las alturas, a muchísima distancia, ella era un orgánulo en una arteria viscosa. Un miembro sin voz ni voto del colectivo de glóbulos rojos de aquel gigantesco organismo, cada cual absorbiendo una millonésima parte de onda de la luz, para tornarla en roja gracias al esfuerzo colectivo. Un solo glóbulo no volvía carmesí la sangre, entre todos sí.

Sandy deambuló de un lado para otro hasta que encontró algo diferente: una pared hecha de troncos fusionados en una amalgama plástica. Y sobre ella, grabadas a cincel, unas palabras:

—Stavria loharrhrra nyeho'tep —trató de leer en voz alta, suponiendo que si aquello era una especie de conjuro para sacarla de allí, era mejor probarlo cuanto antes—. Ia Amz, ia Erebus yakosstha…

Supo que se había materializado justo detrás de ella antes incluso de verlo. Lo sintió por su aliento pútrido, por el aura malvada que exudaba, por la débil cancioncilla de ruidos que interpretaba su cuerpo al frotarse lúbricamente contra sí mismo.

Sandy Peckerman giró sobre sus talones, y dejó escapar el alarido de pavor más angustioso que jamás escucharon oídos humanos. Un grito que sonó como un anfiteatro vacío.

Porque frente a ella estaba el Lisiado, elevándose en toda su tullida majestad; un antiguo Mal resucitado de imposible progenie, de inverosímil descendencia.

En el bosque cubierto de lluvia y hojarasca, bajo la encina que creció en el lugar donde tres jovencitas fueron violadas, el cuerpo de una adolescente se convulsionó como si tuviese una pelea por dentro. Una brutal paliza que tuvo lugar en sus órganos internos, y que se saldó con una explosión final de sangre y trocitos de materia encefálica que le gotearon por los oídos.

Sandy Peckerman se convirtió sin quererlo en el primer sacrificio del aquelarre negro. Sobre su cabeza, cien millones de toneladas de noche.

4

Vincenzo decidió salir a dar un paseo. Que no era poca decisión, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas. Por algún motivo, quizá un antojo como esos que dicen que tienen las embarazadas (pero que muchas de ellas, cuando les preguntas, niegan por completo que sean reales), encaminó sus pies hacia un kiosco de comida rápida.

Se pidió una hamburguesa especial con todo y más, lo más grasienta e hipercalórica posible. Y sí, con guarnición. ¿Cuántas clases de salsas distintas tiene?

Compartía con su padre el acto de comer como válvula de escape para la tensión, por lo que no era de extrañar que en los momentos graves, como

cuando estaba intentando aprobar exámenes o buscando empleo (o saliendo con Esther Bonanski la beata), su circunferencia se expandiera hasta generar gravedad propia.

La ciudad estaba silenciosa, atrapada en la trampa de tiempo de la sobremesa. Desde algunas ventanas llegaba ruido de cacerolas (el cocinero estaba trabajando) o no llegaba ruido ninguno (el holgazán profesional estaba trabajando).

El dueño del kiosco ambulante había echado anclas en la esquina del final de la calle, enfrente de un videoclub. Vincenzo adoraba esos locales, los videoclubes, flamantes tabernáculos dedicados a la subcultura. Mientras masticaba la grasienta hamburguesa, dejó que su vista se pasease por el estante con películas más cercano a la cancela.

Por lo general, además de rata de biblioteca le gustaba considerarse rata de videoclub. Le encantaba meterse en un nuevo local y explorar todas sus facetas, desde las más sublimes (las películas de su adorado tándem Lucas-Spielberg, reyes del cine de los ochenta) hasta las más psicotrónicas (bien la sacrosanta habitación apartada del cine porno, santuario para los más atrevidos buscadores de rarezas, bien las películas con los títulos más improbables que imaginarse pudiera).

Posó la vista, por casualidad, en dos títulos que le hicieron reír: *Bubba until it hurts*, una guía para la gimnasia aeróbica en casa, del actor Bubba Smith (que reducía los saltos a la mínima expresión para no molestar al vecino de abajo). Y un vídeo promocional de un joven actor, Corey Haim: *Me, Myself and I*, que tenía toda la pinta de ser una bobina de autopromoción para los estudios que de alguna misteriosa y absurda manera llegó a los catálogos.

Ay, el mundo. El mundo real, el de la gente corriente. Qué maravilloso era, y cómo lo echaba de menos. En los últimos días todo se había trastocado tanto, y sus deseos más profundos se habían cumplido de una manera tan contundente (cuidado con tus deseos porque podrían llegar a hacerse realidad, rezaba el antiguo aforismo) que lo habían acabado saturando. Pero no sólo era eso, sino… las cosas que había presenciado. Los horrores de los que había sido testigo. ¿De verdad hacía falta hacerle pasar por la agonía de ver cómo quemaban a aquellas brujas para que entendiera a qué se estaban enfrentando? ¿De verdad tenía que aguantar el suplicio de ver calcinarse sus cuerpos, de oír sus espantosos lamentos, incluso de respirar el tufo a carne quemada?

Ojalá nunca hubiese aprendido esa lección. Ojalá pudiese volver a la existencia tranquila de los libros que nadie más conocía, y a los videoclubes

con películas psicotrónicas con las que echarse unas risas. Se sentía desafinado y con el paso cambiado, el único instrumento de la orquesta que tocaba a destiempo.

Una gota de *ketchup* chorreó de la hamburguesa hasta su camisa. ¿Se había salido sola? No, eran sus manos, que habían empezado a temblar a la zaga de esos recuerdos. Dejó el paquete envuelto en servilletas sobre una esquina del kiosco e intentó controlarse, limpiándose el manchurrón. Lo único que consiguió fue extenderlo más.

—Mierda…

Ahora tendría que subir al piso a cambiarse. Pero aún no se encontraba con fuerzas. Necesitaba un lapso de tranquilidad antes de volver a apoltronarse ante la Santa Inquisición de brujas piradas.

Y eso que aún no hemos discutido el asunto ese del policía, el que llevaba el Crux, se lamentó. Lo cual era algo que le daba mucho en qué pensar. Porque si Corah no sabía quién había hecho la pintada en la pared de los Prenton, y ella misma aseguraba que tampoco era cosa del enemigo… ¿entonces qué se podía concluir? ¿Que había un tercer bando? ¿Otra logia secreta en la que estaba metido el cuerpo de Policía, que se divertía haciendo *graffitis* y apologías del Sabbat, y que se reunía en el piso de arriba de un almacén de oportunidades?

También les quedaba interpretar la profecía del pájaro bicolor. ¿Pero qué sentido darle? Se suponía que su imagen era el espejo de algo que existía en el mundo real, bien de una persona, o de una situación, o de un objeto… o vete a saber de qué.

Dos colores. Dos caras. Dos aspectos contrarios fundidos en una sola cosa. ¿Pero de qué, maldita sea, de qué?

Era demasiado complejo. Y le dolía tanto la cabeza después de tantos sueños forzados y tantas drogas que, si ahora se encontrase de repente con el policía aquel, seguro que le daría un infarto. Aunque no pud…

—¡¡Alto ahí, arriba las manos!! —gritó una voz a su espalda, al tiempo que le encañonaban con algo.

Todo su miedo se condensó de golpe y cayó en el fondo de sus tripas como un cubo de agua helada. Lo único que faltó fue que se relajaran sus esfínteres para que todo saliera fuera, del susto tan increíble que se llevó.

Pero entonces escuchó una risa, y el arma (que resultaron ser un par de dedos pintados de rosa pasión) se retiró de su espalda.

—Ay, compañero —dijo el extraño entre lágrimas de risa—, tendría que haberme traído una polaroid. ¡Ni te imaginas la cara que has puesto! ¡De

concurso!

Vincenzo giró lentamente sobre sus talones para descubrir a un fantasma de su pasado, tan lejano y tan poco conectado con la realidad actual que le costó un triunfo ubicarlo. Era un chico/chica que había conocido en el UCLA, un travestí.

Su antigua compañera de clase, Celesste, con dos «s».

TRATADO DE LAS DECEPCIONES, II

SIMPÁTICOS REENCUENTROS

1

—Hola, buenas tardes. ¿Está Surendra en casa?

Dana estudió al jovencito que se le había plantado en el porche. Sí, era uno de los amiguetes de su hija, de esos que se la llevaban al Vete-a-saber-dónde de los sábados por tarde y se la devolvían con una ligera peste a alcohol, coca cola y otras cosas más que no podían tomar las niñas.

Cole Baez, ahora lo ubicó: el hijo del tipo aquel de la mochila cohete.

—Señora, soy el primo de Surendra. ¿No se acuerda? —precisó Cole al notar su cara de desconcierto—. Usted es mi tía Dana.

—Ah, claro. Lo había olvidado. —Dana sonrió, con una sonrisa sin sentido, y le dejó entrar. Cole la esquivó para no rozarla por más centímetros de los que necesitaba, y se preguntó qué demonios se estaría metiendo. ¿Desde cuándo Dana necesitaba ayuda psiquiátrica? ¿Desde la muerte de su hermano o mucho antes? No era tan mayor. ¿La estaría afectando el alzheimer?—. Pasa, hijo, pasa. Está al fondo, en su cuarto. Disculpa que no pueda venir hasta el salón por su propio pie, pero el médico le ha dicho que debe guardar reposo.

—Eh… claro. No se preocupe, sé dónde es. He estado.

Dana se sentó frente a su televisor, en un salón casi a oscuras. La imagen no estaba del todo ajustada, y saltaba de vez en cuando con melladuras de interferencia azul.

Cole se preocupó por ella, pero enseguida descartó esos sentimientos: si la vieja loca de su tía estaba fatal o no, era su problema. Él ya tenía suficiente con sus propios líos. Si había venido a visitar a Surendra era porque Sandy se lo había aconsejado como terapia.

Que los adultos se ocupasen de sí mismos. Al fin y al cabo, vivían en un mundo aparte.

Al fondo del pasillo le aguardaba una puerta. Sus nudillos percutieron en la madera.

—¿Sury, estás visible? Soy Cole.

Silencio. Durante un rato.

Luego le llegó una voz cansada:

—Espera, no estoy vestida.

Más susurros, como un frufrú de gasas siendo arrastradas sobre muebles. Duró mucho rato, tanto que Cole se preocupó. ¿Qué rayos estaba haciendo su prima?

—Ya puedes pasar.

Entró. La habitación era un despropósito de colores rosados mezclados con figuritas de hadas y pósteres de grupos heavy metal. Cole sabía que a ella no le gustaba ese tipo de música (a él sí; de mayor quería ser como Yngwie Malmsteen), pero la atraían las pintas de los músicos, con esos disfraces de carnaval veneciano pasados de rosca, los maquillajes de abuelita esquizoide y, sobre todo, las largas pelucas desgreñadas.

Surendra estaba sentada al borde de la cama, lo que, a tenor de su estado físico, debía haberle supuesto un triunfo. Cole se asustó al verla: parecía un esqueleto con un pijama que le quedaba tres tallas grande. Su otrora carita redonda había ganado ángulos por todas partes, el pantalón del pijama subrayaba las esquinas de su hueso pélvico, y la piel de sus axilas se había convertido en acordeones que gemían como animales moribundos. Parecía un cadáver insepulto, a pesar de su sonrisa.

—Hola Cole, qué bien que hayas venido a visitarme.

—¡Sury! ¿Qué te ha pasado, chica? —se alarmó—. ¿Por qué estás así?

—Canaán tenía razón. Lo supe aquella tarde cuando volví a casa tras la prahdáh, y me miré al espejo. Me quité la ropa y estuve horas mirándome, contemplando… este cuerpo fofo y gordo. Este cuerpo asqueroso…

—¡Tu cuerpo no es asqueroso! Siempre fuiste muy bonita.

—¡No! —Rechazó la idea como si la hubiera mordido un áspid—. Pesaba casi cuarenta kilos, una barbaridad. Canaán lo supo nada más verme, ¿te acuerdas? Dijo que estaba muy gorda, que era una vaca sebosa que nunca lograría gustarle a ningún chico. Y tenía razón… Desde aquel día dejé de comer. Así estaré más guapa, pareceré un hada y todos me querrán. —Miró sus figuritas, una colección que llevaba haciendo desde muy pequeña. Las hadas la contemplaron con caritas de porcelana sonriente, sus escuálidos cuerpos pegados a alas de mariposa.

Ahora que se fijaba, Cole vio unas revistas de pasarelas de moda tiradas por el suelo. Estaban abiertas por fotografías de chicas que parecían armazones de huesos bien vestidos.

—Sury, esto es una locura. Tú… tú no estás gorda, eres… eras… una chica muy atractiva.

—Cállate y ayúdame a llegar al baño. Me estoy orinando desde hace una hora.

—¿Por qué no has llamado a tu madre? —La cogió de las axilas y tiró hacia arriba, pero calculó mal y a punto estuvo de lanzarla por los aires. Había previsto un peso lógico para una chica de su edad, y se encontró con que era liviana como una pluma. Pesaba casi lo mismo que un bebé.

—Mi madre tendría que pasarse por mi cuarto cada poco rato, a ver si estoy bien, pero no lo hace —murmuró con despreció—. Entre nosotros, primo… esa mujer es mala. Esconde secretos. Tengo que hallar la forma de decírselo a Canaán sin que ella lo sepa.

—¿Qué secretos?

Surendra se lo pensó mucho antes de responder. Era como si estuviese a punto de confesar algo que llevaba guardándose demasiado tiempo y que necesitara sacar fuera de una vez, pero le diese miedo.

Cole la sentó en el retrete.

—Bájame las bragas, yo no puedo —pidió Sury. Ante la cara de estupor de su primo, puntualizó—: Con los ojos cerrados, idiota. Y tampoco respires. Hace tiempo que no me lavo.

—Cl… claro. —Lo hizo.

—Ahora espera fuera.

Cole salió y dejó la puerta entreabierta. No miró dentro, por respeto a su prima, pero oyó un fuerte chorro cayendo al interior del retrete. La pobre debía de tener la vejiga hinchadísima.

—Mi madre es una bruja, siempre lo he sabido —susurró ella—. Me siento asqueada de llevar esta sangre, de pertenecer a esta familia…

—¿Una bruja? ¿Hablas en serio?

—Sí, lo supe cuando era niña, y te juro que pensaba decírselo al Maestro, pero… —Ahogó unos sollozos. El largo chorro de pis aún no había acabado —. Pero me daba miedo lo que pudiera pensar de mí. Siendo la… la hija de una enemiga de Erebus.

Cole estaba destruido. Otra vuelta de tuerca más, otro faux pas sobre los daños colaterales de cien anteriores. Ya no podía soportarlo más.

—Tienes que decírselo a Canaán. Es imperativo que lo sepa. Esas zorras conspiran para arruinarnos el bendito Nhud.

—¿Crees que no lo sé? El otro día la vi ordeñando una escoba. Extrajo leche agria de ella. ¡Leche! Si no estuviera tan débil, habría corrido a casa de

Canaán para advertírselo. Mi madre y su cómplice, el médico, me han estado metiendo sueros para cebarme como a un hipopótamo, pero en cuanto pueda me quito de encima todos estos kilos de más que me han obligado a tragarme…

—Tengo que avisar a Canaán. Yo lo haré por ti —sudó Cole—. ¡Ojalá tuviera teléfono! ¿Tu madre sospecha algo de nosotros?

—¿Dana? Qué va, es una autista que vive cada vez más encerrada en su mundo. Ayer le tuve que recordar quién era yo, porque no me reconoció. ¿Te lo puedes creer? ¡No reconoció a su propia hija! No sé qué se está metiendo para combatir sus depresiones, pero debe ser algo muy fuerte. —Se oyó un deslizar fino de papel: el rollo de papel higiénico, que giraba muy lentamente —. Tenemos que reunirnos los cuatro, Sandy, tú, yo y Gerry. Y pensar en lo que vamos a hacer. Por cierto, ¿sabes algo de Gerry?

—No. La última a la que vi fue a Sandy. Estaba en el bosque, esperando a…

De pronto se oyó un golpe, como si algo liviano pero grande se cayese al suelo. Cole entró corriendo en el baño, sin importarle si su prima estaba desnuda o no.

Se había desplomado cuan larga era. Estaba encajada como un muñeco de trapo entre la ducha y el lavabo. Por fortuna no había sangre.

—¡Sury! ¿Estás bien?

—Sí… es que no tengo fuerzas para mantenerme en pie. Por favor, llévame a la cama. ¿Qué estabas diciendo de Sandy?

—Que la dejé en…

No pudo terminar la frase, porque una piedra golpeó (¡CLACK!) el cristal de la ventana. Depositó con delicadeza a Surendra sobre las sábanas y se asomó.

Era Gerry, vestido como un pequeño policía. Estaba lanzando piedrecitas contra el cristal. La última golpeó a Cole en la frente.

—¡Au! ¿Qué haces, tío?

—¡Perdona! Qué bueno que estés aquí, ahora iba a tu casa a decírtelo a ti también. He despistado a mi padre, pero no por mucho tiempo; tengo que volver al cuartelillo.

—¿Decirme qué?

La cara de Gerry se contrajo sobre sí misma, como si un chorro de aire la estuviese aspirando hacia dentro desde la nariz.

—La policía se acaba de enterar, todavía no ha salido el comunicado a prensa. Han encontrado el cadáver de Sandy en el bosque, junto a la encina

grande. ¿No lo entiendes? ¡Está muerta! ¡Tenemos que hablar!

La reacción física de Cole fue tan tremenda que casi lo tiró al suelo.

Sandy. Sandy bajo la encima. Sandy bajo la encina, muerta.

¿Qué le estaba pasando al mundo?

2

—¿Qué le está pasando al mundo? —se preguntó Vincenzo.

Las risas de Celesste aún continuaban. No parecía haber cambiado mucho desde la última vez que la vio: estaba más gorda, eso sí, un tonel vestido de rosa y púrpura que casi que había que desplazar rodando porque sus piernas no daban para sostenerlo. Un frente tormentoso de horquillas batallaba contra su pelo, teñido de un verde esmeralda, encañonándolo tan atrás que la calva le llegaba hasta la mitad del cráneo. Más que maquillada iba pintada al óleo, y hacía equilibrios sobre unos tacones de más de treinta centímetros.

Era evidente que todos los transeúntes y los que pasaban en coche se le quedaban mirando. Se podía decir que era un auténtico esperpento para lo que la sociedad de Russellville tenía acostumbrado.

—Celesste. —Vincenzo pronunció su nombre con la misma incredulidad con la que habría contestado al Espíritu Santo. A pesar de que su cerebro echaba humo, no podía explicar de ninguna manera humanamente plausible su presencia allí, a tres mil kilómetros de Los Ángeles—. ¿De… de dónde has salido?

—Ay, querido, estoy en la gloria. ¡Tengo un contrato con una productora para hacer unas películas de lo más chic! —Hizo un gesto muy femenino. El rímel con el que se había llenado de purpurina las cejas le llegaba en espirales hasta la parte superior de la frente—. Se trata de un joven genio del cine de Pittsburg que ha encontrado en mí a su nueva musa.

—¿Es serio?

—¡Te lo juro por los rizos de Richard Gere! ¿Te imaginas, yo en plan Greta Garbo? —Ensayó la pose—. ¡Hollywood, prepárate que allá voy, ji ji!

—¿Y esas películas te han traído hasta Kentucky?

—Sí. Mi apoderado cree que tengo que dejarme ver mucho en público si quiero que mi fama empiece a extenderse. Y como la primera película de la serie se va a rodar aquí, pues…

—Sssshh. Ven conmigo.

La ocultó en el zaguán del edificio. La cancela cerrada del videoclub quedaba a sus espaldas, pero les confería algo de protección frente a miradas ajenas.

Celesste se enfadó.

—¿Pero qué haces? ¡No he venido aquí a esconderme, sino a que todos sepan quién soy!

—Oh… sí, por supuesto, pero esta gente es muy conservadora. Cuesta mucho entrarles, ya les irás conociendo; son de esos de viva la Asociación del Rifle y el reparto de hostias con turrón.

—¿En serio, tan retrógrados? ¿Nunca han visto a un drag?

—¿Un qué?

—Es una nueva corriente que…

—Déjalo, luego me lo explicas. Tenemos que ir a un lugar más discreto. —Al asomarse por la esquina del edificio, vio que Corah y sus compañeras salían con su coche, a saber con qué cabalístico propósito. A lo mejor iban al cine (sí, claro, dijo su vocecilla interior, y yo soy el primo cuellicorto de E.T.) —. Tengo que sacarte de aquí sin que te vean, Celesste.

Ella se zafó de mala gana.

—¡Oye, no te pases! Que seas mi amigo no te da derecho a llevarme de aquí para allá como si fuera un perrito. ¿Quién te crees que eres?

—Celesste, amiga mía. —Trató de serenarse—. Es muy largo de explicar, pero créeme cuando te digo que corres peligro. Un serio peligro, ¿comprendes? Y no es porque la película más moderna que hayan visto estas personas sea *La túnica sagrada*, sino porque este barrio lo ronda gente peligrosa. Como las bandas de L.A. —Se parapetó tras la esquina cuando el coche con las tres mujeres pasó por delante. Por fortuna, no le vieron.

Eso sí que consiguió que Celesste se achicase.

—¿Estamos en territorio de bandas?

—Sí, y algunas son muy peligrosas —mintió Vincenzo—. Esta es la zona de los, eh… los wyandot kamikaze. Tíos muy pirados del submundo de la mescalina. Les gusta coger a los travestis y hacerles una sonrisa colombiana a navaja.

—¿En serio? —se asustó ella, pasándose el pulgar por la nuez (que seguía siendo grande, de varón)—. ¿Te dejan así la garganta?

—Yo no he dicho que te la hagan en la garganta.

Celesste se volvió sumisa de repente, y Vincenzo aprovechó para sacarla de allí. Intentó recordar dónde había dejado su coche, el fabuloso Studebaker… y se asustó al darse cuenta de que aquello fue antes del salto

cuántico. La última vez que lo condujo lo dejó aparcado frente a la comuna survivalista, arriba en las montañas. Desde entonces no se había acordado de él.

—Mierda —sentenció. Pero entonces ocurrió un milagro, y es que llegaron a la calle donde estaba la emisora KNB. ¿Y qué era lo que estaba aparcado en el mismo sitio donde lo estacionó la primera vez, con un montón de panfletos y octavillas bajo el parabrisas?

¡Su Studebaker!

—Gracias, Dios mío —dijo con sinceridad, y se metió corriendo en el coche. Las llaves estaban puestas—. Si hay alguna regla que normalice los saltos cuánticos de la realidad, estoy completamente a favor de votarla en el Congreso.

—¿Qué estás murmurando?

—Oh, nada. —Arrancó. Miró al logo de la cadena en el edificio. Algún día, cuando tuviera tiempo, tendría que pasarse por la emisora a hacer efectivo su despido—. ¿Adónde te llevo?

—El productor tiene la base de operaciones del rodaje en el pueblo de al lado, por donde pasan como un tiro todos esos camiones enormes.

—¡Estupendo! Hay que coger autopista. ¡Agárrate!

Por fin un poco de suerte, pensó Vincenzo. Tenía que sacar a Celesste de la ciudad y alejarla lo máximo posible de Corah y sus enemigos, aunque tuviera que «equivocarse» y tomar por el desvío que no era, el que los llevaría a dar un rodeo inmenso. Tal vez hasta más allá de las montañas. Todo con tal de alejar a su amiga del peligro.

Se fijó en que los zapatos de tacón de Celesste tenían un laqueado verde limón, con tachuelas, que los hacía parecer botas de vaquero. En las orejas le brillaba plata mexicana. La muchacha era una estrambótica combinación de lo masculino y lo femenino en una chillona amalgama de efectos.

A cada segundo que pasaba, Vincenzo estaba más convencido: ella era el pájaro bicolor, el del sacrificio. El que todas las facciones estaban buscando para la letal noche del Nhud. Tenía que llevársela de allí aunque tuviera que secuestrarla, o acabaría destripada encima de un altar con cuervos picoteándole las entrañas.

—¿Qué ha sido de tu vida? —le preguntó a Celesste para mantenerla distraída, y que no se diera cuenta de que estaban tomando el camino largo—. ¿Dejaste también la universidad?

—Sí, y no me arrepiento. Aquel ambiente no era nada sano. Lo único que saben hacer es aplastar tu creatividad y ahogarte con teorías pasadas de moda

sobre el cine. ¿A quién le importa quién coño fue el tal Von Sternberg? ¡Hoy se lleva el musical disco! —chasqueó los dedos.

—¿Y ese… genio de Pittsburg, quién es?

—Un chico con unos gustos, digamos, especiales —sonrió, con ánimo más locuaz—. Tiene una sensibilidad muy ecléctica. Hace películas basadas en el Mal Gusto, así con mayúsculas, como expresión catártica urbana. No sé lo que significa, pero suena genial, ¿verdad? Quiere que yo interprete a la Reina de la Depravación, todo un icono del siglo XX.

Vincenzo la miró de reojo.

—¿En serio? Oye, ¿esas películas no serán… ya sabes?

—¡No, no son porno! Yo jamás me rebajaría tanto. Hombre —se encogió de hombros—, un par de escenitas subiditas de tono sí que va a haber. Y una donde hago aros de humo fumando con el culo, pero vamos, nada ofensivo. Son pelis de arte y ensayo.

El cielo, muy nublado, estalló en forma de temporal. Un auténtico aguacero se descolgó sobre la carretera, convirtiéndola en un pasadizo de cielo de televisor donde apenas se veían los coches. Tubos de luz blanca trazaron senderos de plancton entre las gotas, pero la violencia del aguacero era tal que se veía la luz, pero no los vehículos que la emitían.

—¿De dónde ha salido esto? —se asombró Celesste—. ¡El parte meteorológico ponía sol rajapiedras de aquí a la semana que viene! ¡Por eso me puse este vestidito de verano!

Vincenzo no dijo nada. No, no son ellas, que quieren evitar que me fugue de Russellville. No están haciendo sus sortilegios en la caja de truenos para llamar al mal tiempo, a la furia de los tornados y las galernas. No, no pueden ser ellas.

Una intermitencia roja y azul llamó su atención en el retrovisor.

—Joder, la poli.

—¿Nos quieren adelantar?

Vincenzo observó el coche que los seguía, intentando fijarse en el número del capó. Intentando recordar si era el mismo que estaba aparcado por fuera del mausoleo, en la visita que hizo junto a Corah.

Y sí, lo era.

Se trataba de la unidad móvil del sargento Gard Barbour y su compañero en prácticas, el padre de Gerry Damiano.

—Me cago en Satanás. —Vincenzo se puso el cinturón de seguridad—. Agárrate, voy a tratar de darles esquinazo.

—¿Pero qué…? —se alarmó la diva del cine—. ¿¿Estás loco?? ¡Frena!

Pero el joven ya no la escuchaba. Su pie se había clavado en el acelerador como si buscara petróleo, y estaba convirtiendo la ya de por sí peligrosa pista mojada en una trampa mortal.

No puede ser tan difícil conducir con lluvia, se dijo Vincenzo. En las series que veía por la tele lo hacían constantemente. Seguro que los especialistas de *El Equipo A* se lo habían copiado todo a la gente normal, a los conductores de la gran metrópoli cuyo credo incluía merendarse unos a otros por las mañanas, con tal de ir a trabajar.

Turismos, camiones, alguna moto solitaria con su dueño acordándose de todos sus muertos… los vehículos iban pasando, pero él seguía viendo el veloz latido en blanco y negro de las rayas de separación de carriles bajo su capó. Bien, mientras pudiera mantenerlas ahí, bajo control, todo iría bien. En el retrovisor, el otro coche aceleró también, pero una maniobra un poco a la desesperada de Vincenzo (un volantazo a la izquierda cuando acababa de adelantar a un trailer de doce ruedas) le hizo ganar bastante distancia. Dejó de ver sus destellos.

—¡Ja! —se emocionó, ignorando la cara de tevoyameterunpleitoquelovasaflipar de Celesste—. ¡Chúpate esa, B. A. Barracus! ¿Quién es mejor conductor, eh?

Entonces, el volante se le fue de las manos.

Fue un resbalón sobre la inercia húmeda de la siguiente curva, o quizás que llevaba demasiada velocidad para tan poco agarre y tanto peralte. O que Vincenzo nunca había conducido en esas condiciones tan adversas… pero lo cierto es que el coche se salió hacia la cuneta, dio dos vueltas de campana y se quedó al revés, boca abajo, encajado entre dos árboles.

Para ellos, que estaban dentro, fue como ver el infierno retorcido en forma de cucurucho y dando vueltas frenéticamente: estallido de las ventanas, lluvia de cristales, ruidos tremendos de carrocería y vinilo aplastándose, el cuadro del salpicadero que se convertía en un lienzo dadaísta…

Volaban. Volaban rumbo a una tarde de octubre. Y de pronto, todo terminó.

Estaban tumbados boca abajo, enrollados en sus respectivos cinturones de seguridad dentro de aquel ataúd metálico. Vivos, sí, pero por muy poco.

—C… Celesste. —No obtuvo respuesta, lo que le preocupó sobremanera —. ¿Estás bien? ¿Te has roto algo?

Un accidente… habían tenido un accidente de coche. Llevaba su tiempo asimilarlo, a pesar de haber sido los flamantes protagonistas. En las películas bastaba con un simple cambio de escena para que las ambulancias ya

estuvieran allí, y también los fotógrafos de la prensa. Pero aquello era el mundo real, donde ni él conducía tan bien como B. A. Barracus, ni los periodistas desenvainaban sus cámaras para descerrajarle una nube de fogonazos, ni la gente que venía a ayudar mezclaba sus instrucciones en un guiso ininteligible de voces humanas.

Estaban solos, abandonados boca abajo en aquella húmeda cuneta. ¿O no?

Vincenzo tenía un ojo convertido en un tomate abombado y supurante, pero todavía no se había dado cuenta. Con el otro, el sano, vio que unas ruedas frenaban junto al siniestro. Una puerta se abría, escapando del ángulo de visión que le dejaba la ventanilla, y unas botas se bajaban del otro coche. Botas de agentes de policía.

Dos hombres. El primero se acuclilló para mirar dentro del Studebaker y valorar daños. Era Gard Barbour. Su mano derecha reposaba en su revólver de tambor. Parecía un arma personalizada, con el guardamonte serrado y el mango envuelto en cinta de embalar.

—Vaya, vaya, pero qué tenemos aquí —dijo—. Pero si es la palomilla que quería echar a volar. ¿Y qué es eso que lleva en el asiento del acompañante, Trevor? ¿Me engañan mis ojos o es un puto maricón travestido de esos de la gran ciudad?

—Menudo regalo —rió el padre de Gerry. Sus gafas eran azogue vacío—. Tendríamos que redactar un parte, ¿no?

—Yo no llevo las hojas de partes encima.

—Creo que nos quedan algunas en la guantera.

—Bah, demasiado lejos. Y demasiado trabajo para esta minucia de accidente.

Entre los dos sacaron a Vincenzo y a Celesste del amasijo de chatarra. El Studebaker había quedado reducido a algo más penoso que un siniestro total, lo que arrancó algunas lágrimas de su dueño. Pero Vincenzo se alegró de que al menos Celesste estuviese viva. Sólo parecía inconsciente.

Trevor la metió en el asiento de atrás de la unidad policial, al tiempo que una tercera sombra se escabullía por la puerta contraria. Vincenzo no la distinguió bien, pero era pequeña, del tamaño de un niño.

Gard se le quedó mirando, porra en mano. El joven estaba tumbado en el suelo, sin posibilidades de levantarse debido al dolor, aunque técnicamente no se había roto nada.

—Así que querías escaparte, ¿eh, listillo de Los Ángeles? ¿Sabes lo que les hacemos en esta ciudad a los forasteros que no cumplen las normas? —Se volvió hacia Trevor—. ¡Eh, colega, no te pierdas esto! Vamos a darle un

pequeño recordatorio a este mierda para que se lo transmita a sus amiguitas, las putas de Corah. —Le echó hacia un lado el mentón con la punta de la porra—. Esas brujitas amigas tuyas nos están tocando mucho las pelotas, ¿lo sabías? Si sobrevives a esta noche, diles que somos nosotros los que tenemos al pajarillo cantor. Y que lo usaremos cuando llegue el momento.

Trevor también sacó su porra, y entre risas y chistes, descargaron entre los dos una lluvia de palos casi mortal sobre Vincenzo. La escena se obturó, quedando cubierta por las anchas espaldas de gimnasio de los policías, y el tatuaje que uno de ellos lucía sobre el omóplato.

La pobre víctima se convulsionó, lloró, gimoteó y pataleó, pero no se libró de la paliza. La agonía encontró las ramificaciones tributarias de sus nervios y las llenó de dolor, o de algo que superaba cualquier definición previa de dolor.

Cuando consideraron que ya tenía suficiente, Gard y Trevor se subieron a su coche patrulla. Entonces, el primero echó un vistazo al asiento de atrás, donde descansaba el cuerpo inconsciente de Celesste, y comentó:

—Oye, ¿el blandengue de tu hijo no venía con nosotros?

Trevor encogió los hombros.

—Bah, déjalo. Si se empapa y tiene que buscarse la vida para encontrar el camino a casa, mejor para él. Le curtirá el carácter.

Gard sonrió, y antes de poner en marcha el coche, le dijo con infinita dulzura a su compañero:

—¿Me crees ahora, cuando te dije que este era el mejor trabajo del mundo?

—Claro que sí, mi amor —le respondió Trevor, y los dos se fundieron en un largo beso con lengua. Luego se colocaron bien sus chaquetas de cuero, sus gorras, sus esposas, sus porras y sus uniformes apretados, y se marcharon silbando una alegre canción.

Ninguno vio, ni siquiera por el retrovisor, cómo una forma menuda se agachaba sobre el maltrecho cuerpo de Vincenzo y lo arrastraba lejos de allí.

TRATADO DE LAS DECEPCIONES, III

UN GESTO DE BUENA VOLUNTAD HACIA LOS CHICOS

1

Dana Keyvol injurió furiosamente la secta de los abstemios, al tiempo que se metía en el gaznate media botella de *whisky* canadiense. Luego, con ciertas dificultades de equilibrio, sacó una escoba del trastero y gritó hacia el fondo de la casa:

—¡Cariño, mamá tiene que salir!

Y se fue, dejando la puerta principal entreabierta por puro descuido.

En la casa ya no había nadie, porque Cole se había llevado a Surendra hacía como media hora a alguna parte que seguro le dijeron pero ella no logró retener.

Daba igual, no necesitaba a su hija para lo que iba a hacer. Era mejor no mezclarla en esto.

Resultaba una estampa curiosa, ver a una mujer de cincuenta años vestida con algo de andar por casa y una escoba vieja en la mano, andando por las calles. Tenía la mirada perdida, y no respondió a aquellos clientes de su tienda que la reconocieron e intentaron acercarse a ella. Iba medio sonámbula. Aún así logró llegar al edificio de Corah y tocarle en el portero automático.

Nadie le respondió, por lo que Dana pasó al plan B.

El plan B no sabía cuál era, así que dio paso al C.

Si no estaban en casa es que habían salido, estaban en el exterior. Ella, Dana, siempre había estado en el exterior.

Seguramente habrían ido al lugar prohibido, a exigir respuestas. Sí, claro, ella también iría, aunque fuese sola. Estaba harta de esperar, harta de vivir escondida en una ratonera. Ya era hora de tomar las riendas de la situación. La borrachera ayudaba, por supuesto. Su cordura se iba por un retrete del que ya habían tirado de la cadena, en trocitos de papel que torbellineaban en el chorro de agua como las grandes ruedas de las constelaciones.

El lugar prohibido, el cerro donde eras atrás se alzaban los postes de las brujas para que la hoguera pudiera ser vista a kilómetros. El lugar donde

estaba la Piedra Plana sobre la que se habían apoyado los cuellos de cientos de mujeres, para que el metal del verdugo manchase su filo. Un enclave donde habían muerto tantas de ellas que la urdimbre de la magia se había podrido. El enclave perfecto para que el Maestro emplazase su tabernáculo.

Y a pesar de que el atardecer estuviera lleno de espectros y de sombras vivas y cosas pálidas, y de que el viento silbase solemne y solitario su matrimonio a ciertos ídolos, ella invocaría su magia y hallaría respuestas.

La bruja Dana cargó con su escoba hasta el cerro donde Canaán se había reunido con los niños en la prahdáh, y vio la roca, y olió el particular perfume del aire, y supo que estaba en el lugar correcto. Allá donde llevaron a la Vieja Negra, la que acogió voluntariamente el espíritu de Erebus y se volvió malvada. Y la quemaron viva con su muñeco de cera colgando del cuello, y la gente que lo vio contó después que había sido el muñeco, y no ella, quien gritó cosas obscenas mientras eran consumidos por las llamas. Fue el muñeco quien aseguró a la audiencia que estaba a pocos segundos de conocer al diablo, y el que preguntó si alguien quería que le transmitiese de primera mano un mensaje.

Un lugar maldito.

No habían llegado las otras. Ni Corah ni Nevy ni Helena. Sólo había una pata de las cuatro que necesitaba la mesa, pero bueno, no pasaba nada. Se sentía lo suficientemente animada (y lo suficientemente borracha) como para empezar los rituales por sí misma.

En el suelo había hormigas. Tenían alas pero no volaban; puede que hubiesen nacido con ellas pero ninguna hubiese descubierto aún su utilidad. Para los antiguos Druidas, siempre en agrupaciones de trece en sus cónclaves, el movimiento de los insectos era signo revelador de cosas secretas. Para Dana también. Y había otras hormigas cuyo movimiento podía estudiar para estar segura: las figurillas lejanas que se movían por las calles de Russellville, sus habitantes, que desde esa distancia parecían puntitos negros. Las multitudes, el tráfico, el pálpito del hormiguero vivo… los ríos de carreteras fluyendo como lava brillante.

—¡Muéstrate! —gritó.

El viento acarició las hebras de su escoba.

—Estoy aquí, bruja. Ven a buscarme —susurró una voz, lejos de allí. Provenía del interior de una casa, una cabaña vetusta y destartalada. El hogar de la madre de Canaán, cuyas ventanas dominaban la colina como ojos siniestros.

—No hasta que esté preparada —respondió Dana, desafiante. Estaría borracha, pero no era tan estúpida como para meterse, ella sola, en la guarida de la bestia.

Al menos, no sin protección.

Se sentó en la Piedra Plana, con las piernas bien abiertas, y se colocó el palo de la escoba entre ellas. En la piedra había marcas parecidas a cuchilladas en la superficie de la Luna. Impactos de las viejas hachas, decapitación de los antiguos cuellos.

Las hormigas salmodiaban sin palabras en su cerebro, sólo con ruidos de patitas y antenas entrechocándose, advirtiéndole de que algo malo iba a pasar. Que todavía estaba a tiempo de huir. Pero Dana sabía que eso era una quimera. ¿Adónde iba a correr, si la magia estaba por todas partes, encerrada en todos los crepúsculos futuros y en todos los libros no escritos?

Siempre le había hecho mucha gracia cómo el pueblo llano, el vulgo, había interpretado la relación de las brujas con sus escobas. Decían que se montaban sobre ellas y que podían volar. ¡Volar! Como si fuera tan fácil. Ojalá funcionara así: la cantidad de facturas de avión y de autobús que se habría ahorrado a lo largo de su vida de haber tenido ese don. ¡Volar montada en una escoba!

No, eso era un mito absurdo. Ninguna bruja, a lo largo de la historia, había conseguido jamás hacer levitar un palo de madera. Las que levitaban eran ellas, pero de un modo mucho más prosaico. En los aquelarres de la Edad Media, cuando las mujeres querían invocar los poderes ocultos, lo hacían empleando la fuerza de su sexualidad. ¿Y qué era lo que aquellas simples campesinas tenían más a mano, el objeto que imitaba más o menos la forma de un pene?

Sus escobas, por supuesto.

Cuando se decía que «volaban montadas en sus escobas», Dana lo sabía, era un vuelo sexual, orgásmico. Se las metían por la vagina o por el ano o se frotaban lujuriosamente contra sus vetas mientras pronunciaban los nombres prohibidos, los de las entidades de otros planos que las harían felices con sus (falsas) promesas. Se acariciaban el clítoris mientras los tubos de madera se abrían paso hacia sus lubricadas cavernas, y así, gozando, insultaban a la Biblia y preparaban el terreno para que acudieran los espectros. Entidades que ellas mismas eran incapaces de entender y mucho menos de controlar.

«Volando» sobre sus escobas.

Eso hizo ahora Dana Keyvol: se frotó la madera contra sus partes íntimas mientras se acariciaba el botoncito que ningún hombre había tocado en años,

y entró en un estado de trance previo (o quizás posterior) al éxtasis. Cuando la escoba se abrió paso por sus secos pliegues, haciéndole daño, ella chilló, alcanzó un violento y teatral orgasmo, y el conjuro fue lanzado.

—Que esta pequeña muerte me saque ilesa de donde el mal cavó su propio reposo —pronunció entre jadeos.

La puerta de la cabaña se abrió con violencia.

Más allá del umbral, una nada oscura la invitaba a pasar.

Sabía que la norma era no ir hasta allí, ya que eso podía acarrear consecuencias funestas. Corah se lo había advertido muchas veces: hay lugares a los que nosotras no podemos ir, a los que ni siquiera podemos mirar. Pero eso no siempre era así, Dana lo había leído en los libros. Había momentos del año en que la magia se debilitaba por ambas partes, tanto la buena como la mala. Y una bruja, si era inteligente, podía colarse por las costuras.

Dana cobró confianza en sí misma, ahora que la hechicería sexual había funcionado, y se arriesgó a ir donde la llamaban. Caminó lentamente, pasito a pasito, hasta la cabaña de la Vieja Negra. Y se asomó dentro.

Tardó en acostumbrarse a la oscuridad, toda ella polvo y seco silencio.

—No temas entrar, no te haremos daño. —La voz era un mosquito en su oído—. No podríamos hacerlo aunque quisiéramos. Te protege tu lascivia.

Dana dio un paso. Le costó, pues cada vez le parecía mejor idea esperar a que llegaran sus hermanas, pero la magia de protección no duraría mucho, y tenía que aprovecharla.

Cuélate por las costuras.

Apartó con la mano un lienzo que parecía una telaraña, pero que sólo era una capa de sombra aún más negra que el entorno. Hacía frío: entrar en la cabaña fue como dejarse arrastrar por un invierno que llegara bajo la forma de una gran bestia plateada, sacudiendo su pelaje.

El polvo de décadas formaba estratos sólidos allí dentro; nadie había limpiado la casa desde los tiempos de Daniel Boone. Había incluso excrementos fosilizados aquí y allá, que convertían el suelo en un astuto juego de tramperos. Los muebles, los pocos que había, parecían supervivientes de una época en la que ni siquiera entonces habían sido bonitos.

En el lado opuesto de la habitación, enfrentada a la puerta, había una cama. Estaba tan cubierta de telarañas que parecía como si mil fantasmas se hubiesen tendido unos sobre otros hasta formar una sábana. El viento que entró por la puerta agitó esas gasas blancas, quejándose como si describiera la angustia de los muertos.

Pues había alguien tumbado en la cama. Y su nariz apuntaba en aquel momento hacia Dana.

—Bienvenida… —dijo aquella cosa, su voz un traqueteo pestilente de cucarachas—… hija mía.

—No soy tu hija. Ni tu protegida. Aquello ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Qué sentido tiene el tiempo cuando los hechos y los pactos te unen para siempre? —rió la Vieja Negra[8]. Dana se dio cuenta de que no era ella quien hablaba, sino un muñeco de cera medio carbonizado que había encima de una mesa—. Nos quemaron juntas. Sufrimos el martirio del fuego y la furia de Dios. ¿Qué hay en la Eternidad que pueda unir a las personas más que eso?

—Te repito que hace más de un siglo de esos hechos, y que ya no tienen importancia. No para mí. La diferencia entre nosotras y tú es que hemos elegido renacer a la vida y purgar nuestros pecados, mientras que tú siempre serás una prisionera de la Muerte. El hipocarius que arrastras es infinitamente más perverso que el mío.

El muñeco soltó un exabrupto que sólo pudo haber sido una risa.

—La Muerte no es mi carcelera sino mi concubina, y me ama. Me quiere como ninguna madre soñó jamás querer a un hijo. ¿Acaso has olvidado, mi querida niña, los regalos que una vez le hiciste? ¿Los tributos de sangre nacidos de tu propio vientre que le ofrendaste? Ella no los olvidó, te lo aseguro —siseó el muñeco—. Los recuerda a la perfección. Igual que cuando usaste tu sangre para sentenciar al hombre que mató a tu marido. Cuando usaste tu poder para asesinar a Bradford Dillman, y caíste en desgracia.

Dana fue sacudida por un recuerdo vorazmente nítido, que la hizo retroceder y pisar una de aquellas minas-excremento. Los vio, vio a los niños, a los bebés nacidos de su matriz, de su amor por el que ella creía que era el demonio. Los pobres inocentes a los que entregó en sacrificio en ordalías de demencia. Y también el rostro de aquel pobre padre de familia borracho, en el instante anterior a ser aplanado por el camión.

No, no quería acordarse de ellos; había vuelto dos veces a la vida, aceptando ser quemada en retribución, para poder olvidarlos. Para purgar aquel pecado mortal. Una pira funeraria más y todos sus crímenes quedarían vengados.

—Sé que mi destino es arder en esa hoguera final, en el aquelarre definitivo, porque de ese modo seré libre —exclamó, furiosa—. Mi espíritu al fin podrá volar en paz hacia las tierras de Amz, más allá de las Tierras de

Tránsito. Pero tú no quieres arder, Vieja, no quieres recordar el dolor. No deseas expurgar tus delitos.

—Claro que no. Soy la puta de Erebus, su concubina favorita. Su princesa podrida. Y me llenará de nuevo con su semilla mientras vosotras os consumís una vez más entre las brasas. —El viento movió las sábanas de tela de araña, haciendo parecer durante un segundo que aquella cosa iba a levantarse. Dana se llevó un susto tremendo, pero la Vieja no se movió. El viento sólo le arrancó un soplido de polvo de huesos, y lo esparció como un puñado de confeti—. Puedes negar lo que una vez fuiste, Dana, lo que todas vosotras hicisteis. Pero siempre quedará en la memoria. Adorasteis al Maestro y luego le disteis la espalda cuando más os necesitaba. Eso es imperdonable. Menos mal que encontró a aquella otra putita joven, Duria.

—Los santuarios tendrán doble vuelta de llave esa noche. No podréis entrar para hacer vuestros infames sacrificios.

—Qué estúpidas sois. Después de tantos siglos buscando las mismas armas, repitiendo los mismos patrones, y aún no habéis aprendido nada. Mira a tu espalda.

Dana vaciló. ¿Era un truco? No, aún le quedaban unos pocos minutos de magia protectora en activo, así que se arriesgó a darle la espalda a la cama, y a echar un vistazo a lo que la bestia quería que viese.

Una oleada de aire caliente le azotó el rostro.

Fuera de la cabaña el paisaje había cambiado. Ya no estaban en la era moderna, sino en una amalgama de retazos de historia, un compendio de escenas de diferentes épocas con un único hilo conductor: hogueras. Resplandores rojos y amarillos y columnas de humo infecto. Piras ardientes donde se consumían mujeres y hombres, chillando por sus pecados, carbonizándose por sus creencias.

Eran cientos, no, miles. En los cinco continentes y en cada uno de los cuatro dígitos del calendario. Cual mieses zarandeadas bajo el filo de plata del segador, que se rindieran tras siglos de lucha y entregaran miles de cabezas, las de su estirpe se estaban enfrentando a su particular apocalipsis.

Dana vio todo aquello, y lloró, porque una cosa era imaginar la cantidad de hermanas suyas que habían sucumbido al dictamen de la llama a lo largo de la historia, y otra muy distinta verlas arder al mismo tiempo, todas a la vez, en una borrasca de sufrimiento.

Eran muchísimas. El mundo estaba cubierto de ellas, y era un mundo muy, muy grande.

—¿Lo entiendes ahora, Dana? —susurró la Vieja—. ¡No necesito acceder a los santuarios, porque el planeta entero es un santuario! ¡En cada rincón ha muerto una bruja, tras cada piedra y cada árbol se ha pronunciado un juramento de venganza! Da igual dónde derrame la sangre del petirrojo, allí se desacralizará la tierra. Y yo seré fecundada por Erebus, y viviré feliz para siempre a su lado.

Dana se giró de nuevo, torrentes de lágrimas bajándole por las mejillas. Y reunió el valor suficiente como para acercarse a la cama.

Lo que vio la dejó paralizada del terror.

Bajo los lienzos de telarañas había un cuerpo marchito, el de un cadáver insepulto que tenía las manos fosilizadas en una eterna plegaria. Eso lo esperaba Dana. Lo que nunca llegó a imaginar fue que ese cadáver no estuviera desnudo, sino metido dentro de una jaula de hierro carbonizado. La misma donde lo habían achicharrado hacía un siglo.

La Vieja Negra aún estaba encerrada dentro de su ataúd de acero.

—El campeón que habéis elegido, ese vago de la gran ciudad llamado Vincenzo, jamás podrá detener el Nhud —dijo el muñeco de cera, embelleciendo la lengua vernácula con las ricas sonoridades del idioma de los muertos—. Llamaremos a los tres chiquillos que quedan por sacrificar, más el petirrojo, para que acudan a su inmolación final. Sucederá donde mismo ocurrió el pacto original. El Lisiado dará buena cuenta de ellos… y de vosotras también, si os acercáis. Todas acabaréis pagándolo caro por habernos traicionado.

»Ah, y una última cosa.

—¿Qué? —tembló Dana, sabiendo que su magia de protección se estaba agotando. Le quedaban apenas segundos.

—Te has equivocado en un detalle, brujita. «Que esta pequeña muerte me saque ilesa de donde el mal cavó su propio reposo», conjuraste. Pero te has equivocado de lugar. Mi vástago, Canaán, levantó esta cabaña y puso aquí este señuelo, en el lado contrario de la colina a donde yo realmente reposo. ¿No te parece gracioso?

La comprensión llegó un segundo tarde a los ojos de Dana. El segundo que necesitó Canaán para salir de las sombras, a su espalda, y partirle en dos la cabeza con un hacha de cortar leña.

De la fuerza con la que ejecutó el golpe, que arrastraba muchos años de anhelo y odio comprimidos en su interior, el metal le llegó casi hasta los hombros.

2

Le llegan *flashes* de su vida anterior, cuando su única preocupación era encontrar libros raros y estudiarlos. Se ve a sí mismo cómodamente sentado en un salón, tabaleando con la parte de atrás de un lápiz sobre el reposabrazos, mientras se abre paso a través del *Mabinogion* (una prosa ciertamente difícil de transitar). O del más oscuro y difícil de encontrar *Organon Maleficarum*, en el que le extraña que Corah no haya añadido más de un escolio.

Apunta las frases que le gustan en un cuaderno: El gótico como literatura de escenarios, el misterio como literatura de tramas, la naturaleza sexual del miedo (comprobar cita).

En la novela que Vincenzo Strada quiere escribir sobre su propia vida, el protagonista será un joven atractivo, con tiempo y fuerzas para soportar unas cuantas horas de gimnasio además de las horas de lectura, y no le tendrá miedo a nada.

La novela, cuando la escriba, será un éxito comercial. Le hablará al público de la brujería y el satanismo en su vertiente más cruda, no frivolizada por las corrientes pop. Y sabrán lo que son los personajes oscuros y el sufrimiento. Una mujer de Connecticut, hace poco, le sacó los ojos a su hijo de tres años con unas tijeras en el transcurso de una ceremonia satánica porque se lo pidió su vicario. No son cosas para tomárselas frívolamente, haciendo campañas-anuncio de festivales de cine ni nada parecido.

El Vincenzo soñador y el Vincenzo atrevido son una misma persona, pero a veces es preferible adoptar una fórmula de conjugación más objetiva. En realidad queda tan poco de él en ambas caras de la moneda que está dispuesto a admitir que el distanciamiento puede ser la respuesta. (Oh, por Dios, eyacular sobre Corah dejándose caer sobre ella en varias etapas, como fichas de dominó desplomándose unas sobre otras. Qué maravilloso anhelo. Qué imposible martirio).

Fornicar con Corah con emoción y persistencia, de todas las maneras que nunca hubiera creído posibles. Eso era lo que más le apetecía en el mundo, para que la habilidad y la lujuria se combinasen en una mezcla sabia y audaz. Y al cuerno con la diferencia de edad.

Como no tiene otra cosa en la que entretenerse, en lo que su conciencia vuelve a tomar el mando de su cuerpo desmayado decide dedicarse a buscar los anagramas de la palabra BRUJA:

BURJA
AJBRU
ABRUJ
JABUR
JABRU
UABRJ

—Te falta uno —dice una voz.

—¿Cuál?

—MIEDO.

—Eso no es un anagrama de BRUJA.

—Sí que lo es, para quien se da cuenta.

Un mosquito revolotea cerca de su brazo y le clava su aguijón. El dolor es real. La sensación de repulsa es real. Pero no le drena sangre, sino que le inocula algo que le quema en vena. Su aliento es una queja estéril en el seno de la noche.

La charla entre el mosquito y él (con la droga que le corre brazo arriba como tercer interlocutor) parece muy natural, hasta el punto de que en cualquier momento espera asistir a un intercambio de bromas, de aforismos, de anécdotas…

Entonces, sin previo aviso, la droga lo agarra por el pescuezo…

… Y lo trae a rastras hasta el mundo real.

Vincenzo abrió los ojos, sintiéndose pasajero en un sueño con una precisión poco habitual. Uno en el que, tras haber recibido una paliza de muerte, no se despertaba en un hospital rodeado de guapas enfermeras, sino en un camastro sucio, en lo que parecía el interior de un cuarto de aperos.

Y en el que un muchacho vestido de pequeño policía le daba sopa con una cuchara.

—¿D… dónde estoy? —logró articular.

El muchacho tenía medio rostro permanentemente sumergido en las sombras. El otro medio parecía tironeado por una serie de decisiones difíciles, aunque conservaba una mezcla incisiva de personalidad e inocencia.

—Cállate y bebe. Tu cuerpo aún no es capaz de tragar nada sólido, pero tienes que recuperarte rápido. Estoy harto de tener que ponerte pañales y limpiártelos.

—¿Eres aquel chico… Gerry Damiano? ¿El hijo del policía? ¿Dónde me has traído?

—Mis amigos y yo usábamos esta cabaña cuando éramos pequeños. Era nuestro refugio secreto para venir a jugar.

Cuando éramos pequeños, se asombró Vincenzo. Pero si era un maldito crío. ¿Era esto lo que les hacía la cruda realidad a los niños que no tenían tiempo para gozar de su infancia?

Vincenzo intentó moverse, y aunque los entumecidos dolores de cien moretones le hicieron gritar, descubrió que podía hacerlo. Podía moverse, algo increíble después de semejante paliza. ¿Hemorragias internas? A falta de noticias en ese sentido, se palpó en busca de fracturas.

—No te sacudas muy rápido, todavía —le advirtió el chico—. Te dolerá. Mi padre y Gard te dieron un buen repaso, pero son profesionales y saben cómo apalizar sin romper huesos, para que no puedan acusarlos de nada. Las leyes de este Estado se basan en los daños irremediables del cuerpo, no en aquellos de los que te puedes recobrar rápido. Son unos cabrones muy listos.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos días.

—¡Celesste! —se acordó de repente—. ¿¡Dónde está!? ¿Qué pasó con ella?

—Se la han entregado a Canaán, supongo. Es gracioso. Siempre pensé que los autores de las pintadas del Sabbat eran enemigos del Maestro, pero resulta que no. Resulta que uno de ellos era mi viejo, y el otro su amiguito de uniforme. Y que en todo momento estaban trabajando para él, haciendo esos actos de vandalismo para tratar de inculpar a las brujas.

—¿Ignorabas que tu padre también trabajaba para… para el Maestro?

—¿No es patético? Sí, lo ignoraba. E imagino que él tampoco sabe que yo soy uno de los adeptos de Canaán. Perverso, ¿no?

—¿Por… por qué me rescataste? Podrías tranquilamente haberme dejado morir en el bosque…

—Porque me puedes ayudar a joderlos bien, a mi padre y a ese psicópata amigo suyo. ¿Y sabes qué? —Gerry cogió una servilleta (posiblemente robada, porque tenía el logo de un restaurante caro en una esquina) y se alongó hacia él para limpiarle la boca. Ese movimiento hizo que la otra mitad de su cara entrase en el cono de luz. Vincenzo sintió un escalofrío al verla—. Me he puesto a pensar, y mira qué sorpresa, resulta que odio a mi padre.

La mitad derecha del rostro de Gerry era una quemadura arrugada, seca y muy fea. Como si hubiesen vertido café hirviendo o algo peor sobre el pobre muchacho, y lo hubiesen tenido atado a una silla mientras el magmático líquido hacía su efecto.

—¿Quién… quién te ha hecho eso? ¿Ha sido Trevor?

Gerry asintió, y tiró lo que quedaba de sopa por la ventana.

—No era la primera vez que mi padre me amenazaba con derramarme una cafetera recién hecha por encima. La diferencia es que esta vez lo hizo. Y no se arrepintió, el muy cabrón. —Contuvo un sollozo. No quería dejar salir las lágrimas, pues era un hombre duro. Un Hombre con mayúsculas—. Esto es lo que me merezco, de todas formas.

—¿Que te lo mereces? —se asombró Vincenzo—. ¿Por qué dices eso?

—Por ser un débil mariquita que sólo piensa en culos de tíos. Canaán ya me lo advirtió, me dijo que mi depravación traería consecuencias. Y aquí están.

—¿Quién es ese Canaán que nombras tanto?

Gerry lo miró en silencio durante un rato, como si ponderase si decírselo o no. Si contarle alguno de sus secretos a aquel hombre que al fin y al cabo trabajaba para el enemigo. Al final dijo:

—Qué coño, ya no importa. No eres nadie.

Y se lo contó todo, como si en el fondo necesitara desahogarse con alguien externo a su círculo de amigos. Alguien (que fuera un apestoso adulto era lo de menos) que entendiera el suplicio en el que se habían convertido sus vidas. En el fondo no quería de Vincenzo ningún consejo, ni el menor rastro de piedad. Eso lo habría cabreado todavía más. Sólo necesitaba que alguien le escuchara.

Vincenzo no salía de su asombro.

—Entonces vosotros cuatro sois… erais, mejor dicho, las palomillas. Los espíritus en pena reclutados para el sacrificio.

—¿Cómo nos has llamado?

—Os vi en un sueño, a los cuatro, encarnados en palomillas de luz. Luego Corah me dijo que en todas las iteraciones del nocturlabio siempre aparecían esos elementos, esas personas reclutadas por el Mal para ser sacrificadas. Forma parte de su llave ceremonial para abrir las puertas de las Tierras de Tránsito. —Tomó aire—. Por lo que me has dicho, una de vosotros, Sandy, ya cayó. ¿Quién será el siguiente? Sólo el tal Canaán lo sabe.

Gerry se alejó de él, espantado. Porque, qué casualidad, oído por boca de otra persona todo empezaba a encajar. Y de una forma que no le gustaba nada.

—No. Cállate.

—Si quieres que me calle, allá tú. —Vincenzo se encogió de hombros (¡ouch, el dolor!)—. Pero que sepas que esto ya no hay quien lo detenga.

Todos los ceremoniales previos han tenido lugar y han sido fructíferos. El nocturlabio se llevará a cabo os guste o no, conducido bien por un bando o bien por el otro. Y te juro que, si no me dejas ayudarte, demostrándote que habéis elegido al Maestro equivocado, todos acabaréis como Sandy. —Examinó con su ojo sano al chico—. ¿Por qué acudisteis a la llamada de esos monstruos? Sois jóvenes y listos. ¿Por qué comulgar con las nefastas enseñanzas de Erebus, si tenéis toda la vida por delante?

La mirada que le devolvió Gerry contenía todas las respuestas a esas preguntas. Y Vincenzo las leyó. Comprendió que la sombra de esa cafetera había estado tendida sobre Gerry tal vez desde que nació, aunque la tragedia no se hiciera efectiva hasta ahora. Quien provenía del seno de una familia así no llegaba a comprender nunca lo que es el compromiso por tu felicidad de unos padres. A base de recibir palos y decepciones, la vida los preparaba para caer como moscas en las redes de la gente como Canaán.

Quién podía imaginar cuál sería el lóbrego pasado de los otros muchachos; de la tal Surendra (¿no se llamaba así la hija de la cuarta bruja, ahora que lo pensaba?), que según Gerry había caído en un proceso de anorexia que la estaba consumiendo como un cirio agonizante. O del tal Cole, que por su descripción simplemente era demasiado estúpido como para saber en dónde se metía, y se limitaba a seguir la corriente.

Cuando la vida sólo te da palos, es fácil pontificar sobre temas que no conoces. Y caer en las peores redes que es capaz de tejer este perverso mundo, aquellas que te prometen un bálsamo contra esa clase de recuerdos que, por tu juventud, no has tenido tiempo de amortiguar mediante píldoras.

En ese momento se abrió la puerta de la cabaña, y entraron los que, por la descripción, sólo podían ser Cole Baez y su prima Surendra. El chico la llevaba en brazos como si fuera un espantapájaros, o una víctima de la hambruna africana que se hubiera quedado en una percha de huesos.

—¿Ya está despierto este tío? —preguntó Cole—. Necesito el camastro para Sury.

—Sí, lo está. Y creo que quiere hacernos una proposición.

Vincenzo se levantó (qué horror de tirones y dentelladas en todos sus músculos, por Dios bendito) y asintió con la cabeza.

—Sí, ¡sí! Tenéis que entenderlo o será vuestro fin. Sé que hasta ahora habéis estado muy comprometidos con el Maestro, pero él sólo ansía vuestra sangre. No sé qué os habrá prometido a cambio de vuestra devoción, pero creedme, todo es mentira.

Cole se le enfrentó con una mirada pendenciera.

—Blasfemo de mierda, te voy a…

—No. Escuchémosle —lo detuvo Gerry—. Sólo por una vez, a ver qué pruebas tiene de lo que dice. Si es verdad, no quiero acabar como la pobre Sandy.

—Eso es, escuchadme, os lo suplico. —Vincenzo apretó los dientes por el esfuerzo de mantener su propio cuerpo erguido—. De poco servirá contaros mi versión si puedo hacer algo mejor: enseñárosla. Mostrárosla con imágenes. Así me creeréis. Digamos que será un gesto de buena voluntad que tendré hacia vosotros, sobre el que luego podréis juzgarme.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso? ¿Poniéndonos una película de vídeo? —gruñó Cole—. Lamento decírtelo, pero me dejé el reproductor VHS en la caravana de mi viejo.

—No, de otra manera mucho más eficaz. Soy el Testigo, y creo… creo que os puedo arrastrar conmigo en uno de mis… eh… cuelgues místicos. Por llamarlos de alguna manera. —Tragó saliva. Se estaba jugando demasiado a una carta, pero Nevy le había dicho que en teoría algo así sería posible. Si lograse provocarlo artificialmente, y aquellos chavales desesperados pudiesen tener un atisbo de la tragedia que les aguardaba, a lo mejor hasta les salvaba la vida a todos. A ellos y a Celesste.

—¿Qué necesitas, que nos sentemos en círculo a cantar canciones?

Vincenzo los miró con dureza. Incluso a Surendra, la cual, sin fuerzas para hablar, al menos había logrado girar el cuello unos grados hacia él, y lo miraba expectante.

—No. Más bien saber si tenéis acceso a pequeñas cantidades de drogas indias, de esas alucinógenas.

—Sury, en su estado, jamás aguantará eso —dijo Cole.

—Ella no, pero nosotros sí —barruntó Gerry. Vincenzo tuvo la impresión de que aún no se lo había ganado como aliado, pero odiaba tanto a su padre y lo que le había hecho que, de los tres, era el más predispuesto a tantear otras opciones—. Te conseguiré un par de dosis, sé dónde las guardan en comisaría.

—¿Qué será lo que veremos? —preguntó Cole.

—Con un poco de suerte —dijo Vincenzo con franqueza— vuestra propia muerte.

TRATADO DE LOS AQUELARRES, I

INTROITO AL NHUD

1

Celesste despertó con la misma sensación en los huesos que le daba cada vez que el hombre del tiempo anunciaba una tormenta: una especie de cambio de presión en el tejido conjuntivo que le producía escalofríos. Siempre que lo sentía llevaba aparejado un cambio de humor, algo así como una noción de malos presagios.

Solo que esta vez, cuando despegó los párpados, los presagios se convirtieron en algo más.

Quiso gritar pidiendo auxilio, pero la habían atado de pies y manos y le habían amordazado la boca.

Estaba en una cabaña sucia hasta lo indecible, ocupada casi toda por una cama, una mesa y varias jaulas con pajarillos de lindos colores. Esas flores enjauladas emitían débiles suspiros de advertencia (¡corre, huye, vete de aquí!), pero Celesste no podía hacerles caso: estaba atada a una de las sillas, orientada hacia la cama. Un muñeco de cera medio derretido le clavaba su mirada de ojillos tuertos. A su lado, en una cocinilla, unos escarabajos hervían en porcelana gris.

Había tres personas más en la habitación. Dos vestían como policías. La tercera era un niño de aspecto siniestro que les hablaba a los adultos como si fuese su amo y señor.

—… Y no os olvidéis de meter jaleo allí arriba —estaba diciendo Canaán, en el momento en que Celesste se enganchó a la conversación, mientras se bebía la sopa de escarabajos—. Quiero esa maldita comuna limpia de chusma para esta noche, o no podremos llevar a cabo la ceremonia. ¿Entendido?

Gard y Trevor encendieron cigarrillos y exhalaron lentas cintas de humo. No les preocupaba lo más mínimo la salud de la cuarta persona, la que estaba tumbada en la cama.

—A sus órdenes, mariscal —dijo Gard—. Habrá un tiroteo de mil pares de cojones, eso se lo garantizo. Lo que no será tan fácil es sacar de allí a los

compañeros una vez los hayamos convocado.

—Eso me da igual. Lo que necesito es que eliminéis a los sicarios de Corah, esos chalados armados hasta los dientes. Una vez estén muertos, a mi madre y a mí nos será fácil acceder al recinto del Nhud.

—Delo por hecho, jefe. Ni Charles Bronson sería capaz de poner orden en lo que va a suceder allí esta noche.

—Bien. Yo mientras tanto iré a buscar a los pajarillos jóvenes —dijo Canaán—. Algo malo pasa con ellos, lo presiento. Nunca habían sido impuntuales a su cita conmigo. —Un ruido procedente de la silla llamó su atención—. Ah, mirad, el petirrojo se ha despertado. —Le dedicó a Celesste una sonrisa llena de dientes (¿con más colmillos de los que cabría esperar, o era un efecto de la poca luz?)—. Bienvenida al mundo real, mujer. ¿O debería decir hombre? ¿Qué eres, después de todo? Aún no lo tengo claro.

—Si tiene polla, es un tío —sentenció Trevor—. Algunos de estos pervertidos tienen pollones del tamaño de caballos. Comen ciertas hierbas de la India para que les crezcan. —Se cruzó de brazos—. Qué pasa, lo he leído en el Hustler.

—¡Hmmmf! —lloraba de terror Celesste, intentando morder lo que sea que le hubieran metido en la boca además de la mordaza. Un trozo de algodón capaz de asfixiarla si se lo tragaba sin querer—. ¡Hhhhhhmmfffffff!

—Sssshhh, tranquilo, pajarillo —susurró Canaán—. Aún no ha llegado el momento de que cantes. Pero pronto lo harás, vaya que sí. Y será la canción más hermosa que ninguno de nosotros haya oído nunca…

—¡Hhhhhhmmmmmffff!

El niño despidió a los policías.

—Id a hacer vuestro trabajo, ya está atardeciendo. Para cuando se oculte el sol no quiero a una sola persona con vida en esa comuna de locos. ¿Entendido? Si me falláis, no sólo me cabrearéis a mí, sino también a mi madre. Y ya sabéis lo que pasa cuando ella se enfada.

—Tranquilo, jefe —prometió Gard, apoyando la mano en la culata de su revólver—. Cuando usted suba, no quedarán sino cenizas.

Y se fueron. Canaán se volvió hacia Celesste, cuyos únicos movimientos eran cada vez más escleróticos.

—Ay, estos adultos traviesos. Cuánto cuesta meterlos en vereda. Relájate, petirrojo; aún nos queda una larga carrera hasta la medianoche. Quizá yo mismo te lleve de la mano al infierno, lo que sería algo bastante egipcio por mi parte, ¿no crees? —Chasqueó los dedos—. Por cierto, si quieres ponerte un traje más elegante para la ceremonia, tengo uno aquí mismo.

Cerró la puerta de la casa. Y ésta, al moverse, dejó ver lo que había colgado de un gancho detrás de ella.

El cuerpo de Dana Keyvol, con la cabeza partida en dos por el hacha y su vestido de andar por casa hecho un manchurrón negro, de sangre seca y trozos de cerebro. En el aire flotaba una especie de olor tóxico a flatulencias.

—¡¡¡¡¡HHHMMMMMMMMMFFFFFFFFFFFF!!!!!!!

2

Trevor Damiano creyó tener otro pensamiento, más radical que el anterior, pero se le escurrió como un pez.

—Ya está: en el brazo, pero sólo rozándolo, ¿eh? —le sugirió a su colega —. Pero ten la radio a mano para llamar por refuerzos inmediatamente.

—Me gusta. Eres una mala pécora —rió Gard, enfilando las últimas curvas que los llevarían a la propiedad privada de los survivalistas. En el asiento de atrás del coche no viajaba esa tarde ningún delincuente, ni ningún peligroso terrorista, pero sí su destilación formulaica: pistolas, escopetas recortadas y algún que otro fusil de asalto. Todos con licencia.

—Y tú otra. Eso sí, no se te ocurra fallar porque vas de milímetros, ¿eh? No quiero que me arruines para siempre el brazo de las pajas.

—Tranquilo. Tengo buena puntería. Mira, hemos llegado.

El coche frenó en la pequeña explanada que había ante el camino. Ante ellos se alzaban los carteles que advertían encarecidamente del peligro que suponía saltarse aquella prohibición. Allí mismo había estado aparcado el Studebaker de Vincenzo, días atrás, pero ya lo habían retirado.

Trevor y Gard se bajaron, las manos siempre en las culatas. El claro estaba flanqueado por árboles frondosos, en cuestas suaves de una irregularidad demasiado estratégica. Aquí y allá se veían las casamatas de unos observatorios de pájaros… que ellos sabían que más que fotógrafos, lo que ocultaban eran francotiradores.

No había gente a la vista, pero sí una oxidada cámara CCTV.

Dirigiéndose a ella, Gard gritó con voz potente y autoritaria:

—¡Ah del lugar, les habla la policía! ¡Se nos ha llamado porque alguien necesita ayuda! ¡Que salga un portavoz de la comunidad para hablar con nosotros, inmediatamente!

… mente… mente… mente, se burló el eco.

Pero no pasó nada. Los policías echaron adelante el mentón y volvieron a emitir su demanda. A ambos se les estaba poniendo dura sólo de pensar en las consecuencias. Gard y Trevor casi podían sentir los puntos en su piel donde en ese momento convergían las miras telescópicas.

Entonces se escuchó una voz, no proveniente de ningún aparato electrónico, sino de delante de ellos. De la muralla tupida de brezos.

—¡Lárgate, polimierda, esto es una propiedad privada! ¡Nos ampara la Quinta Enmienda, no tienes autoridad aquí!

—Yo me paso las enmiendas por el forro de los huevos —respondió Gard —. O sale ahora mismo alguien para verle el careto mientras le hablo, o entro a buscar a uno yo mismo. ¿Me habéis entendido, retrasados mentales? ¡Tenéis quince segundos!

Y se puso a controlar su reloj de pulsera.

Un silencio estupefacto siguió a sus palabras. Aquellos energúmenos no estaban acostumbrados a que nadie les hablara así, por lo que sus diminutos cerebros tardarían en procesar la información. Y llegarían a algún punto muerto del que sólo sabrían salir usando el comodín que siempre se los resolvía todo: la violencia.

Que era justo lo que Gard y Trevor pretendían. Los dos hombres, de pie sobre sus sombras, aguardaron la primera reacción de los locos.

—Este es mi cadalso, quince hombres armados con palas, la tierra golpea los cajones… ¡bum bum bum —canturreó Gard, una vieja tonadilla de Halloween. Y el segundero que seguía con su imparable cadencia—… mmmshcatorce y quince!

De repente, los dos se cubrieron tras las puertas abiertas del coche, sin que hubiera habido ningún cambio ni reacción alguna por parte de la comuna. Era como si se estuviesen inventando el siguiente capítulo de aquel drama.

Desenfundaron las pistolas. El transmisor de emergencia saltó de su enganche hasta la mano de Gard.

—¡Aquí unidad veintiséis, de patrulla en el punto G-12, nos están atacando! —gritó el sargento por la radio—. ¡Hombre herido, repito, hombre herido! ¡Necesitamos todos los refuerzos posibles, estos cabrones tienen artillería pesada!

Al estupor de los centinelas de la comuna le siguió otro acto aún menos comprensible: cuando Gard Barbour apuntó con su revólver a su propio compañero, y le disparó en el brazo.

Sólo fue un rasguño, pero hizo correr bastante sangre. Trevor chilló e hizo un poco de teatro, para que se oyera bien por la radio.

En ningún momento tuvo miedo, porque sabía de la buena puntería de su compañero. Él no le pondría jamás en peligro el «brazo de las pajas».

Cuando los centinelas del perímetro comprendieron lo que estaba pasando, y corrieron a sus puestos de emergencia, era demasiado tarde para detener la avalancha. De Russellville ya salía una larga procesión de hormigas psicodélicas que titilaban en rojo y azul, un auténtico batallón policial que venía a poner las cosas en su sitio.

Gard y Trevor se guiñaron un ojo el uno al otro, y abrieron la puerta de atrás del coche para armarse como Dios mandaba.

3

El pequeño Gerry cumplió con su promesa y les consiguió las drogas. Dijo que había sido bastante fácil, porque una alerta repentina había dejado casi vacío el cuartelillo. ¿Que a dónde habían ido todos? Pues creía que a la montaña, al campamento ese de los survivalistas, porque se habían oído tiros.

… Lo cual cogió con la guardia baja a Vincenzo.

—¿Qué acabas de decir? —parpadeó—. ¿Survivalistas? Pero… ¿existen de verdad?

—Claro, llevan allá arriba desde hace más de una década. Mi padre ya les subía cosas en su camión cuando aún lo conducía. Suministros y rollos de esos. Pero no suelen bajar a la ciudad, no les interesa la vida social.

Vincenzo se dejó caer, hecho una masa blanco-rojiza de moretones, sobre la silla.

Tras una ráfaga de lo que parecían fragmentos de recuerdos pulcramente editados, el joven lo comprendió todo. Todo, incluso lo que Corah no le había contado. O mejor dicho, lo que se había limitado a sugerirle entre líneas.

Le entraron ganas de reír al comprender la simpleza del asunto, y cómo de fácilmente lo habían engañado. El universo nunca había hecho «crack» debido a la magia, como le dieron a entender. No había habido un salto espacio-temporal como el de Rod Taylor en *La máquina del tiempo*, cuando volvió de su primera incursión a las Tierras de Tránsito. Simplemente, Corah y sus amigas lo habían preparado para que lo pareciese.

Recogieron el cuerpo inconsciente de Vincenzo del claro del bosque, lo bajaron a la ciudad en su propio coche o en el *jeep* de Corah y, tras aparcar el Studebaker frente a la KNB, depositaron al joven en aquel sofá. Para que cuando despertase creyera que nunca se había movido de allí, y que todo lo

anterior había sido un sueño. Teniendo en cuenta lo desquiciada que se había vuelto la realidad desde que descendió al submundo de la brujería, supusieron que se lo tragaría.

Y desde luego lo había hecho. Con patatas.

—¿Así que la comuna ya existía antes de que Corah se viniera a vivir a Russellville?

—¡Claro! —dijo Gerry—. Por lo que nos contó Canaán, esos colgados primero huían del mundo porque creían que había una guerra atómica en ciernes. Pero cuando ellas llegaron, les lavaron de alguna forma la cabeza para que se pasaran al rollo místico-escatológico. Pasaron de temer el Día del Juicio atómico a temer el Día del Juicio bíblico. Corah se convirtió en una especie de líder de la comuna, porque les convenció de que el verdadero peligro no eran las bombas, sino la perversión final del espíritu humano. Y eso que estos tíos tienen menos cerebro que una pulga coja.

—¿Pero por qué? —se encolerizó Vincenzo—. ¿Por qué me engañaron? ¿Qué necesidad había de ocultarme la verdad? ¡Si me estaban utilizando de cobaya!

—A lo mejor querían que no te acercases nunca más a la comuna —sugirió Surendra, en un hilo de voz—, ni que te preocupases por lo que allí pasaba.

—Estoy de acuerdo —dijo Cole—. Y más teniendo en cuenta que el lugar donde Canaán nos dijo que se celebraría el Nhud es allí dentro, en una especie de claro del bosque con mucho poder.

—¿En… en un claro? —Las cejas de Vincenzo formaron dos arcos perfectos de asombro.

Más piezas que encajaban en el puzle: el mismo claro donde le habían hecho asistir a su primer aquelarre, donde fumó la pipa wyandot. ¡Por supuesto! Ese era el lugar sagrado, probablemente donde Duria Hagopian llevó a cabo su pacto con las tinieblas. Corah también le había mentido en eso, desubicándolo para que pensase que la odisea de los Hüt había tenido lugar en las lejanas montañas, en lugar de allí mismo. Probablemente, el sitio donde Duria y sus familiares devoraron carne humana fue donde él tuvo aposentado su trasero la noche en que vio danzar a las brujas.

Se lo imaginó como si hubiera estado allí, hacía unos años, cuando Corah, Helena y Nevy llegaron a Russellville. Las vio consultando libros, recabando todos los datos posibles sobre los Hüt y el lugar donde había tenido lugar el Pacto de Erebus. Una vez localizadas las coordenadas subieron a verlo con sus propios ojos para, oh sorpresa, descubrir que ya había gente viviendo allí.

Y que no eran personas lo que se dice muy amigables, sino sociópatas que creían que en cualquier momento el mundo se iba a llenar de hongos atómicos.

¿Pero por qué desaprovechar los ases que el destino les estaba brindando?, debió de pensar Corah, pues si lo miraban desde cierto punto de vista, la presencia allí de aquellos chalados suponía una ventaja táctica. Ellos ya tenían acordonada la zona; la protegían con sus armas y con su suspicacia. No había mejores guardianes para el enclave que Corah quería proteger de sus enemigos, así que… ¿por qué despedirlos?

Que Corah era una mujer dotada con ciertas habilidades sobrenaturales era algo que Vincenzo, a pesar de sus mentiras, ya daba por hecho. Era una realidad, creyera en esa mitología o no. Por eso no le resultó difícil imaginársela tirando de ciertos hilos, y pulsando ciertos botones basados en el miedo y la superstición, para conseguir que aquellos locos la siguieran como a un mesías. Les reveló la auténtica naturaleza del Mal (¡no es algo físico, hijos míos, sino espiritual! ¡Preparad vuestras armas contra los Cuatro Jinetes, no contra los bombarderos rusos!), y los puso a hacer imaginarias. Su objetivo: los soldados que pudieran reunir Canaán y su madre en su cruzada para rescatar a Erebus de las Tierras de Tránsito.

—Allí es donde todo confluirá esta noche —dedujo—. Donde los brujos, tanto los de un bando como los del otro, bailarán el último vals. Y si como tú dices, Gerry, la policía ya ha subido a meterles caña, es que la rueda ha empezado a girar.

—¿Qué hacemos aquí parados, entonces? —exclamó Cole—. ¡Tendríamos que estar con nuestro Maestro, ayudándole, y no escuchando a este bastardo!

—¡Esperad, mirad primero lo que tengo que enseñaros! —suplicó Vincenzo—. Sólo os pido eso, que entréis un instante en el Otro Lado conmigo, y luego si queréis podéis largaros con viento fresco, ¿de acuerdo? No puedo obligaros a nada, sólo os lo pido por favor.

—Date prisa, entonces —dijo Gerry, pulverizando la droga en unas papelinas. Todos menos Sury se fumaron aquellos porros caseros. La chica lo que hizo fue respirar de vez en cuando el humo que Gerry o Cole le exhalaban a la cara. Eso bastaba para sumergirla en un complejo trance.

Cuando unos minutos después aún no había pasado nada, los chicos se quedaron mirando a Vincenzo, sin moverse. Parecían niños con los ojos clavados en un desnudo árbol de Navidad.

Vincenzo no sabía qué decirles. Para lo único que parecía haberle servido el porro era para amortiguar los intensos dolores de sus heridas, pero no para disparar un viaje metafísico al infinito.

—¿Y bien? —preguntó Gerry.

—Eh… yo…

—Tierras. Tránsito. Viaje. Revelación.

—Sí, ya lo sé, es que no comprendo por qué no funciona…

En el exterior comenzó a nevar. Cayeron copos de nieve con tanto encaje como una ropa interior femenina de lujo. Los tres miraron sus respectivos porros, pero descartaron la idea: sí, estaba ocurriendo en realidad. No, no era un efecto colateral del cuelgue.

—¿En esta época del año? —se extrañó Gerry.

Vincenzo cerró los ojos. Había una diferencia entre dejarse sugestionar y llegar a cruzar verdaderamente una línea de la que no se podía volver, donde se mezclaban conceptos tan dispares como la vida, el sueño y la inminencia de la muerte. ¿Estaba nevando de verdad, demasiado pronto para aquellos meses? Podría ser. El aguacero que lo empujó a traición fuera de la calzada, destrozándole el coche de su padre, también había salido de la nada.

Es el Nhud. Se acerca y está alterando el orden de las cosas, pensó, deseando brindar con la noche.

Una serie de cosas en las que había conseguido no pensar se escaparon de la jaula y corrieron hasta su cerebro, haciendo cabriolas: aquello iba a fracasar. No podría demostrarles a aquellos chavales que estaban siendo engañados, y que si subían esa noche a la montaña morirían todos. Es más, el tal Canaán (¿por qué los villanos siempre elegían nombres bíblicos?, ¿para quitarse responsabilidades de encima?) los estaría buscando como un loco. En nada llamaría a sus sicarios, los polis corruptos, y los pondría a rastrear todo el condado buscándolos. No podían llegar tarde a su inmolación final.

Lo único que le quedaba era la esperanza de poder salir huyendo de allí, con las piernas llegándole al culo, y poner muchos kilómetros entre su más inmediata realidad y Russellville. La única pega de ese plan tenía un nombre que empezaba por C.

C de Celesste.

Ella estaba metida en esto por su culpa. No de forma directa, por supuesto, porque Vincenzo no la había llamado sugiriéndole que Kentucky era el escenario ideal para sus películas. En aquel juego de profecías autocumplidas, Celesste era un peón más, una pieza del tablero movida por dedos invisibles y dispuesta ya para el sacrificio.

No podía permitir que la rajase un demente sobre un altar de piedra, o lo que fuera que le tuvieran preparado. Llamar a la policía estaba descartado; quién sabía cuántos de ellos estarían en el ajo. Y enganchar una UZI al estilo de los héroes de acción y subir a repartir sus ideas en forma de balas, también. Él no era Chuck Norris, maldita sea, sino un joven fofo («gordo», no lo suavices) y con más contusiones que el Coyote al final de un maratón de episodios. Sólo podía huir y rezar porque todo acabase bien.

No acabará bien para nadie. Y lo sabes. No puedes largarte sin más y dejarla a merced de

(no, esta parte prefería dejarla en suspenso)

y de lo que te tenían reservado para ti. Ella pagará el pato, lo cual estará persiguiéndote el resto de tu vida.

Abrió los ojos para descubrir que los demás también los habían cerrado. Compungido, dijo:

—Lo… lo siento, chicos. Tenéis derecho a estar enfadados, creí que esto funcionaría. No fue más que otra mentira de esas mujeres. Os pido disculpas.

Cole fue el primero en abrir los ojos. Su expresión de estupor casi rozaba un grado más, algo parecido al… miedo. A sus compañeros les pasaba lo mismo. A medida que despegaban los párpados, parecían estar regresando de unos viajes secretos y fantasmagóricos.

Habían visto algo.

—¿Qué os ha pasado? —dudó Vincenzo.

—He visto cosas —murmuró Cole, sus palabras pequeñas nubes de vaho. Empezaba a hacer frío en aquella cabaña.

—Yo también —gimió Sury. Unas lágrimas pintaron sus ojos con reflejos.

—Y yo. —Gerry fue el último, y el que tomó la decisión—: Creo que… que será mejor que te hagamos caso, tío. He volado y visto cosas. No sé si lo mismo que los demás.

—Cosas horrendas… —se estremeció Cole, y no era por el frío—. Estaba ese hombre retorcido, como una especie de tullido, y… y la isla de piedra. Había muchas puertas por todas partes.

—Y tumbas —completó Surendra, su voz un calambre retorcido por el miedo—. Nuestras tumbas. Nos habían sacado las tripas con cuchillos de hueso, por Dios… Vi los cadáveres de los cuatro, incluso el de Sandy. —Una lágrima le resbaló por la mejilla, convirtiéndose en un carámbano de muchas facetas antes de caer al suelo—. Teníamos las bocas abiertas en una especie de… de grito eterno, y la garganta llena de moscas.

Vincenzo sintió una gran lástima por ellos. Su presente había pasado de tener matices a estar iluminado por una luz cruda, de fluorescente, que no dejaba espacio para más secretos. Volvían a ser huérfanos otra vez, ahora que habían visto su futuro y el papel que Canaán quería realmente que jugasen. No tenían dónde huir, ni santuario o religión que los hospedase.

¿O tal vez sí?, meditó.

Las situaciones difíciles crean extraños aliados, pensó al tiempo que se le ocurría una idea. Bastante arriesgada dadas las circunstancias, pero en momentos así todos los clavos a los que podían agarrarse estaban ardiendo.

—¿Tenéis coche? —preguntó—. Yo no creo que en mi estado pueda andar ni medio kilómetro bajo esa nieve. Ni Surendra tampoco. Pero tenemos que volver a la ciudad de inmediato.

—Yo traje el buga de mi viejo —dijo Cole.

—Estupendo. Vamos, tenemos que pedirle ayuda a una persona, la única lo suficientemente fanática y cerrada de mente como para no poder negarse.

—¿A quién?

—Al reverendo Pope.

4

El tráfico sonaba como una especie de río, un torrente lento que iba a alguna parte, canoro e irrevocable. Solo que con aquella nevada la velocidad de las aguas era muy lenta.

En algún lugar dentro de aquel caudal sombrío estaba el coche de Cole. Y en algún lugar del interior del coche, cuatro almas que dudaban poder encajar más noticias esa tarde. Cuatro bocas calladas, ocho ojos taciturnos. Una sola tonada en la radio:

> They tear your dreams apart
> And every new town
> Just seems to *bring* you down
> Trying to find peace of mind
> Can break your heart
> It’s a real war
> Right outside your front door

—Apaga eso —pidió Gerry. Una mano se alargó para girar el dial, que estalló con un click.

—Nos buscará, nunca dejará de buscarnos —murmuraba Sury en una letanía pesimista.

—Si logramos sobrevivir a esta noche, eso ya no tendrá importancia —dijo Vincenzo—. A menos que Canaán tenga otros, eh… subalternos de repuesto para el sacrificio, vuestra mera ausencia lo arruinará. Le hará mucho daño.

—¿Por qué hay tanto tráfico? —preguntó Cole, inclinado sobre el volante como una anciana tras sacarse el carnet. Vincenzo habría preferido ocupar ese puesto, ya que era el mayor de todos y el único en edad legal de conducir, pero el dolor de sus articulaciones estaba alcanzando los límites de la psicodelia. Si no encontraba calmantes pronto, sería a él a quien tendrían que dejar a cargo de Pope.

—¿Te extraña, acaso? —dijo Gerry—. Alguien ha volcado unas cajas con unos cuantos millones de toneladas de invierno sobre el condado. Y la gente de aquí no sabe conducir con nieve.

—Sí, pero esto… es muy poco habitual hasta para las carreteras heladas. Ha tenido que ocurrir algo más adelante. —Y los limpia parabrisas sacudieron los copos, pis pas, de un lado a otro.

—¿Por qué el reverendo? ¿Por qué crees que él nos protegerá?

—Pues… se me ocurrió al pensar en fanáticos. Al meditar sobre Canaán y la raíz hebrea de su nombre —dijo Vincenzo—. Pope es uno de esos tíos con los que no se puede discutir, porque tiene unos esquemas tan claros y tan obtusos que no le dejan ver nada más. Ve el mundo en términos absolutos, sin claroscuros. Eso normalmente me molesta, pero podría sernos útil. Es como un paladín de una fe distinta, tan cerrado de mollera que su cruz podría blindarlo contra las maquinaciones del Maestro. O, por lo menos, manteneros ocultos a vosotros hasta que pase la medianoche.

—¿Nos alejas de un fanático para ponernos en manos de otro? —rezongó Cole—. Menudo plan. Además, el cristianismo no tiene nada que ver con la magia negra de Erebus. Sus ámbitos no se rozan. ¿Por qué crees que escondernos en una iglesia nos ayudaría?

—¿Aún no lo habéis entendido? —Los ojos de Vincenzo se afilaron—. No hay distintos ámbitos en la magia. Si ésta existe, es global y común a todos los credos, aunque algunos la canalicen a través de dos palos cruzados y otros meditante gallinas muertas. La magia no proviene de un dios determinado, no se genera en un único panteón: está ahí fuera, en estado puro.

Es algo que flota entre los mundos. Y lo que llamamos religiones no son sino soluciones formulaicas que el ser humano ha desarrollado a través de los siglos para controlarla.

»Pope, con esa pinta de padrino republicano de distrito, cree que la magia existe. Confía en que hace dos mil años un tipo caminó sobre las aguas sin hundirse, multiplicó panes y peces y resucitó tras haberse muerto con un cuerpo limpito y sin rigor mortis. ¿Qué es eso sino creer en la magia, pura y simple? Si su fe es tan sólida como su cabezonería, y si es cierto que esta noche la Luna estará más cerca y las puertas entre los mundos se abrirán… entonces será posible que hasta él se sorprenda de lo que puede hacer. Vosotros mismos os habríais dado cuenta de que existía esta posibilidad, esta salida por la tangente, pero estabais demasiado infectados por esa enfermedad llamada Canaán.

Cole abrió la boca, pero no supo para qué, pues no le salió ningún sonido. Su dedo tembloroso apuntó a un lado de la carretera atestada de coches, al linde del bosque.

Todos miraron hacia allí. Y ahogaron un gemido colectivo.

Hablando del rey de Roma, y ya que lo estaban nombrando… el niño apareció, una sombra recortada contra una densidad de árboles. Un desvaído enlace azul con el mundo de los muertos, con la forma y los rasgos de Canaán.

Y los estaba mirando, viéndolos pasar tranquilamente en el coche.

—¡Acelera! —gritó Gerry.

Era como decirle a alguien atrapado en un ascensor y con un ataque de claustrofobia «¡venga, atraviesa la pared como un fantasma, que tú puedes!». Pero de alguna forma, con el poder de la desesperación apretando el acelerador en lugar del pie de Cole, el coche logró avanzar puestos en la fila. Uno, dos, tres coches, luego un retén que parecía un dique de parachoques con sus manitas entrelazadas, en plan círculo de Green Peace. Pero incluso esa barrera claudicó ante el histérico poder de los volantazos de Cole.

—¡Jesús! ¡Jesús, era él! —chilló Surendra—. ¡Nos ha encontrado!

Vincenzo miraba frenético por las ventanillas, escrutando a través de la nieve y de las luces emborronadas del tráfico. No se veía nada. ¿Habría sido un espejismo? No, claro que no, a menos que ahora se vendieran entradas para alucinaciones colectivas. Pero aunque fuese Canaán en persona, venía solo y a pie, no en coche. Lo dejarían atrás en menos que canta un gallo, y…

Otra vez el dedo asustado de Cole. Y otra vez el espectro del niño apareciendo desde delante del coche, en un punto más avanzado de la

carretera, como si hubiesen dado media vuelta para volver a rebasarlo.

Esto no puede estar pasando, tembló Vincenzo. Era como la vieja leyenda del fantasma del autoestopista que, si no lo recoges en la carretera nocturna y llena de niebla, vuelves a encontrártelo más adelante, una y otra vez, hasta que se abalanza sobre ti (o algo peor, se materializa dentro de tu coche, en el asiento de atrás), y te pega un susto de muerte que hace que te estrelles, para que te unas eternamente a él en la curva.

Vincenzo había escuchado ese cuentito de terror muchas veces, al amparo de hogueras de campamento. Siempre lo consideró una historia muy efectiva de suspense para asustar a los chiquillos.

Hasta ahora.

—Volverá, siempre volverá. —La voz de Sury era un pálpito que apenas le dejaba encadenar palabras—. Lo volveremos a encontrar más adelante, seguro. Viene a por nosotros.

—Mirad, ahí está el culpable del retén —anunció Vincenzo, con intención de distraerlos y que pensasen en otra cosa.

Una masa grande y llena de ruedas estaba volcada de costado en medio de la calzada, haciendo que los vehículos tuvieran que dar un rodeo por el arcén para esquivarla. Era un remolque pegado a un grisáceo tórax arrugado por un lateral, que se las había arreglado para ejecutar un arabesque en el hielo. Unos pocos policías hacían lo posible por poner orden en una luminosa algarabía de señales de tráfico, tubos de neón y anaranjados bulbos eléctricos.

Era un camión volcado. Incrustados en su inerte corpachón se veían los restos reducidos a chatarra de dos turismos. Vincenzo rezó porque no hubiera habido víctimas mortales, aunque dada la severidad del suceso, la presencia de aquellas ambulancias que se veían aparcadas a un lado estaba más que justificada. Varios grupos de personas uniformadas hacían corrillos, unas para controlar las luces y el tráfico, otras para inspeccionar el siniestro, y unas pocas para atender a los heridos.

Cuando el coche de los muchachos pasó junto a una de estas últimas, Vincenzo dio un salto en su asiento.

—¡Allí, allí! —Señaló a un hombre que estaba acuclillado junto a las camillas, con toda su atención puesta en el herido—. ¡Frena, Cole!

—¿Qué, qué pasa?

Sí, no cabía duda. Aquella espalda encorvada y el pelo ralo, junto al perfil aguileño pasado por una máquina de desbastar… sólo podían corresponder a una persona: el reverendo Pope. Seguramente habría acudido para darle la extremaunción a los moribundos. Eso significaba que el accidente había sido

grave, porque normalmente para esos menesteres se esperaba a llegar al hospital.

—¡Es él, Pope! ¡Detente a un lado!

Cuando su coche frenó, enseguida se acumularon a su alrededor veinte personas iracundas para urgirle a que siguiera de largo. Vincenzo los ignoró y llamó a gritos al reverendo.

—¡Pope, mire hacia aquí! ¡Soy yo, Vincenzo, de la KNB! ¡El amigo de Corah, maldita sea!

En un primer momento el hombre lo ignoró, haciendo gala de una atención selectiva digna de un auténtico camarero. Pero fue nombrar a Corah, y su rostro se giró como una veleta hacia Vincenzo.

Pope se acercó al coche (debajo del chaleco reflectante llevaba una chaqueta de pana erosionada por los codos y pantalones de andar por casa, una indumentaria que era un indicio elocuente de que todo había sido muy súbito) y reconoció a los niños. El hijo de Trevor Damiano, la hija de Dana Keyvol, el hijo de Ben Baez, y el capullo aquel que hacía de técnico en la radio.

Sus ojos se desorbitaron por una mezcla de sorpresa y horror al comprobar en qué estado se encontraban: el hinchazón vivo y palpitante en que se había convertido el cuerpo regordete de Vincenzo, como si todo él fuese un gran moratón, y el esqueleto con surcos de lágrimas al que había quedado reducida Surendra.

—Cristo bendito —fue su apreciación. Hablaba como resfriado, como si su voz estuviese atravesando un cartón de leche—. ¿Pero qué os ha pasado, chicos? ¿Quién os ha hecho esto?

—Será un placer explicárselo, señor, pero sólo si nos invita a su casa —dijo Vincenzo, creyendo ver aparecer de nuevo el cerúleo rostro de Canaán entre el gentío—. A la casa de Dios.

5

Cuando el tiempo empezó a empeorar, minutos antes de que comenzase la Insólita e Inesperada Nevada de 1984 (figuraría así en los anales), Corah y sus compañeras ya habían comenzado los últimos preparativos para la que sería, si había suerte, su última ceremonia.

Confiaban en tener siempre a la vista las estrellas, porque había nombres escritos allá arriba que debían leer, y pistas que debían seguir en los

momentos adecuados. Pero entonces, unos soplidos de viento arrancaron hojas finas y quebradizas de los árboles, etéreas como jirones de un cielo de medianoche. El bordoneo de los insectos adquirió un tono lúgubre, como de endecha. El color del fuego se volvió inconsistente, como si lo observaran a través de la membrana de un pez gelatinoso. Y empezó a nevar, las negras nubes robando las constelaciones para no devolverlas nunca.

—Ya ha empezado —observó Corah. Sus hermanas también habían llegado a esa conclusión.

—Y ella no ha venido —precisó Nevy, de mal humor. Todas estaban muy tensas, lo cual era lógico sabiendo lo que les aguardaba esa noche. Pero había ciertos resortes especialmente delicados que no hacía falta ni mirarlos para que saltasen—. Te advertí que era una cobarde. Nos ha traicionado.

—¡Dana no es una cobarde! —estalló Corah, y a punto estuvo de cogerla por los hombros y abofetearla. Pero se contuvo. Era su deber como vicaria de la reunión permanecer solemne y tranquila—. Vendrá, estoy segura.

—… A menos que le haya pasado algo —terció Helena, llegando en ese momento al claro del bosque—. La he estado llamando toda la tarde, pero no contesta. Iba a bajar a la ciudad a buscarla cuando he visto la columna de coches.

—¿Qué columna? ¿Qué coches?

—Un pequeño ejército de policías. Hace poco sonó un disparo aquí arriba, ¿no lo oísteis?

Corah y Nevy sacudieron la cabeza. No, en el estado de trance del que acababan de emerger no habrían podido oír ni un terremoto, aunque tuvieran el epicentro bajo sus pies.

—Por la santidad de Amz… —imploró Nevy, rezando no tanto por ellas mismas sino por la suerte de algunos de los miembros de la comuna, personas con las que habían llegado a trabar una genuina amistad—. Los van a matar a todos. Es el caos…

—Mantened la calma, por favor. Ya sabíamos que la Vieja haría una intentona a la desesperada por entrar aquí —insistió Corah, abrazando a sus hermanas—. Pero eso nos da ventaja, porque así la obligaremos a salir de su escondite. Tiene que venir físicamente, no lo olvidéis, aunque antes envíe a sus sicarios por las Tierras de Tránsito. Su cuerpo no es eterno, puede ser destruido.

—Sí, pero si logra poner un solo pie aquí, en este círculo —Helena señaló el claro del Nhud, que esa noche estaba especialmente fantasmagórico—, la

sombra de Erebus se sentirá atraída por ella. Y la poseerá, como hizo hace ciento cincuenta años.

—Por eso no le dejaremos, bajo ninguna circunstancia, que llegue hasta aquí —prometió Corah—. Recordad que aún tenemos un as en la manga: Vincenzo.

—¿Aún crees que ese pelele cumplirá con su parte? —se burló Nevy.

—Ya lo está haciendo, créeme. La última vez que lo ausculté había tomado contacto con los peones de Canaán. Se encargará de sacarlos del tablero para minimizar en lo posible el poder de la Vieja. El único problema es que ellos siguen teniendo en su poder al petirrojo, y ese es el sacrificio clave. Pero si…

El tableteo de las armas automáticas no la dejó terminar. Empezaron a repiquetear lejos, en el perímetro de la finca, un petardeo sordo en honor a la noche más oscura del año.

Justo después, chillidos, gritos, una alarma.

Las tres se miraron a los ojos unas a otras, como si observaran dentro de profundos pozos, y se quitaron la ropa. Había llegado la hora. El nocturlabio final de sus largas y atormentadas vidas.

Las tres empezaron a danzar desnudas en torno al único y aterrador elemento que se elevaba en el claro: un alto poste de madera, con leños cortados en su base.

Una pira de brujas.

TRATADO DE LOS AQUELARRES, II

NHUD (primera parte)

1

Por toda América ardían hogueras.

Jericoh guió a los demás chicos hasta el límite del maizal. Como una informe masa amebiana, la gran exudación de chiquillos trinó y bailó y rememoró los días de antaño, cuando una membrana los separaba del mundo y todo lo que conocían era acuoso y submarino. Los tallos de aquel mar azul gemían y cuchicheaban entre ellos como ancianas saboreando la proximidad de la muerte. Sólo un árbol se elevaba como un coloso marchito, un roble al que el tiempo y el frío habían desprovisto de cualquier signo de vida. Parecía una lápida de madera que nadie se hubiera atrevido a arrancar de aquel camposanto de maíz.

Los niños contemplaron con una mezcla de miedo y fascinación la silueta del roble, y supieron que aquel era el lugar, y que de allí provenía la voz. Y se arrodillaron. De fondo se oían los gritos de mil padres preocupados, que suplicaban a sus retoños que se taparan los oídos y no hicieran caso a los cánticos del viento, a los plañidos de agonía de las brujas. Pero nadie les hizo caso. Las mujeres seguían ardiendo en sus hogueras, mientras los ministros de cien iglesias las conminaban a pagar por sus pecados.

La Luna seguía menguando, las brujas seguían ardiendo, los niños seguían mirando el árbol muerto.

Una llama se prendió en lo alto del roble, en la rama más gruesa, y un arco de fuego dio a luz a una sonrisa, un corte sin labios pero sí con dientes. El fuego circundó una forma redonda, de calabaza. Diminutas cabezas de alfiler de fuego esmeralda se clavaron en ellos. Cada cual pensaba que aquellos ojos sólo lo miraban a él, pero Jericoh sabía (oh, sí, lo sabía más allá de cualquier duda) que la mirada era para…

Su hermano Canaán.

Fue en aquel sacrosanto momento de éxtasis mágico, justo en aquel latido antes de la medianoche, cuando el pequeño Jericoh Lubby tuvo miedo por

primera vez.

La Sombra saltó de la rama, recorrió con sus ojos cien kilómetros de maizal, bailó, danzó, perjuró, blasfemó, se desternilló, cabrioleó, zapateó y trinó. Fuego, sustancia y savia, todo perdido. Oscuridad, peligro y noche, todo ganado.

Erebus miró al coro griego de niños que se habían reunido para rendir pleitesía a los Misterios, y eligió a uno en concreto. El que más inocencia destilaba, el más puro de corazón. La víctima más apetecible. Y saltó sobre él encontrando santuario en su pecho, una singular acústica en la cavernosidad de sus gritos.

En un lugar muy lejano, dentro de un santuario maldito, un badajo hecho de carne y hueso hizo sonar una campana.

Jericoh perdió a su hermano aquel día, sepultado bajo la losa de ignominia de aquella presencia malvada. Lo perdió, y años después, cuando se hizo mayor y se enroló en el ministerio de una religión que no tenía nada que ver con la Sombra, pero que le ofreció a cambio un hogar y una esperanza, se juró que encontraría al monstruo y lo mataría.

Jericoh creció, se hizo viejo, rastreó aquel novísimo continente de punta a punta y acabó por hallar un rastro perdido de la Sombra. Fue en un pueblecito de aire y lengua francesa donde varias mujeres habían cometido actos atroces en nombre de dioses olvidados por el tiempo. Se presentó en aquella aldea olvidada por Dios y pidió investigar los crímenes de las brujas. Le fue concedida la dádiva, y bajo su batuta, cuatro mujeres (incluyendo una vieja perversa que hablaba a través de un muñeco de cera) fueron llevadas al cadalso.

Jericoh Lubby instruyó el juicio. Subió al púlpito y leyó los cargos. Listó las blasfemias. Enumeró las atrocidades. Refirió los asesinatos. Y la multitud se estremeció de pavor y consintió en que aquellas barbaridades no podían quedar sin castigo. Así que Jericoh dio la señal, la última y definitiva que en sí misma era una sentencia, y las hogueras fueron prendidas. La luz llenó de oro la oscuridad. Los alaridos de las brujas apenas quebraron el silencio con el que los paisanos observaban la ejecución. Un silencio aquiescente. Una sed de justicia.

En el último momento, cuando tres de las cuatro ya habían acallado sus gritos, la última que quedaba, la Vieja Negra, hizo un juramento: Les aseguró a todos que regresaría para seguir atormentando a las generaciones que de ahí en adelante nacieran. Que aunque los hombres y mujeres santos edificaran, arbotante a arbotante, un rosario de catedrales, sus hijas volverían de entre los

muertos para perpetuar su reinado de terror. Y les prometió a todos que, al igual que la Luz había escogido un campeón, la Sombra también tendría su adalid

(y miró al juez a los ojos)

y sería un niño

(y Jericoh tembló de miedo)

y su espurio nombre sería Canaán. El ungido.

La Vieja Negra murió, un soplido de viento arremolinándose a su alrededor para gemirle feliz viaje. Y fue voluntad de los jueces que nunca extrajeran su cuerpo carbonizado de aquella jaula, para que no pudiera volver a la vida y salir por su propio pie de la tumba.

Todo quedó escrito, y todo así se cumplió.

Canaán sacó su rostro del mar de negrura y susurró con odio, haciendo rechinar los huecos donde otrora hubo dientes.

—Me las vais a pagar, malditas zorras. Me las vais a pagar…

Se sumergió en la negrura otra vez para ir a buscar a su madre. Ya era hora de sacarla de su madriguera, para que viera cuánto había cambiado el mundo exterior.

2

Trevor vio que Gard movía la boca, formando claramente las palabras:

—Tú por el flanco izquierdo, yo por el derecho.

Dos grupos de hombres se abrieron como las canalizaciones de una lengua bífida, avanzando agachados en dos direcciones distintas. Las hojas de los árboles pendían laxas y polvorientas (polvo de nieve, aún no manchado de sangre), agitándose cada vez que un fogonazo hendía la espesura, desgarrando el aire enrarecido con un vector de fuego y calor.

Varias docenas de torretas luminosas mordían la oscuridad, varios centenares de armas aparecieron en las manos ansiosas de atacantes y defensores. Tras intercambiar las bravatas de rigor a través de los altavoces, cuando la muralla de coches de policía ya se había cerrado frente a la entrada de la finca, y todos los puestos defensivos del castillo fueron ocupados, alguien abrió fuego. Tuvo el efecto de una llamada a las armas, como la corneta de un general que, desde la prodigiosa altura de su caballo, ordenase carga mayor.

Entonces se desató el infierno.

Cientos de flores de fuego se abrieron en las bocachas de las armas, algunas ocultas hasta entonces, otras a la vista. Largas cadenas de impactos hicieron trizas las carrocerías de los vehículos, rompiendo lunas, reventando neumáticos y perforando chapas. La amplitud tonal de las detonaciones iba del sordo crepitar de las pistolas, a la honda y expansiva explosión de las escopetas recortadas, para saltar desde ahí al martilleo de los fusiles automáticos. Pronto empezó a haber bajas en ambos bandos, y alguien tuvo la feliz idea de llamar a la Guardia Nacional para que les echara una mano.

A Gard no le pareció mala idea llenar todo aquello de tanques, pero sabía que la fiesta no iba a durar tanto. Al ejército no le daría tiempo a llegar. ¿Y para qué? No les hacían falta los chicos de caqui; ellos solos se bastaban para lidiar con una secta de colgados.

—¡Tomad amenaza rusa, cabrones! —les gritó mientras disparaba contra los árboles—. ¡Tragad barras y estrellas!

Su escopeta barrió a base de postas uno de los observatorios de pájaros, arrancando de su interior un par de gemidos de agonía. Vigiló de reojo a su compañero, Trevor, para comprobar que estuviera bien: su brazo vendado ya no sangraba, y el fusil que tenía en las manos vomitaba promesas de muerte de un lado a otro. De tres en tres balas, como te he enseñado, aprobó Gard. Estaba orgulloso de su chico. No dejes que la lujuria del fuego graneado te vacíe el cargador gratuitamente, porque no le vas a acertar a nadie.

Corrió hasta el parapeto más adelantado que tenían, la unidad siete-veintidós (la que conducía Ocli Svensson, un tipo de la brigada de Tráfico que, además de lucir la placa, sólo pensaba en escribir canciones y beber sin pausa). Desde allí bombardeó el frente de árboles, pero no al azar, sino apuntando a los lugares donde los destellos delataban la presencia de tiradores. Los muy capullos no tenían bocacha apagallamas al final de sus cañones (¿para qué, debían pensar, si lo que molaba era la llamarada de medio metro de las AK-47? ¿Tanta paranoia anti soviética en su credo y luego usaban armas rusas para defenderse?). Eso hacía que ellos mismos marcasen con una luz amarilla los lugares desde donde tiraban.

La única lástima era que no tuvieran una tanqueta antidisturbios como las de la policía de Los Ángeles. Con una así habrían atravesado la barricada como si fuera de mantequilla, y habrían apisonado a todos esos hijos de puta hasta volverlos ñoquis. Gard sabía dónde conseguir un buldózer de los antiguos, un monstruo de acero con orugas de cadena en vez de neumáticos. Elevando la pala para que hiciera de escudo, lo enviarían hacia delante sin

que nada los detuviera. Pero un vehículo así tardaría una eternidad en subir hasta allá arriba, y no tenían una eternidad.

De repente, escuchó una voz muy suave, que en nada tenía que ver con la pesadilla de gritos y órdenes cruzadas (y a veces contradictorias) en que se había convertido aquel campo de batalla. Decía:

—Gard Barbour, ven aquí.

Así de simple.

El sargento miró a su alrededor, y le pareció localizar la cara (sólo la cara, sin nada más alrededor) del pequeño Canaán, en el lado contrario al tiroteo. Lo miraba con semblante tranquilo, sin importarle que en torno a esa zona volasen balas perdidas como moscardones.

Estaba claro que necesitaba su ayuda, por lo que Gard abandonó a los compañeros a los que estaba dando cobertura a su suerte y echó a correr a todo meter. Cada disparo que oía sin haber sentido primero la letal mordedura de la bala era una bendición, pues en un tiroteo, si el sonido del disparo llega hasta ti y puedes oírlo, es que la bala no te ha dado.

Se lanzó de cabeza tras la barrera de arbustos donde creyó ver al niño. Y entonces lo localizó otra vez, más adentro en el bosque. Era como un fuego fatuo o un will'o'wisp que lo estuviese guiando hasta un punto donde no habría más observadores. Donde estarían solos.

Y así fue, pues de visión en visión y de salto en salto llegó hasta donde se encontraba Canaán, esperándolo.

Había otras personas junto a él. Dos, una figura delgada y retorcida más alta que el niño, cubierta por una especie de toga con capucha. Y el travestido gordo y amordazado, Celesste, al que Canaán arrastraba con una cadena al cuello.

—Tienes que despejarnos el camino hasta el claro —ordenó el niño. No hizo falta dar más explicaciones.

Gard recargó su escopeta. Canaán tiró de la cadena para que Celesste, que parecía drogada, se moviera siguiéndolo como un perrito. El niño, a pesar de la prisa que tenía, caminó a paso muy tranquilo, de persona mayor, ofreciendo su brazo para que la figura encapuchada se apoyara en todo momento.

No había que apresurar demasiado a las personas mayores.

Trevor estaba usando la estrategia del suricato para abrirse paso hacia el interior de la comuna. Era muy simple, consistía en elevarse durante medio segundo de su parapeto, intentando ver lo que tenía delante, y luego salir del escondite otro medio segundo para disparar. Si lo hacía muy rápido y varias

veces no consecutivas, no ofrecía un blanco claro al enemigo, y sin embargo en su mente se iba formando, instantánea a instantánea, una imagen del terreno. Una piedra tras la que saltar aquí, un tronco por allá, un tipo escondido en la copa de aquel árbol. Bang bang.

Junto a él iban otros cinco policías. Eran los más adelantados de todos los grupos, los que habían dado un rodeo hasta toparse con la alambrada de espinos. Ahora, mientras uno la cortaba con una cizalla (con guantes protectores, por si estaba electrificada), Trevor y los demás vigilaban a través de la mirilla de sus fusiles.

—Venga, que no tenemos todo el día —le metió prisa.

El de la cizalla, un gordinflón cuyo paladar podía clasificar cien tipos diferentes de hongos llamado Frank Cooder, se exprimió el sudor de la frente.

—No me fastidies. Si quieres hacerlo más rápido, coge tú esto.

—¿Y quién me iba a cubrir? ¿Tú, que no le darías a un elefante ni aunque lo tuvieras dormido enfrente?

—Vete al cuerno.

… Y con un click se partió el último alambre. Trevor fue el primero en cruzar al otro lado. No hubo ningún cambio fundamental, todo siguió igual (misma hierba, mismos árboles, misma nieve cayendo del cielo y creando un manto esponjoso sobre las acículas). Pero aún así tuvo la sensación de que había cambiado radicalmente de escenario.

Un grupo de sombras se movieron a su derecha, grandes y orondas. Era gente que corría trasladando bártulos a la barricada. Perfecto, pensó Trevor: aquí también cunde el pánico. Si alguien esperaba encontrarse dentro de la comuna con una pulcra colmena de actividad disciplinada, se iba a llevar un chasco.

Aquellos sectarios no habían visto todavía a los agentes que violaron el perímetro, ventaja que Trevor aprovechó. Cubriéndose tras un árbol con pose de héroe de película (la había estado practicando durante horas frente al espejo, el día en que le entregaron el arma y el uniforme), les hizo una señal a los otros para que se apostaran. Y gritó:

—¡Policía, quedan detenidos!

Las sombras se paralizaron. Resultaron ser un gordo con tatuajes nazis y dos colegas suyos de raza negra, que también llevaban esvásticas. ¿Nazis negros?, se extraño Trevor. Pero no tuvo tiempo de plantearse la paradoja existencial, pues los tipos alzaron sus armas y dispararon al bulto. Los agentes apostados respondieron con idéntica saña.

Trevor estaba gozando realmente de aquello. Era consciente de que su vida estaba en peligro, pero no le importaba; el subidón de adrenalina era tan brutal que nada podía compararse, ni siquiera cuando Gard y él sacaban sus juguetes de la caja y se vestían de cuero… dejando sitio dentro de la susodicha caja para que cupiera uno de los dos, bastante incómodo.

Lo único que le preocupaba era su tensión. El médico, ese papanatas vestido de blanco, le había advertido que policía no era un buen oficio para alguien como él, ni para nadie que estuviera tomando esa clase de medicación. ¿Isquemia cerebral y ateromas? ¡Al carajo! Para eso servían las dichosas pastillitas rojas, que le costaban un riñón cada vez que iba a la farmacia.

Metiéndose las manos en el bolsillo, palpó el bote de pastillas. No, aún no, era demasiado pronto. Cuando se empezara a sentir mareado se largaría las dos primeras. Si se las tomaba ya, le provocarían somnolencia y un retardo cuantioso en sus reflejos, es decir, lo último que necesitaba en medio de una guerra.

Hizo el amago de salir al descubierto por un lado del tronco, para girar a continuación y aparecer por el otro con el rifle ya apuntando. Se lo había visto hacer a Henry Fonda en una peli del Oeste, y vaya si funcionaba. Uno de los negros vaciló al no encontrar el objetivo que buscaba, instante que Trevor aprovechó para descerrajarle dos tiros en el pecho. El primero falló, pero el segundo convirtió su esternón en pulpa.

Menos mal que los cabrones no tenían chalecos antibalas, pensó; seguro que no los habrían encontrado en rebajas por ningún lado, en las revistas esas llenas de armas y tías buenas que leían los mercenarios.

El otro africano, con un bigote de cocaína blanqueándole el labio, vio morir a su amigo. Y algo debió romperse en su interior, porque olvidó todas las precauciones y salió a campo abierto para llenar de agujeros a su asesino… con tan mala suerte que se metió en la trayectoria de las balas de Cooder y sus muchachos. Cayó al suelo en una pose graciosa, de títere roto, que a menos que alguien enderezara rápido no iba a dejarle entrar en ningún ataúd.

El único que quedaba en pie era mister Supremacía Blanca in person, el gordo calvo que había cacheado a Vincenzo en su visita a la comuna (y que tenía unos ojos tan claros que hicieron que Trevor pensara en lejía). Al ver caer a sus amigos, lanzó un exabrupto en alemán y sacó un objeto de una de las bolsas. Trevor no lo vio bien al principio, pero parecía más grande que una escopeta común.

—¡¡Chupadme el pedazo, polis de mierda!! —gritó, apuntando hacia el grueso de los agentes que seguían parapetados.

El objeto que llevaba en las manos era transformable, o extensible, o como coño se denominara su propiedad de estirarse y hacerse más largo y tubular. Trevor sintió un escalofrío al reconocerlo, por la mirilla que se puso vertical mediante un resorte cuando el gordo desplegó el arma.

Un lanzacohetes.

El muy mamón tenía un lanzacohetes.

Trevor olvidó muchas cosas en aquel momento: la cobertura que les estaba dando a sus compañeros, por ejemplo. O la valentía de saberse el rey del mundo porque tenía un arma que disparaba muy rápido y muy lejos. Lo único que pensó fue que, igual que pasaba en el barrio en el que se crió, el matón con la navaja más grande ganaba. Y allí no había mayor pincho que el que acababa de entrar en escena.

Echó a correr tangencialmente al enemigo. Si el proyectil iba a por él, no importaría dónde golpeara: la onda expansiva y la metralla le harían picadillo. Rezó, por lo tanto, porque el gordo neonazi tuviera la suficiente sesera bajo la cúpula de hueso de su calva como para evaluar bien las amenazas. Y que decidiera que era mejor disparar contra un grupito de policías muy juntitos, parapetados unos al lado de otros, que a la gacela cobarde que corría en solitario.

Acertó.

El misil impactó justo donde estaba Frank Cooder, que ya no degustaría el placer culinario de los hongos nunca más. La explosión fue brutal, un torbellino de humo, fuego y metralla que convirtió por unos instantes la foresta en un campo de pruebas del ejército. Varios cuerpos saltaron por los aires, aunque no el de Cooder, que se reintegró a la cadena alimentaria casi en el grado de materia ya digerida. Tres de los otros cuatro policías sufrieron heridas de gravedad, pero no murieron. El cuatro falleció de un infarto, por el susto.

Trevor emitió un borroso ronquido perruno. De la radio que colgaba de su cinturón surgían ronroneos en un acelerado argot, pero la apagó.

Se dio la vuelta y, a sabiendas de que el gordo tardaría en recargar el arma, corrió en línea recta hacia él. Parecía el maldito Minotauro de la leyenda en plena carga, echando humo por las fauces. El nazi lo vio venir, y optó por tirar al suelo el lanzacohetes y agarrar su otra arma, ya cargada: una escopeta recortada de dos cañones.

No tuvo tiempo ni siquiera de esgrimirla, porque Trevor empezó a chillar, enviando como heraldos por delante de él a un enjambre de balas. El policía olvidó a propósito las enseñanzas de su novio (tira ráfagas cortas, de tres en tres, o la inercia hará que el cañón acabe apuntando Dios sabe dónde), y soltó todo lo que tenía al frente. Al fin y al cabo, la circunferencia de aquel tipo valía por dos dianas.

Vació el cargador sin dejar de correr, gritando como un poseso. Cuando llegó al lugar donde esta el gordo, vio que unas pocas le habían impactado, derribándolo. Pero aún estaba vivo. A aquel puerco le quedaba sangre como para repartir, así que Trevor cogió su escopeta, arrancándosela de los dedos, y le disparó en la cara a menos de medio metro. Las dos postas.

Lo que quedó a su espalda cuando el jadeante Trevor Damiano abandonó el lugar era un cuerpo con forma de tonel y sin cabeza.

(las pastillas las pastillas tómatelas ya)

(¡no, aún no!)

(la presión te va a)

Recogió del suelo el lanzacohetes, antes de seguir avanzando, y lo cargó. Dentro de la bolsa había tres misiles más.

Bien, pensó; ahora vamos a hacer que este fiestón alcance proporciones de escándalo.

3

Cuando el reverendo Pope se rió, tras escuchar toda la historia, Vincenzo no lo sintió como una risa sino como una puñalada de hielo en la espalda. Pero no podía darse por vencido; tenía que perseverar hasta lograr de él un compromiso o todos acabarían muertos.

Estaban en la iglesia donde era párroco, un salón grande con estatuas de yeso. El Cristo tenía una melena tan espesa bajo su corona que parecía una peluca de lana revocada.

—A ver si lo he entendido bien —decía Pope—: vosotros creéis de verdad que alguien os ha engatusado para involucraros en una trama de brujería.

—Así es —dijo Gerry, sereno. Acunaba a Surendra en sus brazos, acariciándole el cabello.

—Y no queréis que os lleve al hospital porque hay una especie de demonio por ahí fuera que os acecha. El mismo que os ha causado esas heridas y esa… desnutrición.

—Correcto.

Se levantó de la silla, estirándose la camisa hacia abajo con gesto categórico.

—Creo que voy a llamar a vuestros padres para que vengan a recogeros inmediatamente.

—¡No! —gritaron los cuatro a la vez, con tanta potencia y determinación que hasta el inquebrantable Pope detuvo su mano antes de descolgar el teléfono. Tenía uno de pared detrás de la sacristía, al lado del armario que contenía los cálices de la comunión.

—¡Ya está bien de idioteces! —estalló—. La broma ha ido demasiado lejos. Si esto es una payasada de Halloween, pienso denunciaros al tribunal de menores. Y a usted —apuntó a Vincenzo con un dedo afilado como una saeta —, señor Strada, haré que lo investiguen por corromper a estos chicos.

Vincenzo levantó las manos, pidiendo paz. Maldita fuera la hora en que le tocó el papel de negociador. Él nunca había tenido el carisma suficiente como para negociar nada, ni siquiera un aprobado en una asignatura. No era guapo ni tenía una voz meliflua, sino que arrastraba el sambenito de caer mal cada vez que se empecinaba en demostrar que tenía razón en algo. Se acordó de su reunión con el director de la facultad, allá en el UCLA, y de cómo había terminado.

—Sé que parece una locura, señor, ¿y sabe lo que le digo? Que ojalá no ocurra nada desde ahora hasta la medianoche, y usted mañana me siga tomando por idiota. Eso sería lo ideal. Pero si pasa, si Canaán y sus esclavos vienen a por estos chicos, entonces necesito que los proteja.

—¿Eres cristiano, Vincenzo? —La pregunta fue puntuada por el golpe seco de las mandíbulas del encendedor que había sacado Pope de su camisa, para echarse un cigarrillo.

—¿Cómo?

—Católico, protestante, evangelista, mormón, presbiteriano… —Exhalo humo por la nariz como un dragón—. ¿Profesas alguna religión, algún credo?

Eso le cogió con la guardia baja. Por unos instantes, el joven no supo qué decir.

—Pues…

—Me lo imaginaba. Vienes aquí en plan novela de terror exigiendo la protección de la fe, cuando tú ni siquiera te defines. Si de verdad tenéis problemas —les dijo a los chicos— con alguna secta satánica o con gentuza similar, no es aquí adonde tenéis que acudir. Los crucifijos, los ajos y el agua bendita no os sacarán del apuro, como en las películas de Christopher Lee. Es

a la policía a quien tenéis que solicitar protección. Yo doy consejo espiritual, no bendigo armaduras para las cruzadas.

—Sé que es un salto de fe muy exigente —insistió Vincenzo—. Yo mismo era un completo escéptico hasta que vi ciertas cosas, y Corah me demostró que la magia negra es real. Existe, está ejerciendo su influencia aquí, en su ciudad. Y ya se ha cobrado víctimas. —Señaló el chaleco reflectante de Pope. Lo había dejado colgado de una percha, a pesar de que tenía salpicaduras de sangre de las víctimas del accidente—. Me negaba rotundamente a creer, estaba demasiado cómodo con mi realidad estructurada y agnóstica. Pero a veces la mala suerte te juega malas pasadas: te reduce a los rudimentos.

—Por favor, señor —murmuró Surendra—. Es una súplica que le hacemos, con toda humildad. Por piedad, denos cobijo sólo por esta noche. Si cuando amanezca Canaán no ha venido a buscarnos, le dejaremos que llame a nuestras familias.

Hubo un instante de terquedad suspendido del ambiente. Cabezonería pura y dura, porfía, obstinación, testarudez. Pope era una persona difícil, pero en determinadas circunstancias estaba dispuesto a ayudar a gente de otros credos si se lo pedían. Pero aquello… aquello no era normal. Era una locura que se habían inventado los chavales para tomarle el pelo. ¿Magia de sangre, misas negras y demonios? Venga ya. La Iglesia había trabajado duramente para erradicar esas cosas de la faz de la Tierra hacía siglos, y en la actualidad, en plenos años ochenta, en la era de los ordenadores personales Spectrum y los reproductores de vídeo magnético, no podían ser reales.

Justo cuando Vincenzo se estaba levantando del banco de los feligreses, descorazonado porque veía que aquello era inútil, Pope dijo:

—Lo haré.

Los muchachos se quedaron perplejos.

—¿Cómo dice?

—Que lo haré. Os daré cobijo en la casa del Señor por una noche —dijo con voz átona—. Pero sólo porque fuera está cayendo la borrasca del siglo y las carreteras están cortadas por la nieve. No puedo permitir que una chica en tu estado, Surendra, salga ahí fuera y se arriesgue a ir en coche.

—¡Gracias! —se apelotonaron todos—. ¡Gracias, no sabe usted lo mucho que…!

—Bah bah bah. Nada de gracias. No creáis que me habéis ablandado. Mañana pienso contarles a vuestros padres con pelos y señales cuánto me

habéis molestado, para que os pongan un buen correctivo. Uno que os dure hasta que cumpláis los dieciocho. Y respecto a usted, señor Strada…

Enmudeció. Había visto algo detrás de Vincenzo, en la pared donde se amontonaban los santos en sus pedestales. El propio Vincenzo detectó que algo no iba bien, pero fue gracias a un detalle del armario de los cálices: la luz ambiental estaba incidiendo mal sobre ellos. Unos tenues ángulos caleidoscópicos se desplegaban alrededor de un punto focal de plata ennegrecida.

Gerry, Sury y Cole se volvieron hacia la pared que miraba Pope con cara de pasmo. Y lo vieron, efectivamente: fueron testigos de cómo las sombras se movían, como si el sol se desplazase a velocidades prodigiosas por el cielo… solo que era de noche, y los pequeños soles que creaban aquellos contornos eran bombillas que no se movían de su sitio.

—¿Pero qué…? —balbució el reverendo, y echó mano instintivamente al crucifijo de su cuello.

—Las puertas intermundos se abren —dijo Vincenzo—. Como predijo Corah. ¿Qué hora es?

—Las doce menos ocho. —Gerry consultó su reloj—. Quedan menos de diez minutos para medianoche.

—La hora bruja —susurró Cole.

Ante los fascinados ojos de Pope, la oscuridad adquirió consistencia, como si se solidificara, y colgó del techo recordando una enorme araña de cristal cuyo cairel más bajo llegara a rozar el suelo.

Los niños se refugiaron tras el reverendo, que apartó de un manotazo unas copas y unas cajitas de plata de encima del altar para agarrar un enorme, amenazador y duro crucifijo de hierro galvanizado. Lo enarboló como si fuera una espada, igual que habían hecho incontables representantes de la fe antes que él, en otras épocas.

Solo que la mano de Pope temblaba. Y era lógico, opinó Vincenzo, pues el corazón siempre vacila y el alma se te hace pedazos la primera vez que asistes a un prodigio. Y si no, que se lo dijeran a él.

Vincenzo también se hizo pedazos cuando vio lo que salió por aquel agujero, aquella fisura en la realidad (¡en su cordura!): Un cuerpo lesionado y vuelto a coser y vuelto a estropear de nuevo, la piel negra y aceitosa, vesicular, arañada por una delgada malla de alambre que se le clavaba hasta dejar regueros de sangre. Una cabeza enterrada en la gibosidad de malformaciones grotescas y bañada en una película similar a una catarata.

Brazos que se doblaban por lugares imposibles en ángulos dolorosos, rematados por garras.

El Lisiado.

La reacción de Pope fue retroceder espantado, pero chocó contra los muchachos que hacían piña a su espalda y todos cayeron al suelo, desplomándose como un juego de naipes. La espada-cruz de Pope, su maza, su martillo de guerra espiritual, se había caído a un lado, pero el reverendo lo cogió de nuevo cuando Vincenzo le recordó:

—¡Proteja a los chicos!

La mirada inyectada en sangre de Pope se clavó en él. Su mente semi-racional / semi-cristiana rechazaba la idea de que aquello estuviese ocurriendo de verdad, pero la oscuridad insistía con su propio imperativo: el monstruo estaba allí. Era algo físico, auténtico.

—¿¿Y… y tú a dónde coño vas?? —le gritó a Vincenzo.

Éste pensó que Dios le disculparía ese pequeño taco al padre, dadas las circunstancias. Y se alejó de ellos, del grupo que se escondía estremecido tras el símbolo, dando un rodeo. El Lisiado se estaba separando cada vez más de la fisura, la cual permanecía abierta. Tras ella, un paisaje que Vincenzo conocía porque ya había estado allí: el biomecánico panorama de la isla flotante donde la Sombra poseyó a Duria. Aquella trampa de infinito disfrazada de irracionalidad.

Entonces, con la verdad golpeándole la cabeza como un relámpago de gloria, supo lo que tenía que hacer. Lo que Corah y sus hermanas le habían sugerido no con palabras, sino a base de sueños: la forma como se transmitían los conocimientos en el mundo de la magia.

Cuando el Lisiado estuvo lo suficientemente lejos de la fisura como para no atraparlo, el asustado joven echó a correr hacia ella.

Vincenzo, una amalgama de decisiones, velocidades, inercias y dolores. Un compendio de todos los hombres que una vez corrieron, tropezaron, se cayeron y volvieron a levantarse para que no les robaran la victoria. Vincenzo arrojándose de cabeza a la puerta del infinito. Cayendo de bruces en el regazo de la Eternidad.

4

Los elementos del nocturlabio:

Una navaja, dibujada en azul en el momento en que un rayo hendió las nubes y dejó atrás una estela de nieve evaporada. Un filo que podía buscar cuellos cual varita de zahorí, pero que también podía servir para dejar marcas imperecederas, en roca o en árboles, atestiguando que ellas estuvieron realmente allí y que obraron prodigios.

Agua mezclada con hiel centaura menor, para ungir y ser espolvoreada sobre la hierba. Las manos se mojaron y los dedos arrojaron las gotitas, que se borraron en una zumbante nube de explosiones microscópicas. Un fruncido rostro fumó una larga pipa india, resina prensada de las flores del oyamel, relente de hachís.

El dedo cortado de un cadáver, bálsamos en arterias y venas, légamos bituminosos y sales para disecar la carne. Un hilo de seda para atar el dedo amputado y colgárselo del cuello. Allá donde apunten sus movimientos pendulares mientras la que lo lleva baila, que no será asunto fortuito, hacia ese lugar habrá que dirigir las plegarias. Lugares donde el arte no llega a ser crimen ni el crimen llega a ser arte.

Un símbolo cabalístico trazado con absoluta perfección en el suelo, alrededor del poste de madera, usando ceniza como tinta y sudor como desecante. Sobre él, muy alto, el cielo que ardía en sólido blanco. A vista de pájaro, mil interpretaciones subjetivas para las figuras dibujadas en el mantra, pero (y esto era requisito indispensable) ninguna de ellas verdadera.

Pero el elemento central alrededor del cual giraba todo no era ninguno de estos, sino el amenazador poste de madera que las brujas habían hecho levantar en el centro del claro. Un objeto que sólo con mirarlo les traía recuerdos de otras ceremonias, de otros nocturlabios, de otros intentos de purificación. De sufrimientos sin fin e inmolaciones terribles que consumieron piel y carne, huesos y músculos. Pero sobre todo de dolor, un dolor insoportable y abusivo, una puerta que las tres brujas dudaban si podrían volver a cruzar de nuevo.

Corah recordó la primera vez, hacía un siglo; la única que ellas no habían escogido libremente. La cantidad de detalles que se habían quedado grabados en su memoria sobre aquella lejana noche resultaba asombrosa… y no era para menos, pues tenía que ver con la primera vez que fueron inmoladas. Nadie olvida un acontecimiento como ese, más bien todo lo contrario: le persigue con todo lujo de detalles por toda la eternidad.

Una vez por cada bebé inocente sacrificado en la hoguera, durante la época en la que estábamos locas y adorábamos a la Sombra, se juró a sí misma. Una pira de carne y huesos por cada víctima inocente. ¿Bastaría eso

para salvar sus almas? Serían otros Poderes los que lo decidirían; ellas no podían elevarse en jueces y verdugos de su propio destino.

Ya habían experimentado aquella espantosa agonía dos veces, en momentos distintos de la Historia. Esta sería la tercera, y, si había algo de misericordia allende los mundos, también la definitiva. Corah rezó con todo su corazón porque así fuera, ya que los recuerdos de las anteriores piras eran tan espeluznantes que a punto estuvieron de traicionar su fe, y de hacerla huir despavorida bosque adentro. Pero no podía, pues era la vicaria de la reunión, la suma sacerdotisa del nocturlabio. El destino de sus hermanas, además del suyo propio, descansaba sobre su determinación de llevar aquel ritual hasta sus últimas consecuencias.

Una última vez. Una última hoguera y seremos libres.

Las tres mujeres bailaban en torno a su propia pira, empapada de agua y nieve pero aún así capaz de arder. Las drogas que habían tomado les chillaban en la cabeza, recuerdo de los antiguos propietarios de aquella tierra, polvo de siglos que se consumía por inhalación y que cantaba en idioma wyandot. Las tres estaban completamente desnudas, por lo que el frío calaba en sus huesos y el cansancio se les acumulaba como bolsas de arena mojada detrás de los ojos. Aún así, no flaquearon. Cantaron a los antiguos dioses con versos que hacía eones que no se escuchaban en esta Tierra, mientras las constelaciones se desvanecían como fantasmas y sus espectros bailaban en lo alto.

Dieron vueltas y más vueltas, sus huellas sumándose a las circunvalaciones de la Rueda de Símbolos tejida en ceniza. En lo alto, las nubes de la tormenta formaban una espiral con el epicentro sobre sus cabezas, un fenómeno que podía ser visto a cientos de kilómetros de distancia.

Corah llamó cuatro veces a Amz, el Primordial, por su nombre auténtico, al tiempo que usaba la daga para cortarse la muñeca y verter una ofrenda de sangre. Nevy se masturbó, introduciéndose dedos por todos los orificios de su cuerpo y agitándolos nerviosamente, para ofrendar lascivia y placer sexual. Helena, que llevaba el dedo amputado del cadáver (¿no era del padre de Cole?) colgando como una medalla, vigiló sus movimientos y, allá donde éstos apuntaban, hizo gestos arcanos y tarareó elegías. Dana no había venido, pero tampoco importaba: ella no estuvo en la inmolación original, fue una bruja que se les unió más tarde, cuando necesitaron redondear a cuatro su número. En la pira original sólo estuvieron ellas tres y la Vieja Negra. El poder espiritual de Dana habría sido importante, porque habría sumado al conjunto, pero no era imprescindible.

En un momento determinado en que se congeló su danza, las tres mujeres formando los vértices de un triángulo perfecto, sucedió algo asombroso: el torbellino de nubes se abrió como un iris, dejando ver un orificio azul tachonado de estrellas. Y la hoguera se prendió sola, lamiendo el poste con flamas muy altas y calientes.

Las brujas supieron entonces que acababan de cruzar el umbral de la medianoche, y que las puertas intermundos estaban completamente abiertas. No duraría mucho, así que tenían que aprovechar el tiempo.

Corah chilló a pleno pulmón el nombre de sus tres bebés muertos, y lo mismo hicieron Helena y Nevy. El triángulo que formaban, visto desde el cielo, se contrajo haciéndose más pequeño, a medida que las tres se acercaban con pasos lentos a la hoguera. Corah lloraba de miedo, igual que sus hermanas, pero nada habría en el mundo capaz de impedirles llevar a cabo el acto.

Sus pies casi tocaban ya los maderos, y la doctora se preparó para dar un salto al interior del fuego, con intención de abrazar el poste…

… Cuando una bala se incrustó en su pierna.

TRATADO DE LOS AQUELARRES, III

NHUD (segunda parte y conclusión)

1

El reverendo Pope no daba crédito a sus ojos.

El monstruo había salido completamente de la fisura, emergiendo a esta realidad como si le hiciera daño. Este aire, esta gravedad, quizás este mismo estado latente del universo… era anatema para un ser pesadillesco como él. Pero no parecía importarle: su vida (o no-vida) era puro sufrimiento, por lo que un poco más no lograba detenerlo. Y estaba claro que había sido enviado con un propósito.

El Lisiado apartó las bancadas de feligreses, que cayeron a sus pies con un empolvado prrruummmpppp. Parte de su carne se estaba desprendiendo, revelando un enrejado de costillas en putrefacción. Sus ojos de mentira, de muñeca rota, contemplaban desquiciados a sus nuevas víctimas.

Vincenzo se había arrojado de cabeza, como quien se lanza a una piscina, dentro de la fisura. Y había desaparecido, engullido por la oscuridad. Ninguno de los chicos ni el reverendo podían verlo. Sus ojos estaban clavados en la amenaza que tenían delante.

—¡Corred, por esa puerta! —reaccionó Pope, con el crucifijo de hierro en ristre. Use su fe, como en las películas, le había aconsejado Vincenzo. Ya, claro, qué fácil sonaba en la teoría. Y qué poco reconfortante cuando había que llevarlo a la práctica.

Como si estuvieran en un examen de psicología conductista, los muchachos reaccionaron al mismo tiempo al estímulo: salieron corriendo hacia la parte de atrás de la sacristía, donde había una puerta, al lado del teléfono. Había un peso muerto entre ellos, el de Surendra, que en circunstancias normales les podía haber ocasionado un problema. Pero la muchacha pesaba tan poco que cargarla a hombros, que era lo que estaba haciendo en ese momento Gerry, era casi como llevar una brizna de hierba.

Qué tentador se les antojaba aquel instrumento, aquel teléfono con dial de rueda y acabados en porcelana. Qué maravilloso icono era, sugiriendo la

llegada de una pronta ayuda del exterior. Pero todos presuponían que sería inútil quedarse a marcar: aunque pudieran contactar con alguna operadora, y ésta creyera su historia de que estaban en peligro (podían omitir lo del ser de la *twilight zone*, sustituyéndolo por un asesino psicópata o un violador, y habría dado lo mismo), aún seguía habiendo un temporal allá fuera. Una ventisca con nieve de las que se ganaban a pulso su propia entrada en la enciclopedia. Y todos los policías y los servicios de urgencia de Russellville estaban en aquellos momentos en lo alto de la montaña.

La puerta no se resistió. Con el reverendo cerrando la comitiva, los chicos empezaron a subir las escaleras. El piso de arriba tenía otra salida, pero daba al balcón del órgano, donde se sentaba el coro en las misas solemnes. Desde allí no había modo de bajar de nuevo, salvo saltando los balaustres de la barandilla y dejándose caer.

Eso ninguno de los chicos lo sabía, sólo Pope. Pero no les dijo nada; cualquier posibilidad de esperanza, por pequeña que fuese, era mejor que quedarse allá abajo en manos de aquel engendro.

Subieron atropelladamente hasta que llegaron al segundo piso. No había puerta en el vano de la escalera. Retrocedieron hasta salir de nuevo al transepto, donde estaba el órgano de cien tubos. Era una obra de arte donada por la ciudad en el centenario de la parroquia, que ahora se les antojaba un elemento completamente inútil del decorado. Si al menos hubiese sido un piano de cola, podrían haberlo arrastrado para que taponara la puerta.

Cole se asomó por la barandilla, calculando el salto.

—¡Sólo hay tres metros de altura, podemos hacerlo!

—¿Estás loco? —exclamó Gerry—. ¿Y cómo bajas a Sury, lanzándola como una cometa?

—Tienes razón… —Cole se golpeó con furia las sienes, espoleando su cerebro para que tuviese una idea. Pero sus neuronas parecían anquilosadas —. ¡No… no se me ocurre nada! —sollozó—. ¡Lo siento!

—Echaos hacia atrás, a la esquina —ordenó Pope, elevando su crucifijo. Por la puerta acababa de salir la masa informe del Lisiado.

Se quedó mirándolos un segundo, sin hacer nada, como valorando la situación. Y luego empezó a caminar hacia ellos, a paso no precisamente elástico.

El conjunto de voces que chilló de miedo no tenía nada que ver con un coro de iglesia. Pero fue igual de sobrecogedor.

2

La herida se abrió paso en tonos de índigo a través de la pierna de Corah. Ningún gemido de dolor brotó de su boca, pero su cara contrajo todos los músculos como si fuera una esponja.

Tanto ella como sus hermanas miraron al límite del claro, al camino que no era más que una maraña de rebrotes.

Había cuatro personas allí.

—Vaya, vaya, qué traviesas sois —susurró una voz femenina, exhibiendo la húmeda carcoma de sus dientes—. Habéis empezado los juegos sin esperar a mamá.

Corah se taponó con la mano el profundo surco en espiral que le hendía la carne. La bala había entrado y salido, dejando un agujero limpio. Pero ni siquiera el ardor que le provocaba aquella herida lograba desviar su atención de los intrusos.

El fusil automático de Gard Barbour (lo había sacado de las manos de un cadáver, después de tirar su escopeta) aún humeaba. Parecía una serpiente que, tras morder a su presa, exhalase un vaho blancuzco para reclamar su autoría. Unos metros más allá estaba Canaán, el centro de una espantosa trinidad que incluía a la drogada Celesste (que hacía todo lo que quería la cadena que llevaba atada al cuello, como si fuera una zombi), y alguien más. Una persona que ninguna de ellas había visto desde hacía un siglo.

La Vieja Negra.

—Tú… —murmuró Corah.

La anciana era un paño oscuro, una toga enrollada, un jirón de noche tejido con punto de cruz. Lo poco que la capucha dejaba ver de su rostro era una mandíbula hecha trizas, con una boca medio tapada por una rejilla de hierro que le habían clavado directamente al hueso, y una correosa piel estirada como papel encerado. Aún así, a pesar de no poder separar las mandíbulas más de lo que le dejaba este bozal metálico, les dijo:

—Kamusta, hijitas. —Las saludó con un gesto arcano, dos dedos no consecutivos levantados y el pulgar trabado con el meñique—. Sois una viles traidoras, que no merecéis los dones del Maestro. Moriréis por lo que estáis haciendo aquí esta noche, como vosotras mismas ansiáis… pero ni siquiera eso servirá para purgar vuestros pecados, ni para liberar vuestras almas.

—A la mierda contigo —susurró Corah con una voz diminuta, horrorizada —. Esta noche vas a pagar por todo lo que hiciste, demonio. Por las mentiras

que nos contaste, y cómo nos engañaste. Y ni siquiera Erebus te considerará digna de ser su concubina.

La risa de la anciana fue un arrastrar de conchas rotas de caracoles.

—¿Y cómo piensas hacer eso, pequeña niña? Creo que todos los ases están en mi mano, en esta partida…

Hizo un gesto casi imperceptible hacia Gard, que elevó su fusil. Era un M-16 del ejército, muy típico de las incursiones americanas en el Lejano Oriente, y que la policía de Russellville poseía en pequeñas unidades. Su mirilla triangular enfocó a Corah.

—Mátame si quieres, Vieja, pero con eso no lograrás arruinar el nocturlabio —la desafió ella—. Sólo conseguirás que la rueda de otra vuelta más, y el ciclo empiece de nuevo en otro lugar y otra época.

—Tienes razón. Por eso no es a ti a quien disparará mi esclavo, ¿verdad, policía?

El cañón del arma giró, dejando atrás a la brujas, para apuntar a una cabeza que Gard tenía muy cerca de él. La de Celesste.

Canaán dio un paso, haciendo que los cuatro entrasen en el círculo mágico.

—Preparaos para el aquelarre, el auténtico… —dijo la Vieja.

—¡¡No!! —gritó Corah, pero el gatillo ya había sido accionado, y las complejas e instantáneas reacciones químicas que tenían lugar entre el percutor y la pólvora, sus particulares juegos de la física y la conservación de la energía, ya habían tenido lugar.

El fusil detonó, y la cabeza de Celesste se abrió como un melón maduro.

Su cuerpo cayó hacia dentro, hacia el círculo de cenizas. Y lo empapó con la sangre del petirrojo.

La urdimbre arcana que las brujas habían ido tejiendo pacientemente alrededor del claro reaccionó a esto, pervirtiéndose, volviéndose un espejo malvado de sí misma. La luz ambiental se tornó más roja, los copos de nieve se evaporaron como suspiros de gas, el iris de nubes volvió a contraerse allá arriba, en los cielos.

Y la hoguera cambió de tonalidad, volviéndose rojo sangre.

—¿Crees que esto cambia la ecuación? —le chilló Corah, fuera de sí—. ¡No, sólo la ratifica! ¡No tienes a los niños! ¡Este va a ser tu final, puta de Erebus!

Y miró a sus hermanas.

Era el momento crítico, el instante supremo en que, a pesar de que el fiel de la balanza estaba cambiando de orientación, ellas aún podían hacer algo.

Podían darle un sentido último al sacrificio, y mutar de nuevo el carácter de la magia. Pero si lo hacían, si lo intentaban, tenía que ser con absoluto convencimiento y todas a la vez. Estaban cojas, les faltaba Dana, pero intuían lo que le había pasado… y su puesto siempre podía ser ocupado por otra persona.

El Testigo.

—Por lo que más quieras, Vincenzo, no nos falles ahora —dijo para sí, y, poniéndose de acuerdo con sus hermanas con un asentimiento de cabeza, se dejó caer sobre el infierno de llamas. Nevy y Helena saltaron dentro también, la agarraron y la hicieron subir hasta el poste.

Una simetría invertida: las brujas jóvenes pensaban que podían matar a la más veterana, la que las creó. La Vieja soñaba con que las estrangulaba con sus propias manos, aunque ya no las pudiera ni mover.

Sus alaridos de agonía, su infame tormento a medida que la pira las iba consumiendo, hizo trizas la noche.

3

Lo que reclamó a Vincenzo cuando cruzó el umbral no fue la gravedad. De hecho, se encontró flotando entre translúcidos planos de color barajados como un mazo de naipes. Cayendo, cayendo… hacia arrecifes de nubes, tramoyas en el artificio del cielo, un reticulado de cintas no euclidianas sobre liso mercurio.

Era la dimensión de los muertos, el siguiente nivel en las Tierras de Tránsito. ¿Había dejado de estar vivo por el simple hecho de entrar allí? Rezó porque no fuera así, o jamás regresaría al plano primario.

La luz se le adhería como si fuera otra piel, dejándole una desagradable sensación en las retinas, como si las tuviera mojadas en aceite. Vincenzo parpadeó furiosamente, como si así pudiera hacer que todo aquel líquido lumínico le resbalase por los lacrimales.

Distinguió una forma en la inmensidad, en la lejanía… ¿otra isla, como la de Erebus? Sí, podría ser.

Igual que la anterior, esta parecía una locura cultivada en un tipo de mineral más parecido a pesadillas solidificadas que a roca. Se asemejaba a piedra lunar pulverizada en una corriente sensoria, un atavismo físico en los vastos corredores de memoria de un dios muerto. Vincenzo deseó ir en aquella dirección y, oh sorpresa, su cuerpo le obedeció. No es que volara con

la gracia intrínseca a los cuerpos atléticos de un Superman o un Capitán Marvel, pero allí estaba, flotando hacia la isla como un salmón. Recordó un párrafo que había leído alguna vez sobre los salmones, en un libro, sobre que estaban obligados por su ADN a nadar contracorriente, aunque ellos no quisieran. Él se sintió un poco salmón aquel día.

Aterrizó en la isla. Sí, era la misma en la que ya había estado, solo que contemplada desde otro punto de vista. Por lo que recordaba de sus libros sobre magia, eso ya bastaba para cambiarla por completo, haciendo que, aunque fuese el mismo lugar, de facto se considerara otro diferente.

Alguien, otra persona, pasó corriendo delante de él, dándole un susto de muerte.

Esa otra entidad no se detuvo a decirle nada a Vincenzo porque, en principio, tampoco lo vio. Cuando él la miró a ella, se sorprendió: era Duria Hagopian, el espíritu de luz que ya no brillaba. Acababa de sellar su pacto con Erebus, y la sombra se le había metido dentro, haciendo de la suyas con la pobre chica.

Vincenzo se escondió tras un amasijo de detrito lunar, una roca con una viruela de saquitos de toxinas en su epidermis, a la espera de acontecimientos. Éstos no tardaron en llegar.

Duria escarbó con sus manos en la tierra impía, cavando un agujero. Cuando fue lo suficientemente grande como para que cupiera su cuerpo, se deslizó a su través, saliendo de la vista del joven.

Vincenzo se acercó con cautela, no fuera a ser una trampa, y echó un vistazo dentro del agujero.

No era tal, sino un túnel. Un conducto que llevaba hasta un bosque húmedo de rocío y lluvia, preñado todo él con una sensación de… cautela. Era un bosque preso en una hora tardía, que traía consigo una inquietud vacilante.

Duria se había deslizado de vuelta al plano primario por aquel conducto. ¿Qué haría él, Vincenzo?

En realidad, como los salmones, no tenía alternativa, salvo la de quedarse en aquella isla para siempre. Así que hizo de tripas corazón, tomó aire y saltó dentro del conducto. Y que fuera lo que Amz quisiera.

Sus pies tocaron tierra, el familiar tacto de la pinocha quebradiza. Sí, era el mismo bosque de las montañas cercanas a Russellville, no cabía duda. El mismo tipo de árboles, de hojas, incluso de olores…

¿Pero en qué año? O mejor dicho, ¿en qué siglo?

Oyó unos ruidos y, como era su costumbre, su reacción fue esconderse. ¿Qué harían los héroes valientes sin los cobardes que vivían un día más que ellos y podían contar su historia?

No era Duria, sino un grupo de personas que avanzaba penosamente entre la foresta. Arrastrando pies, cargando bártulos, el ánimo hundido y la esperanza ya vacía.

Cuando Vincenzo los vio, se tapó la boca para no gritar. Conocía aquellos trajes, los había visto en una antigua foto en sepia. Conocía las barbas, las de los hombres y las de los niños, a quienes se las pintaban con carboncillo para que parecieran adultos en miniatura. ¡Para apisonarles la infancia! Y conocía el rostro de quien presidía la comitiva, tirando de ellos como un gurú demente hacia las profundidades de la montaña.

El reverendo Brigham Hagopian.

Duria no estaba por allí; si la historia era cierta, se habría quedado atrás con la otra mitad del grupo, los que habían decidido probar suerte bajando hasta el valle. A pesar de los indios, de sus trampas y de sus flechas. A pesar de la advertencia del líder de su comunidad de que eso sólo les traería la muerte.

Vincenzo se pegó al suelo como un zorro agazapado, y los dejó pasar. Se sentía como en aquella otra visión, en la que vio arder a las brujas, solo que esta vez sus ojos no eran una cámara con guión preestablecido, sino que podía moverse a su antojo. Podía decidir qué mirar.

Recordó las palabras de Corah: El tercer gran acontecimiento de la brujería moderna vendría a ser el pacto final que Duria hizo en la montaña con las fuerzas de la oscuridad. Pero a ese, si Dios quiere, no te obligaremos a asistir. No creo que estés preparado para soportarlo.

Él tampoco lo creía. Seguro que el desenlace del grupo de Brigham sería horrible, porque de no ser así la Historia habría contado algo más sobre ellos. Habrían logrado descender a las llanuras y plantado las semillas de sus propios linajes. Pero no había constancia de ello en ninguna parte, ni siquiera en el pasado remoto de Russellville, en los anales de su fundación. Eso quería decir que aquel grupo había muerto allá arriba, sin esperanza de que nadie los rescatase. Y por nada del mundo Vincenzo quería ser testigo de ello.

Entonces se dio cuenta de que había alguien más allí.

Otra persona los perseguía, sin dejarse ver y a prudente distancia. Vincenzo esperó tras su arbusto, sin mover un dedo, hasta que el perseguidor cruzó por delante y se perdió entre los árboles.

Era una chica, una adolescente ataviada de negro riguroso como todas las de aquella secta. Llevaba en la mano el miembro amputado de una persona, un antebrazo peludo, a cuya carne daba ligeros mordisquitos a medida que caminaba.

Duria.

Una pesadilla, tenía que ser eso. El típico mal sueño del que uno despierta en la hora plomiza que precede al amanecer, y del que sólo queda la sensación de un complot siniestro, un callejón sin salida y una astuta maniobra en la penumbra. Eso creyó Vincenzo, y deseó despertar con todas sus fuerzas. No le bastaron.

A base de brincos de salmón, siguió a Duria quien a su vez estaba persiguiendo a su padre. Vio a los Hüt llegar a un lugar de la ladera donde se hacía imposible seguir subiendo. La pendiente era demasiado elevada, sobre todo para los niños. Las mujeres lloraban y los hombres imploraban un descanso. El grupo estaba destrozado.

Fue entonces cuando los ojos enfermos de Brigham, henchidos de fanatismo, localizaron la entrada de la cueva.

Los convenció a todos de que se metieran dentro, pues el Apocalipsis estaba cerca y aquella era la única forma de sobrevivir. Entre lágrimas, los varones empujaron a sus mujeres y a sus hijos dentro de aquella boca oscura, de aquella caverna lóbrega, y luego se metieron ellos también. No había luz, sólo manos suplicantes y gemidos de angustia, y los niños que lloraban en la oscuridad.

Brigham fue el último en entrar, pero no sin antes golpear con un palo la tierra removida que había bajo una gran roca. La desmenuzó lo suficiente como para que su peso provocara la avalancha, y sellara para siempre la entrada de la gruta.

Duria llegó a aquel enclave minutos después. La roca ya había caído, sellando el destino de los locos. Vincenzo creyó que iba a regodearse con su sufrimiento, con sus últimos instantes previos a la asfixia y la muerte… pero no. Lo que la joven hizo fue arrojar a un lado su tétrico tentempié, alzar las manos al cielo y pronunciar un conjuro. Su cuerpo flaco era una desgastada pértiga de marfil sobre la que parecían haber echado los ropajes de su bisabuela.

—¡Rrakussta megghana siekrta bhar, inffuya! ¡Brigham amaru ihsta klam! ¡Amz, yia a kissanty, yia a Erebus yakossta!

Y se fue, dejándolos abandonados a su suerte.

Vincenzo oyó una algarabía lejana, y supo que no provenía de gargantas occidentales. Eran los indios, invocando a sus espíritus guía para que les protegieran de lo que sucedía en la montaña. Del horror que los blancos habían desatado.

Vincenzo se quedó allí un buen rato, sin saber qué hacer. Las lágrimas corrían libres por sus mejillas, pues la tristeza de aquellos hechos era demasiado profunda (como le había advertido Corah) para soportarla. ¿Cómo podía el destino hacerle esto, dejándolo allí plantado como un mero observador, sin poder auxiliar a los niños que Brigham había enterrado vivos bajo la montaña? ¿Cómo? ¿¿Cómo??

Aquella tristeza le dejó una suerte de residuo dentro de los huesos, una vibración que le hizo sentir nauseas, y de la que ya nunca podría librarse.

De repente… ruido de pies descalzos en la hierba. Y cuerpos que se materializaron como si formaran parte de la arboleda, como si estuvieran fundidos con ella.

Los wyandot.

Ante los atónitos ojos de Vincenzo, los indios palparon la piedra, la escucharon, pegaron sus oídos a ella. Sin duda oyeron los gritos de los suplicantes que había dentro de la cueva. Discutieron mucho entre ellos, pero al final se impuso una voz, la del más viejo de la tribu, el portador de la sabiduría en aquel mundo sin palabra escrita. Y esa voz les ordenó apartar la roca.

Los jóvenes guerreros obedecieron. Músculos fuertes, brazos titánicos y una palanca hecha con una lanza. Todas esas cosas tuvieron la culpa de lo que pasó. Y lo que pasó fue que los indios rescataron de allí a todos aquellos occidentales locos. Y viendo que entre ellos había mujeres y niños inocentes, y que ninguno estaba contaminado por la Sombra, se los llevaron hasta su aldea para darles cobijo y abrigo.

A todos menos a uno.

El anciano jefe sí que percibió la presencia del Mal en una persona, en una sola. El reverendo Brigham. El conjuro que había lanzado Duria estaba transformando el cuerpo de su padre en una aberración, un monstruo cuyo aspecto exterior era el espejo fidedigno de su locura interior: el Lisiado.

El jefe indio lo vio mientras mutaba, protegiéndose de la luz al fondo de aquella cueva. Dio gracias a los espíritus del viento por haberles permitido ser así de rápidos, para poder rescatar a los demás antes de que se completara la transformación.

Invocando magias no menos antiguas y poderosas que las que dominaba Duria, el wyandot desterró al Lisiado a las Tierras de Tránsito. Pero no pudo hacer lo mismo con el espíritu de Erebus, que seguía escondido dentro del alma de Duria. De todo ello fue testigo Vincenzo, quien seguía llorando pero no ya de tristeza, sino de alegría, porque había visto que no sólo había maldad en aquellas montañas, y que los niños al fin estaban a salvo.

El linaje Hüt, al menos aquella mitad, se quedó formando parte para siempre de la tribu de los bosques, lo que no contradecía las profecías de Brigham, quien les había asegurado que los pastos que ellos cultivarían no serían compartidos por ningún otro hombre blanco.

La otra mitad del linaje, la que comandaba Duria, sí que descendió a los valles. Y esta vez no hubo cazador ni guerrero-oso que se les interpusiera, pues el indio había visto el mal que anidaba en Duria, y no quería arriesgar a su gente ni siquiera poniéndole trampas.

Vincenzo dejó de sufrir aquellas visiones y volvió a flotar en la bruma, en el prisma entre los mundos. Solo.

Ahora lo comprendía. Brigham era el Lisiado. La Sombra, el aspecto menor de Erebus que había infectado a Duria, pronto se deshizo de ella y pasó a seducir a otras mujeres, otras almas descarriadas que necesitaban desesperadamente su ayuda, la ayuda de quien fuese, para poder soportar sus trágicas vidas.

Así fue como llegó a poseer a la Vieja Negra, estableciéndose en los poblados francófonos de Kentucky y rodeándose de una pequeña cohorte de brujas. Tras ser quemada en la hoguera por el hermano de Canaán, el padre Jericoh, la Sombra no tuvo más remedio que regresar a las Tierras de Tránsito. ¿Pero cómo había logrado plantar su semilla en el mundo, se preguntó Vincenzo? ¿Cómo se las había arreglado, desde su prisión inmaterial, para hacer que sobre la tierra caminasen vástagos suyos como el infame Canaán, o la nueva encarnación de la Vieja?

La respuesta le llegó al pensar en un nombre: Corah. Y su absoluta determinación de expiar sus pecados y vengar a sus bebés. La claridad de esa visión lo dejó patidifuso.

La Sombra engañó a aquellas mujeres para que la sirvieran, pero no contó con la fuerza de su espíritu, y de su arrepentimiento. Corah, Nevy y Helena se dieron cuenta en el último momento de la realidad de sus crímenes, y juraron volver a este mundo, igual que la Vieja. Pero al contrario que ésta, no para vengarse de sus asesinos, sino para expurgar sus propios pecados.

La fuerza de la voluntad y de la magia las trajo de vuelta, sí, pero puso también en marcha una rueda que todos los Poderes podían aprovechar. Un eterno ciclo de repeticiones, y de reencarnaciones, que sólo culminaría cuando Corah se sintiera satisfecha consigo misma y considerase pagados sus crímenes. Cuando ellas tres regresaron, también lo hicieron los pupilos de Erebus, bajo la forma de un niño llamado Canaán (al que la propia Sombra había besado hacía muchos años, en una fiesta pagana) y de su tétrica madre.

Vincenzo, por primera vez desde que toda aquella locura empezó, tuvo una certeza. La convicción clara y simple de que podían ganar aquella guerra, aunque el precio a pagar sería alto. Él podía conseguirlo de la manera más sibilina, ahora que todas las puertas estaban abiertas y la atención del enemigo estaba en otra parte.

Echó un vistazo atrás y vio la fisura por la que había entrado. Aún le estaba esperando. Al otro lado, el Brigham-Lisiado estaba a punto de caer sobre Pope y los niños, que ya no sabían cómo retroceder más. La cruz del reverendo ejercía muy poco efecto sobre el monstruo, manteniéndolo apenas a raya, y era porque Pope tenía demasiado miedo.

Pero había otra fisura. Una por la que veía cómo Corah y sus hermanas ardían en la hoguera, y eran contempladas con satisfacción por la Vieja.

Dos caminos, dos opciones.

¿Cuál tomar? ¿Qué sacrificio haría para cerrar de una vez aquel círculo? ¿El de unos pobres niños que no tenían culpa de nada, y un sacerdote que era demasiado tonto como para entrometerse? ¿O el de las mujeres que lo habían arrastrado a aquella pesadilla, a las que tenía razones más que suficientes para odiar?

¿Cuál?

La Sombra de Erebus salió de la isla y se aproximó a una de las fisuras. Vincenzo la vio; había llegado su momento. No quedaba demasiado tiempo (el Lisiado estaba a punto de matar a los chavales, y las llamas a punto de consumir a las brujas), así que el joven se armó de valor.

Y tomó su decisión.

4

Canaán casi lloró de felicidad.

Sus sueños más salvajes se estaban haciendo realidad, uno detrás de otro. Sus enemigas, las brujas, al fin se estaban consumiendo inútilmente en las

pavesas. El petirrojo había sido sacrificado y su madre estaba a punto de ser poseída por el dios, igual que en su juventud. Aunque su apertura de piernas sería más conceptual que física, dada su edad, aún tenía vientre para dar un hijo. Aún podía traer al vástago de Erebus a este mundo.

A las brujas les quedaban segundos de vida, puede que menos. En el claro flotaron manchas de ceniza de un blanco leproso, mientras los huesos de las mujeres se convertían en engrudo. Piel y nervios, fuego y agonía. Oh, cómo estaba disfrutando. Y para rematar la función, el campeón de sus enemigas, el gordo fofo e inútil de Vincenzo, no había acudido a rescatarlas. Corah se había equivocado, una vez más, al escoger un paladín que la defendiera.

¿Se podía ser más feliz?

Entonces la vio.

A la Sombra.

Su rostro informe pareció flotar hacia ellos en medio de unas aguas oscuras, de una opacidad ajena al día o a la noche, ansiosa, expectante. Por fin iba a regresar al plano primario. Por fin iba a tener un cuerpo.

En el instante final, el último segundo que Corah, Nevy y Helena resistieron antes de morir achicharradas, la Sombra se abalanzó sobre la Vieja.

Pero no pudo entrar en ella.

Una vocecilla, procedente de algún lugar cercano, susurró:

—Sabbat.

La Sombra se detuvo como si hubiese chocado contra algo físico. Estaba confusa. Irritada y confusa. Aquella palabra le molestaba, era anatema para ella. Le decía que el recipiente (la Vieja) no era del todo puro. Algo estaba pervirtiendo su espíritu perfecto.

—Sabbat.

Canaán buscó con desesperación por todas partes, rabiando por encontrar al intruso. En el borde de su campo visual había una reverberación de figuras espectrales, de presencias translúcidas, pero no lograba ubicarlas.

¡No, aquello no podía estar pasando! ¡No en ese instante crítico! ¿Qué pasaba, por qué el espectro no entraba en el sagrario que era su madre? ¿De dónde provenía aquella voz, aquella distorsión que arruinaba la sinfonía?

Parecía surgir de allí mismo, del sitio concreto donde ellos estaban, pero no era ninguno de los presentes. Ni Gard Barbour, ni su madre, ni nadie escondido entre los árboles, ni…

Ni…

—¡¡Sabbat!! —chilló el…

… muñeco de cera…

… el fetiche que su madre llevaba…

… colgando del cuello.

Había alguien dentro de él. Otra voluntad lo había poseído, y lo estaba haciéndolo hablar desde dentro.

Vincenzo. Era la voz del puñetero Vincenzo.

Canaán, con la extrema lucidez de la conmoción, intentó arrancárselo del pecho, a pesar de saber que la magia de su madre era de corte fetichista, y que necesitaba de aquel conducto siniestro para manifestarse. Pero no pudo, ya no había tiempo. La Sombra había agotado los pocos segundos que podía permanecer en el plano primario sin poseer a alguien.

La explosión de ira que sacudió al aspecto de Erebus (una sólida pulpa de dientes, una tempestad de colmillos) no tuvo comparación con ninguna otra en la historia de la brujería. Las dimensiones lejanas lo reclamaban ya, para siempre. Pero antes de ser expulsado podía hacer una última cosa: cobrarse su venganza.

Con sólo desearlo, la Sombra hizo que el fuego de la hoguera se abriera en anillo, extendiéndose más de veinte metros alrededor del poste donde yacían los cadáveres de Corah, Helena y Nevy. Este anillo se abrió a la velocidad del sonido, calcinando todo lo que había en el claro y en su perímetro.

Canaán ardió como una pequeña tea, la onda purificadora de fuego llevándose por delante todas las capas que, amontonadas unas sobre otras, conformaban el títere sin vida que en realidad era. El fetiche de tamaño humano que su madre se había fabricado con sus propias manos a partir de cera estéril, y que cuando no lo usaba lo mantenía guardado dentro de un barril de bilis negra.

Gard no oyó cómo el calor hacía detonar las balas de su fusil, todas a la vez, incluyendo las que estaban dentro del cargador. Pero no le importó, porque al igual que Celesste se consumió en una vorágine de colores intensos, en mil tonalidades de rojo y amarillo.

La Vieja recibió la onda con todo el cuerpo, sus cansados huesos deshaciéndose en vapores de un gris insalubre. Gritó su verdadero nombre, D… U… R… I… A…, por si servía de algo, pero fue en vano. Se desintegró un segundo después que su fetiche, de cuyo interior salió expulsada un alma como si la hubiesen disparado con un tirachinas.

El alma de Vincenzo.

Trevor Damiano supo que algo malo le había ocurrido al amor de su vida incluso antes de ver el fuego. El resplandor se alzó como una cúpula del bosque, tan claro e intenso que puso fin al tiroteo, al menos mientras ambos bandos se quedaron mirándolo, perplejos.

Pero él sabía que acababa de ocurrir algo muy malo. Lo presentía.

Echó a correr entre los árboles sin preocuparse por la cobertura. Había estado esquivando grupos furtivos de defensores, disparando en el proceso dos de los tres cohetes que le quedaban. Uno había hecho saltar por los aires una casamata con un generador (¡bum!), cortando de raíz el suministro eléctrico de la colonia. El otro iba apuntado hacia una especie de bunker donde los cabrones estaban atrincherados, pero se desvió hasta encontrarse con un pino (¡buuuuummmm!). Como los misiles y los pinos no se llevan nada bien, la reacción fue un enjambre de astillas lanzadas como proyectiles en todas direcciones, tanto hacia Trevor como hacia el bunker. Ahora tenía un millón de esas malditas astillas clavadas por todas partes, incluso en la cara, en su preciosa cara de actor de película porno subyugador de felatrices.

Se las estaba quitando, una a una y sin anestesia, cuando le sobrevino el escalofrío.

Gard.

Algo malo le había ocurrido a Gard.

Corrió con el lanzacohetes en la mano, más como medida disuasoria que otra cosa, en dirección a aquel feroz resplandor dorado. La sangre le latía en las sienes. El oxígeno

(las pastillas)

se convirtió en diminutas piedras de ónice que más que fluir se atrabancaban en sus venas

(debiste haberte tomado las pastillas)

y la tensión nerviosa le subió a las nubes. Debía detenerse, y descansar, como le había aconsejado muchas veces el mariquita de su hijo. Pero no podía. No, sabiendo que Gard estaba en peligro. No, intuyendo que…

Llegó al claro y vio los cadáveres. Estaban casi irreconocibles, y lo que es más, casi fundidos unos con otros debido al calor. Pero aún así reconoció el cuerpo humeante de su amor, su preciosa chaqueta de cuero licuada sobre su esqueleto achicharrado… sus músculos otrora decorados con hermosos jeroglíficos de bronce hechos papilla… Y eso fue demasiado para él.

Las piedras de ónice, las pequeñas burbujitas de oxígeno, crearon un dique en algún diminuto conducto vascular que había sufrido un intenso castigo durante años. Y lo rompieron. El cerebro del policía se encharcó de

sangre. Curiosamente, su último pensamiento fue para la metáfora con la que su médico le había descrito ese escenario imposible: Le dijo que tener su enfermedad y no andarse con cuidado era como llevar todo el día una pistola metida en la boca, solo que con el dedo separado del gatillo. Un día u otro, si no se cuidaba, Trevor iba a pegarse un tiro en el paladar sin tener pistola ni nada, sólo con su isquemia.

Y mira por dónde, aquella noche su dedo encontró finalmente el gatillo.

Vincenzo abrió los ojos, lentamente. Las prisas habían quedado atrás.

Buscó la rabia, la frustración, la sensación de urgencia por rematar algo. Ya habían desaparecido. Eso le gustó. Hacía muchos días que no lograba relajarse del todo.

A quienes sí encontró fue al reverendo Pope y a los niños, encaramados al órgano de la iglesia como si pretendieran batir un récord de escalada de instrumentos musicales. Él estaba sentado en una de las bancadas del transepto, en el piso de abajo.

—¡Eh, chicos, aquí! —les saludó con la mano.

La alegría de Cole, Gerry y Surendra no tuvo parangón. Por lo que le contaron después, el Lisiado estuvo a punto de matarlos, acorralándolos contra aquella esquina, cuando de repente se deshizo. Y «deshizo» era el término más adecuado, porque no fue un desvanecimiento ni una evaporación ni un desplome. Fue, en palabras de Gerry, como si alguien le hubiese arrancado un imperdible que sujetara las hebras que formaban su cuerpo. Ante los aterrados ojos de los niños, el Lisiado se abrió como un moño excesivamente apretado que de repente una chica decidiera liberar. Un violento torbellino de cuerdas, cintas, esporas de humo y órganos bulbosos volcados de una bolsa.

Y desapareció.

—Ocurrió al morir Duria —intuyó Vincenzo—. Ella era la Vieja Negra, me di cuenta cuando entré en su fetiche. Cuando el fuego de la ira de Erebus la consumió, destruyó también al engendro que ella había creado hace un siglo: su padre. Y al que creó hace poco, Canaán.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Pope, asomándose a una ventana para tomar aire. Al otro lado se extinguía ya la ventisca, y una corrugada y pálida línea del horizonte se empezaba a abrir paso.

—Cuando uno se aleja lo suficiente de las cosas adquiere cierta perspectiva. Y en el lugar donde yo estaba… otra cosa no, pero alejamiento y perspectiva había de sobras.

Surendra se deshizo de los brazos de Gerry y, conservando a duras penas el equilibrio, caminó hacia Vincenzo. Cuando éste la agarró, la joven depositó un suave beso en su mejilla.

—Gracias —susurró.

Vincenzo se puso rojo como un tomate.

—Eh… no hay por qué darlas.

—Claro que sí. Podías habernos abandonado a nuestra suerte. De no ser por ti nos habríamos dejado engañar por Canaán, y ahora estaríamos muertos.

—Bueno, sí, pero yo… Olvidadlo, chicos, en serio. Sólo hice lo que creía que era más correcto.

—Y lo hizo bien, señor Strada —ratificó el reverendo, dejando caer una mano de aprobación y cariño en su hombro—. Lo hizo muy bien.

No supo por qué, pero esas palabras llenaron más de satisfacción al joven que ninguna otra que pudiesen haberle dicho. Tal vez porque provenían de aquel hombre al que hasta cierto punto había considerado su enemigo. Un hombre que, cuando ellos salieron de la iglesia para coger el coche de Cole e ir al hospital, colocó de pie el crucifijo que había usado para defenderse de aquel demonio. Un símbolo que en el último momento le había fallado, como si su magia (o su fe, o su simbolismo, o el dios que había detrás) no hubiesen sido suficiente.

Recordó las palabras que él mismo le había espetado a Corah Westerdhal en aquel lejano duelo radiofónico: «El contubernio esotérico se basa en creencias, igual que la religión, y esa es una parcela donde la lógica no tiene ninguna potestad. No me puede demostrar que la brujería es más real que los milagros de Cristo».

¿No?, pensó, mirando fijamente aquel símbolo que no había dado la talla.

Cuando amaneció horas después, en medio de una extraña claridad del cielo y una desnuda luz solar, Pope aún seguía mirándolo.

TRATADO DE LAS CONCLUSIONES

EPÍLOGOS VARIOS

1

Russellville se despertó al día siguiente como si hubiera sobrevivido a un extraño sueño. Como si no pudiera discernir si todos aquellos acontecimientos (la nevada, el tiroteo, los muertos, los incendios, el torbellino de nubes, las insólitas ceremonias) habían sido reales o no.

Gerry y Surendra se enteraron pronto del fallecimiento de sus respectivos padres. En el caso del primero, no fue una noticia que se tomara demasiado a mal, pues ya hacía tiempo que se había dado cuenta de que mientras su padre siguiera estando ahí, como una sombra amenazante tendida sobre su futuro, él jamás estaría a salvo. La arrugada cicatriz de café hirviendo que luciría en la cara hasta que cierta magia llamada «cirugía estética» obrara sus milagros, era prueba más que suficiente.

Sí, Gerry Damiano se alegró mucho de la muerte de su padre. E ingresó oficialmente en el cuerpo de policía, primero como aprendiz y mascota, luego como agente en prácticas. Había muchas cosas en su vida que necesitaba dejar asentadas y sentir como que eran seguras, y aquel era un primer paso.

Surendra no lo llevó tan bien. Amaba a su madre, y cuando el forense le enseñó el cuerpo de Dana (sólo una mano, jamás la cabeza, que estaba cubierta por una sábana), se echó a llorar con tanta amargura que pareció que el destino final de su cadavérico cuerpo era licuarse en lágrimas. Pero cuando cayó hacia atrás, al borde del desmayo… resultó que allí había unos brazos para sostenerla. Los brazos de Gerry.

El joven aprendiz de policía se ocupó personalmente durante los siguientes meses de supervisar la recuperación de su amiga, tanto a nivel físico como intelectual. Acogió a Surendra en su casa, donde vivía ahora con una tía lejana, y le dio de comer como a un bebé, pesándola y midiéndola todos los días. Al llegar la primavera del año siguiente, Surendra ya era de nuevo una muchacha que, sin ser ni de lejos la reina de la belleza del instituto, sí que podía pasar por una joven sana y atractiva.

El primer beso entre los dos tuvo lugar bajo un cielo donde las nubes pasaban como pálidos vellones, y la única magia del mundo estaba ocurriendo en ese momento entre sus labios.

2

Cole descubrió que no era tan tonto como él mismo pensaba, porque cuando los periodistas, como cuervos ávidos de información, fueron a picotear con sus curvas fauces en su puerta (se había ido a vivir con una de las amigas de su madre, en una caravana), él les dejó pasar. Y se deshizo en descripciones sobre lo que había ocurrido en la ciudad en las últimas semanas.

Algunos se rieron de él, sobre todo al llegar a la parte de los engendros salidos del infierno. Pero hubo otros que, aún sin tomárselo demasiado en serio, le ofrecieron un montón de dinero por los derechos de su historia. Al *American Inquirer*, dijeron representar, un tabloide que sólo gastaba tinta si había que reflexionar sobre los pormenores del retiro de Elvis Presley en la cara oculta de la Luna, o el último ataque de la criatura de la laguna negra en Ohio. Pero resultó que esta insignificante revistucha tenía una tirada semanal de tres millones de ejemplares, por lo que el cheque que le ofrecieron a Cole Baez para que contase con pelos y señales su odisea tenía más ceros que los que joven había visto en su vida.

Ese mismo día ganó otro montón más de dinero, aunque en este caso hubiera preferido no saber nada del asunto.

Ocurrió cuando los periodistas ya se habían marchado, entre contentos y decepcionados. Otra mano más tocó a su puerta, y cuando Cole abrió se topó con un hombre trajeado, con aspecto de abogado, que venía a traerle una carta certificada. Decía venir en representación del consorcio de empresas de seguros que otorgaban anualmente el Premio Darwin. De forma póstuma, por supuesto, porque era para su padre. Esa clase de premios, por definición, siempre eran póstumos.

Extrañado, Cole le preguntó que a qué venía aquello. El hombre le entregó un sobre donde había un cheque por cien mil dólares, y una carta donde se explicaba todo. Cuando Cole la leyó, su expresión se fue volviendo más y más lóbrega, porque entendió lo que implicaba realmente aquel premio. No lo que su padre se había imaginado cuando aspiró a él (no tenía nada que ver con tortugas), sino que era una mención que se le concedía a la persona

que apartaba de la forma más original su contribución al acervo genético de la especie.

En otras palabras, al que se suicidaba de la manera más idiota.

Cole leyó las últimas líneas de la carta con un grito:

—¡No, no, NOOOOOO…!

Pero el abogado era perro viejo en estas lides, y no se marchó de allí hasta obligar a Cole a aceptar sus cien mil dólares.

3

Tres años después de los incidentes de Russellville, Vincenzo Strada acabó sus estudios de cine. Había decidido volver al UCLA y matricularse de nuevo, aunque se tuviera que enfrentar con la divina cólera del Frigoretti.

Descubrió, con el paso del tiempo, que no tenía el talento de ninguno de los profesores que a veces daban seminarios allí (como el genial Coppola, o ese niñato suertudo de George Lucas, que se había hecho millonario con una chorrada espacial). Pero sabía lo básico, encadenar un contraplano después de un plano sin saltarse el eje, el ABC del director de cine. Sabiendo eso aprovechó para buscar financiación para su primera película.

Aunque ni su técnica ni su arte destacaban por su refinamiento, sus guiones pronto llamaron la atención de ciertos colectivos. Eran los grupos indie de Los Ángeles, a los que se afiliaban tarde o temprano los creadores que no encontraban un hueco en la industria, bien porque sus propuestas eran demasiado arriesgadas, bien porque no tenían talento ni para dirigir correctamente un anuncio.

Esos autodenominados artistas vieron potencial en Vincenzo, en sus guiones retorcidos y malévolos, en su adoración por los ritos ancestrales y las ceremonias macabras. Vieron en él a un profeta del desastre, capaz de hacer cortometrajes tan ininteligibles como fascinantes, y no tardaron mucho en elevarlo a la categoría de genio.

Nunca fue nominado a ningún Óscar.

Al año de abandonar la universidad, un productor de Pittsburg se le acercó con una propuesta. Era el mismo que había perdido a su rutilante estrella, Celesste, en un incomprensible tiroteo de bandas en Kentucky. Le ofrecía a Vincenzo dirigir una película en honor de tan distinguida damisela, con otra *drag queen* de Chicago que había hecho unos vídeos con Elton John.

Vincenzo tardó en decidir si aceptaba o no. Guardaba un recuerdo demasiado intenso de su amiga como para comprometerse con un sosias suyo durante varios meses. Aunque fuera para rendir un sentido homenaje a la que nunca llegó a ser «la reina del mal gusto americano».

Pero como necesitaba el dinero para seguir pagando el alquiler, aceptó. Y se prometió a sí mismo que haría la mejor película que alguien con sus limitadas capacidades fuera capaz de parir, sólo por el cariño que le tenía a Celesste. Y porque en aquel lejano día del nocturlabio pudo salvar las vidas de muchas personas, pero no la suya.

De vez en cuando su mente volvía a aquella cruenta noche. Y se preguntaba qué habría sido finalmente de Corah y sus hermanas. Si a través de esa puerta, de esa última ceremonia que era su propia inmolación, habrían conseguido lo que tanto anhelaban: el perdón. La paz de espíritu.

Una vez intentó buscarlas, haciendo uno de sus viajes oníricos a las Tierras de Tránsito. No lo había intentado desde lo de Russellville, por lo que ni siquiera sabía si seguía teniendo el poder. Por eso se sorprendió cuando logró abrir las puertas y navegar de nuevo por el infinito.

Avistó a lo lejos la isla biomecánica, y los senderos brumosos que partían de ella hacia las distantes dimensiones arcanas. No se aventuró por ninguno, pues no quería correr el riesgo de perderse. Pero antes de retornar al plano primario y a su propio cuerpo, le pareció distinguir unas figuras en la lejanía: cuatro luces brillantes que pululaban como pequeñas luciérnagas, volando rumbo a lo desconocido, a las distantes dimensiones del reino de la magia, para no regresar nunca.

Al día siguiente a esa experiencia, Vincenzo se presentó en el set de rodaje, se puso su gorra de director, se sentó en la silla que llevaba su nombre, y preguntó:

—¿Está todo el mundo preparado?

—Sí —dijo el de sonido, y el que controlaba el *background* de extras, y el operador de cámara y también el *gaffer*.

La actriz estaba preparada, todo estaba a punto. Así que pronunció la frase que, aunque estaba pasada de moda, siempre quiso decir desde que era niño:

—Luces, cámara… ¡acción!

4

Las hogueras se habían apagado ya en América, y en el resto de los continentes. Su humo ya no le robaba el azul puro al cielo, y el viento ya no olía a carne quemada.

El pequeño Jericoh Lubby volvió a casa al día siguiente de la fiesta pagana, a los brazos de unos padres que habían creído perderlo para siempre. Con lágrimas en los ojos, les juró que lo sentía muchísimo, que jamás se lo perdonaría por lo que le había sucedido a su hermanito, Canaán.

Sus padres se miraron sin entender, y le dijeron que no sabían de qué estaba hablando. Su hermano no había salido de la casa aquella noche. Estaba plácidamente dormido en su habitación, en su pequeña camita.

Atónito, Jericoh entró en el frugal dormitorio donde ambos pernoctaban, y en efecto, vio que allí estaba Canaán, durmiendo el sueño de los justos, el sueño de los inocentes.

Lo despertó con el gran abrazo lleno de besos que le dio, y el niño se retorció disgustado, porque su hermano mayor lo había sacado de un goloso sueño de moras y cerezas. A Jericoh no le importaron sus protestas. Había recuperado a su hermanito, a pesar de la amenaza de las sombras y de las leyendas malignas. Y eso era lo único que importaba. Ya no más demonios ni más Halloween ni más brujas, nunca más.

Todas las escobas cayeron al suelo aquel día, muertas.

Víctor Conde
6 de Enero - 1 de Noviembre 2014

Notas

[1] Relativo al Arte de Llull, donde el orden elemental de las letras describe una moción circular, cuadrada o triangular. Una relación esencial entre los elementos y el firmamento expresable en términos topográficos. <<

[2] Éxodo, XXII, 15. <<

[3] Dodge Charger R/T del 69 de color naranja y con la bandera confederada en el techo, que conducían los protagonistas de la serie *Los dukes de Hazzard*. <<

[4] Una de las teorías sobre el origen de la palabra Kentucky es que se trata de una voz amerindia que significa «terreno de caza lóbrego y sangriento». <<

[5] Manual de cabecera de los inquisidores católicos, uno de los libros más crueles jamás escritos, que defiende el exterminio de cualquier mujer acusada de brujería sin preocuparse de valores morales, piadosos o de derramamiento de sangre, pues tan solo la sospecha de su pertenencia a este grupo ya pone en peligro la fe católica. <<

[6] Hace referencia tangencialmente al Culto Diánico, religión de brujería ritual a la que supuestamente pertenecían Juana de Arco y Gilles de Raîs. <<

[7] Incondicionalmente cierto, necesariamente válido. <<

[8] *The Crone*, en el original. **<<**

Índice de contenido

"De los abismos de la superstición, resurge un nuevo terror."

VÍCTOR CONDE

EL CÓDICE DE LAS BRUJAS



Lectulandia